

An illustration of two hands reaching towards each other against a light blue background. The hand on the left is wearing a yellow sleeve, and the hand on the right is wearing a black sleeve. Several autumn leaves in shades of red, orange, and yellow are scattered around the hands. The text 'Adriana Andivia' is centered above the hands, and 'Una vida contigo' is written in a pink cursive font below them. In the bottom left corner, the text 'D.J.57' is written in yellow.

Adriana Andivia

*Una vida
contigo*

D.J.57

Adriana Andivia

Una vida contigo

Copyright © 2019 by Adriana Andivia

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com

Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de la autora](#)

Copyright © 2019 Adriana M^a Andivia Reyes.

Diseño de cubierta: © 2019 Adriana M^a Andivia Reyes.

Corrección y edición: Irene Andivia Reyes.

ISBN: 9781700271914

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de su autora.

Todos los personajes y hechos que se recogen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad, así como con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

A la memoria de mi madre.

*La venganza es el manjar más
sabroso condimentado en el infierno.*

Walter Scott

1

Capítulo 1

Era poco más que una muñeca en las manos de esa mujer. La anciana, con el ceño fruncido como si el solo hecho de tener que tocarla la asqueara sobremanera, la manipulaba con una absoluta falta de delicadeza. Ya la había obligado a meterse dentro de un vestido que, en opinión de la muchacha, revelaba mucho más de lo que ocultaba. Ahora se ensañaba con su melena hundiéndola en ella, con saña, el cepillo.

—¡Ay! —se quejó Abril, lamentando al instante haber cedido a la debilidad. A través del espejo pudo ver como, a su espalda, la expresión de su *estilista* se volvía más agria. Lo cual resultaría difícil de creer de no ser porque tenía la evidencia delante de los ojos.

—Cállate, zorra —le espetó la mujer con una rudeza que, en comparación, hizo que sus rasgos parecieran suaves—. ¿Crees que tengo toda la tarde? A algunas no nos basta con abrirnos de piernas para ganarnos el jornal.

La joven no replicó. Simplemente dejó que el insulto pasara de largo, sin rozarla. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que pisó esa casa por

primera vez. Ni siquiera había transcurrido un día desde que fue puesta bajo el cuidado de la anciana Rómula. Pero ya había visto lo suficiente de su carácter para saber que, con ella, lo mejor era no caer en provocaciones. Una máxima que la chica pensaba llevar a rajatabla. Después de todo, estarían obligadas a vivir juntas durante los próximos días. Puede que incluso semanas. O hasta meses. No tenía intención de complicarse la existencia más de lo que ya la tenía.

A sus veinte años, Abril sabía que la vida es una rival a la que no conviene provocar, porque no hay manera de ganarle. Después de que su madre se fuera de casa, dejándolos a Teo y a ella solos con su padre, empezó a resignarse a aceptar las cosas como venían. Su rebeldía, esa que marca la adolescencia de cualquiera, fue exterminada por unas obligaciones de adulta que no tuvo más remedio que aceptar como propias.

Rómula agarró un mechón de su cabello, largo y de un tono castaño claro, lo enredó en su mano y se lo recogió en la nuca. Sujetándolo allí con una horquilla que la muchacha creyó que terminaría taladrándole el cráneo. Se sentía como la protagonista de una de esas novelas que leía Nuria. Pero no por el repertorio de vestidos, maquillaje y abalorios dispuestos para ella a lo largo y ancho de la habitación. Sino por el triste papel que le había caído en suerte.

Se había convertido en una letra de cambio para las deudas de su padre. La doncella entregada en prenda al acreedor al que este no había sido capaz de pagar el dinero que tomó para sacar adelante su último negocio fallido. Una empresa de importación y exportación de licores marcada por el fracaso desde el mismo instante de su nacimiento. Situación que, además de humillante, resultaba bastante patética. ¿Quién creería posible semejante argumento en pleno siglo XXI y en un país civilizado —al menos en teoría—

como España? Ella, de no ser porque estaba desempeñando el rol protagonista, habría cerrado la novela sin terminar de leer la primera página.

—Las mujerzuelas como tú sois lo peor. —Rómula usó otra horquilla para terminar de afianzar el moño en su nuca—. No os importa venderos para conseguir lo que quereís. —Tras asegurarse de que estaba bien sujeta dio por finalizada la sesión de peluquería, se levantó y comenzó a recoger el desbarajuste de prendas femeninas que había dejado sobre la cama—. Pero no siempre tendrás esa cara y ese cuerpo. ¡No señor! —Agarró un vestido de un color rosa muy pálido, casi crema, y lo enganchó en su brazo izquierdo, sobre todos los demás—. Entonces, solo serás una puta vieja por la que nadie pagará ni un miserable real.

De no ser porque su situación le parecía de lo más lamentable, la joven habría jurado que había un cierto matiz de envidia en el discurso de la anciana. Un sentimiento que no tenía razón de ser. Si quería intercambiar puestos, ella, desde luego, estaba más que dispuesta a hacerlo.

La criada terminó de recoger y puso rumbo a la puerta. Al llevarse consigo todos aquellos vestidos y alhajas la habitación recuperó la atmósfera masculina que delataba la personalidad de su inquilino. El hombre que, dejando de lado eufemismos y sutilezas, se había convertido en el dueño de Abril. Así de triste, vejatorio y real. En solo un día, había pasado a adquirir la misma condición que podría tener una camisa, unos pantalones o un reloj.

Esperó hasta que sonó el clic que anunciaba que Rómula había soltado el pomo para alejarse por el pasillo. Solo entonces la chica se acercó a la puerta, forcejeando con ella en un vano intento de abrirla. Estaba cerrada. Por supuesto, ya lo sabía. Por más que la considerase una ramera de primer nivel la anciana había tomado sus precauciones para evitar que pudiera irse antes de cumplir con su trabajo. En un exceso de celo extremo para con su señor

incluso le había requisado el móvil, impidiéndole tener cualquier tipo de contacto con el mundo exterior. Una medida tan extrema como innecesaria. Abril no tenía la más mínima intención de huir. No estaba allí por voluntad, eso era indiscutible. Pero, aun así, poseía un buen motivo para no pensar, siquiera, en poner un pie fuera de esa casa.

—Este país está cansado de los abusos. De los engaños y las trampas en las que lo han hecho caer quienes se suponía que debían velar por él, y por todos los que en él habitamos. Está cansado de ser una víctima de los que juraron salvarlo.

Ildefonso de la Serna hizo una pausa, prolongando el dramatismo de su discurso. Era su especialidad, sabía valerse del populismo más descarado como nadie en el mundo. De ahí que los mítines frente a hordas de desilusionados ciudadanos fueran su punto fuerte. La clase obrera, el sector más dañado por la crisis, lo veneraba como a un dios. En él veían a una suerte de mesías que los salvaría de la tiranía de los corruptos hombres de negocios. Le bastaba con unos minutos en televisión para que la opinión pública se volcara en su favor. Sin embargo, era en las distancias cortas donde mejor funcionaba. Muy pocos eran capaces de mantenerse fríos ante la estudiada pasión de la que revestía cada una de sus alocuciones.

—Es por esto que no debemos quedarnos de brazos cruzados —siguió, sabiendo que los pocos segundos en los que sus palabras quedaron suspendidas en el aire sirvieron para que los presentes llegaran a la misma conclusión que él—. Es por esto que debemos hacer algo para impedir que este país muera a manos de una manada de chupasangres—. Como era de esperarse, vítores y exclamaciones acogieron la última frase—. Hay que

hacer algo, amigos. ¡Haya que hacer algo! —remarcó con mayor énfasis—. Y por eso estoy aquí. Para... Para...

Las palabras se atascaron en su garganta y se vio obligado a hacer una nueva pausa. Una que, esta vez, no entraba dentro del guion fijado.

El clima generado por el discurso se quebró un poco y algún que otro murmullo se extendió por la sala, distrayendo la atención de los presentes. Aunque, por una vez, a Ildefonso no le importó dejar de ser el protagonista. La verdad fue que ni siquiera se dio cuenta. Toda su atención estaba puesta en el individuo sentado en primera fila. En aquel par de ojos oscuros que lo miraban como si el destino estuviera encerrado en ellos.

Tragó saliva y su nuez se movió con dificultad. El sudor que le cubría la frente amenazaba con estropear su imagen en cámara y el pánico comenzó a cundir entre su equipo. Pero él seguía ahí. Inmóvil, mudo e incapaz de pensar en nada que no fueran esos ojos que se le antojaban venidos del más allá.

—Para... —Luchó por encontrar su propia voz, hallándola a duras penas —...Para liderar el cambio que nos hará libres. Muchas gracias y buenas noches.

Concluyó el discurso cuando apenas había llegado a la mitad del mismo, con un colofón propio de un presentador de telediario ansioso por terminar la retransmisión. Los aplausos estallaron según lo habitual, coronando su retirada a pesar de que aquella no pasaría a la historia como su mejor intervención. Estaba seguro de que, al día siguiente, la prensa, concretamente la que se teñía de una ideología contraria a la suya, se haría eco de que Ildefonso de la Serna se había quedado en blanco a mitad de uno de sus discursos. Poco le importaba. En ese momento sus preocupaciones estaban muy lejos de lo que aquellos mequetrefes de pluma afilada pudieran escribir sobre él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el jefe de su gabinete de prensa. Acercándose a él tan pronto como llegó a las bambalinas.

—¿Dónde está Santos?

—¿Quién?

—Santos, mi guardaespaldas —aclaró de la Serna, malhumorado por tener que perderse en detalles en un momento como ese —. Necesito hablar con él.

—Pero...

—Estoy aquí.

El atribulado jefe de prensa fue hecho a un lado por el hombre que el candidato a la presidencia reclamaba. Santos Márquez se aseguró de alejar a todos los presentes, para lo que no necesitó más que una mirada, antes de preguntar:

—¿Qué sucede?

Repuesto de la impresión de ver a un fantasma, Ildefonso habló con su habitual autoridad.

—Está aquí.

—¿Quién está aquí?

—¡Ese maldito cabrón! —estalló casi sin dejarlo terminar la pregunta —. Danta —pronunció en un tono más sosegado, consciente de que el arranque le había servido para que todos voltearan a mirarlos.

Las espesas cejas del guardaespaldas se elevaron por la sorpresa.

—Eso es imposible —se mostró escéptico. Al menos en apariencia, porque todo su cuerpo se estremeció al oír el nombre. Despertando a un temor que los años solo habían logrado aletargar, pero no matar —. Yo mismo lancé su cuerpo al río, hace seis años.

De la Serna sonrió sin asomo de humor.

—Ya. Pues, o fue revivido por una sirena de agua dulce, o fallaste en algo.

Santos tembló imperceptiblemente, sopesando una posibilidad recurrente para él. Una idea que no había dejado de atormentarlo desde aquella fatídica noche. Un pensamiento que se guardó para sí, como hacía siempre que lo asaltaba, sin osar comunicárselo a su jefe.

—Ordenaré a mis hombres que vigilen todas las salidas del edificio —declaró, confuso aún—. Sí de verdad está aquí, lo encontraremos.

Esperó hasta ver asentir al candidato antes de darse media vuelta. Solo entonces echó a correr por el pasillo con el walkie en la mano, repartiendo órdenes a diestro y siniestro a través del aparato. A su espalda, de la Serna forzó una sonrisa, se levantó y se acercó a los miembros de su equipo como si nada hubiera ocurrido. Dispuesto a comentar los detalles de su última intervención pública. Su habitual sangre fría acudió en su ayuda permitiéndole recomponer, en unos pocos segundos, la imagen de líder salvador de un país al borde del abismo.

El coche se detuvo en la puerta del auditorio en el mismo momento en que salía él. Se subió el cuello del abrigo, aprovechando la excusa del frío como coartada para ocultar su rostro, y caminó con la cabeza gacha. Alcanzó la puerta del vehículo en un par de zancadas.

—Vámonos —ordenó ya dentro del coche. A lo que el hombre al volante obedeció al instante.

—¿Te ha visto? —preguntó este, girando un momento la cabeza hacia atrás.

Él le sonrió desde el asiento trasero.

—Deberías haber visto su cara. Por un momento llegué a creer que iba a

darle un ataque al corazón.

—Una lástima que no haya sido así. Nos habría ahorrado un montón de trabajo.

—Y también un montón de diversión. —Recorrió la cicatriz que le surcaba el lado izquierdo de la cara, de la frente al pómulos, con la yema de los dedos. Notando el tacto rugoso de la delgada línea dibujada en su piel de manera permanente—. No he llegado hasta aquí para que unos achaques de viejo me impidan acabar con ese bastardo.

El chófer no respondió. Detuvo el coche en un semáforo y el relente que empezaba a acumularse en la luna delantera descompuso la luz roja en un sinfín de diminutos puntitos.

—No sé si esto es buena idea —dijo al fin, con aire reflexivo. Sumido en la contemplación de los pequeños haces de luz escarlata.

—¿Ahora vas a echarte atrás? —bromeó el que ocupaba el lugar del pasajero, mirando lo poco del perfil de su interlocutor que podía ver desde donde estaba.

—No, claro que no. Quiero que ese malnacido pague por todo lo que ha hecho. Lo que digo es que te arriesgas demasiado.

El semáforo tornó de rojo a verde, dando vía libre para seguir circulando. El conductor no se lo pensó y reemprendió la marcha por unas calles que, poco después de la puesta de sol, bullían con la alegría de los transeúntes. Escolares que salían de sus clases, oficinistas que daban por concluida la jornada laboral o amigos que se reunían en la puerta de algún bar para compartir mesa y confidencias. Una estampa que reflejaba el encanto de la vida normal, de una existencia al margen de venganzas y planes urdidos en la sombra.

El otro se inclinó hacia delante, colocándole una mano en el hombro y

oprimiéndoselo con afecto.

—No te preocupes demasiado por mí, Fidel —pidió de un modo que sonó a gratitud—. Después de todo, Jerónimo Danta es un hombre muerto. ¿Qué mal podrían hacerme, cuando ni siquiera existo?

Aguardó toda la tarde con el alma en vilo. Temiendo, con cada coche que oía pasar cerca de la casa, que él hubiera llegado. La vivienda estaba bastante retirada de la ciudad, en una urbanización privada de la sierra madrileña, por lo que el tráfico no era muy profuso. Quizá por eso su estómago seguía encogiéndose cada vez que la luz de unos faros se colaba por la ventana, iluminando el cuarto de un modo fantasmal. Era un hecho tan esporádico que aún conseguía asustarla.

Lo curioso fue que, pese a estar tan alerta como un soldado en territorio enemigo, cuando ese hombre entró en la habitación —su habitación— la pilló desprevenida. No hubo luces de faros, ni ruido de motor, ni siquiera el sonido de unos pasos subiendo las escaleras. Nada que la ayudara a anticipar su presencia. El pomo de la puerta comenzó a girar de improviso, como impulsado por la mano de un fantasma.

Abril, que llevaba un buen rato sentada en el borde de la cama sin tener nada mejor que hacer, se levantó tan pronto se percató de que la puerta comenzaba a abrirse. Tan rápido que le costó mantener el equilibrio sobre los altísimos y finísimos zapatos de tacón que Rómula le había hecho ponerse. No estaba acostumbrada a usar ese tipo de calzado, por lo que se veía obligada a hacer acrobacias para mantener la estabilidad.

Contuvo el aliento, sintiendo que la vida se le escapaba mientras la puerta despejaba la salida que había estado bloqueada toda la tarde. Cuando terminó, cuando el hueco del pasillo quedó visible y la figura del desconocido al que

había sido entregada apareció en él, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener el llanto.

No quería llorar. Eso sería tan infantil, tan humillante... Pero no era fácil mantenerse serena en una situación así. No creía que ninguna mujer estuviera preparada para experimentar lo que ella estaba experimentando. Lo que aún tendría que experimentar.

Jamás se había quejado de la falta de habilidades paternas de su progenitor. Cada uno es como es y no se le puede exigir más de lo que está capacitado para dar. Así, al menos, pensaba la joven. Tan dispuesta a perdonar siempre las faltas de los demás. Pero, en ese momento...

En ese momento ser condescendiente con él era una misión imposible. En ese momento, el innegable sentimiento de odio que le inspiraba su padre la asustaba.

La sorpresa hizo que las cejas de Jero se elevaran al llegar al dormitorio y encontrar allí a esa muchacha. De entrada, le costó asimilar su presencia.

—Imagino que tú eres el cheque al portador de Galván —dijo, recordando quién era ella y qué estaba haciendo en su habitación.

La chica, una adolescente apenas, agachó la cabeza, ocultándole la mirada. Lo que no evitó que él notara que las lágrimas empezaban a agolparse en sus ojos.

¡Oh, no! Por favor, que a esa chiquilla no le diera por ponerse a llorar. Los dramas nunca habían sido lo suyo. No se le daba bien lidiar con ese tipo de situaciones, y ya tenía bastantes cosas de las que ocuparse para añadir a la lista la tareas consolar a una niña.

—Abril —la llamó suavizando el tono—. Ese es tu nombre, ¿verdad?

Ella asintió y él avanzó un par de pasos. Los mismos que retrocedió la muchacha, consiguiendo que la distancia que los separaba se mantuviera

igual. Jero esbozó una sonrisa, divertido por la hábil maniobra.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —bromeó, mostrándole las palmas de las manos para corroborar su buena intención.

Abril alzó la cabeza, mirándolo con unos ojos grises cubiertos de agua. Aunque, más que en sus ojos, Danta se fijó en su atuendo. Le resultaba más propio de una cabaretera francesa de principios del siglo XX que de la jovencita de rostro angelical que tenía delante. Sin duda, aquello era obra de Rómula. La anciana poseía un gusto por lo sórdido que resultaba preocupante. El vestido rojo, abierto a un lado mostrando la pierna derecha de la chica desde el tobillo hasta la ingle; el escote en V que llegaba poco más arriba del ombligo; el excesivo maquillaje y aquel rodete de señora de pueblo en un día de verbena. Más que su libido, el trabajo de la criada excitaba su hilaridad.

Una lástima porque, en realidad, la muchacha era bonita. Muy bonita, de hecho. De un modo lánguido, eso sí. Propio de princesita de cuento: dulce, ingenuo y aniñado. Un estilo que no tenía nada que ver con él. Jero no era aficionado al azúcar. Ya de niño prefería el plato fuerte al postre. Pero, gustos personales al margen, no podía negar que la hija del sinvergüenza de Galván era una belleza.

Hizo un nuevo intento de acercamiento y, en esta ocasión, ella no se retiró. Aunque se notó demasiado que le costó Dios y ayuda mantener los pies quietos. Jero la observó más de cerca y Abril volvió a esconderle el rostro, arrancándole otra sonrisa.

Aquello tenía gracia. Mucha.

¿Qué se suponía que hiciera con esa niña?

—Acuéstate en la cama.

La orden le provocó el gesto espontáneo de abrazarse a sí misma, como si

intensase protegerse.

Era el momento, ya había llegado. No fue una sorpresa, sabía a lo que iba a esa casa desde mucho antes de poner un pie en ella. Pero el conocimiento no hacía que el asunto resultara más sencillo.

Ni siquiera sabía qué esperar de aquel encuentro. Aunque hacía casi un mes que salía con Carlos, su novio, todavía no habían traspasado la barrera de los abrazos y los besos. Ese era el límite de la intimidad que había compartido con un chico. Conocía la técnica, por supuesto, pero no lo que sentiría al ponerla en práctica y la incertidumbre la asustaba. Eso por no hablar de que pensar que la primera vez que se entregaría a un hombre sería una mera transacción comercial le resultaba tan humillante como repugnante.

Tardó una eternidad en llegar a la cama. Así se lo pareció a ella y también a Jero, que la veía moverse con la misma velocidad que un koala. Cuando llegó se dejó caer en el filo del colchón, abrazándose aún. En el otro extremo de la habitación él comenzó a desnudarse. Se quitó primero la chaqueta y luego se desabotonó la camisa. Cuando se hubo despojado también de esta, dejando al descubierto la parte superior de su musculado cuerpo, Abril no pudo soportarlo más. La visión de la espalda masculina la hizo derramar las lágrimas que a duras penas había estado conteniendo hasta entonces. Danta prosiguió con su desnudo sin prestarle atención, desabrochándose el cinturón al tiempo que le lanzaba una mirada por encima del hombro.

—¿Se puede saber por qué lloras? Te estoy dejando el mejor lugar.

La muchacha siguió gimoteando sin intentar siquiera descifrar qué era eso de «el mejor lugar». Lo que ese hombre dijese le importaba más bien poco. Lo único en lo que podía pensar era en lo cerca que estaba de convertirse en digna merecedora de los insultos de Rómula.

—Puedes dormir en la cama, yo me quedaré aquí —aclaró Jero pese a la

falta de respuesta. Señalando el diván que tenía a su derecha, cerca de la ventana—. Así que sécate esas lágrimas. Soy yo el que se lleva la peor parte.

Ahora sí, los sollozos se silenciaron. Contenidos por la más absoluta incompreensión.

¿Dormir en el diván? ¿Significaba eso que no tenía intención de compartir cama —con todo lo que implicaba— con ella? Aquello sí que no encajaba con lo que había esperado del encuentro.

Con las cejas unidas en una sesuda expresión, Abril lo observó mientras él buscaba en sus cajones una muda de ropa con la que, después, se metió en el baño. Escuchó el ruido de la ducha y, a ratos, el estribillo de alguna canción que Jero silbó con una entonación más que cuestionable.

Poco a poco el miedo remitió, dejándole una sensación de casi seguridad. Decidió que, por lo menos, podía sentirse así el tiempo que él estuviera allí dentro. Se secó las lágrimas, llenándose las mejillas y el dorso de las manos de manchurriones de rímel. Se descalzó, se cobijó bajo el edredón hasta la coronilla y rezó para no haber malinterpretado las palabras de ese hombre.

No pegó ojo en toda la noche. Seguía despierta cuando él salió del baño, aunque fingió dormir profundamente. Encogiéndose ante cada ruido que oía a su alrededor y no podía identificar con los párpados cerrados. Los sonidos se extinguieron cuando Jero se acostó en el diván y apagó la luz para rendirse al sueño. Pero Abril siguió alerta, temiendo sentir sus manos sobre ella en cualquier momento.

Así la sorprendió el día. Tras una noche eterna el sol se asomó al otro lado de las cortinas y Jerónimo Danta, creyéndola aún dormida, se vistió y salió de la habitación intentando no perturbar su sueño. Solo entonces la muchacha comenzó a creer que él no tenía intención de tocarla.

Al menos, por el momento.

2

Capítulo 2

Fingió no darse cuenta de su presencia. A pesar de que la notaba con la misma intensidad con la que se nota la lluvia cuando te olvidas el paraguas en casa. La sabía ahí, clavada al suelo, intentado decidir si entrar en el salón comedor o no. Asomada tras la puerta como una niña que teme ser reprendida por sus mayores. Le resultaba asombroso que alguien tan menudo pudiera armar tanto jaleo con cada uno de sus movimientos. Incluso de sus respiraciones. Esperaba sinceramente que la chica no tuviera intención de ganarse la vida como espía porque, de lo contrario, estaría condenada a morir de inanición.

—¿Te gusta el café frío? —inquirió sin dejar de leer los titulares del periódico, llegando a la conclusión de que ella no se movería por voluntad propia.

La inofensiva pregunta hizo que el cuerpo de Abril se envarase, igual que si su vida dependiera de la respuesta que fuese a dar.

—Digo que si te gusta el café frío —repitió Jero al no obtener ninguna reacción por su parte. Esta vez girándose un poco en la silla para lanzarle una

mirada por encima del hombro—. Porque es lo que vas a desayunar si no entras y te sientas de una vez.

Aun después de saberse descubierta la muchacha dudó. Seguía sin estar muy segura de si debía tomar asiento a la mesa o, por el contrario, esperar a que él terminara de desayunar. La situación era tan extraña, y tan incómoda, que era incapaz de prever la etiqueta a seguir en tales circunstancias.

—No me gusta el café —repuso, aventurándose con pasos trémulos por el comedor. Eso era lo que él quería, ¿no? ¿Su última frase no había sido una especie de invitación? —. Solo la leche con cacao.

La aclaración pintó una sonrisa en el rostro del hombre.

—La leche con cacao —repitió en voz baja. Haciéndose eco de sus palabras sin apartar los ojos de las noticias impresas en el papel.

Abril tomó asiento en una silla frente a la que ocupaba Jero, preguntándose a qué vendría aquella sonrisilla. ¿Podría ser que sus gustos le resultasen infantiles? Agarró una tostada de un planto repleto de ellas, meneando la cabeza con desaprobación. Qué pensara lo que se le antojara. De todos modos, a ella lo mismo le daba su opinión. No tenía ninguna intención de dejar una buena impresión en ese tipo.

Cogió el cuchillo y, tras recoger un poco de mantequilla en él, la usó para untar la tostada que tenía en la mano. Todo en medio de un silencio solo roto por el sonido de los dientes del cubierto al deslizarse sobre el pan crujiente.

Resultaba incómodo.

—Quería darte las gracias por lo de anoche —dijo, esperando que la conversación ayudara a aligerar la tensa atmósfera.

Tendría que vivir en esa casa durante un tiempo. Esperaba que corto, aunque no estaba segura. Lo único que sabía era que su permanencia allí sería indefinida. Dependiendo de lo que su padre tardara en reunir el dinero que le

debía a Danta. Por ello estaba decidida a intentar llevarse lo mejor posible con todos los que habitaban el domicilio. Si incluso lo había intentado con Rómula, ¿por qué no tratar de tender un puente, también, con el dueño de la casa?

—¿Te refieres a que no te arranqué la ropa y te hice mía a la fuerza? —apuntó Jero sin apartar los ojos de su lectura.

La muchacha tragó saliva.

Pues no, no se refería a eso. Sino a que accediera a pasar la noche en el diván cediéndole a ella la cama. Aunque, bien mirado, igual debería extender su agradecimiento también a ese gesto de humanidad.

¿Todo aquello tenía algún sentido?

Recogió otro poco de mantequilla con el cuchillo para seguir untando la tostada. Utilizando la actividad como excusa para eludir el rubor que ya se había adueñado de sus mejillas.

—No hay de qué. —Divertido por su reacción, Jero dobló el periódico y lo hizo a un lado, abandonándolo sobre la mesa—. Solo para que te quedes más tranquila —añadió adoptando un tomo más serio— te diré que tengo por norma no meter en mi cama a ninguna mujer que no desee estar en ella. —Aquella declaración de principios consiguió que el rubor de la joven se acentuase—. De modo que no tienes nada que temer de mí. No, en ese sentido.

Danta agarró su taza y se la llevó a la boca, apurando el café que quedaba en ella.

—Te necesito a mi lado como garante de que tu padre me pagará, eso es todo —declaró dejando la taza, ya vacía, sobre el platito junto al que estaba el periódico—. A parte de eso, no tengo intención de tomar nada de ti.

Se levantó, abrochándose los botones de la chaqueta con dedos ágiles.

Aunque no entendió por qué, a Abril esa visión le provocó un escalofrío que nació del centro de su ser. En un rincón de cuya existencia ni siquiera era consciente.

—Me voy, y tú también deberías hacerlo. No querrás llegar tarde a clase. Tengo entendido que estudias Bellas Artes, ¿no es así?

—Sí —respondió, tan escueta como tímida.

¿Qué era lo que estaba insinuando ahora? ¿Qué podía continuar con su rutina como si nada hubiera sucedido?

—Entonces, termina de desayunar y prepárate —la apremió ese hombre, que le resultaba más raro por segundos, consultando la hora en su reloj de muñeca.

Predicando con el ejemplo, Jero se encaminó a la puerta.

—¿Puedo seguir asistiendo a clase? —preguntó Abril, solo para cerciorarse que no había entendido mal.

Él, ya en los límites del pasillo, se giró a medias para mirarla.

—Puedes ir a clase y a donde quieras —le aclaró con actitud seria, para que no le cupiera duda de la honestidad de sus palabras—. Aunque uno de mis hombres te seguirá en todo momento. Espero que entiendas la precaución.

No la comprendía. No comprendía absolutamente nada. No era para eso para lo que su padre le dijo que la enviaba allí. Y no es que le desagradara el cambio, nada de eso. Simplemente... era desconcertante. Pese a todo asintió, como si se hiciese perfectamente cargo de la situación.

El hombre abandonó la estancia y ella, intentando aún digerir su condición de no prisionera-tampoco huésped, le dio un mordisco a la tostada en lo que fue un movimiento mecánico. El exceso de mantequilla que había

puesto en el pan la hizo arrugar el ceño. El sabor pringoso, que se agarraba a la garganta, le sirvió en cierto modo para retomar contacto con la realidad.

Eran las siete. Debía apurarse si quería llegar a tiempo a la primera clase.

—¿Por qué yo?

Todavía no había terminado de abrir la puerta cuando Raúl se abalanzó sobre él, blandiendo su protesta como un arma mortífera. Lástima que Jero ya estuviera más que acostumbrado a esas balas camufladas tras la fachada de pataleta infantil. Conocía al chico desde que era un crío. Superada la adolescencia, sus lloriqueos habían dejado de afectarle.

—Buenos días —saludó tranquilamente a los dos hombres que aguardaban en el jardín, pasando del berrinche del más joven de ellos.

—¿Por qué me toca a mí comerme el marrón de hacer de niñera?

El muchacho, poco dispuesto a dejarlo escapar tan fácilmente, se interpuso en su camino impidiéndole llegar al coche. Lo estaba obligando a ofrecerle una razón y él no tenía ningún interés especial en negársela. Así que, en vista de su empecinamiento, abrió la boca con toda la intención de concederle el deseo.

—Tenéis edades similares —dijo con la mayor sencillez del mundo—. Por eso pensé que, de todos nosotros, tú serías el que mejor congeniaría con ella.

No le satisfacía. El motivo por el que había estado clamando no se correspondía con lo que Raúl deseaba oír. Claro que, para que lo hiciera, Jero tendría que haber revocado la orden que lo convertía en vigilante de Abril. Los dos lo sabían, precisamente por eso Danta consideraba tonto gastar tiempo en una charla que no los conduciría a ningún lado.

—¿El que mejor congeniaría con ella? —repitió el chico—. ¿El que mejor

congeniaría con ella? —. Volvió a preguntar, solo para dejar claro su descontento—. ¡Y una mierda! Yo no congenio con princesitas que estudian arte. ¿Qué se supone que haga? ¿Qué la siga todos los días a su estúpido colegio para niños pijos y le aguante las bolsas mientras ella quema la tarjeta de crédito de tienda en tienda? ¿Por qué me sigues alejando de la acción, tío?

Más allá del hombro de Raúl, Jero vio a Fidel sonriendo de oreja a oreja. Apoyado en el capó del coche, con los brazos cruzados sobre el pecho, su amigo no hacía el menor esfuerzo por esconder que se lo estaba pasando en grande.

Dejó caer una mano en el hombro del muchacho, mirándolo con la intensidad de quién está a punto de revelar un secreto crucial.

—Porque —empezó a decir, reforzando la presión de los dedos para dar mayor empaque a sus palabra— sigues teniendo pataletas que me hacen dudar que tu madre te haya cambiado el pañal antes de dejarte salir de casa.

Raúl, que ingenuamente había esperado una confesión de más envidia, tardó unos segundos en reaccionar a la observación. Cuando lo hizo, y cayó en la cuenta de que volvía a ser víctima de una broma de esos dos, estalló en un bufido que mostró que las palabras de Danta eran algo más que un chiste.

—¡Joder! —gritó, liberándose de la mano que aún reposaba en su hombro—. ¿Por qué todos os empeñáis en actuar como si fuerais mi padre? ¿Y mis colegas se quejan de que sus viejos son unos plastas? ¡Gilipollas! No pueden imaginarse lo que es tener a una manada de padres sobreprotectores y tocapelotas...

Jero lo rebasó, dejándolo en la escalinata de la entrada pataleando y berreando como el bebé que aseguraba que no era.

—Es una chica muy simpática. Te caerá bien, ya lo verás —dijo, por encima de los ecos del berrinche, intercambiando una mirada con el divertido

Fidel.

—Si tan estupenda es, ¿por qué no te la tiras y la envías de vuelta con su papaíto? Se supone que para eso la trajiste aquí.

Las protestas no acabaron ahí pero, por fortuna para los dos hombres que dejaba en el jardín, quedaron amortiguadas cuando entró en la casa. Cerrando con un portazo que bien podría haber hecho temblar los cimientos del edificio.

—Tiene un mal día —lo excusó Fidel, dejando que la sonrisa que tiraba de las comisuras de sus labios se filtrara también a su voz.

El otro lo miró como si acabara de oír una blasfemia.

—¿Es que tiene alguno bueno? —quiso saber, emulando al hombre que le hacía de chófer al usar el capó del vehículo como asiento.

Con la mirada prendida de la copa de uno de los árboles que adornaban el jardín, Fidel respondió:

—No, ese imbécil tiene un carácter de mil demonios. —Su sonrisa se hizo más amplia, contagiándose a los labios de Jero. Ambos estaban de acuerdo. El muchacho había llegado a ellos siendo apenas un niño y, ya entonces, sus enfados eran dignos de ser tenidos en cuenta—. Sin embargo, hay algo en lo que no le falta razón.

Su compañero giró el cuello para mirar aquel perfil severo y rotundo, tan parecido al de los indios que pueblan las praderas en las películas del Salvaje Oeste.

—¿Quieres que lo ponga en primera línea? —preguntó francamente sorprendido. Sabía que Fidel, como todos los demás, como él mismo, cuidaba de Raúl olvidando, la mayoría de las veces, que ya no era el niño que conoció años atrás.

—No —negó este al instante, sin darle casi tiempo para terminar de

formular la pregunta—. También prefiero mantenerlo al margen. Como él acaba de decir, en cierto modo todos lo vemos como a un hijo. — Ahora fue Fidel quien giró el cuello, enfrentado la mirada de su interlocutor—. Lo que no termino de entender es qué estás haciendo con esa niña.

La mirada de Jero vagó hasta las hojas, mecidas por el viento, del árbol que los ojos de su amigo acababan de abandonar.

—¿Qué os pasa últimamente a todos? ¿Os habéis puesto de acuerdo para decidir sobre mi vida sexual? —bromeó—. Ayer, cuando llegué a casa, Rómula me había metido a la chica en la habitación. Me la dejó envuelta en lazo, a su modo, ya sabes, para mi disfrute personal. Reconozco que la manera en que os preocupáis por mí es verdaderamente conmovedora.

—Admitirás que es lo más lógico, teniendo en cuenta que aceptaste la oferta de su padre —repuso el otro, preguntándose qué pretendía que pensarán después de eso.

—Lo hice porque sabía que, si me negaba, ese desgraciado terminaría ofreciéndosela a otro que podría no ser tan escrupuloso como yo. —Le dio un puñetazo a su amigo en el hombro, a modo de divertida protesta—. Aunque no te lo creas, soy un tío con principios

Recordó la primera vez que vio a Abril. Fue allí mismo, en ese jardín. Teodoro Galván la llevó con él seguro de que, después de conocerla, Jero no tendría ningún reparo en concederle una prórroga para pagar su deuda. A cambio, claro, de dejarle tener a su hija. Ella no llegó a entrar en la casa. Se quedó allí fuera, ajena al hecho de que se había convertido en una pieza de los negocios de su padre. Jugando con un niño por el que se dejaba alcanzar, permitiéndole creerse vencedor de cada ronda de pilla-pilla que disputaban.

Aceptó. Por supuesto que lo hizo. Era imposible negarse a la oferta de Galván. Lo que ese desgraciado no imaginaba era que su acuerdo a quedarse

con la muchacha no estaba motivado por la lujuria a la que apelaba. La visión de Abril en su jardín, al otro lado de la ventana desde la que ambos la contemplaban, despertó en Jero más ternura que pasión; más lástima que deseo.

¿Qué podía pasar por la cabeza de un padre para llegar al extremo de utilizar a su hija de semejante modo? Él no tenía hijos pero, aun así, lo que Galván estaba haciendo le resultaba imposible de tragar. Le daba demasiado asco.

—¿Es fea? —quiso saber Fidel, terminando de confirmarle la poca fe que tenía en su moral.

—Para que lo sepas, la cría es una preciosidad —replicó Danta, a la defensiva, con la indignación atenuada por la diversión—. Parece la protagonista de una película de Disney.

El otro fingió sorpresa.

—¿Tú ves películas de Disney?

Jero le rio la gracia, aunque un poco escocido por la falta de seriedad con la que su mano derecha se lo estaba tomando esa mañana.

—Ve a reírte de tu padre, anda.

Se levantó del capó y rodeó la parte delantera del coche para entrar en él.

—Pregunto porque te veo muy puesto en el tema. Nada más.

Fidel lo imitó. Él, tomando el sitio del conductor.

La disputa no quedó ahí. Continuó, en el mismo tono, mientras el motor arrancaba y el coche salía del jardín para dirigirse a la autopista.

—¡GAAARRRRRRHHHHHHH!

Fue como un terremoto, un choque entre dos locomotoras fuera de control, un tsunami que arrasó con los objetos dispuestos en la vitrina sin

permitir que uno solo de ellos permaneciera en pie. Ildefonso miró el estropicio. Tenía los ojos desencajados y la respiración dificultosa. Aun así, había hecho gala de una puntería envidiable. Con tan solo una inofensiva carpeta consiguió un pleno. Ni en sus años en la mili había logrado una mejor marca como tirador.

—Dijiste que no estaba allí —murmuró con la voz contenida por la ira—. Dijiste que revisaste cada maldito rincón y que no encontraste ni rastro de ese condenado hijo de perra.

Terminó el alegato con una de esas subidas de tono que hacían las delicias de sus votantes. Solo que, en esta ocasión, no necesitó ensayar durante horas delante del espejo para lograr el efecto esperado. Le salió natural. Su pasión se ensalzó hasta llegar al límite impulsada por sus altos niveles de rabia. Los cuales volvían a estar al máximo después de que hubiera logrado nivelarlos, a duras penas, emprendiéndola contra el mobiliario.

—Así es. —Frente a él, manteniendo el tipo con los nervios de acero que su profesión había convertido en un hábito, estaba Santos—. Mis hombres y yo hicimos un exhaustivo barrido del auditorio. No encontramos nada sospechoso. No había ni rastro de Danta.

—Ni rastro de Danta —se mofó el candidato a la presidencia, permitiendo a su enfado tener un resquicio de humor negro—. En ese caso, ¿cómo se explica eso?

Apuntó con el índice a la fotografía que, huida del interior de la carpeta convertida en proyectil, reposaba en el suelo. Aunque desenfocada y borrosa, Ildefonso no tenía la menor duda sobre la identidad del hombre retratado en la instantánea. El que lo observaba desde las sombras, con la mirada retadora de quien no tiene nada que perder, era, ni más ni menos, que aquel que su

guardaespaldas y hombre de confianza se empeñaba en asegurar que estaba muerto.

¿Le habrían dado permiso en el más allá para que asistiese a su discurso? Sabía que su fama iba en aumento. Había puesto no poco esfuerzo en convertirse en uno de los políticos más conocidos y admirados por los españoles. Pero, aun así, dudaba que su poder de convocatoria hubiese llegado a tan altas esferas.

Lo peor de todo era que la instantánea, sacada de las grabaciones de las cámaras de seguridad del lugar en el que se celebró su último mitin, ni siquiera fue obtenida por esa panda de ineptos que decían velar por su seguridad. No; había llegado a él, esa mañana y sin remitente, de la mano de una fuente mucho más inquietante. Una que se había tomado la molestia de escribir en el dorso de la imagen, con letra clara y perfectamente legible, «te estoy observando». Un mensaje escueto, apenas una frase. Pero más que suficiente para que el cielo despejado de esa mañana de otoño se cubriera para De la Serna de un manto de nubes grises que anunciaba tormenta. Una que amenazaba con destruir todo lo que pillara a su paso.

Ni siquiera era capaz de mirar la fotografía sin que un rotundo escalofrió lo recorriera de la coronilla al tobillo.

—No me lo explico. Realmente no puedo entenderlo —manifestó Santos. Tan desconcertado, o incluso más, que el propio Ildefonso—. Miramos minuciosamente las grabaciones de ese día, no se nos escapó ni un milímetro de cinta. Y puedo decir que este hombre no estuvo allí. Quizá se trate de una imagen antigua. Puede que haya alguien que quiera jugarle una mala pasada. Alguien que intenta desestabilizarlo.

Eso era lo que quería creer, lo que necesitaba creer. Sin duda porque, contrariamente a lo que se empeñaba en afirmar, en el fondo sabía que la

posibilidad de que Jerónimo Danta hubiera vuelto de entre los muertos no era tan descabellada como intentaba hacer ver a su jefe.

El político rodeó su escritorio y se acercó al ventanal que quedaba tras la mesa. Al otro lado del cristal, Madrid se movía al ritmo vertiginoso de un día cualquiera. Un jueves de octubre en el que los atascos, las protestas de los furibundos cláxones de los aún más furibundos conductores y las jugadas suicidas de los peatones que se lanzaban a los pasos de cebra sin tomar en cuenta el tráfico no faltaron a su cita diaria.

—Imposible —murmuró. Mirando, sin llegar a ver, la cotidiana estampa que se desarrollaba a sus pies—. No hay nadie, aparte de ti y de mí, que sepa la verdad de lo que ocurrió con Danta.

El guardaespaldas se acercó al estallido de cristales repartidos por el suelo, se acuclilló y recogió la fotografía.

—En ese caso —dijo—, solo hay una opción.

De la Serna se giró para mirar a su hombre de confianza con súbito interés.

—Nos enfrentamos a un fantasma —concluyó este, levantándose con aquella prueba llegada del más allá entre las manos.

3

Capítulo 3

—Míralo. ¿Lo ves? Parece que de un momento a otro le va a salir humo por las orejas, como en los dibujos animados.

Abril tiraba de Nuria. A la que, literalmente, remolcaba calle arriba. Enganchada de su brazo, como de costumbre, su amiga parecía más interesada en analizar minuciosamente al malhumorado escolta al que Jero le había confiado su vigilancia que en no chocar con las personas que transitaban en sentido contrario.

—Ya lo veo —respondió, dándole un halón para evitar que arrollara a un señor. El cual, pese a ser salvado de la colisión, las observó con mala cara—. Y tú deberías prestar más atención a lo que tienes delante.

—¿Por qué? —inquirió la muchacha, risueña. Como si todo aquello no fuera más que un juego—. Lo que hay detrás me gusta más.

Volvió a girarse, dejándose guiar con absoluta confianza y pasando olímpicamente del mosqueo de su objeto de estudio. Aunque era evidente que al chico cada vez le molestaba más el severo escrutinio al que lo estaba sometiendo, a Nuria su ceño fruncido le resultaba adorable.

—Es muy mono —concluyó para sí, mordiéndose el labio inferior igual que un niño goloso delante del escaparate de una pastelería.

—Sí, un encanto —replicó su grúa particular, en absoluto de acuerdo con ella.

Vale, el tal Raúl no estaba mal. A ver, no era un modelo de Calvin Klein, tampoco había que exagerar. Pero reconocía que podía tener cierto atractivo, con esos ricitos oscuros que se retorcían, rebeldes, con cada soplo de viento. Y los hoyuelos que le adornaban las mejillas aun cuando no sonreía. Porque su sonrisa era un misterio que no había desvelado desde que se presentara delante de Abril, esa mañana, arremetiendo en su contra como si le hubiera hecho algo. Comparado con él, Rómula era una malva.

Bueno, igual estaba exagerando un poco. En realidad, el horrible carácter de uno no servía para justificar el de la otra. Y viceversa.

—¡Ay! —Recordando algo, Nuria regresó la vista al frente y se le pegó al costado con aire confidente—. Casi se me olvidaba, tu padre me llamó ayer. Dice que no le coges el teléfono.

—Vaya, qué hija tan desconsiderada soy —se burló, sin mucho humor, obviando el detalle de que si no respondía su móvil era porque no lo tenía con ella. El aparato seguía en poder de la anciana criada de Danta.

—Bueno, tampoco es para tanto. Quiero decir que, después de todo, tú estuviste de acuerdo con esto.

Abril se fingió distraída, buscando entre los letreros de las tiendas dispuestas a lo largo de la calle el rótulo de la papelería a la que se dirigía. Era un establecimiento antiguo, abierto al público desde principios del siglo XX. Nuria decía que todo lo que compraba allí olía a moho y a antiguo, pero ella amaba ese aroma. Le encantaba la fragancia que se desprendía de sus

cuadernos de dibujo al abrirlos. La prefería al olor aséptico de los materiales que podía adquirir en cualquier papelería de unos grandes almacenes.

—Sí, es verdad —respondió aparentando desinterés, como si el tema no tuviera la menor importancia. Era mejor que terminar llorando otra vez. Ya había cubierto su cupo de lágrimas para, por lo menos, los próximos seis meses—. Pero no lo hice por él, sino por Teo.

Teo, el pequeño Teo, su único hermano, era una pieza clave que su padre sabía utilizar con maestría cada vez que quería obtener algo de ella. Bastaba con que dejara caer la insinuación de enviarlo a una de esas instituciones especializadas en el cuidado de «personas como él» —recurridas palabras que Teodoro Galván usaba al referirse a su hijo pequeño— para que Abril dejara de lado cualquier reticencia. Mantener a su hermano a su lado era un motivo más que suficiente para renunciar, incluso, a su libertad.

—Vale, por lo que sea. Pero estuviste de acuerdo —insistió su amiga—. Además, a mí esto no me parece tan horrible. Es como una de esas novelas. Ya sabes —la miró con una picardía un tanto ingenua—, *Esclava de tu lujuria*, o algún título por el estilo.

Muy a su pesar, Abril no tuvo más remedio que reír.

El problema de Nuria era que había leído demasiadas novelas románticas. Eso, unido a la falta de experiencia propia de su juventud, la llevaba a tener una visión distorsionada de la realidad. De ahí que estuviera tan excitada con el lamentable asunto que protagonizaba su amiga. Inconsciente del verdadero calado de la situación, se sentía dentro de uno de esos libros que leía en la intimidad de su habitación. Cuando se suponía que debía estar estudiando. Seguro que su soberana inocencia incluso la había hecho imaginar un final feliz para la historia.

—¿Qué tal es el tipo? ¿Es guapo?

La pregunta delataba la excitación de un niño en la Noche de Reyes.

—No...

—Entonces, ¿es feo?

Ahora, la emoción dominante en la voz de la chica era la desilusión.

—Tampoco.

De la excitación y la desilusión, Nuria pasó a la incomprensión. Aderezada con una dosis de irritación.

—Bueno, pues, ¿cómo es ese tío? No me digas que tu padre te ha enviado con el hombre invisible.

Buena pregunta. ¿Cómo era Jerónimo Danta? Abril no tenía ni la más mínima idea. Había esperado encontrar un depravado baboso y repulsivo. Sin embargo, el que apareció ante ella era un hombre... ¿Considerado? En fin, aunque solo fuera de momento, tenía que reconocer que la había tratado con bastante respeto.

En cuando a su apariencia física...

—Es atractivo. Supongo.

No se había parado a valorarlo. Antes de que Nuria preguntara, lo único que le había inspirado Danta era temor. Pero, mirándolo fríamente, lo cierto era que no estaba nada mal. Eso tenía que admitirlo.

—Es maduro y un poco siniestro, pero no en un mal sentido. No sé si me explico.

La otra, aún enganchada a su brazo, dio un saltito. Asintiendo con entusiasmo para animarla a continuar.

—¿Es rubio o moreno?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Pelirrojo?

—Tampoco.

Lo poco claro de las respuestas reavivó las brasas del enojo de Nuria.

—¿Otra vez? —se quejó, con el brazo libre en la cadera y una expresión recriminatoria en el rostro.

—Tiene el cabello cano —le aclaró antes de que la cosa fuera a más—. Aunque no es muy mayor, no creo que tenga más de treinta y pocos. Sus ojos son oscuros. Lleva la barba un poco crecida, como si no se hubiera afeitado en varios días, y, aunque no es alto, tiene un cuerpo bonito.

La frente de su amiga le cayó en el hombro, escenificando que la recreación del hombre que le describía era demasiado para ella.

—También tiene una cicatriz en el lado izquierdo de la cara. —Abril no se dio cuenta pero, ahora que había empezado a hablar de Jero, tenía bastante que decir—. Me pregunto qué le habrá pasado.

—¿Tal vez un accidente? —apuntó la otra chica, buscando una explicación.

Ella se encogió de hombros. No tenía ni la menor idea de cómo el rostro de Danta había adquirido esa marca indeleble, pero algo le decía que se había hecho con ella de un modo más dramático que el que proponía su confidente.

—Es aquí —anunció frente a la entrada de uno de los locales.

—¡Puf! No me gusta este sitio. Huele a pis.

Las dos amigas entraron en la papelería sin deshacer el enganche de sus brazos. Mientras, el cariacontecido escolta esperó fuera, junto a la puerta. Concediéndoles una intimidad que tenía más que ver con su deseo de no confraternizar con ellas que con una delicadeza de la que carecía por completo.

Nuria lanzó una fugaz mirada por encima de su hombre. Quiso asegurarse de que el joven no las oía antes de preguntar:

—¿Sabes quién más me llamó ayer, a parte de tu padre?

Apoyó los codos en el mostrador, dejándose caer en él con la juguetona actitud de una niña pequeña. La melena oscura le llegaba algo más abajo de los hombros. Al inclinarse hacia delante, la raya, que llevaba a la derecha de la cabeza, hizo que toda su cabellera se agolpase en ese lado. No era fea, tenía la piel clara y unos rasgos delicados que recordaban a las actrices de las películas antiguas. Sin embargo, su mandíbula resultaba demasiado larga, rompiendo la suave armonía del conjunto para darle una apariencia un poco extraña.

—¿Quién? —quiso saber Abril, haciendo entrega a la anciana dependienta de la lista con los materiales que había ido a buscar.

Recreándose en ese juego en el que se había convertido para ella la vida de su amiga, Nuria demoró la respuesta, sonriendo traviesa.

—¿Y bien? —insistió la interesada.

La aludida miró una vez más la espalda del custodio antes de responder:

—Carlos.

—¡¿Carlos?!

—Shhhhh... —la mandó callar al ver que la emoción la hacía perder la discreción, al punto de casi gritar el nombre—. Sí, nuestro héroe salvador —agregó, retomando su adorado papel de personaje de serial—. Bueno, el tuyo. Pero ya sabes que me siento parte de tu novela.

—¿Qué quería? —la apremió su interlocutora, demasiado excitada para intentar seguirle el juego.

Carlos había sido su novio hasta... Pues hasta el momento en que le comunicó que pensaba ofrecerse en sacrificio al prestamista de su padre.

—No puedes pedirme que acepte eso —le había dicho él, con su orgullo masculino herido de muerte—. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Abril no había esperado que acogiera la noticia con alegría. De hecho, esa

reacción no le habría caído demasiado bien. Pero verle levantarse, dejándola plantada en la cafetería en la que habían quedado sin mostrar la consideración de pagarse su café, fue un golpe demasiado duro.

Le entendía, por supuesto que lo hacía. Pero, ¿quién la entendía a ella? Ni siquiera Nuria, inmersa en ese mundo de fantasía en el que vivía, era capaz de hacerse una idea de cómo se sentía.

—Verte. Me imagino que querrá arreglar la pifia de la última vez. Toma.
—Su amiga sacó una notita del bolso y se la pasó con disimulo.

Abril leyó el papel. En la hoja, Carlos solo había escrito: «Puerta principal Estación de Atocha. 6, 30 p.m.».

Un suspiro escapó de los labios de la destinataria.

—No puedo. Ya has visto a mi perro guardián —hablando con la desilusión de quien sabe que está atado de pies y de manos hizo un gesto con el dedo pulgar, apuntando a Raúl por encima de su hombro.

—Ahí es donde yo entro en escena, pequeña.

Nuria le guiñó un ojo y, sin más preámbulos, se alejó del mostrador para doblarse por la cintura y comenzar a aquejarse igual que si estuviera sufriendo un ataque de apendicitis.

—¡Nuria!

Abril corrió a socorrerla, agarrándola por la cintura para ayudarla a incorporarse. Cosa que la otra ni siquiera intento hacer.

—¿Pero, qué le pasa? —preguntó la alarmada dependienta, que salió del almacén al oír los desgarradores gemidos de la joven.

—¿Qué ocurre? —Raúl hizo lo propio, entrando en el establecimiento con una mirada esperanza.

Quizá, después de todo, aquel trabajo no iba a resultar tan aburrido como él esperaba. Puede que el padre de la princesita hubiera ideado algún plan

para arrebatársela de las garras de Jero. Lo que, por otra parte, era lo que cualquier padre normal haría. Y ahí estaba él, más que dispuesto a impedirsele.

—No lo sé. Estaba tan bien y, de pronto, se ha puesto así.

El custodio se acercó a las muchachas, mirando a la que se retorció sobre sí misma con un evidente escepticismo.

—Son los ácaros —dijo Nuria, con fingida dificultad, para aclarar las dudas de los presentes—. Soy alérgica al polvo y aquí lo hay en cantidad suficiente para rellenar el desierto. No se ofenda. —Se volvió hacia la tendera y la mueca que contraía sus facciones se suavizó cuando le ofreció la disculpa.

La mujer, verdaderamente preocupada, hizo un gesto con las manos. Expresado que, en ese momento, el desafortunado comentario era lo de menos.

—Alergia al polvo. —Raúl, por su parte, se mantenía incrédulo—. No soy médico, pero me parece un poco exagerado...

—Alergia de grado sumo. Es una alergia de grado sumo, la peor que existe. Si no se trata a tiempo, puede incluso llegar a ser mortal.

Abril, a quien el desmedido embuste de su amiga alivió de cualquier preocupación que hubiera albergado sobre su salud, contuvo la sonrisa. Ahora se daba cuenta de lo que se proponía.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó con cara de no haber estado tan preocupada en toda su vida.

—El hospital, tenéis que llevarme al hospital. Allí me administrarán la medicación que necesito.

—Espera un momento. —El cancerbero, que continuaba observando la escena sin terminar de decidirse a formar parte de ella, levantó un puño del

cual solo el dedo índice, estirado cuan largo era, quedó libre—. ¿Tienes una alergia que puede resultar mortal y vas por ahí sin el tratamiento que debes tomar en caso de que te dé un ataque?

Se cruzó de brazos mirándolas con cara de «¿qué creíais, chicas? A mí no me la dais».

Nuria tuvo que reconocer que era más listo de lo que había pensado. Una lástima, los hombres bobos eran su debilidad.

—Precisamente por eso. ¿Crees que los fármacos que necesito se recetan así, porque sí? Nadie que no sea médico puede administrarlos.

La expresión de Raúl cambió levemente, evidenciando que se encontraba en una encrucijada.

Vale, igual no era tan espabilado como había supuesto. Le devolvía los puntos que le había quitado.

—Vamos, ayúdame —pidió Abril, aprovechando el instante de vacilación del inseguro joven—. Cada segundo es vital. Hay que llevarla al hospital antes de que sea demasiado tarde.

Odiaba mentir, por eso no lo hacía nunca. Ella era una buena chica. Pero, si no aprovechaba la oportunidad, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera volver a ver a Carlos? ¿Querría él hablar con ella entonces? Lo que se jugaba era demasiado importante para andarse con melindres.

—Sí, será mejor que me cargues en brazos. —Nuria, por su parte, no dejó pasar la oportunidad de establecer contacto físico. Se enganchó al cuello de Raúl como una lapa—. No creo que pueda andar.

—Genial. ¿Y qué se supone que haga con ella? —se quejó él, completamente superado por la situación.

—Llévala en la moto —indicó Abril.

—¿En la moto? ¿Cómo vamos a ir los tres al hospital en la moto?

¿Quieres que me pongan una multa?

—Esperaré aquí —aseguró, apresurándose a agregar: —Te juro que no me moveré hasta que vuelvas.

Un momento. «¿Esperaré aquí?». ¿Había dicho «te juro que no me moveré hasta que vuelvas»? ¿Eso significaba que iba a tener que perder de vista a la muñequita?

¡Ni hablar! Aquello se salía de las órdenes dictadas por Jero.

Nuria, lo bastante cerca de él para notar su instante de vacilación, se pegó más. Hundiendo la frente en el hueco entre el hombro y el cuello de Raúl.

—¡Ay! —se lamentó con voz débil—. No creo que aguante mucho más —declaró dramáticamente, descargando todo el peso de su cuerpo en el del muchacho.

El gesto bastó para vencer las resistencias de su soporte.

—A la mierda —murmuró este, pasando de todo.

Se agachó un poco para pasar un brazo bajo las rodillas de la enferma y, cargándola contra su pecho, se encaminó con ella a la puerta.

—Si se te ocurre pisar la calle antes de que yo vuelva, aunque solo sea para respirar un poco de aire, te juro que... lo lamentarás —amenazó de un modo impreciso. Demostrando que no tenía muy claro qué represalia tomaría, pero despejando cualquier duda sobre su resolución a hacerla pagar por la posible traición.

Abril no respondió. Guardó silencio mientras lo veía caminar calle arriba desde detrás del cristal del escaparate. Ahora le tocaba actuar a ella, no podía permitirse perder ni un solo segundo.

—¿Puede decirme cuánto le debo? —preguntó a la dueña del establecimiento, abriendo su monedero con dedos trémulos.

Jero alargó el brazo para aceptar el vaso de whisky que Mara le ofrecía.

—Debes tener cuidado. —La mujer, vestida solo con un escueto camisón de seda roja, se sirvió otra copa y tomó asiento a su lado, en el sofá de tapizado felino—. Ahora que casi has llegado al final del camino es cuando resulta más fácil tropezar.

Él la miró, como siempre, consciente de su carnal atractivo. El cabello corto, peinado al estilo *bob*, estaba ligeramente alborotado, dotándola de un aire salvaje. El color de su pelo y sus ojos, negros como el azabache, se unían al tono tostado de su piel para otorgarle una apariencia exótica. Imagen que ella sabía explotar sin reparos, exponiendo sus encantos con el esmero de quien prepara el escaparate en el que exhibe la mercancía que vende. Sin embargo, era así, alejada de todo el artificio con el que solía arreglarse, cuando él la encontraba más hermosa.

—Eso no sucederá —sentenció, seguro de su éxito, antes de dar el primer trago a la bebida.

Mara esperó a que retirase el vaso para acariciarle los labios con la yema del pulgar, agarrándose a la excusa de limpiar los restos de licor que hubieran quedado sobre ellos. La realidad era que le gustaba tocarlo. Cualquier oportunidad era buena para sentir su contacto. Era una mujer acostumbrada a la cercanía de los hombres, al trato y la intimidad con ellos. Había basado su vida en eso. Aquel burdel, del que además de ser la reina absoluta era la dueña, constituía la prueba evidente de su maestría a la hora de lidiar con el sexo opuesto. En cierto modo, había llegado a hastiarse de los varones. Pero no de ese, con él todo era distinto. Con Jero el contacto físico del que se sentía saturada se convertía en una necesidad.

—Lo sé —susurró acercándose a sus labios. Tanto que sus palabras cayeron sobre los de él convertidas en aliento.

—Mara —le advirtió, adivinando lo que buscaba.

—¿Qué? —su respuesta, más que una respuesta, fue un suspiro.

Con movimientos felinos se sentó a horcajadas sobre Jero, empujándolo contra el respaldo del sofá para desabotonarle la camisa.

—Mara —volvió a llamarla, y su voz se quebró en un ligero gemido.

Era difícil mantener el control con el cuerpo de esa exuberante mujer encima del suyo, restregándose por las zonas más sensitivas de su anatomía.

No podía decir que no la deseara, por supuesto que lo hacía. Cualquiera que tuviera ojos en la cara lo haría. Tampoco iba a negar que alguna vez había accedido a darle lo que en ese momento le reclamaba. Era un hombre que no tenía una mujer, ni su alma ni su cuerpo estaban comprometidos. Era libre de entregarse a quién quisiera, dónde quisiera y cuándo quisiera. Sin embargo, no terminaba de sentirse a gusto convirtiéndose en el amante de Mara. Ella era una persona importante para él. Cuando todos lo dieron por muerto, cuando se convirtió en una sombra que vagaba por la sociedad sin tener siquiera una identidad, no habría podido salir adelante sin esa mujer. Mara lo había encontrado, curado, cuidado y alimentado. Incluso le prestó el dinero con el que comenzó en el negocio de los préstamos, amasando una pequeña fortuna a base de intereses.

De no ser porque lo había encontrado esa noche, a la vuelta de un servicio, convertido en un pedazo de carne magullada y sanguinolenta, Jero estaba seguro de que su historia habría sido muy diferente. Era por eso que prefería mantener las distancias con ella. Sabía que, una vez saciado, no podría darle lo que necesitaba. Aunque la quería, no la amaba. Y eso, amor, era lo Mara reclamaba con cada fibra de su ser.

—Está bien —musitó contra su oído, concedora de las dudas que lo asaltaba—. Esto es suficiente. Para mí es suficiente.

Le apartó la camisa dejando su pecho al descubierto. Buscó el dobladillo de su camisón y tiró de él hacia arriba, despojándose de la prenda. No llevaba nada debajo por lo que, en apenas un pestañeo, quedó completamente desnuda delante de Jero.

Él se rompió en un gemido cuando el cuerpo de ella calló sobre el suyo, dando rienda suelta a su excitación. Las experimentadas manos de Mara recorrieron su torso, bajando de los pectorales a los abdominales y, después, demorándose en la bragueta de sus pantalones. Que bajó con extrema lentitud y la clara intención de provocarlo.

—No hagas esto —pidió sabiendo que, si ella no le ponía fin al juego, él ya no podría parar.

—¿Por qué no? Ya te he dicho que está bien. No te pediré nada más que este momento.

Se inclinó sobre él, apropiándose de su boca con una desesperación que resultó tierna. Lo extraño fue que, tan pronto como los labios de Mara cayeron sobre los suyos, la imagen de Abril se adueñó de la mente de Jero. Danta no se explicaba qué hacía esa muchacha, con el disfraz de cabaretera con el que la había encontrado en su habitación, visitándolo en un momento así. Como si no le hubiera dado ya bastantes quebraderos de cabeza. Por culpa de esa chiquilla había perdido hasta su cama.

—Para —suplicó, sintiéndose terriblemente incómodo con la cercanía de aquel cuerpo al que estaba acostumbrado. No podía hacerlo. No en ese momento. Ahora sus reticencias no tenían nada que ver con el rechazo a las caricias de su amiga. Sencillamente, Abril había echado su humor a perder —. Por favor.

Pero Mara no le hizo caso y, pese a que él se esforzaba en alejarla, tampoco se atrevía a hacer un movimiento en firme para conseguirlo. No

quería herir sus sentimientos, eso era algo que jamás se perdonaría.

El móvil, que sonó dentro del bolsillo de su pantalón, le dio la excusa que necesitaba. Se incorporó, dejando que fuera ella quien se retirase por sí sola.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el teléfono pegado a la oreja.

A su lado la mujer se atusaba el flequillo. Haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura, encendida aún como una vela.

—Se ha escapado. Esa estúpida me lío con la ayuda de su amiguita y se ha largado con viento fresco. —La voz de Raúl respondió al otro lado de la línea con la infantil irritación a la que lo tenía acostumbrado.

Danta suspiró con cansancio. Aquello era lo único que le faltaba. Apoyó un codo en la rodilla y dejó caer la frente en la mano.

—¿Así que dos niñas han conseguido engañarte? —ironizó—. Raúl, odio tener que ser yo el que te baje a la realidad, pero apuntas en sentido equivocado al señalar al estúpido.

—¡Joder!

—Me ocuparé de esto.

Habiendo oído todo lo que necesitaba oír cortó la comunicación y, recuperando su camisa, se levantó del sofá.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Mara sin moverse de donde estaba.

Le respondió con un asentimiento.

—Tengo que irme —anunció abrochándose los botones que, con tanto ardor, había desabrochado ella solo unos minutos antes.

—¿Es esa niña? ¿Ha pasado algo con ella?

—Se está convirtiendo en un dolor de cabeza.

La madame apretó los labios, esa respuesta no le gustaba. Conocía bien a los hombres. Había aprendido a interpretar a través de sus gestos y miradas cada deseo, cada anhelo, cada necesidad que anidase en ellos. Era parte de su

trabajo. A veces podía darse cuenta de lo que sus clientes querían mucho antes de que ellos mismo lo supieran. Jero también era hombre, no le resultaba difícil leerlo. Y el modo en que había saltado nada más oír mentar a la chiquilla...

—Ten cuidado.

Él terminando de vestirse y le sonrió.

—Eso ya me los has dicho.

Era evidente que no poseía la misma habilidad que Mara, no era capaz de ver más allá de sus palabras.

—Te lo repito solo para que no lo olvides. No te conviene distraerte. No ahora.

Sin intentar siquiera descifrar el significado oculto del comentario, Jero se inclinó sobre ella, agarrándose con una mano al respaldo del sofá.

—No me distraeré —murmuró con la cara muy cerca de la de su amiga.

Le guiñó un ojo y, tras dejar caer un casto beso en su frente, se marchó.

Ella se quedó allí, desnuda sobre el sofá, un buen rato. Todavía no se había puesto el sol, aún tenía tiempo hasta que el club se convirtiera en un panal del que no pararían de entrar y salir abejas ansiosas de un poco de miel.

«No me distraeré». Meditó las últimas palabras de Jero con cierto sarcasmo. Vaciando su vaso de whisky con la impresión de que el licor sabía más amargo que de costumbre.

El muy idiota iba tarde para jactarse de prevenir un mal que ya había comenzado a hacer de las suyas.

4

Capítulo 4

Fue un alivio que él estuviera ya allí. No sabía qué habría hecho de no ser así. Probablemente, esperar, claro. Eso sería lo más lógico. De cualquier modo, se alegró de encontrarlo en el lugar acordado un rato antes de la hora prevista.

Abril se detuvo, observándolo en la distancia. No había parado de correr desde que se bajó del autobús y, más allá del trote, su corazón se había mantenido al límite temiendo ser capturada de un momento a otro. Después de que Nuria lograra quitarle de encima a su guardián, gracias a una enfermedad inventada, aquel se había convertido en su mayor temor. Pero todo —la carrera, los nervios y el miedo— había valido la pena solo por el placer de ese momento.

Carlos caminaba de un lado a otro, cubriendo incansablemente el trayecto de la entrada a la estación con actitud inquieta. Su pelo rubio relucía bajo la luz de las farolas recién encendidas y su pose decaída, con los hombros hundidos y las manos enterradas en los bolsillos del pantalón, la conmovió. Saberse responsable de la preocupación del muchacho le provocaba una malévola satisfacción.

—¡Carlos! —gritó, elevando una mano al cielo para llamar su atención.

Él levantó la cabeza, reconociéndola al instante. Sus pasos se convirtieron en zancadas y echó a correr para llegar a su lado.

—Abril. —La envolvió en sus brazos, estrechándola contra su pecho como si pretendiera protegerla de todo lo malo que existía en el mundo.

—Creí que no volvería a verte —confesó ella, hundida en él, con una sinceridad envuelta en alivio—. Que no querías saber nada más de mí. Después de cómo te fuiste la última vez...

—Estaba enfadado. — Él la retiró un poco de sí, lo suficiente para poder mirarla a la cara—. No sabía cómo encajar todo esto. Tendrás que reconocer que no es una situación para la que uno esté preparado.

La muchacha asintió vigorosamente, dándole la razón en silencio.

—¿Te ha hecho algo? ¿Ese desgraciado se ha atrevido a ponerte la mano encima? Porque, si lo ha hecho...

Esta vez, Abril respondió con una negativa igual de contundente.

—No, no, no —rebatió, acompañado con la voz su efusivo gesto—. Todo lo contrario. La verdad es que ha sido un perfecto caballero.

—¿En serio? —El juvenil rostro de Carlos se descompuso en una mueca de incredulidad.

Después de pasar varios días intentando tragar que su novia corriera a la cama de otro hombre, para salvarle el pellejo a su padre, había ido hasta allí con toda la intención de presentar batalla. Abril no merecía menos, tenía que saber estar a la altura. Sin embargo, que ella saliera en defensa del maldito usurero no entraba en el plan que había trazado en su mente.

—Da igual. —Decidió dejar a un lado el tema. No quería que su falta de entendimiento lo hiciera fallar como novio una vez más. A fin de cuentas, estaba seguro de que él, un chico normal, criado en un barrio normal, dentro

del seno de una familia aún más normal, no podría nunca llegar a entender la *culebronesca* vida de los Galván—. No vas a volver a esa casa.

La tomó de la mano para conducirla a la entrada de la estación.

—¿Qué? —exclamó ella, siguiéndolo a pesar de no saber qué era lo que se proponía.

Sin soltarle la mano, Carlos se detuvo.

—Un amigo mío tiene una casa en un pueblo andaluz, cerca de la costa —empezó a explicar, mirándola intensamente—. Su familia la usa como lugar de veraneo. Por lo que, ahora mismo, está vacía. Me ha dicho que podemos quedarnos allí mientras pensamos qué hacer.

Ella se limitó a mirarlo sin pronunciar palabra.

—Encontraré la forma de conseguir el dinero que tu padre le debe a ese tío, te lo prometo —declaró el muchacho, imbuido del papel de héroe que Nuria le había otorgado. Luego siguió caminado con su novia bien sujeta de la mano.

—Espera un momento. —Esta lo dejó alejarse todo lo que la longitud de sus brazos le permitía. Alcanzado el tope, decidió que era hora de comunicarle que no pensaba huir a ninguna parte—. No puedo irme, Carlos.

La incompreensión crispó las cejas del chico. Una vez más, la réplica de Abril no encajaba en su plan.

—¿Cómo que no puedes irte? ¿Es que acaso prefieres quedarte bajo la sombra de ese hombre? ¿Convertirte en un juguete que pueda usar a su antojo?

—No puedo irme —ella respondió al reto que le planteaba reafirmandose en sus palabras con total tranquilidad—. No puedo dejar a Teo.

—¿Teo? ¿Quién es Teo?

—¡Mi hermano!

Tener que hacer aquella aclaración fue como recibir un golpe en plena cara. Era cierto que Carlos y ella apenas llevaban un mes saliendo pero, aun así, Teo era la persona más importante en su vida. Hablaba de él a todas horas. ¿Cómo era posible que su novio no recordara ni su nombre?

—Ya lo has dejado, Abril —repuso este, hablando con la autoridad de quien se sabe en posesión de la verdad—. Lo dejaste para irte a vivir con un hombre que solo Dios sabe lo que podría llegar a hacerte.

—Pero, aun así... Andalucía está tan lejos...

Carlos abrió la boca, dispuesto a atajarla de nuevo con las razones que él consideraba irrefutables. Pero, contra todo pronóstico, la volvió a cerrar sin llegar a articular palabra.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, desconcertada por su mutismo.

—¡Oh, no! —murmuró él. Abril hizo un gesto con la cabeza, instándolo a decir algo más—. Creo que... Maldita sea, sí... La cabeza hueca de Nuria no es capaz de hacer nada a derechas. Corre, tenemos que salir de aquí cuanto antes.

No necesitó más explicación. Ni siquiera le hizo falta volver la vista atrás para saber cuál era la causa de que el semblante de su novio mutase al blanco más inmaculado. Supo, al instante, que lo que había estado temiendo durante toda la tarde por fin se había producido. Por supuesto, así tenía que ser. Lo que Carlos se proponía hacer era algo que solo podía salir bien en una de las tontas novelas que le tenían el seso sorbido a la ingenua Nuria.

Corrió, tal y como Carlos le ordenó que hiciera. Corrió con todas sus fuerzas aun sabiendo que no le serviría de nada. ¿De verdad creía él que podrían escapar? Por lo visto, su amiga no era la única infectada por el virus de la ficción.

Por otro lado, tampoco tenía muy claro si quería dar esquinazo a los

hombres que Danta había enviado tras ella. En la improvisada película de acción en la que se había visto envuelta todavía no había decidido a quién entregar su lealtad. Por supuesto, una mitad de su corazón tiraba hacia Carlos. Él era su novio, el primer chico con el que salía. Podría decirse que era su primer amor. Lo quería, claro que sí. Por eso se había arriesgado a ir hasta allí solo para verle y arreglar las cosas. Pero, la otra, la mitad restante de ese indeciso órgano que latía desbocado dentro de su pecho, le pertenecía a Teo. Y Teo la necesitaba. Seguramente, más de lo que lo hacía Carlos, que podría seguir adelante sin ella. No tenía la menor duda de eso. Su hermano, en cambio...

¿Qué pasaba si accedía a hacer lo que su novio le proponía y, en represalia, su padre enviaba a Teo a una de esas instituciones que siempre mencionaba? El pobre Teo, tan apegado a su entorno y su rutina, lo pasaría fatal en un lugar desconocido, rodeado de extraños.

Soltó la mano del muchacho, que la había conducido al interior de la estación siguiendo a rajatabla el plan que había trazado sin contar con ella. Él, impulsado por la carrera, siguió adelante unos pasos más. Luego, consciente de que Abril se había parado, se obligó a detener también sus pies.

—¿Qué haces? —preguntó dominado por el temor. Mirando más allá de los hombros de su novia a los dos hombres que se acercaban recortando la distancia.

—Ya te he dicho que no puedo irme —respondió ella con la voz empapada de culpa.

—Abril...

Sus perseguidores, que cambiaron la carrera por un andar ligero al ver que se detenían, llegaron junto a la muchacha. Se colocaron uno a cada lado de esta, franqueándola igual que dos guardaespaldas. Pese a su aspecto, lo

cierto fue que no hubo en la actitud de ninguno de ellos nada que resultara atemorizante. Pero esto era algo en lo que Carlos, vencido por el pavor, no estaría de acuerdo.

El joven dio un par de pasos hacia atrás, caminando de espaldas. Cediendo al deseo de mantener las distancias con aquellos tipos. Trató de no perder la compostura. Miró a Abril, suplicándole que moviera los pies. Pero ella no lo hizo y, al final, incapaz de aguantarse por más tiempo, fue él quien dio carta blanca a los suyos.

A su novia le costó asimilar que el borrón que se alejaba, a toda velocidad, en dirección a los andenes era el mismo hombre que la había envuelto en su abrazo protector un rato antes.

—Un chaval con agallas —dijo una de las dos sombras que la custodiaban.

Alzó la cabeza, encontrándose con el perfil de un altísimo hombre que parecía salido del rodaje de una película de indios y vaqueros. Él, sin duda, estaría en el bando de los primeros

—¿Tú qué dices, Jero? ¿Le darán la medalla al valor?

Sonriente como un niño, el apache se giró a medias, hablando por encima del hombro. Abril siguió la trayectoria de sus palabras y topó con el rostro severo de Danta. No podía decir que estuviera sorprendida, tampoco asustada. La sensación que experimentó al saberse bajo la oscura mirada de ese hombre fue más cercana a... ¿la culpa?

—¿Quieres que te lo traiga? —preguntó el que custodiaba su costado derecho. Un individuo bajo y de figura rechoncha, cuya achaparrada silueta se acentuaba al ser comparada con la de su esbelto compañero. La expresión pintada en su cara hacía pensar que estaba deseando que le dieran luz verde para seguir el rastro del fugado Carlos.

—No tengo ningún interés en él—respondió Jero, seco, sin dejar de mirar a Abril. Ella, vencida por el peso acusador de sus pupilas, agachó la cabeza—. Así que, si ya hemos terminado de dar el espectáculo, será mejor que nos marchemos.

Rómula se le acercó para recoger la taza vacía que tenía delante. Lo hizo poniendo el mayor cuidado en evitar cualquier contacto con ella. Casi como si la considerase un foco de gérmenes y bacterias con el que convenía mantener las distancias.

—¿Es familia tuya? —preguntó Nuria a la espalda de Raúl. Que, al parecer, era lo único que este estaba dispuesto a permitirle ver de él—. ¿Tu abuela, o algo?

Por supuesto, no respondió. Pero cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Lo cual era el mayor síntoma de seguir con vida que había mostrado desde que la llevara a esa casa, tras el bochornoso espectáculo del hospital.

—Lo digo por el carácter, ¿sabes? —siguió, inasequible al desaliento—. La simpatía, el semblante alegre y todo eso.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de tocarme las... narices?

Lo tenía al límite.

Tampoco era una gran gesta, ya se había dado cuenta de que el muchacho era de mecha corta. Pero eso no mermaba la diversión de verlo luchar consigo mismo para no perder la calma.

Honestamente, no creía que fuera a ganar la batalla. Y no le importaba. Es más, incluso lo prefería. Los perdedores siempre le habían inspirado ternura.

—¡Ay! ¡Qué mono! Evitas soltar tacos, como los niños pequeños.

Y ahí venía la confirmación de que no se equivocaba en su juicio sobre él.

Lo de «mono» fue la gota que colmó el vaso. Algo que Raúl no estaba

dispuesto a dejar pasar. Nadie, en toda su vida, se había atrevido a llamarlo así y no iba a permitir que aquella mocosa se fuera de rositas. ¡No! Aunque fuese una chica, la ofensa no iba a quedar impune.

—¡Tú! —exclamó fuera de sí, volviéndose como una exhalación y apuntándola con un dedo acusador agitado por la ira.

Haciendo gala de una temeridad que rayaba en la estupidez, Nuria tuvo la desfachatez de sonreír. Así dio el pistoletazo de salida al cabreo que hasta el momento él había reprimido.

—Tú... —repitió Raúl, sin saber cómo terminar la frase. Se sentía igual que cuando, en el colegio, los chicos de los últimos cursos se metían con él e intentaba devolverles el golpe. Le costaba encontrar el arma que podía blandir contra ellos. La palabra adecuada, el insulto preciso. La creatividad jamás fue su fuerte —Tú... ¡Te vas a enterar!

De acuerdo, un final abierto. Así no se pillaba los dedos y podía ir improvisando sobre la marcha.

Sin pensar en lo que hacía se abalanzó sobre la chica. Cayó encima de ella, en el sofá. Se sentó sobre sus muslos, inmovilizándole las piernas, y sujetó con fuerza sus muñecas manteniendo los brazos a ambos lados de la cabeza para dejarla completamente indefensa. Con eso consiguió reducirla. Lo que no le tomó ni un segundo. Su adversaria, aunque alta, era delgada y de complexión liviana. En absoluto una rival para él. Sin embargo, más allá de una cuestión de fuerza, la rapidez de su victoria se debió a que ella no opuso la menor resistencia. De hecho, más parecía que se estuviera tomando todo aquello como un juego. Uno muy divertido.

Debajo de él, Nuria reía. Se desternillaba mientras Raúl la miraba preguntándose si se había vuelto loca. En realidad, hacía rato que llegó a la

conclusión de que se equivocó de especialista cuando la llevó al hospital. En vez de dejarla en urgencias, debió subirla a la planta de psiquiatría.

Ella tardó algunos minutos en serenarse, extinguiendo sus carcajadas en una leve sonrisa. Y así, sin que aquella mueca desapareciera de sus labios, lo miró. Él le devolvió la mirada notando cada palpitación de su corazón dentro de la cabeza, retumbándole en el cráneo.

Volvía a estar en blanco. No tenía ni la menor idea de qué hacer a continuación.

—¿Te importaría explicarme que está pasando aquí?

La inesperada pregunta lo hizo brincar al suelo, agradeciendo tener un impulso al que sí sabía cómo reaccionar.

—Se está riendo de mí —respondió como un niño llorón, hipersensible y acusica, a la interrogante expresión de Jero.

—¡Nuria! —Abril salió de detrás del dueño de esa casa. Abriéndose paso para llegar al lado de su amiga con el miedo dibujado en la cara—. ¿Estás bien?

—¡De maravilla! —replicó esta, sentándose en el sofá.

Juzgando su expresión, ninguno de los presentes tuvo la menor duda de que así era.

Demasiado cansado para lidiar con aquella trifulca de patio de guardería, Jero se dejó caer pesadamente en uno de los sillones. Debía estar haciéndose viejo, porque entre Abril y Raúl habían conseguido agotarlo. Dejarlo bajo mínimos. Sin energías. Y eso, solo en un día. Esperaba que Galván reuniera el dinero que le debía lo más pronto posible. No solo por una cuestión de negocios, sino porque no quería ni imaginar cómo podría acabar después de una semana de convivencia con su hija.

—Llévala a casa —ordenó señalando con desidia a la cómplice de la

fugitiva. Consiguiendo que las quejas de Raúl se elevaran a niveles que no eran audibles para el oído humano.

—¿Qué?! Estás de coña, ¿no? Yo no subo a esta —volvió a usar el índice como arma acusadora contra la muchacha— en mi moto.

Estaba decidido. Completa, total e irrevocablemente decidido. Sin embargo, ninguna opinión está escrita en piedra. Por lo que una simple —y letal— mirada de Danta le valió para cambiar de parecer.

—¡Joder! —se desquitó el chico. Pero corrió a recoger su casco del aparador en el que lo había dejado.

Nuria depositó un ligero beso en la mejilla de su amiga y, tras susurrarle al oído un rápido «luego hablamos», salió disparada tras él. Las risas y las maldiciones se perdieron por el pasillo, prolongándose hasta que el ruido de una puerta al abrirse, para inmediatamente después cerrarse, puso el punto final a la desigual batalla dialéctica que libraban esos dos. En el silencio que siguió a la partida de la pareja el clima se volvió denso, incómodo y pesado en el interior de la casa.

—Subiré a la habitación —anunció Abril, con la necesidad de huir de quien se sabe culpable de una falta.

—¿Me estás pidiendo permiso? —replicó Jero con un humor cínico y, convirtiendo en suyas las palabras de la joven, se levantó del sofá y salió de la estancia antes de que lo hiciera ella.

Dudar frente a las puertas de esa casa se estaba convirtiendo en una costumbre. Lo había hecho por la mañana, delante de la del salón comedor. Ahora, al final del día, volvía a vacilar. En esta ocasión, mirando el picaporte que abría el dormitorio de Danta. Sabía que él estaba allí, razón más que suficiente para que no le apeteciera entrar.

Después de que la dejara sola, Abril había cenado, gastando un poco de tiempo mirando la televisión y, cerca de la media noche, no le quedó más remedio que rendirse a la idea de subir al piso superior. En algún lado tendría que dormir y, aunque el sofá no le parecía una mala opción, no quería correr el riesgo de enfurecer más a su anfitrión. La noche anterior, Jero la había hecho compartir cuarto con él. Así que supuso que, hasta nueva orden, la de ese hombre seguía siendo también su habitación.

Exhaló un suspiro que sonó a queja y, asiendo el pomo, tiró de él para abrir la puerta. Su cara lucía la resignación de un condenado a muerte.

El interior del cuarto estaba a oscuras y, paradójicamente, la penumbra arrojó un destello de luz sobre su ánimo. La esperanza de que él pudiera estar ya dormido, evitándole el trago de tener que enfrentarlo, arraigó con fuerza en su pecho. Entró y cerró tras de sí, frunciendo el ceño al oír el leve chirriar de la puerta; temerosa de que el ruido pudiera despertar al ogro. Se descalzó para que sus pasos sonaran más livianos y, con el corazón en un puño, echó a andar hasta la cama. Poniendo cuidado de no tropezar con nada en medio de las sombras.

—¿Ya te has decidido a subir?

La luz del aplique de la mesita de noche la pilló con los zapatos en las manos y la pierna derecha en el aire, elevada para dar una gran zancada hacia delante.

—Justo a tiempo. Un minuto más y habría ido a buscarte.

Bajó la pierna y posó la planta del pie en el suelo. La repentina luz de la lámpara la cegaba y la obligaba a parpadear para proteger su visión. No podía ver nada más que destellos amarillos entre parpadeo y parpadeo, pero tanto daba. No hacía falta ser adivino para saber quién era el que hablaba.

Se trataba de él. No podía ser nadie más que él.

Acostumbrándose a la luz, Abril miró a Jero. Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero y una rodilla flexionada, sobre la que reposaba uno de sus brazos extendidos. Aún tenía el pelo húmedo después de haber pasado por la ducha y había cambiado su traje por un pantalón de pijama de color oscuro. A parte de esa prenda, no vestía nada más, y su semidesnudez consiguió que lo sintiera como una amenaza. Pero, más allá de la piel expuesta, fue el modo en que la observaba lo que le provocó un estremecimiento.

Jero lo notó, percibió su temor, y una sonrisa ladeada apareció en su rostro.

—Ven aquí —ordenó.

Los músculos del brazo que apoyaba en la rodilla se tensaron cuando abrió la mano, ofreciéndosela. Ella lo miró fascinada por el modo en que las luces y las sombras jugaban con su piel y resaltaban la musculatura de la extremidad.

—Dormiré en el diván —declaró entre tímida y asustada—. Ayer dormiste tú ahí, así que es justo que yo...

—Ven.

Le reiteró la orden con contundencia, impidiéndole perderse en argumentaciones vanas. La chica se agachó para dejar los zapatos en el suelo, usando la acción como excusa para retrasar el momento de reunirse con él en el colchón. Después de eso, no pudo encontrar ninguna otra cosa que hacer aparte de obedecer. Se acercó lo bastante para quedar a su alcance, pero no aceptó su mano. Eso no lo haría. Si tenía que ceder, cedería. Aquel era un papel que ella misma había aceptado, pero le quedaba el consuelo de no ser más que una muñeca entre los brazos del tirano. No estaba dispuesta a colaborar con caricias, besos ni arrumacos para proporcionarle disfrute.

—Dijiste que no metías en tu cama a ninguna mujer que no lo deseara —le recordó, enrojeciendo más y más con cada palabra que pronunciaba. No era un reproche, sabía que no tenía derecho a hacerlo. Solo le recordaba una máxima que él mismo había enunciado, por si acaso la olvidó.

La sonrisa de Jero se hizo más profunda.

—¿Así que estabas escuchando? —Agarró la mano que se resistía a entregarle, jugueteando con sus dedos. Abril no la retiró, pero se estremeció al sentir su contacto—. También dije que podías ir a donde quisieras, siempre que Raúl te acompañara. Pero supongo que esa parte no la oíste porque, en vez de ajustarte a las normas, decidiste huir y montar un escándalo para verte con un chico.

Dejó libres sus dedos, pero solo para aprisionarle la muñeca. De la que tiró con fuerza haciéndola caer sobre el colchón. La muchacha gritó, asustada por la brusca maniobra que la colocó en la cama de improviso, sin darle tiempo para prepararse. Aunque el sobresalto no fue nada comparado con lo que sintió al percatarse de que tenía a Jero encima. Entonces, su grado de terror alcanzó tal nivel que su garganta fue incapaz de articular sonido alguno.

Lo miró con los ojos muy abiertos. La cara de él estaba tan cerca de la suya que podía ver hasta el más mínimo detalle de su piel.

—Quería ser bueno —dijo el hombre. Su aliento, cálido y suave, le acarició la cara—, ponerte las cosas fáciles. Pero lo único que he conseguido con ello ha sido que te burles de mí. ¿Debería probar a ser malo? ¿Crees que nos llevaríamos mejor así?

No esperó respuesta porque, obviamente, no era una pregunta que necesitara contestación. Por ello se limitó a meter la mano bajo la falda de su prisionera, pasando directamente a la acción. Abril apretó una pierna contra

la otra, con fuerza. Pero, aun así, él se las ingenió para abrirse paso entre ellas y acariciar la cara interna de sus muslos. La suavidad extrema de la piel lo sorprendió. No esperaba que su tacto se le adhiriese a los dedos de esa manera. Era tan cálida y sedosa que, durante un segundo, se dejó abandonar por la razón.

Cerró los ojos, deleitándose en el roce de esa chiquilla con extremo placer. Pensando en lo fácil que le resultaría tomarla; allí mismo, en ese momento. Ella no estaba oponiendo ninguna resistencia. Solo tenía que subir la mano hasta su cadera, halar de su ropa interior y hacerla suya.

La idea resultaba en extremo tentadora.

Una chispa de deseo lo dominó y se adueñó de los labios de Abril con un beso furioso. Usó la lengua para abrirse paso entre ellos, ganando su boca con rapidez. Jugó en su interior mientras hacía ascender su mano a lo largo del suave muslo de la joven, hasta su entrepierna.

Fue entonces cuando lo notó. Se dio cuenta de que el cuerpo debajo del suyo temblaba. Pero no de deseo, como cabría esperarse. No retorciéndose en el anhelo de lo que estaba a punto de hacerle. Aquella niña temblaba de miedo.

Muy despacio, Jero liberó los labios de los que se había adueñado y se apartó un poco, apoyándose en los codos para buscar los ojos de Abril. Pero no los encontró. Los iris, cuyo color plata asemejaban el del mar en un día nublado, se escondían tras los parpados fuertemente cerrados. Una expresión tan rígida como el resto de su cuerpo, que parecía a punto de ceder a la tensión.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó, recuperando la sensatez para despedir al deseo que tan inoportunamente le había hecho una visita.

Su intención había sido asustarla, eso era todo. Darle un escarmiento para

que, la próxima vez, se lo pensara antes de intentar jugársela. Puede que no la hubiera acogido en su casa para lo que todos suponían, pero eso no significaba que le fuera a permitir desaparecer antes de recuperar su dinero. La hiciera su amante o no, Abril era la salvaguarda para asegurarse de que Teodoro Galván le pagaba la deuda que había contraído con él. Sin embargo, se daba cuenta de que se había excedido a la hora de aplicarle el castigo. Algo por lo que era el principal sorprendido.

No predijo que podría reaccionar de semejante manera a la piel de la joven. Se pensaba inmune a sus edulcorados encantos. Estaba completamente seguro de que no le afectaban.

¿Qué le estaba pasando?

—Abre los ojos —de nuevo fue una orden, aunque algo más suave. Desligándose del papel de villano que se le había ido de las manos—. Mírame —insistió al ver que no obedecía.

Ella accedió a regañadientes. Prefería no mirar, no quería ver lo que él le hacía. De ese modo se sentía más desligada de la situación. Menos partícipe de ella.

Los ojos de la chica, enmarcados por un flequillo que resaltaba su aire infantil, se abrieron lentamente. Al hacerlo, la claridad inundó la habitación y Jero pudo leer los sentimientos de su dueña en ellos. Todo su miedo, su vejación y su vergüenza lo alcanzaron, golpeándolo de tal modo que los hizo propios. Se enfadó con el mundo, que permitía que una mujer siguiera siendo un objeto para muchos hombres; con Teodoro Galván, que en ese momento se le antojó el ser más despreciable de la creación; e, incluso, consigo mismo porque, a fin de cuentas, acababa de demostrar que no era muy diferente de esos a los que aborrecía. Pero, sobre todo, se enfadó con ella. Se enfadó con Abril. Mucho. Muchísimo.

—¿Por qué eres tan sumisa? —le recriminó, irritado por su falta de lucha.

Si no deseaba que la tocara, si su cercanía le resultaba intolerable, ¿por qué no hacía nada para evitarlo? ¿Por qué no presentaba batalla? Morder, golpear, gritar al menos. Eso era lo que debería estar haciendo. Lo que cualquier mujer en su situación haría aun sabiendo que no tenía opciones de vencer.

—Te pido que vengas a la cama y lo haces. Te beso a la fuerza y te dejas. ¿Por qué te sometes a todas mis órdenes sin cuestionarlas siquiera?

Abril parpadeó un par de veces, sorprendida por la pregunta.

¿Por qué? ¿Acaso tenía la opción de negarse?

—Porque ya he desobedecido una de ellas, y te has enfadado —replicó con una lógica aplastante, midiendo al máximo sus palabras.

El entrecejo de Jero se frunció. Lo vio perfectamente. Lo tenía encima, así que era imposible no reparar en su ceño. De igual modo, vio cómo su expresión cambiaba un segundo antes de que la cabeza del hombre cayera en su hombro, vencido por una carcajada.

Danta rodó sobre sí, acostándose en la cama de espaldas, a su lado. Le tomó un rato recuperar la serenidad.

—Esto es de locos —musitó, pasándose una mano por la cara, superados los últimos coletazos de su acceso de risa.

No entendía absolutamente nada, ni siquiera a sí mismo. Aunque no era el único, Abril estaba en su misma situación. A su incomprensión total hacia ese hombre que un día le cedía la cama para, al siguiente, forzar una mano entre sus piernas; que se enfadaba y un segundo después se desternillaba de risa; que le exigía carácter pero la castigaba si no seguía sus reglas del juego, había que unir el galimatías en que se habían convertido las reacciones de su propio cuerpo. Resultaba desconcertante que, pese al temor que le inspiraba,

las caricias de Danta no hubieran despertado en ella el rechazo que esperaba sentir.

—¿Sabes qué es lo único que no puedo tolerar? —preguntó él, mirando al techo.

Ella observó su perfil en silencio, dejándolo hablar.

—La traición —concluyó tras una pausa—. No hay nada que me haga más daño que entregar mi confianza a alguien, y que me apuñalen por la espalda. —Jero giró el cuello y sus miradas se encontraron—. Así es como me he sentido esta tarde.

La culpa, la misma que se había presentado en la estación, regresó para gritar en el oído de Abril, dejándola casi sorda con sus reproches. Tanto la sombra resabiada como Jero tenían razón. Él le había dado libertad para ir a donde quisiera, a cambio de consentir que Raúl la acompañara. Un punto del acuerdo con el que no se sentía del todo a gusto. Aun así... ¿Había hecho bien en escapar para verse con Carlos? No estaba segura. Todo sería más sencillo si ese hombre fuera de verdad el villano que había intentado representar un rato antes.

—Lo siento —respondió sin darse cuenta, conmovida por la tristeza que encontró en los ojos de él. Una tristeza que siguió estando allí, en lo más profundo de las oscuras pupilas de Danta, a pesar de la leve sonrisa que le arrancó la disculpa.

—No vuelvas a hacerlo.

Esta vez no fue una orden. Por el contrario, sonó como una súplica.

Jero alargó un brazo para acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Un contacto leve que reavivó en ella la excitación que la quemó cuando sus manos se movieron bajo su falda. Cuando su experta lengua jugó con la suya.

Creyó que diría algo, que se movería, que retomaría lo que había

interrumpido. La intención estaba ahí, clara y evidente, en sus ojos oscuros. Pero no fue así. Maniobrando tan inesperadamente como cuando la hizo caer en la cama, él se dio media vuelta. Colocándose de espaldas a ella.

—Apaga la luz —pidió con una voz que le sonó extraña. Más ronca que de costumbre—. Ha sido un día muy largo y me muero de sueño.

Superada por sus propias emociones, Abril tardó un poco en reaccionar. No sabía que sentía. No tenía ni idea de si aquello era alivio... o decepción. Exhaló un suspiro y alargó la mano para agarrar el interruptor de la lámpara sobre la mesilla de noche.

Su segunda noche al lado de Jerónimo Danta no distó mucho de la primera. También estuvo marcada por el desvelo y la inquietud de saberlo a su lado. Inquietud que, esta vez, estuvo teñida de un pequeño matiz que marcó una gran diferencia.

5

Capítulo 5

Otra vez despertó sola. El amanecer la sorprendió encaramada al filo de la cama, haciendo equilibrios en él y vistiendo aún la ropa del día anterior. La cortina entreabierta dejaba penetrar en la habitación una luz grisácea, escasa, pero suficiente para permitirle comprobar que Jero se había ido.

Abril se incorporó en el colchón. Le dolía todo el cuerpo. Tenía los músculos agarrotados y las extremidades pesadas. La postura en la que había pasado las últimas horas no había ayudado mucho a su circulación. Por lo menos, logró conciliar el sueño. Tras la vigilia de la noche anterior estaba tan cansada que ni siquiera la cercanía de Danta, que la asustaba y excitaba por igual, supuso un impedimento para que cayera en brazos de Morfeo.

Se levantó de la cama con escasa estabilidad y caminó por la habitación, hasta el rincón donde guardaba la maleta. Sacó una muda limpia y, con la ropa colgada del brazo, se encerró en el baño. El espejo sobre el lavabo le devolvió una imagen lamentable. Despeinada, sucia y con unas ojeras que daban a su mirada el perfecto *look* de oso panda. Que no estaba atravesando su mejor momento era algo que se adivinaba solo con mirarla a la cara. Pese a

ello, tras colocarse bajo el grifo de la ducha y permitir que el agua caliente recorriera su cuerpo se sintió mucho mejor. Sería exagerado decir que después del baño volvía a ser la misma de siempre. No era cierto. Dudaba mucho que pudiera regresar a la confiada ingenuidad en la que vivía hacía solo dos días. Pero su nivel de energía se recuperó lo suficiente para permitirle hacer frente a una nueva jornada.

Salió del dormitorio con el pelo húmedo y vistiendo un jersey blanco, tan amplio que casi cubría por completo la falda escocesa con la que lo había combinado. En el primer piso la voz de Jero recorría los pasillos, escapada por la puerta entreabierta del comedor. Su timbre, profundo y masculino, alcanzó los oídos de Abril en la escalera, trayendo a su mente el recuerdo de la pasada noche. Un recuerdo que se materializó en los tonos que ganó el color de sus mejillas. Las caricias de ese hombre bajo su falda y su beso voraz, tan distinto de los que le había obsequiado Carlos en su mes de noviazgo, le provocaron un estremecimiento que la obligó a detenerse un momento en uno de los peldaños.

—¿Quieres que envíe a los chicos? Ya sabes, un susto a tiempo puede evitar males mayores.

Otra voz, también viril, se unió a la de Danta en la conversación.

La joven llegó al comedor y se detuvo en el umbral. Se había jurado acabar con eso, su resolución a superar el problema que tenía con las puertas de esa casa era firme. Necesitaba empezar a sentirse cómoda allí ya que intuía que su estancia no sería corta. Pero no había contado con que Jero tuviera un invitado para desayunar. ¿Qué hacía ahora? ¿Entraba o los dejaba a solas para que pudieran conversar libremente?

—No. —El dueño de la casa se opuso a la sugerencia.

—Sabes que, si no le aprietas las tuercas al Viejo, es muy probable que

pierdas el dinero que le prestaste, ¿verdad?

La muchacha se asomó a la puerta y descubrió que era aquel apache, de estatura descomunal, que había visto en la estación el que hablaba.

—Por supuesto que lo sé. Pero tú lo has dicho, es un pobre viejo. Su mujer está enferma y necesita el dinero para hacer frente a los gastos del tratamiento. No voy a atosigarlo para que lo devuelva.

De espaldas a ella, Jero dio un sorbo a su café.

—Entonces, ¿vas a perdonarle la deuda?

—Yo no lo diría así. Simplemente, todos los negocios tienen pérdidas de vez en cuando.

Fidel no replicó, estaba de acuerdo con él. Cuando se trataba de negocios solía ser inflexible, infinitamente más tajante que su socio. Quien prolongaba a ese campo la imprudencia con la que se conducía en las demás facetas de su vida. Por lo que recaía sobre el gigante la labor de velar por el buen estado de las finanzas. No habían reunido el capital del que disponían en la actualidad dejando que los que solicitaban de ellos un préstamo se esfumaran así, sin más.

Sin embargo, tenía que admitir que tampoco a él le gustaba la idea de exprimir a un pobre anciano que malvivía haciendo malabares con una pensión que apenas le daba para comer. Si en algo coincidía Fidel con el insensato Robin Hood al que se había asociado era en que existían casos en los que el dinero pasaba a un segundo plano. Había ocasiones en las que la humanidad debía primar sobre la economía. El que los ocupó durante el desayuno le parecía buen ejemplo de ello.

—¿Vas a quedarte en la puerta? Estarías más cómoda sentada en una silla.

La pregunta la sobresaltó y la hizo dar un ridículo brinquito. No sabía

cómo se las apañaba Danta para percatarse siempre de su presencia. Debía tener ojos en la nuca, o un sensor que lo alertaba de lo que ocurría a su espalda.

—Hay leche con cacao —siguió este, intercambiando una inapreciable sonrisa con su compañero—. Y nosotros ya nos vamos, así que puedes sentirte cómoda y dejar de esconderte.

Ambos hombres se levantaron y el más alto inclinó la cabeza, a modo de silencioso saludo, cuando ella se aventuró tímidamente a poner un pie en el salón.

—No estaba fisgoneando —se excusó Abril, con las manos unidas en el regazo. No quería que pensarán, que Jero pensara, que los estaba espiando—. Yo solo...

—No te preocupes —la cortó él, esbozando una sonrisa escueta pero tranquilizadora que se contagió a los labios de la chica.

La borró de inmediato.

¿Por qué sonreía? No tenía motivos para hacerlo. Su situación no podía ser peor.

A un gesto de Jero su compañero lo siguió a la puerta. Repitiendo a la muchacha aquella inclinación que ahora usó como despedida.

—Raúl ya debería estar aquí —dijo el que lideraba la marcha al pasar a su lado. Luego consultó la hora en su reloj de muñeca y se lamentó con un deje de desesperación: —Le dije a ese idiota que lo quería en casa antes de las siete.

A su espalda, Fidel se encogió de hombros sin esconder una sonrisa.

Abril se aclaró la garganta preguntándose si sería capaz de encontrar su voz.

—Jero... —se atrevió a llamarlo, consiguiendo que él se detuviera a un

paso de la puerta. Una vez se hubo hecho con su atención vaciló al pedirle:
—Me preguntaba si podría ir a ver a mi hermano después de clase.

Solo un par de días antes no se habría atrevido siquiera a soñar con semejante posibilidad, mucho menos a insinuarla. Pero, después de convivir con él, de conocerlo, aunque fuera solo un poco, apelar al favor de ese hombre no le resultaba tan descabellado. En poco tiempo, Jerónimo Danta le había demostrado ser alguien diferente al monstruo depravado y sin corazón que imaginó que sería.

—Él está muy apegado a la rutina, está acostumbrado a mí y... Bueno... quisiera ver cómo está llevando... mi ausencia.

—No hay problema, díselo a Raúl. Si es que llega algún día de estos.
—Jero respondió con naturalidad, calmando su atribulamiento. Le sonrió antes de retomar su camino—. Como te dije, puedes ir a donde quieras siempre que él te acompañe. Así nos evitaremos las escenas de persecución.
¿De acuerdo?

Las últimas palabras llegaron amortiguadas por las paredes, apagadas en cierto modo por ellas. Aunque el efecto que produjeron en Abril no hubo tabique que lo mermase. Las acogió con una sonrisa. Una muy boba, ridícula e infantil que, esta vez, no pudo evitar porque ni siquiera fue consciente de ella.

—¿Qué pasa? —Jero se abrochó el cinturón de seguridad y alzó los ojos, para enfrentarse al exhaustivo examen al que lo estaba sometiendo Fidel—.
¿Tengo la boca manchada?

Sin esperar la respuesta se pasó una mano por el mentón, intentando desprender cualquier resto del desayuno que hubiera podido quedar entre los cortos bellos de su incipiente barba. El hombre sentado al volante rio.

—No es eso. No es nada, en realidad.

Pese a la negativa, Danta se mostró escéptico.

—¿No es nada? —inquirió con cierto retintín—. Pues parecía algo.

Su chófer se encogió de hombros y metió la llave en el contacto para arrancar el motor del coche.

—Estaba pensando que tenías razón. Eso es todo.

El otro asintió. Lo hizo pese a que la respuesta no le resultó demasiado esclarecedora.

—Ya. ¿Y a cuál de todas las cosas en las que he acertado de pleno te refieres, exactamente?

—La chica —aclaró Fidel—. Es verdad que parece salida de un cuento.

El coche dejó atrás la urbanización y entró en la autopista. Jero miró a través de la ventana las hectáreas de campo que se extendían a uno y otro lado del camino. Las usó como excusa para no prestar atención al calor que la mención de su joven huésped concentró en su mano derecha. La misma con la que, hacía solo unas pocas horas, había acariciado una parte de la anatomía de Abril a la que estaba seguro de que había sido el primero en llegar.

—Te dije que era guapa —comentó sin dejar de mirar los campos desvestidos de otoño—. A su almibarada manera.

Abrió y cerró la mano varias veces, demasiado consciente de ella. Era como si hubiera pasado a ser la parte más sensitiva de su cuerpo. ¿Por qué la notaba tan caliente? Debía ser por la calefacción, que empezaba a caldear el interior del coche.

—Sí. Una lástima, sé que eres poco aficionado a los sabores dulces.

Pese a que fue una afirmación, algo en el modo de pronunciar delató la intención irónica de Fidel.

Jero posó la mano, con disimulo, en el cristal de la Ventana, agradeciendo

el frío que le regalaba. No respondió, no sabía cómo hacerlo. Solo un día antes habría caído con gusto en la provocación de su amigo. Enfrascándose en una de las tontas disputas con las que mataban los ratos muertos. Sin embargo, esa mañana le era imposible tomarse el asunto con humor. Esa mañana no tenía claro qué era lo que le gustaba y lo que no. Esa mañana ni siquiera sabía si seguía viendo a Abril con el toque añorado que había despertado en él el deseo de protegerla de su propio padre. O si, por el contrario, sus ojos había decidido desnudarla de aquel matiz para empezar a mirarla como a una mujer.

—¡Ya estás aquí! —gritó Nuria, que esperaba junto al portal, al ver a su amiga bajar de la moto—. Y tú también —añadió, acentuando la sonrisa y agregando a su tono una dosis extra de miel para agasajar al piloto.

—Esperaré aquí —anunció un malhumorado Raúl, inmune a las zalamerías de la muchacha—. Como intentes hacer algo... yo... te voy a... a...

—¿Romperme todos los dedos de la mano? ¿Hacer que me ahogue en mis propias lágrimas? ¿Arrancarme uno a uno los pelos de la cabeza?

Cansada de la incapacidad que mostraba su custodio para terminar las amenazas, Abril decidió hacerlo por él. Semejante derroche de imaginación consiguió amilanarlo un poco. El chico debía admitir que, contrariamente a lo que cabría esperarse, la princesita era buena. Muy buena, en realidad. Poseía un lado sádico que jamás habría imaginado viendo su carita de ángel y su sonrisa de no haber roto nunca un plato.

—Eso —replicó, recuperando la compostura que la sorpresa le había hecho perder—. Así que, ya sabes...

La joven enganchó el brazo de su amiga y, tirando de ella como si de un

saco de patatas se tratara, la remolcó al interior del portal. Nuria se dejó llevar dócilmente, aunque hizo el camino al ascensor con la cabeza vuelta atrás. Dedicando al que se quedaba fuera un repertorio de sonrisas y adioses gesticulados.

—¡Es tan lindo! —exclamó, como si estuviera hablando de un cachorrito, cuando las puertas del elevador se cerraron y le impidieron seguir recreándose en la contemplación de Raúl. Lo que el interesado agradeció sobremanera.

Abril la miró entre perpleja y alucinada. No podía comprender que veía de «lindo» en ese garrulo falto de intelecto y, aún más, de vocabulario.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquirió, y su amiga se puso seria para devolverle la pregunta.

—¿Qué te pasa a ti? —En un segundo Nuria pasó de la euforia romántica a la tensión del thriller—. No me explico cómo puedes estar tan tranquila después del episodio de la estación. Yo echaría chispas.

La aludida no dijo nada, sólo presionó el botón del piso al que subían.

—Carlos ha dejado de ser el héroe, que lo sepas. —La más alta de las dos amigas se apoyó en la pared del fondo, cruzando los brazos bajo el pecho mientras ascendían un piso tras otro—. Relegado del cargo. ¡Hala!

—Se asustó, es natural —replicó Abril. Más que creyendo en lo que decía, queriendo creer que lo hacía—. Todo esto, lo que está pasando, también es difícil para él.

—¿Perdona? —Nuria la miró como si estuviera viendo un unicornio: incapaz de creer lo que tenía ante los ojos. O, mejor dicho, lo que acababan de escuchar sus oídos—. Mira, no puedo con tu manía de justificar a todo el mundo. Chica, lo tuyo no es comprensión, es estupidez. De verdad que me dejas sin palabras.

Y era raro, porque si algo le sobraba era, precisamente, verborrea. Puede que su ceguera con Raúl estuviera empezando a pasarle factura, contagiándola del mismo mal que padecía su objeto de deseo.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambas salieron al pasillo.

—Me juré a mí misma no hacerlo pero, en fin, es absurdo predicar en el desierto. —Una desilusionada Nuria abrió su bolso y sacó de él un papelito que ofreció a su compañera—. Toma.

Abril miró la hojita doblada sin hacer amago de cogerla.

—¿Qué es? —preguntó con precaución.

La otra rodó los ojos.

—¿Tú qué crees? Un mensaje del príncipe cobarde, por supuesto.

Ya, claro. Carlos. Era obvio. Solo preguntaba porque... ¿Porque esperaba que no fuera de él?

Agarró el papel y se lo guardó en el bolso, sin molestarse en leerlo.

No llamó al timbre. Prefirió usar las llaves, como hacía siempre. A fin de cuentas, esa era su casa. Continuaba siéndolo, aunque la hubieran desterrado. Como si hubiese estado esperándola tras la puerta, Teodoro Galván se personó de inmediato en el recibidor.

—Abril —pronunció el nombre de su hija a modo de bienvenida.

La compañera de esta interpretó las señales ocultas que indicaban que aquel era un momento familiar.

—Voy a la cocina —anunció con una vacilación poco usual en ella—. Prepararé chocolate —propuso, intentando aligerar el ambiente. Pero fue un empeño vano, por lo que optó por la retirada estratégica—. Bueno... que estoy en la cocina.

Nuria oprimió cariñosamente el antebrazo de su amiga, instándola a no perder los papeles independientemente de lo que fuera a ocurrir a

continuación. Sin más, desapareció por el pasillo.

—Abril, hija. —Tan pronto quedaron a solas, Teodoro encerró a su primogénita en un abrazo y depositó un superficial beso en su sien. Gestos, el beso y el abrazo, que la joven no correspondió —. ¡Cuánto me alegro de volver a verte! Estaba preocupado, ¿sabes? Muy preocupado. Si supieras lo mal que paso las noches pensando en lo que ese desgraciado estará haciéndote.

—¿Teo está en su cuarto? —preguntó ella, apartándose sin contemplaciones.

No tenía ninguna gana de oír las excusas y justificaciones de su padre. Si de verdad se preocupara por ella no se le habría ocurrido pedirle lo que le pidió. Ni siquiera se lo habría insinuado. El padre de Nuria jamás lo habría hecho, por muy mal que se pusieran las cosas en su casa. Ningún padre que de verdad quiera a sus hijos pensaría siquiera en utilizarlos de una manera tan baja solo para salvar su pellejo.

Teodoro asintió con la cabeza y ella se encaminó al encuentro de su hermano. Avanzando por un pasillo de cuyas paredes colgaban instantáneas de una familia que, en realidad, nunca existió más allá del papel fotográfico.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. —Si las miradas mataran, la que le lanzó a su padre lo habría fulminado hasta sus cimientos—. Danta no es un hombre fácil. Sin embargo, parece que tú estás amansando a la fiera —. Galván sonrió de oreja a oreja. Un gesto cuyo origen Abril no fue capaz de entender. ¿De verdad tenía humor para eso?—. No solo me ha concedido un mes de prórroga para pagar la deuda. Además, no va a pedirme ningún interés. No sé lo que le has hecho, pero...

Llegó a la última habitación, la de Teo. Entró en el cuarto, cerró tras de sí y echó el pestillo. Impidiendo que el cabeza de la desarraigada familia

Galván la siguiera hasta allí.

—¿Abril? ¡Abril! —Al otro lado del portón, Teodoro pasó de la sorpresa al enfado. A ella le dio igual. Mientras el pestillo estuviera echado él no podría hacer nada para ensuciar ese momento. Y era eso, aquel instante, lo único que importaba a Abril.

Sentado a los pies de la cama, sobre una alfombra con los personajes de la película *Cars*, un niño con el cabello castaño, peinado al estilo de los angelitos que adornan las postales de primera comunión, manipulaba afanosamente un cubo de Rubbik. Había cientos de ellos repartidos por toda la habitación. En las estanterías, sobre la cama, el suelo y la mesita de noche. Su hermano adoraba ese juego. Apenas hacía otra cosa aparte de alinear los cuadraditos de colores. A ello consagraba la mayor parte de su tiempo. Era un rasgo de su personalidad obsesiva, eso decían los médicos.

—Teo —lo llamó con la sonrisa más radiante que había esbozado en los últimos días.

El niño alzó la cabeza y, pese a su amor desmedido por el famoso cubo, el que sentía por su hermana prevaleció. Lanzó el juguete a la cama y, con movimientos torpes, se levantó y echo a correr para engancharse a su cuello. Al contrario de lo que había hecho al saludar a su padre, Abril correspondió con creces la demostración de afecto. Estrechando al crio en un abrazo bailarín que los hizo girar por el cuarto.

—¡Cuánto te he echado de menos! —confesó, entusiasta, en el oído del chiquillo—. ¿Y tú? ¿No me has extrañado, aunque sea un poquito?

Él no respondió, pero tampoco importó. El modo de comunicarse de Teo iba más allá de las palabras, y Abril no necesitaba intérprete para entender su particular idioma.

6

Capítulo 6

Quería desestabilizarlo, amedrentarlo, desquiciarlo hasta el punto de que ya no fuera capaz de distinguir qué era real de lo que no. Quería volverlo loco. Nada de lo que había pasado valdría la pena si no lo conseguía. Por eso se arriesgaba tanto. Esa era la razón por la que se exponía, colocándose en primera línea cuando perfectamente podría acabar con ese cretino desde la seguridad de las sombras. Necesitaba guiarlo hasta donde quería tenerlo, como a una rata de laboratorio. Para ello debía usar el cebo apropiado. Y para Ildefonso de la Serna no había cebo más efectivo que Jerónimo Danta. La sola mención del nombre ya bastaba para ponerlo nervioso.

—No me gusta —murmuró Fidel, inclinándose para que las palabras cayeran en el oído de su amigo—. Esto es arriesgarse demasiado. A estas alturas, ese cabrón debe tener a todo su equipo de seguridad levantado en pie de guerra. ¿Te das cuenta de que esto podría convertirse en una ratonera? No le resultaría complicado darte caza aquí.

Jero esbozó una imperceptible sonrisa.

—Sin riesgo no hay diversión —respondió de manera neutra—. Además, de la Serna no es tan estúpido para matar a alguien en público. Menos aún, para asesinar a la misma persona por segunda vez. Eso suscitaría demasiadas preguntas.

—Pero, aun así —su compañero insistió, más preocupado por su seguridad de lo que lo estaba él mismo —, está claro que si puede echarle el guante no dudará en hacerlo. ¿Crees que dejará pasar la oportunidad solo porque hay monjitas delante?

El apache echó un vistazo a su alrededor, consiguiendo una panorámica excelente al quedar su mirada por encima de las cabezas del resto de los presentes. La apretada agenda del afamado político lo había llevado a recabar en un mercadillo benéfico, organizado en el salón de uno de los hoteles más lujosos y caros de Madrid. Contradicción en estado puro, pero, ya se sabe. Con la Navidad a la vuelta de la esquina toca que los políticos saquen a pasear su lado más altruista. Un espíritu caritativo muy natural, en absoluto forzado.

—Ve al coche —ordenó Jero a Fidel, hablando con la resolución que al otro conseguía ponerle la piel de gallina—. Me reuniré contigo enseguida.

Este se resistió. Permaneciendo a su lado, leal e inamovible, como una estatua. Pero, pasados unos minutos, su determinación se resquebrajó en un suspiro. Sabía bien de la tozudez de Danta. Si quería sacarlo de allí lo único que podía hacer era acceder a lo que le pedía y rogar que la suerte volviera a estar de su lado. Lo dejó solo y Jero se dispuso a jugar su papel. El de sombra espectral, muerto viviente o resucitado de la tumba. Lo mismo daba. Lo único importante era el efecto que conseguía al dejarse ver.

—Es intolerable. ¡Intolerable! —declaraba Ildefonso a una marabunta de micrófonos congregados frente a él—. La situación de España es lastimosa,

vivimos en un país a la deriva. ¿A dónde vamos a llegar siguiendo por este camino? Es necesario implicarse, remangarse y ponerse manos a la obra. Para iniciar un cambio hay que comenzar desde abajo, tendiendo la mano a quienes más lo necesitan. Por eso estoy hoy aquí, para predicar con el ejemplo.

Terminó el discurso, improvisado solo de cara a la galería, con una afable sonrisa. Mostrando una cara que nada tenía que ver con su auténtico yo.

Danta se acercó a los periodistas, confundiéndose entre ellos como uno más. Permaneció así hasta que la desfachatada mirada de ese hombre reparó en él.

Lo vio. Estuvo seguro de que fue así porque la sonrisa se esfumó de sus labios, dejando paso a una expresión congelada. Entonces fue Jero quien sonrió. Lo hizo de un modo que decía mucho. Que lo decía todo, aunque de sus labios no brotó ni una sola palabra.

—Yo... Voy a... Tengo que... —el balbuceo del candidato a la presidencia del país fue la señal que necesitaba para saber que había llegado la hora de emprender la retirada.

Aquella sabandija se devanaba los sesos para encontrar una excusa que le permitiera deshacerse de los periodistas. Tan pronto como la hallara correría a dar la voz de alarma a su equipo de seguridad y, para cuando esto ocurriese, sería mejor para Danta que hubiera conseguido salir del edificio. No le resultaba difícil burlar el cordón de seguridad del político, conocía bien su modo de trabajar. Pero siempre es más complicado moverse cuando todo el operativo corre tras de ti que hacerlo cuando se mantienen a la espera de que algo ocurra.

Abandonó con calma el gran salón abarrotado de puestecitos y tenderetes, caminando casi con parsimonia. No apretó el paso hasta el momento en que

atravesó la puerta y se aventuró por el pasillo. Lo hizo con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro, fingiendo ser tan solo alguien que pasaba por allí. Uno más en medio de la multitud.

—¡Eh! Espere.

La llamada de atención tensó todos los músculos de su cuerpo, preparándolo para pasar a la acción. Se detuvo a mitad del corredor, manteniéndose de espaldas a quien había hablado.

—Viene del mercado benéfico, ¿me equivoco?

No respondió. Dejó que el sonido de los pasos del otro se prolongase a lo largo del pasillo sin mover un solo músculo.

—¿Le importaría dejarme ver su invitación?

Jero sonrió con cinismo.

Conocía bien esa voz. Era una que no podría olvidar ni naciendo de nuevo. Se envaró, dándose la vuelta para encarar al dueño de la misma. El individuo perdió el color, y hasta el aliento, al vislumbrar el perfil del hombre al que había dado el alto. Muestra más que evidente de que, pese a que habían pasado años desde la última vez que estuvieron frente a frente, tampoco él lo había olvidado. Un detalle enternecedor.

Los dos se miraron en silencio durante unos segundos que parecieron durar siglos. Viéndolos se diría que habían intercambiado papeles: el muerto parecía lleno de vida y el vivo moría con cada respiración. Eran víctima y verdugo cara a cara. Un encuentro que solo podía terminar de una manera.

Mal.

Santos, congelado como lo estaría cualquiera que ve a un aparecido, contempló con espanto el modo en que la sonrisa se hacía más grande en el semblante del espectro. El miedo lo paralizó, al mismo tiempo que la falta de comprensión le impedía asimilar lo que estaba viendo.

Jero elevó una ceja, de un modo retador, antes de volver a darse la vuelta y echar a correr. Esa fue la señal que necesitó su adversario para recuperar el dominio de sí mismo.

Echando mano del cinturón, Santos sacó la pistola y corrió tras su presa sin dejar de apuntarlo con el arma. Al llegar al final del pasillo, Danta se precipitó por las escaleras de emergencias, utilizándolas como vía de escape. El otro, por supuesto, lo siguió. Descendió los peldaños a la carrera sin perder de vista a su objetivo. Era rápido y la ventaja que le llevaba, que lo hacía estar siempre un piso por debajo de él, reducía las posibilidades de acertar. Aun así, era un excelente tirador. Lo único que tenía que hacer era esperar la oportunidad.

El que lideraba la carrera llegó al primer piso, lanzándose a la puerta para salir a la calle de atrás del hotel. Allí, un vehículo negro con los cristales tintados lo aguardaba con el motor encendido. Listo para huir en cuanto subiera en él.

El segundo hombre aún tardó un poco más en alcanzar la calle. Jero ya casi había llegado al coche, si no actuaba rápido se le escaparía. Se detuvo, seguro de que la distancia que los separaba ya no era un problema. Santos abandonó la carrera dispuesto a quemar su último cartucho. Alzó su arma al mismo tiempo que su objetivo tiraba de la manecilla de la puerta del coche y la abría. Apuntó y... ¡Zas!

Justo en el blanco.

El fugitivo se dobló sobre sí mismo, apoyándose en la carrocería para evitar caer al suelo. Santos terminaba el encuentro con un tanto a su favor. Sin embargo, ese no fue el final de la partida. Incluso herido, Jero se las apañó para subir al coche rápidamente y escapar de allí ante los estupefactos ojos del pistolero.

Se le había escapado. ¡Maldito fuera! Ese condenado fantasma se había escurrido entre sus dedos con la misma facilidad con la que se había zafado de las garras de la muerte. Ahora no podía seguir engañándose, había tenido enfrente la prueba de que Jerónimo Danta seguía con vida. Una prueba que se largó delante de su nariz, llevándose una de sus balas como trofeo.

El chocolate le quedó aguado. Pero Nuria, mujer de recursos, lo compensó con sus mil versiones de *A mi burro*. Interpretó la conocida canción infantil en estilo rock, hip-hop y hasta se atrevió a dar el do de pecho con la ópera. Haciendo con ello las delicias de Teo, para quien la falta de variedad en el repertorio no suponía ningún problema. El niño adoraba la repetición, en ella encontraba la seguridad que le faltaba cuando tenía que hacer frente a algo nuevo.

Aunque el encuentro con su hermano llevara inexorablemente aparejado tener que ver a su padre, a Abril le mereció la pena. Comprobar que Teo estaba bien y poder pasar unas horas con él le dio fuerzas, recargándola como si se hubiera conectado a un enchufe. Así, cuando regresó al domicilio de Danta la noche estaba bien entrada.

—Es extraño que no haya nadie —comentó Raúl, cerrando la puerta tras de sí.

—Por lo que sé, Rómula tiene libres los viernes —replicó ella, colgando su abrigo de color rosa en el perchero de la entrada. —Ayer dejó lista comida para todo el día.

El chico negó con la cabeza, mostrándose reflexivo. Actitud que, más que extraña, era inédita en él.

—Pero Jero no acostumbra a llegar tarde a casa —comentó, más para sí que para su compañera, mirando al infinito con expresión ceñuda—. A no

ser... —agregó, recordando algo que le arrancó una pícaro sonrisa —... que esté con Mara.

Se puso las manos delante del pecho y las meneó como si tuviera algo redondo y grande en ellas, llenándoselas por completo. Abril captó el significado del gesto al instante. En respuesta, arrugó la boca en una mueca de desagrado.

—¿Sabes quién es Mara? —le preguntó él, juguetón y lascivo, más animado que cortado por su reacción.

Ella le dio un manotazo que lo obligó a detener el movimiento que iba ganando en cadencia.

—¡Ay!

—Eres asqueroso.

Realmente lo pensaba. Opinaba que era un cerdo y no entendía qué podía ver Nuria en él. ¿Lindo, decía? ¡Ja! Eso era porque no estaba obligada a tenerlo todo el día pegado a la espalda. Ese idiota gastaba un humor terrible y, en las contadas ocasiones en las que hacía alguna broma, la cosa solo empeoraba. Sus chistes carecían de gracia. Todos eran obscenos y predecibles, como el que acababa de soltar.

Esa Mara a la que se refería... ¿De verdad pasaba las noches con Jero?

Echó a andar por el pasillo, hasta el salón. Raúl, como su sombra que era, la siguió chasqueando la lengua.

—A ver si Jero te da de una vez lo que te tiene que dar y te quita de encima toda la ñoñería —dijo en el momento en el que ella presionaba el interruptor de la luz.

Optó por aplicar la misma táctica que empleaba con Rómula: no prestarle atención. Dejarlo hablar sin permitir que sus palabras la alcanzaran. Era lo mejor que podía hacer. No le apetecía nada que volviera a fabular sobre qué

podía tener a Danta tan entretenido para llegar tarde a casa. Agarró el mando a distancia y se sentó en el sofá, encendiendo la televisión. El chico se dejó caer a su lado, obligándola a apartarse un poco para hacerle hueco. Con el cuerpo inclinándose del lado opuesto al que ocupaba su custodio, Abril miró al susodicho con el ceño fruncido.

—Ya estoy en casa —se quejó—. Ahora puedes irte.

Le constaba que no era la única que tenía ganas de poner fin al tiempo que compartían. Raúl estaba tan ansioso por perderla de vista como ella de librarse de él, si no más. Sin embargo, contrariamente a lo que esperaba, el chico se cruzó de brazos sin mostrar la más mínima intención de moverse de dónde estaba. En su cara pudo leer, antes de que expresara su intención de palabra, que no contara con que la dejara sola.

—Sí, claro. Yo de aquí no me muevo hasta que vuelva Jero.

Fue un detalle que no añadiera de dónde tenía que volver.

—Es absurdo. ¿A dónde podría...?

—¿Quieres palomitas?

Demostrándole que no tenía ningún sentido discutir, Raúl se levantó y fue a la cocina. Media película y casi un bol de palomitas después, el sonido de la puerta al abrirse se unió al de los disparos que sonaban dentro de la pantalla.

—¡Por fin! —Al ruido de llaves y bisagras su obligado compañero de sofá se levantó como un resorte—. ¡Eh! ¿Te lo has pasado bien? —preguntó, jocoso, asomándose al pasillo.

El deje bromista de Raúl trajo instantáneamente el nombre de Mara de vuelta a la mente de Abril. Aunque tampoco necesitaba mucho para que su cerebro lo recuperase. Lo había tenido ahí, como una luz intermitente que se encendía y apagaba dentro de su cabeza, durante toda la película. Agarró un

puñado de palomitas y se lo metió en la boca, masticándolas con una fuerza excesiva que movió su mandíbula como la de un rumiante.

—¡Joder! ¿Qué coño ha pasado?

El precipitado modo en que el chico salió del salón la hizo desviar la atención que se obligaba a poner en la pantalla. Por llamar de algún modo a la fijeza con la que mantenía los ojos clavados en la tele. Si alguien le hubiera pedido que resumiera el argumento del filme no habría sabido por dónde empezar. ¿Era una de aventuras o una historia de terror?

—Le han disparado.

—¡No me jodas!

La mandíbula se le detuvo, todo su cuerpo lo hizo. Habría jurado que hasta el corazón dejó de bombear sangre dentro de su pecho. Solo durante una milésima de segundo, pero tiempo suficiente para que se sintiera morir un poco. Cuando recuperó sus signos vitales, Abril saltó del sofá para seguir los pasos de Raúl. Corrió al pasillo y se asomó a la espalda de su carcelero. Por encima del hombro de este pudo ver a Fidel, quien sujetaba a un Danta extremadamente pálido y sudoroso. Incapaz, a todas luces, de mantenerse en pie por sí mismo. Respiraba como si el simple hecho de llenar los pulmones de aire le costara un mundo. Sus párpados estaban apenas abiertos, dando la impresión de que le pesaban demasiado.

—Dios mío —murmuró cubriéndose la boca con ambas manos, sintiéndose presa de un frío que la convirtió en una estatua de hielo.

—Raúl —Fidel sacó del bolsillo de su abrigo un papel y se lo tendió al muchacho—. Necesito que me consigas estas medicinas. Y que lo hagas lo más pronto posible.

El destinatario leyó la lista que le entregaba y, asintiendo con solemnidad, aseguró:

—Cuenta con ello.

Dicho esto esquivó a los dos hombres para salir de la casa. Contrariamente a su rápida reacción, Abril siguió clavada en medio del pasillo, incapaz de mover un solo miembro. Ni siquiera estaba segura de que hubiera respirado después de llegar allí porque, cuando la voz de Fidel la trajo de vuelta a la escena, los pulmones le ardían.

—¡Muchacha! —la llamó ese hombre de figura descomunal. Irritado, como si llevara un rato intentando atraer su atención.

Tragó saliva y lo miró. Señal que él interpretó como que volvía a estar consciente.

—Necesito que pongas agua a hervir. ¿Lo entiendes? —preguntó solo para asegurarse de que realmente lo oía. Ella asintió y él continuó, arrastrando a Jero consigo hasta las escaleras—. También quiero que busques unas toallas, agua oxigenada y alcohol, unas pinzas y un cuchillo. Ponlos a hervir en una olla aparte, para esterilizarlos. ¡Ah! —Se detuvo a mitad de las escaleras, mirándola por encima del hombro—. Y también aguja e hilo. ¿Podrás encontrarlo todo?

La joven asintió con un vigor impulsado por el nerviosismo.

—Date prisa, ya hemos perdido mucho tiempo.

Lo intentó. Se dio tanta prisa como pudo y, aun así, sintió que no era suficiente. Cuando entró en la habitación, Jero yacía en la cama, inconsciente. Fidel lo había desnudado de cintura para arriba y presionaba la camisa empapada en sangre contra el hombro herido. Fue una visión que Abril supo que no olvidaría jamás.

—¿Has traído las toallas? —preguntó el hombre, haciendo a un lado la arruinada prenda.

En lugar de responder, dejó el balde con el agua encima de la mesita de

noche y le dio lo que pedía.

—Muy bien. Lo primero es contener la hemorragia.

La chica apartó la vista, incapaz de ver el agujero abierto en la carne del paciente sin que el estómago se le volviera del revés.

—¿Está muy mal? —preguntó mirando la puerta con angustia.

Fidel valoró los daños antes de contestar.

—Una herida de bala siempre es mal asunto —afirmó con seriedad, haciendo que algo se estremeciera en el interior de la muchacha—. Aunque no le ha alcanzado ningún órgano vital, ha perdido mucha sangre. —Dejó de presionar la herida y se levantó para despojarse de la chaqueta—. Además, me preocupa que se infecte. Si eso sucede... Entonces podríamos perderle.

¿Perderle? Ella ni siquiera lo tenía. Hacía solo unos días que ese hombre había entrado en su vida. Como un huracán, eso sí; transformándola de arriba abajo. Pero no había compartido con él tanto para que la idea de que algo fatal le sucediera la afectase como lo estaba haciendo. Su desmedida preocupación por Jerónimo Danta carecía de toda lógica. Y, no obstante, era auténtica.

Juntó las manos a la altura del pecho y entrelazó los dedos, como si rezara. Fidel, por su parte, se remangó la camisa, preparándose para pasar a la acción.

—Espero que no sea aprensiva —declaró mirándola de soslayo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Necesito que me asistas.

Un agobiado suspiro se escapó del pecho de Abril.

—Escucha —él la sujetó por los hombros, obligándola a mirarlo y dándole a su vez una mirada cargada de intensidad—, no puedo hacerlo solo

y aquí no hay nadie más. Así que, si aprecias un poco a este hombre, te suplico que me ayudes.

Tampoco sabía si lo apreciaba, tan solo que su cuerpo reaccionaba a las manos de Jero como una guitarra en las de un músico versado. Decir que sentía por él algo que no fuera rechazo se le antojaba contra natura. No olvidaba qué la había llevado a compartir techo con Danta. Pese a todo, lo cierto era que no le deseaba ningún mal. Más aun, la aterraba pensar que algo malo pudiera pasarle. Puede que Nuria tuviera razón y no fuera comprensiva, sino estúpida.

—De acuerdo —su consentimiento quedó ahogado por otro suspiro—. ¿Qué tengo que hacer?

El improvisado médico sonrió con alivio y con algo más que la joven no supo identificar.

—Presiona su hombro, hay que cortar la hemorragia.

Ella hizo lo que le decía y él la ayudó a restañar la herida, utilizando como hemostático el agua oxigenada. Una vez el sangrado estuvo contenido se valió de las pinzas para extraer el proyectil. No fue sencillo. Abril había visto en películas como él héroe era capaz de sacarse la bala él solo, sin ayuda de nadie. Pero la realidad resultó ser mucho más complicada de lo que vende el cine. Especialmente, porque la munición se fragmenta al impactar en su objetivo y hay que retirar de la piel no solo la bala, también los pequeños restos en los que esta se rompe.

Cuando, tras quitar toda la metralla, Fidel limpió la herida con alcohol, la chiquilla comenzó a relajarse, creyendo que ya había pasado lo peor. Se felicitó a sí misma por haber sido capaz de contener la náusea que la desacostumbrada visión de la carne abierta le provocaba, y tanto su estómago como sus nervios se templaron.

Ya estaba hecho, se había acabado. Eso fue lo que pensó. Hasta que vio a Fidel coger el cuchillo de entre los útiles que, por mandato suyo, ella preparó un rato antes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, regresando al nivel de alerta al verlo acercar la punta de la cuchilla al hombro de Jero.

—Sujétalo con fuerza —fue lo único que respondió él. Confirmando que lo peor estaba por venir al eludir premeditadamente la respuesta—. Es muy posible que se despierte ahora. Pero no te preocupes, está muy débil. Deberías ser capaz de controlarlo.

—No lo hagas —le suplicó sin voz.

Ahora, más que su estómago, eran sus rodillas las que se rebelaban, mostrándose poco dispuestas a seguir manteniéndola en pie. No sabía para qué iba a usar ese hombre el cuchillo que tenía en la mano pero, aun así, prefería que no lo hiciera.

Fidel miró unas lágrimas de las que su dueña fue completamente inconsciente. Los húmedos ojos de la chica le arrancaron una dulce sonrisa.

—Hay que limpiar la herida —le explicó, intentando contagiarla con su tono calmado.

—Ya lo has hecho, con el alcohol.

Las mejillas se le habían convertido en un río.

—Eso no basta, hay que deshacerse del tejido muerto —añadió del modo más amable que pudo, para tranquilizarla—. De lo contrario es muy posible que se infecte. Y ya te he dicho que eso es lo que menos nos conviene.

—Pero...

No la dejó seguir con la protesta. La preocupación que la chiquilla demostraba por su amigo lo conmovía, pero ceder a ella no era la mejor opción. Ni siquiera era una opción.

Tal y como había predicho, tan pronto Danta notó la acción del cuchillo en su hombro empezó a retorcerse de dolor. Antes de que Abril entrara en la habitación lo había hecho beber a morro de una botella de Whisky, para embotarle los sentidos al máximo. Pero el dolor era demasiado intenso para que la borrachera lo mantuviera inconsciente durante la última parte de la intervención.

—Agárralo con fuerza —ordenó a la aterrorizada joven. Quien dudó antes de someterse a su mandato y subirse a horcajadas sobre el paciente, impidiéndole moverse.

Eso no era lo que ella quería. Seguía deseando que apartara el cuchillo del hombre que se retorcía de dolor en la cama. Pero estaba tan asustada que había perdido la capacidad de decidir por sí sola.

Después de extirpar la piel que estuvo en contacto con la bala, Fidel volvió a lavar la herida. Tras asegurarse de que había dejado de sangrar, la cerró con un punto en forma de cruz.

Abril no reparó en que estaba llorando hasta que todo hubo acabado. Solo entonces fue consciente de su visión borrosa y se limpió las lágrimas que corrían sus mejillas con el dorso de la mano.

—Lo has hecho muy bien —la consoló el gigante, posando una de sus enormes manos en su derrotado hombro. Ella lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez—. Has sido muy valiente.

La muchacha sorbió por la nariz.

—Gracias —respondió, abandonando la cama para sostenerse sobre sus temblorosas piernas.

Jero quedó encima del colchón, desvanecido de nuevo por culpa del dolor. Agotado.

—¿Estará bien ahora? —preguntó sin poder apartar los ojos de aquel

cuerpo fuerte que, en ese momento, se le antojó el más frágil de cuantos hubiera visto nunca.

El gigante, que había entrado en el baño para limpiar los restos de sangre reseca que quedaban en sus manos, le respondió desde allí.

—Hay que ver cómo evoluciona —alzó la voz sobre el sonido del agua que caía en el lavabo. Sacó la toalla del toallero y regresó al cuarto secándose con ella—. Pero me atrevería a asegurar que no tardaremos mucho en tenerlo incordiando, como de costumbre. —Le guiñó un ojo, usando la broma para templarle el ánimo—. No te preocupes demasiado. Es un hombre fuerte, ya ha demostrado que se agarra a la vida con ganas.

¿Preocuparse? ¿Estaba preocupada? ¿«Demasiado» preocupada? ¿Eso era lo que le retorcía las entrañas, la preocupación? ¿Por eso se sentía así?

Su indescifrable gesto arrancó una suave carcajada a Fidel. Sin duda porque él, al contrario que ella, si supo leer sus significados ocultos.

—¿Qué...? —titubeó, cohibida bajo esa mirada capaz de descifrar unas emociones completamente nuevas para ella—. ¿Qué le ha pasado?

El apache desvió la visión a la cama, convirtiendo a su amigo en objetivo de sus ojos.

—Tiene más enemigos que amigos —dijo, respondiendo con una verdad que no era la que contestaba a la pregunta de la chica—. Personas que, una vez tomado el dinero que necesitan, consideran que los intereses acordados son demasiado altos. Estaré en el salón —anunció, dando por concluida la explicación al tiempo que se dirigía a la puerta—. Voy a pasar la noche en el sofá. Así que, si ves que empeora, avísame.

El gesto de asentimiento le valió a Abril para quedarse a solas con Jero. No era la primera vez. Ya habían compartido habitación, e incluso cama, antes. Como en esas ocasiones pasadas, también aquella noche Danta le

inspiró un enorme temor. Solo que de un modo distinto. Radicalmente opuesto a su miedo anterior. Antes de esa vez, lo que la asustaba era lo que ese hombre pudiera hacerle. Ahora, temía que algo le sucediera a él.

Se acercó a la cama y se acuclilló a su lado, junto al lecho. Abrazándose las rodillas para balancearse compulsivamente de atrás hacia delante, como lo haría un niño asustado. Así se quedó durante un buen rato, observándolo casi sin pestañear. La respiración de Jero seguía siendo dificultosa, aunque algo más regular, y sus facciones se contraían en una expresión que denotaba dolor. Dormía profundamente, vencido por el sufrimiento. De tanto en tanto, algún que otro lamento, que acentuaba su ceño fruncido, escapaba por sus labios reseco y entreabiertos.

—No te mueras —le susurró, acercando al rostro empapado de sudor de Danta una mano que retiró antes de llegar a rozarlo. Temerosa de tocarlo, por si acaso su contacto le producía más sufrimiento. —Por favor, no puedes morir.

7

Capítulo 7

—¿Qué hay de cierto en los rumores que afirman que ha sufrido un intento de asesinato?

—¿Es verdad que uno de sus guardaespaldas se vio envuelto en un tiroteo la noche de la inauguración del mercado benéfico?

—¿Teme usted por su vida, señor de la Serna?

La multitud de reporteros congregados a la puerta de la sede del PS —Poder Social— impedía a Ildefonso entrar en el edificio. Y eso que lo tenía a menos de un metro de distancia. Pero cuando a aquellas garrapatas ávidas de cotilleos se les metía algo entre ceja y ceja se convertían en una plaga difícil de esquivar.

—No, no, no. Todo es una sarta de estupideces sin fundamento —rebatíó, con una pasión que tenía más que ver con la irritación que le despertaban esos malditos periodistas que con la ensayada vehemencia que imprimía a sus intervenciones públicas.

Jamás le había molestado la popularidad. Por el contrario, le encantaba. Pero estaba empezando a sufrir los efectos negativos de su exceso de

notoriedad. Y es que, cuando todos los objetivos, preguntas y miradas se posan en un punto que prefieres mantener oculto, hasta el más megalómano empieza a desear la confortable oscuridad del anonimato.

—¿Sin fundamento? Hay testigos que afirman que presenciaron un tiroteo, en una de las puertas traseras del hotel, el día que se inauguró el rastrillo benéfico al que usted asistió como invitado especial —se alzó una de las voces entre el gentío, acorralando al candidato con una evidencia irrefutable.

Ildefonso se detuvo, mirando a su alrededor para buscar aquella afilada lengua entre la multitud de grabadoras, teléfonos móviles y micrófonos que lo rodeaban. Una misión casi imposible.

—¿Testigos? ¿Qué testigos? —preguntó, saliéndose del guion de hombre comprometido y luchador que solía ofrecer para dejar paso a otro más cercano al que era en realidad—. ¿Periodistas? ¿Cómo vosotros? —La imposibilidad de encontrar al autor de la pregunta lo llevó a hacer un gesto con la mano que abarcó a todos los presentes—. Carroñeros dispuestos a sacarle los ojos a un muerto si con ello encontráis un chisme con el que vender más periódicos y rellenar espacio en los telediarios. Eso, eso es lo que...

—Perdón. Dejen paso, por favor. Lo sentimos, pero no haremos ninguna declaración. Se acabaron las preguntas.

El menudo jefe de prensa apareció en escena para salvar la situación. Abriéndose paso entre los periodistas arrastró a de la Serna al interior de la sede. Algo de lo que nadie lo habría creído capaz mirando su diminuto y escuchimizado cuerpo. Pero ya se sabe que, en las situaciones límites, incluso un duende es capaz de sacar a relucir la fuerza de un titán.

Una lluvia de protestas y de flashes quedó atrás cuando el presidente del

partido y su ayudante atravesaron la puerta que daba acceso al edificio.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? ¿Es que quieres echarlo todo a perder? —preguntó el duendecillo, sintiendo que le habían sido arrebatados de golpe diez años de vida—. Ponerse a la prensa en contra es lo más parecido al suicidio que podrías hacer. Si a esos buitres se les mete entre ceja y ceja hundirte, estás acabado. ¡Acabado!

El político no dijo nada, lo dejó patalear a su espalda sin dignarse a mirarlo y siguió camino al ascensor. Sabía que tenía razón, por supuesto. Acababa de cometer un error de principiante. Pero tendrían que amenazarlo a punta de pistola si querían que lo admitiera. Caminó pasándose una mano por la cabeza, como si temiera que algún pelo hubiese escapado de su engominada melena. Entró en el elevador y, con la arrogancia de quien se cree superior, dejó que fuera Santos, que ejerciendo de su sombra lo había seguido hasta allí, quien pulsara el botón del piso en el que estaba su despacho.

—Encuétralo —dijo a su guardaespaldas, sin mirarlo, cuando las puertas del elevador se hubieron cerrado.

El subordinado tragó saliva antes de responder.

—No será sencillo encontrar a un muerto.

—¡Un muerto no huye en un coche con una bala enterrada en el hombro! —gritó De la Serna, completamente fuera de sí. Partículas de saliva salieron disparadas de su boca con cada palabra pronunciada. Inspiró profundamente, forzándose a calmarse—. Tú y yo somos hombres pragmáticos, no creemos en aparecidos.

Por supuesto que no. La existencia de fantasmas era algo que Santos Márquez no concebía fuera del guion de una película de terror. Pero sabía que seguir el rastro de una persona muerta a efectos legales era tan

complicado como afanarse en perseguir a un espectro. Lo que su jefe pedía no era tarea fácil. Claro que tampoco estaba acostumbrado a que sus encargos lo fueran.

—Lo intentaré.

—Consíguelo —Ildefonso corrigió la sentencia del jefe de seguridad en el momento en el que el ascensor llegaba a su piso y las puertas se abrían—. Ese cabrón se ha propuesto destrozar todo por lo que he luchado, mi imagen y mi carrera.

Los dos hombres salieron al pasillo, dejando que las puertas se cerraran tras ellos.

—Quiere acabar conmigo, del mismo modo en que lo intentó entonces —continuó el secretario general del partido, recolocándose el cuello de la chaqueta—. No ha aprendido la lección. No sabe que estoy dispuesto a lo que sea para proteger lo que es mío.

Santos sí que lo sabía. Conocía de buena tinta el extremo al que ese hombre estaba dispuesto a llegar para preservar lo que consideraba «suyo». Por eso, observando la espalda del candidato, que precedía el camino a su despacho, tuvo la absoluta certeza de que la última parte de su discurso no había sido una amenaza a Danta, si no a él.

Le resultó chocante oír a Rómula despotricar contra alguien que no era ella. No negaba que el trato de la anciana era áspero con todos por igual, sin hacer distinciones. Pero, en cuando al insulto, Abril sabía que la criada lo reservaba en exclusiva para su persona. Por ello, al escucharla proferir contra alguien más los improperios de los que solía ser destinataria, corrió al pasillo presa de la curiosidad más pura.

—Te he dicho que no puedes entrar —gritaba la mujer a alguien que

aguardaba en el umbral—. No me paso el día limpiando esta casa para que una zorra la ensucie con su presencia.

La joven arrugó el entrecejo y se aupó en las punteras de sus zapatos para ver a la persona parcialmente oculta por el enjuto cuerpecillo de Rómula. Adivinó que era una mujer, además de porque sabía que la asistenta tenía por norma ser especialmente cruel con las de su sexo, porque veía los márgenes de un ostentoso abrigo de visón blanco asomando tras la figura de la criada.

—Vamos, Rómula —lejos de sentirse ofendida, la que veía su acceso a la casa obstruido se mostraba divertida con la obstinación de la anciana. Claro que, por otro lado, su voz tenía un matiz de irritación que evidenciaba que empezaba a cansarse de ese juego—. Tú no decides a quién dejar entrar y a quién no. No eres más que la fregona.

—Te digo que...

Con un empujón que cortó su réplica y la hizo tambalearse sobre las plantas de los pies, la visitante puso fin a la cortesía. También a la discusión. Accedió a la casa sin que el mal recibimiento que le había granjeado la empleada le generase el menor reparo. Abril pudo ver entonces que se trataba de una mujer joven, en sus treinta, morena y con el cabello peinado en un estiloso corte.

La recién llegada se atusó el flequillo, que le caía a un lado de la frente, articulando un «qué pesadez» que se quedó en sus labios, sin llegar a materializarse en palabras. Parecía un personaje de Vodevil. Era la típica cantante de club nocturno en amores con el jefe de una organización mafiosa.

Abril sacudió la cabeza tan pronto la imagen se dibujó en su mente. Se reprendió a sí misma y se dijo que debía prestar menos atención a Nuria. Estaba adquiriendo la costumbre de fabular, igual que su amiga.

Novelas aparte, lo innegable era que la desconocida tenía un aspecto

extravagante, excesivo. Un poco hortera. De «buscona», lo habría definido Rómula en uno de sus días más comedidos. El abrigo de visón de pelo largo, cortado a la cintura, y el hiperceñido vestido rojo que no dejaba nada a la imaginación podrían protagonizar las pesadillas de cualquiera con un mínimo de sentido del buen gusto. Sin embargo, esas prendas que harían parecer lamentable a cualquier otra mujer, resaltaba la sensualidad de esta. Su piel tostada y las rotundas curvas que mostraba sin pudor jugaban en favor del impactante efecto de su atuendo.

También Mara, una vez superado el estorbo de la criada, reparó en la chiquilla. Dejó de recomponerse el peinado y, esbozando una sonrisa que resultó amable pese al agresivo rojo que teñía sus labios, se le acercó.

—Tú debes ser el gorrioncillo enjaulado —se chanceó mientras la examinaba de arriba abajo, como la profesional que era.

No estaba mal, era guapa. Un poco cría, tal vez. Pero, en cualquier caso, lo bastante madura para ganarse la atención del género masculino. Bastaba con mirar las formas que su cuerpo marcaba bajo el vestido para darse cuenta. Decididamente, la tal Abril no era la niña que Jero se había empeñado en creer que era.

¿Por qué sería que la evidente diferencia entre expectativa y realidad no la sorprendió?

La muchacha se mantuvo seria, sin saber qué responder, y Mara retomó la palabra tras proferir una cristalina carcajada

—Quita esa cara, mujer. Solo bromeaba. Soy Mara, una buena amiga de Jero —remarcó la palabra «buena» con evidente intención. Segura de que hasta esa jovencita con pinta de haber estado recluida en un colegio de las hermanas ursulinas sería capaz de captar el significado.

La presentación terminó de generar un sentimiento de tensión en el

interior de Abril. Pese a que, en realidad, no le descubría nada nuevo. De alguna manera, había sabido quién era esa mujer desde el primer momento.

Agarró la mano que le ofrecía, estrechándosela por pura cortesía. Instintivamente, sus ojos bajaron a niveles por debajo del cuello de Mara. Hasta los pechos que el generoso escote de su vestido dejaba casi al descubierto. Muy a su pesar tuvo que admitir que Raúl no había exagerado un ápice. El volumen era realmente impactante.

—Las perras entienden sus ladridos —murmuró Rómula.

La anciana las miraba aún apoyada en el perchero al que la investida de la «buena» amiga de Jero la había obligado a agarrarse. Para no caer cuando esta irrumpió en la casa por su cuenta.

Se recompuso el delantal, con la dignidad de mujer trabajadora y decente que gastaba en todo momento, y huyó a la cocina. No podía soportar la idea de respirar el mismo aire que ese par de fulanas ni un segundo más. Abril observó su retirada preguntándose si habría esperado que hiciera frente común con ella para impedir que Mara entrara en la casa. Lo más extraño de todo fue que, por una vez, a ella no le habría importado hacer piña con la huraña anciana.

—No te preocupes —la madame le habló en tono confidente, casi consolador—. Es una vieja frígida y resentida. Te apuesto lo que quieras a que aún es virgen—. Le guiñó un ojo, en absoluto mortificada por la maldad del comentario—. Y no me extraña. ¿Quién va a hincarle el diente a un hueso así?

Mara rio su propia broma y, al hacerlo, los largos pendientes de brillantes, que su corto cabello le permitía lucir en todo su esplendor, cimbrearon. La muchacha siguió el movimiento como un bebé fascinado por el brillo de las

piedras. A decir verdad, todo en ella, no solo sus ojos, se sentía infantil delante de esa mujer cuya madurez era una abrumadora realidad.

—En fin, voy a subir a ver a Jero. Si no te importa, claro —dijo la que le mermaba la autoestima. Lo hizo tras comprobar que sus intentos de acercamiento a la huésped de Danta chocaban contra una pared. Tampoco le importó. No tenía intención de convertirse en amiga de esa niña, y ya había averiguado todo lo que quería saber de ella. Su curiosidad estaba más que satisfecha.

—Claro que no —se apresuró a aclarar Abril.

«¿Por qué tenía que importarme?» Se preguntó. ¿Quién era ella para que le afectara que otras mujeres visitaran a Jero?

—Es por aquí.

Se adelantó para indicarle el camino. Pero la otra se lo impidió, agarrándola por un brazo antes de que pudiera dar más de un par de pasos.

—No te molestes, cariño. Conozco el camino.

Apretó sus rojísimos labios en una sonrisa contenida y, antes de demostrar lo cierta que era su afirmación, se acomodó en el hombro la tiranta de su diminuto bolso dorado. Seguía siendo amable, no había un gramo de hostilidad ni en el gesto ni en el comportamiento de Mara. Pese a lo cual, Abril fue perfectamente consciente de que había abierto la boca con toda la intención de fastidiarla.

Y tenía que reconocerle el triunfo, porque logró. ¡Vaya que si lo logró!

La observó mientras se encaminaba a las escaleras, contoneando las caderas descaradamente. Un meneo que remarcó al subir los peldaños. Lo que hizo con la confianza de quien conoce bien el espacio en el que se mueve.

Una pregunta, una que a Abril le resultó insoportablemente espinosa,

venció sobre cualquier otro pensamiento: ¿Cuántas veces habría hecho esa despampanante mujer el camino al dormitorio de Jero?

8

Capítulo 8

—¿Qué tal estás?

Entró en la habitación sin tomarse la molestia de llamar a la puerta primero, era una cortesía innecesaria. No había manera de que encontrara allí nada que no hubiera visto antes. Ni el mobiliario de estilo sencillo y funcional ni el inquilino del cuarto guardaban secretos para ella. El armario, el escritorio y la silla frente a este, la cama y, también, el cuerpo de Jero; todo le era territorio conocido.

—Cansado de que no se me permita salir de esta maldita cama —replicó el herido, mirándola solo un segundo antes de apartar la vista.

¿Era decepción lo que vio en sus ojos? ¿Acaso esperaba a otra persona? ¿A otra mujer?

Mara encajó el dolor que le produjo lo que encontró en las oscuras pupilas de Danta camuflándolo tras una extensa sonrisa. Dejó el bolso encima del escritorio y fue a tomar asiento junto a él, en el filo de la cama.

—Eres el peor paciente de la historia —comentó aparentemente despreocupada—. Si lo sabré yo.

Si alguien conocía bien el rechazo a la inactividad que sentía ese hombre, esa era ella. Después de encontrarlo tirado en la calle, como un pedazo de basura, lo había cuidado durante semanas. No tardó en comprender que, pese a su lamentable condición, el mayor escoyo con el que se toparía para conseguir la completa recuperación de Jero era su propia tozudez.

—He recibido un balazo en un hombro —se quejó él, con la obstinación que ella ya esperaba—. No es como si mi vida corriera peligro de muerte. Fidel está empeñado en matarme de desidia.

Mara se mordió la lengua para no replicar que, herido de muerte o no, un poco de reposo no le vendría mal. También se calló que, como de costumbre, Fidel demostraba tener mejor juicio que él. En vez de decir nada de esto repasó con los dedos el estado de su flequillo y comentó, como si estuviera hablando del tiempo:

—He visto a la niña. —Se dio cuenta de que Jero contenía la respiración—. Antes de subir, en el recibidor.

Danta dejó caer la cabeza en los mullidos cojines que un rato antes, Abril y Rómula, en una colaboración sin precedentes, habían acomodado para que pudiera sentarse en la cama. Tanto mimo lo tenía agotado.

—¿Ah, sí? —preguntó, imitando el desenfado de Mara. Por algún motivo, hablar con ella de Abril resultaba incómodo.

La mujer asintió del mismo modo pretendidamente intrascendental.

—Es muy guapa. Y no tan niña como me dijiste que era. De hecho —su profesionalidad salió a flote, otorgándole el aire de una tasadora de joyas evaluando una pieza de valor—, estoy segura de que podría sacar un buen precio por ella. Si no consigues que su padre te pague, envíamela.

De nuevo ese brillo en sus ojos. Uno afilado, como la hoja de un cuchillo, que le atravesó el pecho y la dividió en dos. De un lado quedó la mujer

enamorada, herida por el rechazo del hombre que amaba. Del otro, la sádica que buscaba azuzarlo con sus palabras. Estúpida, masoquista e infantil que quería que él le expresara de viva voz lo que le gritaba con cada una de sus miradas, de sus expresiones y sus movimientos.

—No hables así —el ceño de Jero se descompuso como si allí, sobre la colcha de color azul marino, se hubiera posado el insecto más repugnante del mundo.

—¿Qué pasa? —su mitad arpía volvió a la carga, empeñada en infringirse daño—. ¿Quieres ser tú el que haga los honores?

Con cierta dificultad él se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La sangre que había perdido lo mantenía débil, un tanto mareado, pero moriría antes de reconocerlo. Mara no hizo nada para retenerlo bajo el edredón, no tenía caso intentarlo. Nunca conseguía que hiciera lo que deseaba. Nunca conseguía nada de él, más que ese trato considerado. Cariñoso, de un modo fraternal y agradecido; pasional solo cuando la lívido lo cegaba.

—Deberías buscar otro trabajo —musitó Jero, mirando por la ventana—. Yo podría ayudarte.

En el jardín, enfundada en un abrigo de color rosa pastel, estaba Abril. Sentada en los escalones de la entrada dibujaba afanosamente en un enorme blog que apoyaba en sus muslos. Desde la ventana el boceto en el que trabajaba era poco más que un borrón gris, más claro en algunas zonas y más oscuro en otras. Danta tampoco forzó la vista para captar ninguna línea. No le interesaba. Estaba seguro de que el dibujo no sería tan hermoso como la estampa que protagonizaba la pintora.

La muchacha, con el cabello caído sobre un hombre; vestida de aquel color que destacaba entre los tonos rojizos y pardos de la vegetación del jardín; bajo el cielo plomizo de esa tarde de otoño. Una postal que rezumaba

una dulce melancolía, como de novela romántica. Nada que ver con él y muy en la línea de Abril. Una imagen que resumía la esencia de la joven, el modo en que la veía. Lo que representaba para él.

A su espalda, aún sentada en la cama, Mara resopló.

—No empieces otra vez con la cantinela de «eres una mujer estupenda. Sirves para mucho más que para venderte a una panda de babosos». ¿Es que no te cansas de intentar salvar al mundo?

Los hombros de Abril se agitaban con cada trazo que dibujaba.

—No intento salvar al mundo —replicó él, absorto en el movimiento—. Solo me preocupo por la gente que quiero.

Ese era el problema. Mara era plenamente consciente de que no era nadie especial para Jerónimo Danta. Nunca tendría su corazón. No más de lo que lo tenían Fidel, Raúl o hasta la reprimida de Rómula. Era solo una más entre las personas que él estimaba. Si le hubiera pedido que abandonara el club para ser su mujer lo habría hecho sin dudar, pero sabía que eso no era lo que le estaba proponiendo. Y había invertido demasiado tiempo, esfuerzo y dinero en su negocio para retirarse cuando empezaba a obtener beneficios. No era el trabajo de sus sueños, desde luego que no. Las niñas fantasean con ser maestras, cantantes, astronautas o princesas. Pero, en esos futuros ideales que fabulan, ninguna se plantea la opción de vender su cuerpo para sobrevivir.

¿Qué podía hacer? La vida rara vez se parece a lo que esperamos de ella.

Se levantó de la cama y sus tacones repiquetearon en el suelo, mientras se acercaba a Jero por la espalda. Cuando llegó a su lado le rodeó la cintura con los brazos. Cerró los ojos y enterró la cara entre sus anchos hombros, poniendo cuidado en no rozar el apósito que marcaba el lugar en el que había sido herido. Inhaló, llenándose de él. Del tacto, el olor y el calor que

desprendía la piel del hombre. Sus brazos se cernieron en torno a su cuerpo con más fuerza, con un anhelo que parecía querer fundirlo con su ser.

Él se dejó abrazar. No la rechazó, no intentó alejarla ni alejarse. Como siempre, aceptó su cercanía sin que esta le afectara. A ella no le importó. Estaba acostumbrada a que fuera así. Era lo normal, y lo normal se asume sin que provoque dolor. Sin reparar en ello siquiera.

Siguiendo un hábito adquirido, Mara deslizó una de sus manos por el vientre de Jero. Dejando que las yemas de sus dedos jugasen con la piel que encontraba en su camino. Trazando la circunferencia del ombligo antes de colarse bajo el elástico de la ropa interior.

—Mara.

La mano de él se unió a la suya, pero no para incitarla a seguir. Los dedos de Danta se aferraron a su muñeca obligándola a salir de sus pantalones. Lo más doloroso fue que el rechazo no la lastimó, era una reacción que ya esperaba. Se había expuesto a ella premeditadamente. Volvía a ser víctima de la bruja que habitaba en su interior.

Obstinada, se negó a despegarse de su espalda. Jero enlazó los dedos con los suyos en un gesto que intentaba atenuar la rotundidad de su rechazo. Que demostraba el cariño, falta de deseo, que le profesaba y la hizo verse a sí misma de un modo lamentable. Cuando reunió el valor para abrir los ojos, se asomó al hombro del hombre y miró lo qué tan absorto contemplaba este al otro lado del cristal.

No la sorprendió ver a Abril sentada en las escaleras de la entrada.

Sonrió de un modo amargo. De una manera que habría hecho fluir sus lágrimas de no haber poseído un control absoluto sobre sus emociones. Sonrió de una forma que evidenciaba derrota.

Mara volvió a ocultar el rostro en la espalda de Jero. Recreándose en las

emociones que la piel masculina despertaba en la suya. Sentía la dolorosa seguridad de que no tendría más oportunidades de disfrutarlas. Se daba cuenta de que había llegado el momento que estuvo temiendo desde el instante en que Jerónimo Danta apareció en su vida.

Era hora de renunciar a él.

Siempre supo que no era suyo. Por eso se conformó con disfrutarlo sin esperar nada más que los momentos en que la pasión lo desbordaba. Ahora, su conocimiento profundo del género masculino le servía para entender que el corazón de Jero, ese condenado órgano que jamás le perteneció, tenía dueña. Se daba cuenta de ello y, también, de que este era ya plenamente consciente del calado de sus sentimientos hacía la chiquilla que, ajena a todo, dibujaba en el jardín. La misma muchacha que no había dejado de mirarla como una amenaza desde que hizo a un lado a Rómula para entrar en la casa.

Se había quedado sin cartas. Mara sabía que ya no pintaba nada en la partida. En adelante, era cosa de esos dos seguir con el juego.

—Tranquilo, sé reconocer cuándo he llegado a mi límite —murmuró pegada a la espalda de Danta—. Espero que ella también lo haga. Ojalá que esa niña se conforme con el presente, porque los dos sabemos que es lo único que puedes ofrecerle.

Rómula se había encargado de dejar claro, desde la primera vez que la sorprendió allí, que la cocina era su territorio. Pero había pasado un buen rato a la intemperie, sentada en los fríos escalones de la entrada. Cuando la noche empezó a caer, trayendo con ella el relente, el cuerpo le pidió tomar algo calentito. Por eso, aun sabiendo a lo que se exponía, Abril cerró el cuaderno de dibujo y, con él bajo el brazo y el lápiz enganchado en la anilla, entró en la casa de la que había huido pretendiendo dejar tras la puerta unos celos que la

mordían con saña. La cuestionable calidad de los borrones en los que gastó una hoja de su blog era la prueba de que existen emociones que no pueden dejarse olvidadas en una habitación.

En la cocina, como buena ama de los fogones que era, la anciana preparaba el sofrito para las albóndigas que serviría en la cena. No respondió al saludo de la chica, pero la miró con una fija ojeriza que no dejó caer en saco roto el tímido «hola» que acompañó la entrada de esta.

Abril, como de costumbre, intentó no dejarse amilanar por los afilados ojos de Rómula y atravesó la estancia para acercarse a la alacena. Abrió la puerta del mueble y se estiró cuanto pudo para alcanzar una de las tazas que se guardaban en la última balda.

—¿Todavía no te has enterado de cuál es tu lugar? —preguntó la criada, sonando incluso más agria que de costumbre. La interpelada comprendió al instante que estaba decidida a hacerla pagar por la traición de esa tarde, cuando estrechó la mano de su enemiga—. Es en la cama de Jero donde deberías estar.

El desprecio de Rómula la desestabilizó un poco, aunque tendría que estar acostumbrada. A esas alturas, las palabras de la anciana deberían ser para ella como una medicina que, a fuerza de ser tomada, deja de surtir efecto. Sin embargo, lo que le ocurría con los improperios de Rómula era todo lo contrario. Cuanto más los oía, más vulnerable se sentía Abril. Su ánimo, y especialmente su amor propio, empezaban a acusar los efectos de las vejaciones verbales a las que la sometía cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Se forzó a no prestarle atención, como de costumbre, y siguió a lo suyo. Que, en ese momento, no era otra cosa más que conseguir una taza.

Ojalá Nuria estuviera allí. A ella le bastaría con empinarse para alcanzar

la última balda. Tampoco le costaría mucho cerrarle la boca a esa vieja soez.

—Las zorras como tú no se mojan las manos con tareas domésticas —siguió Rómula, ensañándose por el mero placer de soltar obscenidades—. Es la entrepierna lo que siempre tenéis húmeda.

—¡Rómula!

Abril no tuvo tiempo de sufrir el nuevo ataque. La brusca llamada de atención la pilló por sorpresa, amenazando con hacerla perder el equilibrio. Lo que evitó en el último momento, apoyando las plantas de los pies en el suelo y agarrándose a una de las baldas del mueble. Con el susto en el cuerpo, giró el cuello para mirar por encima del hombro. Desde la puerta, los oscuros ojos de Jero observaban a su empleada con una fría censura.

La chica agachó la cabeza de inmediato, como si esperase borrar la presencia del hombre así de fácil. Solo por no verlo.

Que él hubiera oído lo que Rómula había dicho hacía que los desprecios resultaran aún más ofensivos. Sintió que el significado de las palabras se multiplicaba por dos.

La anciana, sin embargo, lejos de amilanarse frente al señor de la casa, se quitó el delantal, lo lanzó con fuerza sobre la encimera y se dispuso a abandonar la cocina como lo que era: la dueña y señora de ese rincón del hogar. Mostrándose por encima del hombre que, si bien era quien la proveía de sueldo y techo, por edad bien podría ser su hijo. Su superioridad en años era algo que Rómula tenía por costumbre hacer extensible a todo lo demás. No estaba dispuesta a doblegar sus canas ante nadie.

Pero su plan de fuga contaba con una falla que enturbiaba la dignidad de la que pretendía revestir su retirada. Solo existía una manera de salir de la cocina, y era a través de la puerta que Jero bloqueaba con su cuerpo. La mujer lo conocía lo bastante bien para saber que no se haría a un lado,

permitiéndole pasar sin más. Él era distinto de Abril. Pero tampoco ella se parecía en nada a esa niña que pretendía reforzar su burda fachada de mosquita muerta tras una dolorosa falta de carácter.

—No vuelvas a hablarle así. —Danta la interceptó cuando pasó junto a él, agarrándola del brazo para obligarla a detenerse—. ¿Me has oído?

No replicó. Lo que no significó que depusiera la actitud altanera. Con su orgullo de anciana se desligó del agarre de su jefe. Al que miró igual que una madre que, aun teniendo el poder de castigar a su hijo sin postre, decide indultarlo. Él la dejó liberarse de su mano con facilidad. Así, sin decir nada, al menos no mediante la palabra, la criada se perdió por el pasillo.

Abril, perfectamente consciente de la potente aura maternal que irradiaba, se preguntó si su retirada significa que tendrían que apañárselas solos para terminar de preparar la cena. Justa represalia por haber osado desafiarla. De ser así, esperaba que las albóndigas ya estuvieran hechas, aguardando en el frigorífico listas para pasar por la sartén. No tenía ni idea de cuánta maña se daría Jero, pero ella tenía escasa habilidad en eso de modelar bolitas con carne picada.

Jero, en cambio, estaba muy lejos de sentirse preocupado por las dichas albóndigas. A él lo que de verdad lo inquietaba, lo que conseguía que la sangre le hirviese como aceite caliente, era la muchacha que tenía delante.

Oyó a Rómula desde el recibidor. Su voz le llegó clara cuando bajó para despedir a Mara, rompiendo con gusto la orden de permanecer en cama. Durante un buen rato, Danta aguardó allí, junto a la puerta de la casa. Esperaba escuchar la réplica de Abril a las descalificaciones, pero estas nunca llegaron. Fue entonces cuando decidió tomar cartas en el asunto para hacer lo que sabía que ella no haría.

La miró con los mismos ojos afilados con los que había visto a Rómula

un momento antes, aborreciendo su sumisión como si se tratara del peor vicio del mundo. Igual que la noche en que la besó a la fuerza, todas sus emociones se volcaron en un súbito enojo contra esa chiquilla dispuesta a dejar que le llovieran piedras del cielo sin intentar ponerse a cubierto.

¿Qué demonios le pasaba?

En dos zancadas llegó a su lado y la aprisionó entre el mueble de la alacena y su cuerpo. Abril, como era de esperarse, no hizo nada para evitar ser capturada. Tan solo se pegó todo lo que pudo a las estanterías que tenía detrás, notándolas presionar en su piel a tramos; en el cuello, la mitad de la espalda, la cintura y los muslos. No se quejó, los filos de madera no eran nada. Quedaban anulados al pensar en lo que tenía delante. El cuerpo de Danta estaba tan cerca del suyo que podía notar el calor que irradiaba, como si fuera una estufa.

Jero alzó un brazo y ella, en un acto reflejo, cerró los ojos con fuerza.

¿Qué era eso? ¿Acaso pensaba que iba a pegarle, o algo? ¿De verdad lo veía capaz de una acción tan baja? Y, en todo caso, si realmente lo creía, ¿era tan tonta para aguantar el golpe, sin más?

¿A qué venían tantas preguntas? Cómo si no conociera las respuestas.

Desinflándose en un suspiro, que no consiguió dejar salir toda la frustración que esa muchacha sembraba en él, agarró una taza y la bajó. Con ella golpeó suavemente el pecho de Abril, instándola a cogerla. El frío contacto del borde del recipiente, que se filtró bajo la pechera de su vestido verde oscuro, la hizo abrir los ojos.

—Gracias —murmuró, recogiendo la taza con ambas manos.

El modo en que percibía la cercanía de Jero la confundía. De alguna manera era más efectiva que el cacao con leche que había ido a buscar. El

abrigo empezaba a estorbarle. De pronto, se sentía como en plena ola de calor.

—¿Por qué eres así? —También él ardía, solo que de un modo distinto. Más de rabia que de excitación—. ¿Por qué te dejas tratar de ese modo? ¿Por qué he tenido que ser yo el que le ha cerrado la boca a Rómula?

Ella agachó la cabeza, mirando las puntas de las zapatillas de Jero que se pegaban a las de sus zapatos. Pensó que era como estar besándose, solo que por los pies. La idea reavivó el calor que sentía. Más que octubre, parecía que fuera agosto.

—Porque no conseguiría nada revelándome —se encogió de hombros, rezando para que él no reparase en que tenía las mejillas ardiendo—. Aparte de que se ensañase más conmigo. Callar es lo mejor que puedo hacer, lo más inteligente.

—Abril...

Jero pronunció su nombre en medio de un suspiro que tampoco logró dejarlo vacío de frustración.

Apartó la mano derecha de la estantería a la que se agarraba y la puso bajo la barbilla de la joven, obligándola a alzar la cabeza; a mirarlo a los ojos. Luego, le acarició la mejilla, cubriéndola entera con su enorme palma. Su piel quemaba.

—¿Nadie te ha dicho que la victoria no es lo que impulsa la lucha? —le preguntó, dulcificando el tono; conmovido por su tacto como la primera vez que lo sintió.

La muchacha arrugó el ceño. Evidentemente no entendía el significado de lo que intentaba explicar. Más aún, sus palabras le resultaban contradictorias.

—Entonces... ¿Por qué pelear?

—Por lo que es justo. —Se puso solemne—. Espartaco murió sin conocer

la abolición de la esclavitud. Pero, ¿acaso crees que esperaba otra cosa cuando decidió sublevarse? —Dándose cuenta de que se había puesto intenso, Jero esbozó una suave sonrisa para concluir: —No creo que fuera tan iluso. Probablemente, solo quería dejar claro que no le parecía justo que una persona fuera dueña de otra.

—¿Quieres que inicie una revolución?

Sonó infantil, casi ridícula. O eso le pareció a ella. La caricia de él la dominaba por completo, complicándole pensar con claridad.

La sonrisa de Danta se hizo más amplia.

—De entrada, me parece un objetivo demasiado ambicioso —bromeó—. Por el momento, me conformaría con que luches por ti.

Apartó la mano de su mejilla para peinarle el flequillo, colocándole bien los finos mechones castaños que el viento había alborotado durante la sesión de dibujo.

—Bien —respondió Abril, todavía en esa especie de trance al que la conducían sus atenciones—. En ese caso, quiero que dejes de obligarme a ir con Raúl cada vez que salgo de esta casa. —Los ojos de él se abrieron más de lo habitual. En ellos había sorpresa y diversión—. Llevar escolta hace que me sienta como una presa. Y, además, él es muy antipático.

—Me temo que esa no es una condición negociable.

Lamentaba tener que cortar su primer y tímido intento revolucionario, pero negocios eran negocios. Aunque a veces estaba dispuesto a hacer la vista gorda, no consideraba a Galván merecedor de tal gracia. Era demasiado ambicioso y bajo para que contemplara la opción de perdonarle la deuda contraída con él. Teodoro era la clase de hombre que ni viéndose con el agua al cuello escarmentaría. Por eso no estaba dispuesto a ponerle las cosas fáciles.

Abril hizo una mueca. La respuesta que Jero esperaba.

—¿Lo ves? No tiene caso intentarlo.

Danta le acarició la cabeza, alborotando el cabello que hacía un instante había peinado.

—No esperarías vencer después de un único intento, ¿verdad?

Se apartó, devolviéndole el espacio que había invadido al arrinconarla. Algo que, extrañamente, el cuerpo de la chica no le agradeció. Más bien, lo lamentó. Ni ella misma entendía por qué pero, al perder la proximidad de Jero, el agradable calor que le transmitía, se sintió insoportablemente sola. Una soledad que crecía a cada paso que él daba, agrandando la distancia entre ambos.

—Jero —lo llamó, aunque no había pensado hacerlo.

Este se detuvo, ahogando en un gesto de dolor que lo atravesó al intentar mirarla por encima de su hombro herido. Aunque los analgésicos que le administraba Fidel mantenían a raya el malestar los movimientos bruscos le resultaban incómodos.

—Iba a prepararme una taza de leche con cacao —comunicó para, a continuación, agregar con una buena dosis de timidez: —¿Quieres una?

Cerró los ojos con fuerza, queriendo desaparecer de la cocina por alguna suerte de encantamiento. Pero, claro está, el deseo no se cumplió. Tras sus parpados seguía estando todo lo que había en el momento en el que hizo aquella invitación propia de una estudiante de primaria. Incluido el hombre, adulto y experimentado, destinatario de la misma.

No podía ser más absurda.

Las patas de una de las sillas que rodeaban la mesa que había en el centro de la cocina chirriaron al ser arrastradas por el suelo. Abril abrió los ojos al

escuchar el sonido y, contrariamente a lo que esperaba, vio a Jero tomando asiento en ella.

—No me apetece volver a esa habitación en la que me habéis tenido encerrado todo el día —dijo como un reproche, sin faltar a la verdad.

Aunque, para que esta hubiera sido completa, debería haber agregado que aún le apetecía menos despedirse de ella. No sabía en qué momento había empezado a extrañarla, ni siquiera había reparado en que lo hacía. Pero lo cierto era que pensaba en Abril constantemente. Así había gastado las interminables horas de ese día de obligado reposo. Esperaba verla entrar en su habitación, imaginaba qué estaría haciendo cuando volvía a dejarlo solo

—Acepto la invitación.

Su consentimiento a compartir con ella una simple taza de leche con cacao despertó en la muchacha una emoción que desbordó su menudo cuerpo, haciéndola moverse de manera torpe por la cocina. Estaba demasiado entusiasmada para ser capaz de coordinar sus pasos. Él ocultó una sonrisa y la observó fascinado por la escandalera que organizaba a su paso. Aunque a simple vista parecía un pajarillo, cuando actuaba era mucho más similar a un elefante.

—Pero preferiría tomar café, no me gusta lo dulce —se burló, dudando si la afirmación era cierta. En algún momento de esos últimos días sus gustos habían empezado a acusar un giro radical.

—El café es excitante —replicó la chica, de espaldas a él, poniendo un cazo lleno de leche a calentar en la hornilla—. No creo que sea bueno para alguien que se está medicando. Además, amarillea los dientes.

—El chocolate también afecta al sistema nervioso. ¿No lo sabías?

Abril se giró a medias, mirándolo como si acabara de decir una soberana tontería.

—Eso es mentira. Yo siempre tomo chocolate y soy una persona muy tranquila.

Jero le devolvió la mirada de un modo retador.

—Ya, me he dado cuenta. Podrían estar pinchándote con un tenedor y ni siquiera respingarías.

Ella rodó los ojos.

—No empieces otra vez con las rebeliones...

Su cuarta noche al lado de Danta comenzó de esa manera. Distendida y agradable. Alejada del miedo y la tensión de las precedentes. Abrigada en el sabor de una taza de leche con cacao que le embriagó mucho más que el paladar.

9

Capítulo 9

La presencia de Raúl en la Facultad de Bellas Artes resultaba, cuanto menos, pintoresca. Como encontrar a un personaje de *Los Simpson* en un cuadro de Monet. Se notaba a leguas que no era su hábitat.

De ahí que tenerlo pegado a la espalda cada vez que iba a clase fuera para Abril especialmente embarazoso. Allí, entre dibujos al carboncillo y lecciones de historia del arte, era donde sentía que su relación con él quedaba más expuesta. El resto del día, cuando caminaban por la calle o la acompañaba a comprar cualquier cosa que necesitara, podían pasar por hermanos, primos, amigos o hasta novios. Eran una pareja más. Una de la que cualquiera que se fijase en ellos pensaría que acababan de tener una pelea monumental, a juzgar por las expresiones de fastidio que la compañía mutua dibujaba en sus caras. Pero nada fuera de lo normal.

En los pasillos de la escuela resultaba más complicado mantener el anonimato. Su guardián no era alguien que pasara desapercibido. Especialmente, entre el género femenino. Nuria no era la única que se alborotaba cada vez que su rizada cabecita asomaba tras una esquina. Incluso

hubo quien se lanzó a preguntar si «tenían algo». Sin duda, para tantear el terreno y averiguar si la codiciada pieza aún estaba en el mercado.

Por más incomprensible que le resultara a Abril, era evidente que el encanto por pulir de Raúl poseía su público. Lo que se traducía en que ambos, él y también ella, por estar siempre a su lado, tenían demasiados ojos encima. Y el exceso de atención no es el mejor aliado de los secretos. A ese paso, mucho se temía que no tardaría en salir a la luz que su acompañante no era un estudiante más. Que su presencia en la facultad no tenía más razón de ser que la de vigilarla.

No creía que nadie llegara a adivinar los motivos de esa vigilancia, sin embargo. Habría que ser demasiado imaginativo —y también bastante rebuscado— para dar con la clave de la verdadera razón que mantenía a Raúl pegado a su sombra. En opinión de la experta Nuria, los rumores irían más en la línea de convertir a Abril en una testigo protegida. O, si no, en la hija de un magnate amenazado por un grupo terrorista. Por supuesto, tanto en una como en otra versión el elemento amoroso entre la joven y el responsable de su seguridad era fundamental. Lo cual la guionista de la telenovela se había encargado de recalcar a su amiga que, si en algo valoraba su amistad, no debía suceder en la realidad.

En cualquier caso, fuera cual fuese la historia, lo importante era que colocaría a Abril en el centro de atención. Y eso era lo que menos le apetecía.

—¿Solo pintas árboles?

Esa tarde, el causante de que la mayoría de sus compañeras de estudio la miraran con inquina caminaba a su espalda. Como siempre. Quejándose. Tampoco era una novedad. Y ganándose miradas conforme avanzaban por el pasillo hasta la puerta. Más de lo mismo.

—Yo creía que los pintores teníais una clase en la que una pava se

despelota para que la dibujéis. ¿A qué hora es esa?

La chica se detuvo al llegar a la salida.

—¿Podrías dejar de decir est... de hablar? La cabeza me va a estallar.

Literalmente, así se sentía. Como si el más leve sonido retumbara en el interior de su cráneo igual que en una biblioteca vacía. Era tan difícil concentrarse en algo con él al lado. No entendía cómo alguien que se manejaba tan mal con las palabras podía hablar tanto. Si solo se limitara a quedarse sentado, haciendo avioncitos de papel durante las clases.

—¿Qué pasa? ¿Te molesto? ¿Es eso?

La sarta de preguntas salió de labios de Raúl envuelta en un matiz dolido. Recriminatorio, incluso. Preludio indiscutible de una de sus infantiles rabietas. Llevaba dos semanas completitas padeciéndolo. Suficiente tiempo compartido con él para haber aprendido a diferenciar los síntomas. Habría hecho mejor manteniendo la boca cerrada. Jero se equivocaba de medio a medio con eso de ser reivindicativo. Siempre era una pérdida de tiempo y, a la larga, acarrea un mal mayor.

Siguió adelante, abandonando la penumbra del interior de la facultad para salir a la fría tibieza de una soleada tarde de noviembre. Los rayos de sol, que pasado el mediodía caían con una luz cegadora, la obligaron a agachar momentáneamente la cabeza para no encandilarse. Sin embargo, el exceso de luminosidad, lejos de molestarle, se le antojó el mejor *matapenas* del mundo. Reaccionando a él dejó que una sonrisa se pintara en su cara.

Por desgracia, lo que vio frente a ella cuando abrió los ojos le borró el gesto. E incluso la sensación de optimismo que el agradable clima le obsequiaba.

—¿Quién es ese gilipollas? —preguntó su escolta, asomándose a su hombre, una vez reparó en la persona que Abril ya había visto—. ¿Te has

dado cuenta de cómo nos está mirando? Le voy a.... a dar un... a arrearle con...

—Es Carlos.

La neutralidad, carente de cualquier emoción, con la que pronunció el nombre la entristeció. Hasta hacía solo unas semanas había creído que estaba enamorada de ese muchacho. ¿Cómo era posible que ahora le resultara tan indiferente como cualquiera de los rostros anónimos que caminaban a su lado? Recordó la nota que aguardaba a ser leída dentro de su bolso, e imaginó que él habría decidido esperarla a la salida de clase al no obtener respuesta.

—¿Carlos?

—Mi novio —aclaró, aunque no sintió que la palabra definiera lo que él era para ella—. El chico con el que me reuní en la estación.

La mano de Raúl se cernió alrededor de su brazo, con fuerza. Con demasiada fuerza. Abril no se movió ni intentó que la soltase. Solo levantó la cabeza, alzando la vista para mirarlo.

—Si quieres hablar con él está bien. Pero vamos juntos.

—No voy a hablar con él.

—¿No vas a hablar con él?

Necesitó ver la sorpresa en la expresión de su interlocutor para comprender plenamente el significado de lo que estaba diciendo. Carlos era su novio, el chico del que se suponía que estaba enamorada. Con el que protagonizó un intento de fuga —esa era la versión oficial, aunque ella no hubiera sido partidaria de la idea— y que la abandonó cobardemente cuando fueron atrapados. Definitivamente, había muchos temas que tenían que tratar. Pero, aun siendo consciente de ello, no le apetecía conversar con él. No en ese momento.

Sería fácil pensar que, después de todo, sí que estaba enfadada por el

modo en que él la dejó cuando su nariz captó el aroma a peligro. Pero, en realidad, no tenía nada que ver con eso.

No. Por más que Nuria le exigiera algo de vehemencia a la hora de valorar el comportamiento de su novio, no había resentimiento, ni odio, ni siquiera rechazo, en la negativa de Abril a mantener una conversación con Carlos. Sencillamente, él le era indiferente.

Necesitaba tiempo para aclararse, para entender sus propios sentimientos. Verle era algo para lo que no se encontraba con ánimo en ese momento. Hablar con él... aún menos.

—Tú no estás hoy con ganas de charla, ¿eh? —sentenció Raúl, recordando el modo en que le había rogado silencio un instante antes.

No insistió en que se reuniera con el tipo. Después de todo, a él que esos dos hablaran, o no, lo mismo le daba. De hecho, prefería que no lo hicieran. Así podría llevar a la chica a casa y olvidarse de su trabajo de niñera de una vez. Realmente, odiaba tener que hacer eso. Le parecía un desperdicio poner a un hombre de acción, como él, a desempeñar la labor de canguro.

Sin soltar el brazo de Abril echó a andar camino al lugar en el que tenía aparcada la moto, remolcando a la muchacha con él. Una mera precaución. Solo por si lo de fingirse desinteresada en el lánguido principito de rubia melena que los miraba desde la otra acera era una treta para pillarlo con la guardia baja. Nadie le aseguraba que no fuera a salir corriendo cuando menos se lo esperase. Tampoco sería la primera vez que lo engañaba, por eso no se fiaba de ella.

Carlos dio un paso hacia adelante al ver a su novia subirse a la moto de aquel matón. Uno de los hombres que trabajaban para el desgraciado que la mantenía prisionera, estaba seguro. La impotencia de no poder acercarse,

pese a tenerla tan cerca, le calentó la sangre. Aún así, una vez más el miedo fue la emoción dominante.

Su intento de caballero andante quedó en poco más que eso: un solo paso dado con vacilación, un segundo antes de que el suelo se pegase a la suela de sus zapatos. Una renuncia al papel de héroe con el que no se sentía cómodo de la que ni siquiera fue consciente en el momento de rubricar su dimisión.

—Pues la prensa lo está poniendo a caldo. Dicen que el estrés le ha pasado factura y ya no es el hombre seguro y provocador de antes. Que está perdiendo fuerza y su discurso se está volviendo más comedido.

—Lo que digan los periodistas da igual. Lo que cuenta es la opinión de la gente, y la mayoría sigue de su lado. Las encuestas lo dan como el candidato más fuerte. Mi cuñado va a votar por él.

—Tu cuñado es un gilipollas.

—Lo sé, pero mi mujer y mi suegra piensan que es un sabio. Para ellas no hay nada de lo que no sepa o entienda. ¡Le tengo un asco!

Los hombres congregados en el salón rieron. Unos de manera sutil, otros estallando en estruendosas carcajadas. Pero todos de acuerdo, aun los que no tenían el gusto de conocer al destinatario del insulto, en que era un estúpido de marca mayor. El magma que unía al grupo era su absoluta falta de fe en Ildefonso de la Serna, en sus promesas vacías y la palabrería vana que gastaba. Que alguien pudiera darle un voto de confianza —y nunca mejor dicho que en este caso— a semejante personaje era algo que solo podían explicarse recurriendo a una absoluta falta de pesquis.

—¿Entonces, qué? —se alzó otra voz entre la concurrencia—. ¿No os parece que ya ha llegado la hora de acabar con ese estafador?

Una vez más, el visto bueno a las palabras pronunciadas fue general.

—No.

Salvo por uno de los presentes.

Todos se volvieron hacia la voz discordante.

—¿Por qué no? Llevamos años esperando para poder darle su merecido a ese cerdo. Ya hemos jugado suficiente con él, le hemos hecho perder los papeles. Ahora es momento de ponerse serios.

—Eso sería precipitarse —sin hacer caso al alegato, Danta se reiteró en su negativa—. Y precipitarnos es lo peor que podemos hacer.

Con aire resuelto se levantó del sillón que ocupaba y se acercó a la ventana, colocándose de espalda al cristal para poder ver a todos los presentes.

—Terminar con De la Serna en este momento, como propone Pedro —miró al que había hablado— supondría acortarle la agonía. Ese es un favor que no estoy dispuesto a hacerle.

Su argumento puso calma donde antes había exaltación. Las voces de los hombres volvieron a unirse, inundando el salón con un murmullo que sonó unánime. Las palabras de Jero cayeron sobre ellos a plomo. No solo por la autoridad que los presentes le otorgaban, alzándolo a la categoría de líder, sino porque sabían que tenía razón.

—¡Joder! —la exclamación sonó como una bomba en el silencio que siguió al acuerdo—. Otra vez os habéis reunido sin contar conmigo. Sois unos capullos.

Igual que un niño que ha sido excluido del equipo de fútbol del colegio, Raúl entró en el salón con los hombros caídos y se abalanzó en el sillón que Jero había dejado libre. Los demás acogieron su aparición con la naturalidad que da el estar más que acostumbrados a su actitud. Mientras, el dueño de la

casa miró la puerta por la que había aparecido el chico. Sabía que ahí encontraría lo que deseaba ver.

Sonrió a Abril, que aguardaba en el rellano sin atreverse a penetrar en el salón. La muchacha intentó corresponder su gesto, aunque la inseguridad que le generaban las puertas de aquella casa le negó el éxito.

—¡Vaya! Por fin hay algo bonito en este tugurio.

Danta no fue el único que reparó en su presencia. Uno de los hombres que lo acompañaban también lo hizo, y su comentario la convirtió en el centro de atención de todos los presentes. Lo que aumentó su vacilación.

—¿No te acuerdas de mí? —insistió quien había hecho de ella el blanco de todas las miradas.

La joven se fijó en el hombre que le dirigió la palabra, ubicándolo en la escena de la estación de tren junto a Jero y a Fidel.

—Sí —respondió con una timidez bañada de titubeo—. Creo que me acuerdo de usted.

—No es justo que la guardes solo para ti, Danta —se quejó el tipo, con una desagradable socarronería, volviendo su mirada al anfitrión para, de inmediato, regresarla a la joven—. ¿Te está tratando bien este idiota, guapa? Porque, si él no te atiende como es debido, yo estoy dispuesto a darte...

—Pedro.

Jero lo cortó antes de que llegara a un punto que lo obligara a involucrarse de un modo que ambos lamentarían. No le gustaba la forma en la que se estaba dirigiendo a Abril. Ni como le hablaba, ni como la miraba, ni siquiera como le sonreía. Su actitud hacia la muchacha era, en sí misma, una falta de respeto. Se comportaba con ella igual que si fuera una de las chicas de Mara. Y eso lo enfurecía al punto de hacerlo olvidar todo lo demás.

Pedro era un amigo, por lo mismo prefería evitar tener que partirle los

dientes para borrarle aquella estúpida sonrisilla. Intuía que era algo que su relación no sería capaz de superar. Sabía que su camarada, como él mismo, no era de los que perdonaban fácilmente. No en vano la tendencia a guardar rencor era la base de su amistad.

El otro captó la advertencia, aunque no se la tomó demasiado en serio. Pese a que dejó en paz a la chiquilla, mostrando las palmas de sus manos en señal de rendición, acompañó la derrota con una desfachatada mueca. Muy en la línea de la actitud que le había granjeado la llamada de atención de Danta.

—Bueno, ¿qué os parece si nos dejamos de charlas y nos ponemos en marcha? Todos tenemos cosas que hacer.

Fidel abandonó la discreción de la esquina en la que había permanecido hasta ese momento. Tomó la palabra para concluir el encuentro antes de que este terminara de un modo poco amistoso. La tropa se mostró de acuerdo con la retirada preventiva y Abril se apartó a un lado, despejando la salida a la turba de hombres que se movilizó para abandonar el cuarto.

—Adiós, preciosa —murmuró Pedro al pasar a su lado. Regalándole un obsceno guiño de ojos al que ella reaccionó pegándose más al quicio de la puerta. Intentando poner toda la distancia posible entre sus cuerpos.

Cuando todos se hubieron ido, el que había tomado el timón de la situación se acercó a Jero. Se agachó un poco y le dijo al oído:

—Te espero fuera. —Luego se acercó a Raúl, que seguía despanzurrado en el sillón como si la cosa no fuera con él—. Tú, ven conmigo.

—Acabo de llegar —lloriqueó el chaval, mirándolo desde abajo.

—¿No dices que nunca contamos contigo? —preguntó el gigante, colocándole estratégicamente el caramelo delante de la boca.

Raúl se incorporó al segundo, con los ojos brillantes de excitación.

—¿Me vais a dejar participar en la misión?

El otro sonrió maquiavélicamente.

—No —respondió con cruel diversión—, pero puedes esperar a Jero con nosotros.

El chico pateó el suelo como un potro desbocado.

—¡Joder! —se quejó, aunque se levantó obedientemente.

Fidel le echó un brazo sobre los hombros y, de ese modo, lo estrechó contra su costado.

—Joder, joder —lo imitó, caminando con él fuera de la casa—. ¿Es que no sabes decir otra cosa? Te voy a comprar un diccionario de sinónimos.

Cuando el par se hubo marchado, Abril y Jero se quedaron solos en una intimidad que empezaba a ser más que cómoda. Natural entre ellos. Algo que desear, esperar y buscar siempre que la ocasión se prestaba a encontrar un momento en el que no interviniese nadie más.

Él le regaló otra sonrisa. Un gesto que tenía el poder de calmarla y hacerla sentir segura.

—No le hagas mucho caso —comentó, reprimiendo un gesto de dolor al meter el brazo derecho en la manga de la chaqueta que recogió del respaldo de una de las sillas. Aunque prácticamente cicatrizada, su herida seguía revelándose a los movimientos bruscos—. Pedro se comporta como un cretino, pero en realidad no es un mal tipo.

La muchacha solo asintió. En su opinión, no había gran diferencia entre comportarse como un cretino y serlo.

Danta se detuvo a su lado antes de salir del salón. Le acarició la cara, cubriéndole la mejilla con la palma de la mano a modo de despedida. El contacto físico también formaba parte de la normalización de su relación. Algo que empezaba a ser cotidiano entre ellos y deseado por ambos.

—Debo hacer algo, así que tendrás que lidiar con Rómula tú sola. Estaré

de vuelta mañana por la mañana.

Trató de apartar la mano, pero Abril se lo impidió atrapándola en la suya. Enterarse de que pasaría la noche fuera de casa despertó al monstruo de afilados dientes que Mara le había presentado. ¿Iría a compartir la madrugada con esa mujer?

—Jero... —lo llamó con una intensidad que captó todo su interés.

—¿Qué? —Él la animó a seguir formulándole otra pregunta. Podía notar su vacilación. Sin embargo, la invitación a hablar no fue recogida.

La chica lo miró sin pronunciar palabra durante algunos segundos más. En realidad, no había nada que quisiera decirle. Solo deseaba mantenerlo a su lado, lejos de Mara y cerca de ella.

Como si pudiera leerla igual que a un libro, la sonrisa de Danta se hizo más suave.

—No te preocupes por nada —dijo de modo tranquilizador, acercándola a sí para depositar un tierno beso en su frente. O, más bien, en el flequillo que la cubría.

Demoró sus labios ahí, sobre el sedoso cabello, un rato. Llenándose los pulmones del aroma a fresas que emanaba de él.

Abril cerró los ojos, deseando más que nunca que el beso no terminara. Ansiaba tener el poder para evitar que saliera de esa casa. Pero no podía impedirselo, ni siquiera pedírselo. No era nadie para hacerlo. No significaba nada para ese hombre, aparte de un pagaré con el que cobrar una deuda.

—Te veré mañana —se despidió Jero, apartándose. Desapareciendo tras la puerta sin que la necesidad de la joven de mantenerlo a su lado contara un poco.

Como venía siendo habitual, esa noche a Abril también le costó conciliar el sueño. La novedad estuvo en que, por primera vez, fue la ausencia de

Danta, y no su proximidad, lo que la mantuvo en vela.

Aquel era el lugar, estaba seguro. Aunque habían pasado seis años desde la fatídica noche, aunque no hubiera alrededor nada que le sirviera para refrescar la memoria, aunque fuera un punto cualquiera en medio de una carretera abandonada. A pesar de todos esos obstáculos que harían casi imposible ubicar el sitio exacto en el mapa, Santos no tenía la menor duda. Ese era el punto en el que había abandonado el cuerpo de Jerónimo Danta.

La versión oficial era otra. Adaptándose a las indicaciones que Ildefonso de la Serna le había dado, para acabar con ese hombre sin dejar rastro, Santos aseguró a su jefe que se deshizo del cadáver. Pero la realidad era que, tras haber puesto fin a su lucha con Danta golpeándole la cabeza con una piedra, el miedo lo había vencido y había terminado huyendo. Como un niño asustado, ni siquiera se paró a comprobar si aún respiraba. Un error garrafal, de aficionado. Pero, al fin y al cabo, él no era un profesional de la muerte. No era un asesino.

Seis años después volvía tras sus pasos para seguir el rastro al mayor error de su vida. No tenía ni la menor idea de por dónde comenzar a buscar a Danta. Pero una cosa era segura: la mejor manera de encontrar un hilo del que tirar era regresar al lugar en el que lo había visto por última vez.

10

Capítulo 10

—Deberías dárselo tú mismo.

El Padre Sandro se levantó para colocar el sobre bajo un busto del Sagrado Corazón de Jesús, el cual siempre ejercía de cómplice de sus secretillos. La imagen, con los ojos alzados al cielo, se inclinó a un lado antes de regresar a su posición original. Encima del armario en el que el clérigo guardaba las ropas que usaba en los oficios.

—Lo hemos hablado muchas veces, es mejor así.

El cura, a quien el exceso de kilos y de años hacía moverse de manera torpona, un poco graciosa, cerró las puertas del mueble. Luego, con su bamboleo de muñeco de guiñol, se dio la vuelta para regresar al asiento.

—¿Mejor? —Usó los reposabrazos de madera para agacharse—. ¿Cómo va a ser mejor para unos padres creer que su hijo está muerto? Jero, lo que haces no tiene perdón de Dios. —El placer se le reflejó en la cara cuando sus cansados huesos se acomodaron en el asiento—. Y te lo digo yo, que sé algo del tema.

El aludido le ofreció una sonrisa, pero nada más. Aquel era un asunto que llevaban años debatiendo sin llegar nunca a alcanzar—ni siquiera a aproximarse— una posición común.

—Les harías más bien contándoles la verdad que dándoles dinero. Pero ya sé que no conseguiré hacerte cambiar de opinión. Eres cabezota —lo miró con aire acusatorio—, como tu madre.

Danta sonrió al verse señalado por el bamboleante índice del anciano. Era un gesto al que estaba acostumbrado, lo venía sufriendo desde su más tierna infancia. De crío no había escatimado ocasiones de hacerse merecedor de las reprimendas del párroco. Cumplidos los treinta y tres ya estaba inmunizado contra ellas.

—¿Cómo les va? —se interesó, usando a ese viejo amigo de su familia como nexo de unión con ella. Un papel que le había otorgado hacía tiempo.

Este, que siguiendo la línea de su discurso tenía preparada en los labios una réplica con la que lo instaba a averiguarlo por él mismo, se contuvo. No quería presionarlo demasiado. Conocía a ese mocoso desde que gastaba pañales, por eso sabía de buena tinta que a las malas no lograría de él nada más que alejarlo.

Sobrevivir a un vástago es la mayor tragedia por la que puede pasar una persona. Eso lo sabía hasta Sandro, que por su condición tenía la paternidad vedada. Si dicha muerte era falsa... En ese caso la tragedia se convertía en la pantomima más absurda e injustificada que se pueda imaginar.

El anciano se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que les vaya? Son viejos y tienen que hacer frente al trabajo en una granja.

—¿Juan y Maribel no los ayudan?

—Tus hermanos tienen sus propias vidas. A Juan nunca le gustó el campo

y en cuanto a Maribel... ¡Ay! —El clérigo juntó las palmas de las manos, alzando una plegaria al cielo—. Esa muchacha es la cruz de tus pobres padres. Los va a llevar a la tumba.

Jero lo dejó hablar, acogiendo con risas las historias sobre —en palabras del cura— el indecoroso comportamiento de su hermana pequeña. Recordaba a Maribel como una adolescente con un espíritu libre y despreocupado. Una actitud que la convertía en blanco fácil para las lenguas afiladas de una localidad pequeña. La misma que, por su ubicación, perdida en la sierra andaluza, estaba más cerca de la mentalidad de principios del siglo XX que de la del XXI.

Escuchó encantado las andanzas de su hermana. Para fastidio de Sandro, que terminó usándolo como una extensión de las culpas de la chica. De este modo, la madrugada era casi día cuando Jero dejó la sacristía. Salió a la nave de la iglesia, envuelta en el olor a cirio quemado y brillante de una luz amarilla, escasa e íntima. El párroco lo acompañó hasta el enorme portón de madera vieja y pesada para abrirlo con unas llaves que habían visto el paso de varios siglos. Allí se despidió del anciano y, usando las sombras de un amanecer que aún no rompía, se coló en el interior del coche que esperaba aparcado en la plaza del pueblo.

Fidel, que dormitaba en el asiento del piloto, se espabiló al oír el ruido de la puerta al cerrarse. Con las yemas de los dedos intentó desprenderse el sueño que se le pegaba a los párpados.

—¿Por qué no te sacas el carnet de conducir de una vez? —se lamentó con voz patosa.

—Te haces viejo, compañero —se mofó Danta, picándolo con toda la idea—. Antes no te quejabas tanto.

El conductor prorrumpió en un gruñido que se unió al ruido del motor

cuando el coche empezó a moverse. Circulando por calles adoquinadas, flanqueadas de casas encaladas que brillaban con un resplandor fantasmal, proyectando los últimos rayos de la luna llena.

Se estaba convirtiendo en un hábito. Lo de arrojar cosas al aire, con intención de acertar a un objeto o derribándolos por casualidad, empezaba a ser para Ildefonso una costumbre. Como resultado, su puntería había mejorado considerablemente en las últimas semanas. Debería comenzar a practicar tiro. A ese paso, podría llegar a representar a España en las próximas olimpiadas.

Esta vez, la víctima de su tino fue una fotografía de su esposa. Una ex azafata de televisión, empeñada en burlar el paso del tiempo a base de Botox y sesiones de Pilates. Una mujer que, pese a su imagen frívola, caldo de cultivo para rellenar minutos de programas de televisión consagrados al cotilleo, también sabía lucir caritativa y comprometida con la sociedad cuando la ocasión —o la agenda de su marido— así lo requería.

El portarretratos, que normalmente velaba a De la Serna durante sus horas de trabajo en un extremo del escritorio, yacía ahora en el suelo, a sus pies. El cristal, agrietado en mil fragmentos, hacía casi imposible reconocer el rostro de la antaño modelo.

Sentando en la silla observó el estropicio. Tenía la respiración agitada, el rostro enrojecido y la frente cubierta de sudor. Jadeaba, pero no por el esfuerzo, sino por la rabia. Ese sentimiento lo inundaba de tal modo que ni siquiera le quedaba espacio para llenarse los pulmones de aire.

Se inclinó hacia delante, alargando el brazo para recuperar el proyectil que había sacado a su esposa del lugar preferente que ocupaba en el despacho. Se trataba de una fotografía que él había arrugado y apretado en su puño hasta convertirla en una bola del tamaño de una pelota de ping-pong.

Ahora, realizó el proceso inverso. Deshizo la contrahecha esfera para devolverla a su forma original. La de una instantánea que mostraba el rostro de una chica muy joven, casi una niña, en lo que parecía el típico retrato escolar. El político agarró el papel, marcado por infinidad de líneas blancas en los lugares por los que había sido doblado, intentando reconocer a la chiquilla que aparecía en ella.

No tenía ni idea de quién era. Por más que el cerebro se empeñaba en ubicarla en su memoria, le resultaba imposible hacerle hueco entre sus recuerdos. Y ella no era la única. Desde aquella primera fotografía, en la que un Danta venido del más allá aparecía sentado en primera fila en uno de sus mítines, De la Serna no había dejado de recibir sobres con retratos en su interior y ningún remitente. A veces eran niños, o adolescentes, que sonreían a la cámara desde sus pupitres o lo que parecía el patio de un colegio. Otras, en cambio, dejaban ver a adultos que compartían escenario con los menores. Y todos, sin excepción, eran anónimos para el destinatario de las misivas. Solo el entorno le servía para hacerse una idea de qué vinculación tenían esas personas con él. Eso, y la seguridad de saber quién era el que le estaba enviando los inquietantes mensajes.

—Danta —masculló entre dientes, con la arrugada foto de la niña alzada y temblando en su puño agitado por la rabia—. ¡Maldito hijo de perra!

Comenzó del modo habitual. Con un discreto chispeo, apenas perceptible, que se alió con el viento para golpear las ventanas.

Abril estaba en el salón comedor, acabando su almuerzo en soledad, cuando oyó la insistente llamada de la lluvia en los cristales. Levantó la vista del plato de lentejas y vio las gotas distorsionando el paisaje. Convirtiéndolo

en una pintura abstracta en la que los grises, marrones y verdes se mezclaban en formas imprecisas.

—Rómula —llamó a la criada, recordado la ropa puesta a secar en el patio trasero.

No obtuvo respuesta, así que dejó la cuchara en el plato y lo hizo a un lado. Levantándose de la silla.

—¿Rómula? —repitió el nombre saliendo al pasillo y, como la vez anterior, el silencio fue el único en contestar.

Miró a su alrededor, indecisa, antes de correr ella misma a recoger la ropa colgada en el tendedero.

Las gotas le golpearon la nuca, frías y afiladas como agujitas, en cuanto salió de la casa. Agachó la cabeza para impedir que le alcanzaran el rostro y corrió hacía las prendas que, como velas de navío, hondeaban al viento algunos metros más allá. Estaban casi secas después de haber pasado la mañana meciéndose bajo el sol que las nubes engulleron en un momento. Por ello se dio prisa en recogerlas antes de que el aguacero arreciase y terminaran empapadas.

Un vestido, un par de camisas de Jero, unos pantalones de pijama... Se alzaba sobre sus puntas para retirar las pinzas y descolgar las ropas una a una, colgándoselas en el hombro para ir por la siguiente. El problema llegó cuando le tocó el turno a una toalla. El viento la había hecho girar, dándole vuelta sobre el cordel y enredándola en él. Abril intentó bajarla estirándose en toda su escasa estatura. Después, al comprobar que le faltaban centímetros para alcanzarla, por mucho que se empinara, haló de un pico. Solo consiguió que la cuerda se zarandeara rígidamente.

Repitió la acción con idéntico resultado. Lo volvió a intentar, una vez más, sin que el final variase. Las cuerdas se movieron de arriba abajo

emitiendo una vibración que quedó acallada por el sonido del viento y la lluvia.

Plantó los pies en el suelo, descansando un momento antes de volver a empinarse. Esta vez, la toalla cayó. Lo extraño fue que se desprendió del cordel antes de que pudiera tocarla.

—Jero. —La boca se le llenó de agua de lluvia al abrirla para decir el nombre de quién apareció al otro lado del tendedero.

Él le quitó las ropas del hombro, depositándolas en la cesta de plástico en la que también había metido la toalla. Después la tomó de la mano y la hizo correr de regreso a la casa. Se refugiaron bajo el dintel de la puerta trasera, con la respiración alterada por una risa excitada que jugueteaba en los labios de ambos.

—Estás empapada —dijo Danta, agarrando un mechón del húmedo cabello de la muchacha, oscurecido por el agua.

Abril se mordió el labio y ambos se echaron a reír como si el hecho de estar mojado fuera la cosa más divertida del mundo.

—Empapada —repitió en medio de una respiración larga. Comenzando a descender lentamente hasta los labios femeninos para compartir su aliento con el de ella.

La puerta, que se abrió de sopetón, cortó lo que a todas luces pareció un prelude de beso.

Rómula miró a la pareja, y el desdén habitual de sus ojos se tornó desprecio al ver al hombre inclinado sobre la chica, con una mano hundida en su pelo. No dijo nada, casi no había vuelto a abrir la boca desde que Jero la reprendió. Pero tampoco hizo falta que hablara. Sus pupilas, de un azul desteñido por los años, resultaron tan elocuentes como cualquiera de las palabras que podría haber pronunciado.

Alargó los brazos, haciéndose con la cesta que sostenía Danta con un rudo tirón. Él se quejó, acusando el daño que los bordes de plástico le hicieron al rozar sus dedos. Pero a la anciana le dio igual. Arrugó la boca y les cerró la puerta en la cara, desentendiéndose de lo que fuera a ocurrir tras ella.

Abril y Jero se miraron intentando encontrar en los ojos del otro una explicación a lo que acababa de suceder. Pero no la hallaron y, de nuevo, la risa fue la nota dominante.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó la joven, dejándose caer en la pared que tenía detrás.

Él se pasó una mano por el pelo, sacudiéndose la lluvia acumulada.

—Entraba en la casa cuando te vi salir corriendo. —La miró con aire burlón—. Creí que huías de nuevo. ¿No tienes clase hoy?

Ella negó con la cabeza.

—Me las he saltado. No llegaste a casa esta mañana y... —se lo pensó antes de concluir la frase —...estaba preocupada.

—¿Te preocupas por mí? —La pregunta rezumó coquetería.

Abril intentó ocultar una sonrisa avergonzada agachando la cabeza.

—¿Te apetece que salgamos?

Pese a la timidez, la proposición la hizo alzar la vista. Buscaba los ojos de él.

—¿Quieres salir conmigo? —Esperó mientras lo veía asentir—. ¿Por qué?

La incomprensión instalada en su expresión hizo al hombre soltar una suave carcajada.

—Porque —volvió a inclinarse sobre ella. Apoyándose, con una mano, en la estrecha pared que tenía en frente— no he dormido en toda la noche, las

lentejas de Rómula no me seducen nada y no tengo ganas de soportar que me mire como a un viejo pervertido que acosa a una niña. Me sobran motivos, ya lo ves.

—Si te sientes ofendido deberías pararle los pies. Revelarte, como Espartaco.

Jero celebró con otra carcajada el inusual arranque de humor de la chica. Inclino la cabeza a un lado, fingiéndose desconcertado.

—¿Eso es un no?

—No —Abril lo corrigió de inmediato—, es un sí.

El hombre detuvo al niño a tiempo de evitar que saltara a la carretera. Lo agarró de un brazo y lo obligó a permanecer en la acera. La mujer no tardó en reunirse con ellos. Lo hizo dirigiéndose al pequeño con actitud recriminatoria, mientras se arrodillaba a su lado para abrocharle los botones del impermeable amarillo.

Abril sonrió. Observaba la familiar escena a través de la ventana de un Starbucks Coffee. El cristal le permitía verlos como si mirase a los personajes de una película. El crío, de unos cinco años, se dejó colocar bien la prenda de plástico, sonriendo inconsciente del peligro al que se había expuesto. Regresó a la carrera tan pronto como se vio libre de las manos de sus padres. Esta vez, precediéndolos por la seguridad de la acera. La muchacha los siguió con la mirada hasta que se perdieron calle arriba. Entonces, se dio cuenta de que, mientras no quitaba ojo a esos extraños, Jero no había apartado los suyos de ella.

Sus miradas se cruzaron y él le sonrió de esa manera que era un antídoto para sus miedos.

—¿Sabes? Cuando éramos pequeñas —comenzó a contar, abrigada en la

sensación de seguridad que su compañero le proporcionaba— Nuria decía que quería ser actriz.

—¿Ah, sí? —Danta se acomodó en la silla y la animó a seguir con esta pregunta, mostrándose más que dispuesto a escucharla.

La verdad era que no tenía demasiado interés en las inquietudes y sueños de esa jovencita que amedrentaba al pobre Raúl. Pero le encantaba saber más sobre Abril, conocerla a través de las vivencias que había compartido con otros. Le gustaba que ella se sintiera lo bastante cómoda con él para expresarse libremente.

La joven asintió al tiempo que llenaba la cuchara con un poco de la nata montada que coronaba su chocolate caliente.

—Hasta los diez años, o así. —Se metió la cuchara en la boca, dejándose ganar el paladar por la dulzura de la crema—. Luego, le dio por decir que quería ser escritora. Al final, se matriculó en la Facultad de Economía. Pero solo para que sus padres la dejen en paz. La verdad es que, cuando se supone que debe estar estudiando, está leyendo o escribiendo novelas románticas. Ahora mismo trabaja en un borrador que ha titulado *Esclava de tu lujuria*.

Lo miró a través de las pestañas. Esperaba que no pudiera adivinar de dónde había sacado su amiga la idea para argumentar su historia.

—El título es prometedor —comentó un divertido Jero, ocultando la sonrisa tras el borde de su taza de café americano.

—El caso es que, de alguna manera, Nuri siempre ha necesitado la ficción. Es como si la realidad no le bastara para ser feliz. —Abril sonrió de un modo indescifrable—. Tiene grandes sueños, no le basta con llevar una vida normal.

Él dejó la taza en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándola con un interés que no se molestó en disimular.

—¿Tú no? —la interrogó—. Una vida ordinaria no parece el objetivo de alguien que estudia arte. —Adoptó un tono bromista para agregar: —Te hacía más bohemia.

La chica negó con la cabeza, recogiendo en la cuchara otro poco de nata.

—No sé si soy bohemia. Pero, mientras Nuria soñaba con conquistar los escenarios o convertirse en el nuevo fenómeno editorial, lo que yo deseaba era tener una vida como la suya. —Volvió la mirada a la ventana, a través de la cual la vida pasaba con ese ritmo monótono y carente de importancia en el que nadie repara—. Un padre que me viniera a recoger a la salida del colegio, una madre que estuviera pendiente de la hora a la tenía que tomar mis medicinas cuando estaba enferma, una familia que me obligara a poner los pies en el suelo porque mi futuro les importaba. —Desvió su atención de la calle para posarla en su compañero de mesa—. La gente tiene la mala costumbre de soñar a lo grande y olvidar lo importantes que son las pequeñas cosas que posee. ¿No te parece?

Jero asintió sin agregar nada, completamente de acuerdo con ella. Conocía bien lo maravilloso que era llevar una vida «sin importancia». No podía pensar en una suerte mayor que esa.

—¿Qué ocurrió con tu madre? —preguntó tras dar otro sorbo a su Americano.

Sabía que la familia de Teodoro Galván se reducía a sus dos hijos: Abril y un muchacho de once años, heredero del nombre de su padre. Esperaba que eso fuera todo lo que el niño tenía en común con el cabeza de familia. Pero no había información sobre la madre de los chicos.

La actitud de Abril se volvió fría al responder. Intentando mantener la distancia con un tema que le resultaba doloroso.

—La última vez que supe de ella fue en Navidad del año pasado

—confesó, removiendo el chocolate en el que ya no quedaba rastro de nata—. Nos envió una postal a Teo y a mí para felicitarnos las fiestas—. Dejó de dar vueltas a la cuchara y apretó el cabo con fuerza—. Se marchó después de saber que... Bueno, después de que los médicos dijeran que Teo no crecería como los demás.

El hombre arrugó el ceño. Intentaba adivinar que significaba eso exactamente. Se daba cuenta de que su familia no era un tema del que a ella le gustara hablar, por eso intentó ser delicado al preguntar.

—¿Qué no crecería como los demás? ¿Puedo preguntar por qué?

La chica se olvidó de la taza en la que se había atrincherado para eludir a sus sentimientos y lo miró. Extrañamente, lo que Jero encontró en sus ojos no tenía nada que ver con las tensas vibraciones que le había estado mandando desde que sacara a relucir el espinoso tema de su familia. Si el hablar de su madre le había generado dolor, que le preguntara por su hermano parecía ser algo que agradeció.

—Al principio dijeron que padecía retraso madurativo —comenzó a explicar, agradeciendo que Jero se interesara por Teo—. Que evolucionaba a un ritmo más lento que los demás niños.

Su hermano era alguien en quien muy pocos reparaban. La mayor parte del tiempo era tratado más como un mueble que como una persona. Así era para sus maestros, que lo mantenían al margen del resto de la clase porque era «diferente». E, incluso, para su padre, que cuando se dignaba a prestarle un poco de atención lo trataba como si fuera una mascota en vez de un hijo. En cuanto a los médicos... Para ellos Teo no era más que un objeto de estudio, alguien a quien había que endosarle un diagnóstico.

Todos hablaban del niño. De sus logros o retrocesos, de si cumplía sus expectativas o se salía de los patrones de conducta establecidos para «los que

son como él». Y lo hacían en frente suya, dando sus opiniones sin reparar en que el pequeño tenía oídos y que estos funcionaban perfectamente.

—Después, dijeron que su patrón de comportamiento encajaba dentro del espectro autista. —Abril suspiró—. Para mí que, en realidad, no saben muy bien dónde meterlo. En qué apartado de esa tabla que tienen elaborada. Si te soy sincera, me alegro. ¿No te parece horrible poner etiquetas a la gente, como si fueran productos de supermercado?

Danta exhaló el aire por la nariz, con fuerza, delatando una sonrisa invisible.

—El caso es que Teo es silencioso —siguió la muchacha. Esta vez, colmando la cuchara de chocolate—. No habla mucho, dicen que porque le cuesta más expresar que comprender. También es un poco torpe. No tiene mucho control sobre sus movimientos y jamás podrá ser un atleta. Además, es muy maniático. Le encanta el orden y no soporta cuando algo está fuera de su lugar, o cuando no sucede del modo en que siempre ha sucedido. La verdad es que puede ser bastante quisquilloso, pero todos tenemos nuestras rarezas, ¿no?

En el fondo de sus pupilas color plata Jero encontró una súplica. Lo estaba mirando con la ansiedad de quien necesita desesperadamente que alguien confirme sus palabras. Se dio cuenta de que su hermano, su situación y lo que esta le hacía sentir no era tema que Abril pudiera hablar con mucha gente. El hecho de que lo hubiese compartido con él removi6 algo en su interior. Una especie de ternura profunda y extraña que no había sentido antes por nadie.

Su sonrisa fue premeditadamente tranquilizadora.

—Todos —afirmó con contundencia, inclinándose sobre la mesa para limpiar con el pulgar los restos de chocolate que ensuciaban la comisura de

los labios de ella.

La joven se sobresaltó al sentir el inesperado roce, y la consternación se hizo fuerte en ella al darse cuenta de la intención de Jero. Se cubrió la boca con la mano, escondiendo tras los dedos cualquier resto de chocolate que aún pudiera quedar allí, y ahogó una maldición. Divertido por su reacción, él se chupó el pulgar. Y ella se sonrojó ligeramente al pensar que, de una manera indirecta, era como si se hubieran besado.

La consternación, el pudor e incluso el chispazo de placer que este último pensamiento le despertó quedaron anulados cuando el teléfono de Danta, encima de la mesa como mudo espectador de la charla, decidió tomar la palabra. La pantalla se iluminó con el nombre de Mara escrito en ella. Esta vez, lo que Abril sintió fue una especie de anhelo y pérdida que no supo identificar. Una emoción completamente nueva que a duras penas consiguió encajar.

—Perdona —se disculpó él, acercándose el móvil a la oreja para contestar la llamada—. ¿Qué sucede, Mara?

El nombre de esa mujer en los labios de Jero le provocó un cierto escozor. Agachó la cabeza deseando no ser testigo de la conversación. Esperando que la tierra se la tragara de un momento a otro. Tuvo que aguantar, con la mirada fija en su falda y la sensación de ser mucho más joven de lo que era, la conversación de los dos amantes.

—Entiendo. Voy enseguida.

Abril no se dio cuenta del tono severo que había adoptado el rostro de su acompañante hasta que éste la llamó, obligándola a desviar la atención del dobladillo de su falda.

—Lo siento, pero tenemos que irnos —le dijo él, levantándose de la silla al tiempo que guardaba el teléfono en el bolsillo de su chaqueta—. Ha

surgido algo.

No respondió. No se mostró de acuerdo con la repentina retirada ni le preguntó por el motivo de la llamada de esa mujer. Sabía que no tenía ningún derecho a hacerlo. Simplemente, se limitó a seguirlo hasta la puerta, saliendo a una tarde moribunda que se le antojó insoportablemente gris.

11

Capítulo 11

Eran poco más de las seis de la tarde, una hora demasiado temprana para sacar los instintos a pasear. La noche, que se alía con los que tienen algo que esconder, camuflándolos en sus sombras, era la que regía la vida en el club. Mientras el sol reinaba afuera, aunque fuera bajo el manto de lluvia que lo escondía esa tarde, la rutina dentro del local se ralentizaba adquiriendo un ritmo distinto. Las chicas, tan alegres y dinámicas durante la madrugada, se dejaban llevar por la apatía como vampiros que esperan la noche para regresar a la vida.

A Jero nunca le había gustado ese sitio. Era especialmente sensible a la soledad que reinaba allí, en medio del artificial ambiente festivo. De las luces de colores, las canciones horteras que amenizaban el hilo musical y las mujeres que escondían sus tragedias detrás de sonrisas pintadas de carmín. Una especie de limbo donde la gente, trabajadoras y clientes por igual, gastaban las horas esperando un futuro en el que no tenían puesta ninguna esperanza. Sin embargo, era durante el día cuando más afectado se sentía por la sordidez que se concentraba entre aquellas paredes. Durante su

convalecencia había llegado a detestar las horas de luz. De alguna manera, terminó convirtiéndose en uno de esos muertos en vida que esperaban la noche para volver a existir.

—Vamos, Greta. Cuéntaselo todo.

Con la rudeza de quien defiende su posición de mando, Mara hostigó a la mujer para que no omitiera detalle. Esta cruzó una pierna sobre la otra y los brazos bajo el pecho, mirando a la dueña del local con cara de fastidio. Realmente, no tenía mucho más que añadir. Eso era todo. Lo mismo que le había contado a ella esa mañana y que acababa de relatarle a Jero por segunda vez.

Los tres, reunidos en un club casi desierto a esa hora, ocupaban una de las mesas del reservado. Normalmente, Mara habría recibido a Danta en su cuarto, dejándolo acceder a esa intimidad en la que lo incluía. Pero su renuncia a él llevaba aparejada el distanciamiento. La madame no tenía alma de mártir. No estaba dispuesta a sufrir por Jerónimo Danta —ni por nadie— más de lo estrictamente necesario. Cuanto antes se adaptara a las fronteras de su nueva relación, mucho mejor.

—Eso es todo —replicó Greta, en un español marcado por su profundo acento del este.

Hundió una mano en su espesa cabellera rubia y la colocó toda hacia el mismo lado. Era una mujer guapa, aunque el excesivo maquillaje y la carencia de su vestuario resaltaban los estragos de una lozanía que empezaba a abandonarla.

—El tío me invitó a una copa. —Volvió al principio para ofrecer una versión resumida de la historia que ya había contado hasta cansarse—. Se le notaba nervioso y no hablaba mucho. Aunque hacía muchas preguntas y eso me pareció sospechoso.

—¿Qué preguntas?

Mara volvió a la carga, presionándola para que no se olvidara de contar ni el más mínimo detalle.

—¡No lo sé! —La prostituta tiró del cuello de su bata de seda fucsia, cubriendo el hombro que había quedado desnudo cuando la fina tela se escurrió por él—. Solo me dijo que estaba buscando a alguien que pudiera prestarle dinero y que le habían hablado de un tipo llamado Fidel, que se deja ver seguido por aquí. Quería saber si lo conocía.

—¿Mencionó mi nombre? —inquirió Jero con la misma tranquilidad con la que habría pedido prestado un paraguas.

Greta negó con la cabeza.

—No. Pero parecía muy interesado en averiguar si Fidel trabaja solo o tiene un socio.

Por un segundo el silencio reinó en la mesa.

—¿Qué quieres que hagamos si alguien más viene haciendo preguntas?

Fue Mara la que puso fin a la quietud. Jero la miró regalándole una de sus calmadas sonrisas.

—Nada —respondió de un modo parejo a su gesto—. Si ese tipo, o algún otro, regresa al club, responded sinceramente a sus preguntas. Eso es todo.

—¿Pero qué...? —La madame se movió en su silla, revolviéndose contra las palabras que había oído—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? El tipo que habló con Greta es, con toda seguridad, un sabueso de Ildefonso de la Serna. Ese bastardo está tras tu pista, y si llega a dar contigo...

—Precisamente por eso no quiero que os involucrés. —Danta colocó una mano sobre la de ella, acariciándole los nudillos con cariño—. Yo me ocuparé de todo. Es mi problema, no voy a arrastrarte conmigo.

Los dos intercambiaron una mirada cargada de significado y el silencio

volvió a adueñarse de la conversación.

—¿Puedo irme ya?

Greta, previendo que la charla estaba a un paso de tomar un cariz sentimental, aprovechó la coyuntura y solicitó permiso para retirarse. Ya había perdido demasiado tiempo repitiendo una y otra vez las mismas explicaciones. Quería aprovechar para descansar las horas que quedaban antes de que los clientes empezaran a llegar en tropel.

—No.

—Sí.

Mara y Jero respondieron al unísono, aunque no demostraron la misma coordinación en sus juicios. El hombre asintió para reafirmar su postura. Se hacía cargo de la necesidad de Greta de recuperar fuerzas antes de empezar a trabajar y no necesitaba que volviera a repetirle, una vez más, su encuentro con el soplón de Ildefonso. Gracias a la insistencia de Mara el asunto le había quedado más que claro. Casi tenía la escena grabada en la memoria.

La mujer no desaprovechó la ocasión y se levantó. Alzó su metro ochenta, que los tacones convertían en metro noventa, antes de que la dueña del club pudiera impedirselo.

—Gracias, Greta.

—De nada —respondió sin detenerse, abandonando la mesa y a los que allí dejaba sin volver la vista atrás—. Espero que no tengamos que enterarnos de que han encontrado tu cadáver tirado en la calle con un balazo en la nuca.

Pese a la dureza del comentario sus palabras estaban cargadas de buenos deseos. Greta, como la mayoría de sus compañeras, como la propia Mara, era una mujer curtida en la crudeza de la vida. Demasiado acostumbrada a ver el lado más desagradable de esta para perder tiempo intentando maquillar la realidad con eufemismos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Una vez a solas, la dueña del club regresó a la carga con intención de prolongar la conversación. Sin embargo, Jero no se mostró por la labor de alargar el encuentro mucho más.

—Lo único que puedo hacer: esperar —declaró, levantándose de la silla.

Por lo visto tenía prisa por marcharse. Su amiga se hizo una idea bastante clara de cuál era el motivo por el que le urgía regresar a casa y, para no ser menos, también dijo adiós a su asiento.

—¿Y si mientras esperas acaban contigo antes de que tú puedas acabar con De la Serna?

La pregunta sonó como si su victoria o su derrota fueran un asunto personal para ella. Él la miró con un destello de diversión bailando en los ojos. Algo que Mara no entendió y que solo sirvió para enfadarla más.

—En ese caso, habré perdido.

Jero le palmeó suavemente la mejilla, regalándole uno de esos gestos fraternales que la madame detestaba que tuviera con ella. Después, se dio la vuelta, alardeando la prisa por marcharse que encendía los ánimos de la mujer.

—Dijiste que no dejarías que nada te distrajera —le recordó, volcando en él los celos que sentía al pensar en la angelical Abril aguardándolo en su casa—. Espero que no lo olvides. No me desvelé, cuidándote durante semanas, para que ahora lo echas todo a perder.

Sus palabras lograron detener los pasos de Danta.

Era la primera vez que Mara le echaba en cara el haberlo rescatado de la muerte. Quizá, por ese matiz novedoso, el reproche fue certero. Dio de pleno en el blanco.

—Pierde cuidado, no lo haré —declaró con una solemnidad que, a pesar

de estar de espaldas, a ella le resultó incuestionable.

Acabar con Ildefonso de la Serna, ese era el objeto de su vida. De la vida que había recuperado gracias a Mara. No pensaba traicionarla faltando a aquella máxima. Rendirse no era una opción. Y no solo por su buena amiga, había demasiada gente involucrada en su venganza. Muchas personas esperaban cumplir la suya propia a través de él.

No podía ser que se cruzaran por pura casualidad. No en una ciudad como Madrid, donde la mayor parte del tiempo resulta difícil hasta encontrarse con uno mismo. En un lugar atestado de gente y actividad, las probabilidades de toparse con la persona en la que estás pensando son de una entre un millón. Eso, al menos, era lo que opinaba Nuria. Y también Raúl. Por primera, y puede que última vez en sus vidas, los dos se ponían de acuerdo sin siquiera abrir la boca.

Él se quedó congelado, petrificado, convertido en estatua de sal —y todas esas expresiones que se usan para decir que uno ha perdido el dominio sobre su cuerpo— al verla allí, al otro lado de la pista de baile. Ella, en cambio, dio muestras de conservar intacta su capacidad de movimiento, porque atravesó el local con decisión. Sorteando parejas, y algún que otro baboso con las manos demasiado largas, para ir a su lado.

—¡Vaya! —exclamó al llegar a la barra, tomando asiento en el taburete a la izquierda del que ocupaba su oscuro objeto de deseo—. Ahora nos encontramos sin siquiera proponérmelo. ¿Sabes cómo se llama esto?

El chico pasó por alto la sensual intención que puso en la pregunta.

—Acoso —respondió de modo cortante.

—¡Ah! —Nuria abrió mucho la boca, como si se le hubiese descolgado la mandíbula, y lo apuntó con el índice—. ¡Tú has estado leyendo! —lo acusó,

fingiéndose ofendida, antes de dejar salir su cristalina risa.

Raúl la miró sin traza de humor, metiéndose en la boca uno de los manoseados cacahuetes que tomó del cuenco que tenía delante.

—Sí, sí; no intentes ocultarlo —siguió ella. Apoderándose, también, de uno de los frutos secos—. ¿De dónde habrías sacado esa palabra si no?

—Oye, ¿qué pasa contigo? —Exasperado, él se sentó de lado para encararla—. ¿Es que te gusta enfadarme? ¿Es eso? ¿Has hecho de cabrearme el objetivo de tu vida?

—Sí, me divierte un montón. Pero no, no es que sea la razón de mi existir. Dejémoslo en que me hace gracia y punto. ¿Vale?

La chica cruzó la pierna derecha sobre el muslo izquierdo y, muy a su pesar, Raúl no pudo evitar fijarse más de la cuenta. No se había percatado hasta entonces, pero la muy fastidiosa no estaba mal. No resultaba especialmente guapa, incluso podía decirse que su cara era un poco rara. Pero tenía una expresión simpática. En cuanto al cuerpo... Debía admitir que, con esa escueta minifalda de licra y subida a unos altísimos zapatos de tacón, ganaba mucho. Poseía unas piernas de escándalo. De esas que parecen que no se van a terminar nunca de tan largas como son. Sobre el resto de su anatomía aún no había decidido nada, tenía que fijarse mejor.

Pero... ¿En qué estaba pensando? ¡Por Dios!

No iba a fijarse en nada. ¡¡¡NADA!!!

Esa cría era un incordio y sanseacabó. A parte de como una molestia, no contaba para él como nada más.

—Vamos a ver, Nadia.

—Nuria.

—Nuria, Noelia... Lo que sea. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpló veinte a finales de diciembre. ¿Por qué? Temes que me tachen

de asaltacunas si me ven hablando contigo —bromeó, en absoluto dispuesta a tomárselo en serio—. No te preocupes, puedo hacer frente a las habladurías de la gente. No soy tan delicada como parezco.

Los instintos asesinos del muchacho se reavivaron al calor de esas palabras. Era una habilidad innata que tenía la tal Nani. O Nuri. ¡O como se llamara la mocosa esa! Siempre sacaba a flote lo peor de él.

—Vaya, que tienes diecinueve. Pues yo tengo veintidós —replicó con los dientes apretados, casi escupiendo la cifra.

—¡Hala, veintidós! —Ella apoyó un codo en la barra y dejó caer la barbilla en la mano—. ¿Y qué? ¿Te han mandando ya los folletos con las ofertas de viaje del Imsero?

Raúl abrió y cerró las manos, convirtiéndolas en puños que no tardaba en deshacer una y otra vez.

—Lo que intento que comprendas, niña —remarcó la palabra, dejándole claro de qué modo la veía—, es que no estoy interesado en las colegialas.

—Sí, tu poca afición por el colegio es obvia cada vez que abres la boca. Pero tranquilo, a mí tampoco me gustan los intelectuales.

—¡Vale! Se acabaron las sutilezas. —El palmetazo que propinó al mostrador hizo que los cacahuetes se sacudieran dentro del cuenco—. De todas las tías que hay ahora mismo aquí, serías la última con la que tendría algo. —La miró con expresión heroica, como si acabara de acometer una gesta—. ¡Ea! Pues ya lo he dicho. Ahora sabes a qué atenerte.

Sintiéndose de lo más ufano se giró en el taburete para mirar la pista de baile. Estiró los brazos, cuan largos eran, en el filo de la barra. Una postura que le permitió inflar el pecho como un gallito de corral. Lo que no imaginaba, el muy iluso, era que sus palabras no habían provocado en la destinataria el efecto que pretendía.

—¡Cómo si pudieras elegir! —se burló esta. Pronunció la sentencia con tanta confianza, que el orgullo de machito del que estaba haciendo gala él se resintió.

Giró la cabeza para mirarla, con tanta rapidez que a punto estuvo de provocarse un esguince.

—¿Acaso lo dudas? —Sus dientes volvían a estar tan apretados que las palabras le salían en un silbido.

Nuria le respondió con un encogimiento de hombros. Que era lo mismo que gritar que no tenía la menor confianza en sus dotes de seducción.

¡Aquello era demasiado!

—Muy bien —dijo con resolución, levantando los brazos de la barra. —Elige a una—. Con un gesto abarcó a todas las chicas del local—. La que tú quieras.

—¿Estás diciendo que vas a ligarte a la que yo elija?

Nuria no daba crédito. ¿De verdad podía llegar a ser tan infantil?

¡¡Wow!! Realmente le gustaba ese cretino.

—Muy bien. —Se incorporó en el taburete mirando concienzudamente a su alrededor, examinando al personal.

El veinte por ciento de las mujeres que había esa noche en la discoteca estaban claramente pilladas. Descartadas. Tampoco quería que ningún novio celoso le partiera la boca a aquel idiota. De las restantes, un sesenta por ciento había ido allí con el firme propósito de ligar. Esas estaban incluso por detrás de las comprometidas. No podía arriesgarse a que ninguna loba hundiera sus pérfidas garras en su ingenuo Raúl.

—Es para hoy.

—No me metas prisa.

Siguió con su estudio de mercado, sorprendiéndose de lo increíblemente

útil que le estaba resultando lo aprendido en la facultad. Jamás creyó que podría servirle para algo.

El diecinueve por ciento que quedaba se repartía entre las demasiado ingenuas —presas fáciles, tan peligrosas como las ligonas— y las no interesadas en el género masculino —tampoco era cuestión de ser cruel, no quería que el infeliz se sintiera herido por un rechazo demasiado rotundo—. Le costó dar con el uno por ciento que buscaba, pero al final la encontró.

—Esa —concluyó, señalando a una muchacha que parecía esconderse del resto en una esquina de la discoteca.

—¿La empollona de la clase? —se quejó él, estudiando la presa que Nuria había elegido como conejillo de indias del experimento—. ¿Estás segura?

—¿Por qué? ¿Es que vas a echarte atrás?

No le importaría nada. De hecho, lo prefería. A decir verdad, no le hacía mucha gracia la idea de verlo coquetear con otra. Pero, llegados a ese punto, tenía que seguir jugando. Además, tampoco iba a sufrir mucho. Seguro que la chica lo mandaba a freír espárragos antes de que pudiera abrir la boca.

Raúl esbozó una sonrisa triunfal.

—¿Atrás? —Negó agitando sus rebeldes ricitos—. De eso nada, niña. Yo solo me hecho para delante, no conozco otro camino.

E, ilustrando sus palabras, se bajó del taburete y echó a andar hasta el oscuro lugar en el que se escondía la aspirante a novicia a la que tenía la misión de seducir.

Nuria entrecerró los ojos, enfocando la visión para adaptarla a la oscuridad. Los focos de colores que danzaban de un lado a otro no ayudaban mucho a despejar la penumbra y aumentaban la confusión de las siluetas que se movían por la sala.

Raúl se acercó a su presa, entablando conversación con alguna excusa tonta. En opinión de Nuria, lo más seguro era que le hubiera preguntado si tenía fuego. No poseía imaginación suficiente para jugársela con algo menos manido. La presa negó, mirándolo apenas un segundo antes de olvidarlo.

Sentada en su taburete, la juez del partido suspiró tranquila. Ya lo sabía, aquello no podía tener ningún futuro. Se giró para coger otro cacahuete que se metió en la boca con un humor exultante. Segura de que la partida ya se había decidido en su favor. Craso error. Un fallo grande, colosal. La victoria es algo a lo que uno no debe confiarse a no ser que sea ya un hecho.

No tuvo la menor idea de cómo ocurrió. De qué clase de sucia y retorcida artimaña utilizó el muy gañán para conseguir voltear los marcadores. Pero lo hizo. Para cuando volvió a mirar a la pareja, Raúl, cual cazador intrépido, había logrado inmovilizar a su víctima acorralándola contra la pared. Lo peor de todo era que ella parecía encanta con la captura.

—Pero, ¿cómo...?

Nuria no se lo explicaba. No podía explicárselo porque lo que estaba viendo carecía de lógica. ¿Cómo se las había apañado el idiota para que esa niña que venía directamente de misa lo dejara acercarse lo bastante para robarle el rosario?

Raúl, demostrando que tenía mucha más habilidad en la reducción de distancias que en la expresión verbal, se acercó más a su trofeo. Le hizo la melena a un lado y llevó la boca a su oreja. Nuria se agarró al taburete con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. No tenía muy claro si lo hacía para evitar caerse o para no salir disparada y agarrar de los pelos a aquella lagarta con pinta de corderita.

El híbrido de reptil y mamífero sonrió —¡A saber que burrada le habría dicho para hacerla sonreír de ese modo!—. Y asintió —¡La muy descarada

asintió!—. Accediendo, sin pudor, a lo que fuera que le había propuesto. Entonces, él la agarró de la mano y, guiándola a través de la multitud, la condujo a la salida.

Antes de abandonar la discoteca Raúl miró por encima del hombro, buscando a Nuria. La expresión que descubrió en la cara de la chica le produjo un gozo indescriptible. Supremo. ¡Sublime! Le guiñó un ojo, confirmando lo que ya ambos sabían. Y, echando un brazo sobre los hombros de la que la propia Nuria había convertido en su pareja, siguió camino sin prestar mayor atención a quien dejaba atrás.

Ahora fue ella la que perdió la capacidad de movimiento, como le pasara a Raúl un rato antes. Hasta el momento había jugado con ese chico, desquiciándolo una y otra vez sin tomárselo muy en serio. Pero esa noche, por primera vez, encontró más dolor que gozo en el juego.

12

Capítulo 12

—Y me quedé allí sentada, comiendo cacahuets igual que una mona, mientras él se largaba con ese zorrón de incógnito a hacer... ¡Sabrá Dios qué!

Nuria se mantuvo serena, o casi, mientras relataba lo sucedido la noche anterior. Pero, al llegar a la conclusión, no pudo sujetar las lágrimas por más tiempo y terminó desbordada por el llanto. Sorbió por la nariz, secándose las empapadas mejillas con el dorso de la mano, y aceptó la onza de chocolate que Abril le ofrecía pronunciando un «gracias» mocososo y llorón.

Su amiga la observó ahogar las penas en chocolate sin saber qué hacer o decir para que el berrinche fuera más llevadero. Por lo general, era Nuria quien la consolaba, tirando de sus ocurrencias para arrancarle alguna sonrisa y hacerla olvidarse de lo que fuera que le preocupara. Lo cual siempre estaba relacionado con su padre, de una manera u otra. Abril lamentaba no estar a la altura de su imaginativa confidente. Pero, dejando de lado que emular sus disparates no era tarea sencilla, ella tampoco tenía el ánimo muy alto. No después de que Jero corriera a encontrarse con Mara, sin mostrar el menor reparo en poner punto y final a su cita.

Sacudió la cabeza para desprenderse de esa peregrina idea.

¿De qué estaba hablando? Aquello ni siquiera había sido una cita. Él la sacó de la casa como podría haber sacado a una niña pequeña que se pasa el día encerrada en su cuarto en un día de lluvia. Eso era para Danta: una cría. ¿Por qué, si no, la había respetado cuando lo que acordó con su padre era justamente lo contrario? Y no es que quisiera que Jero la obligara a cumplir aquel trato bárbaro, ni mucho menos. Solo le dolía darse cuenta de la falta de deseo con la que la miraba. La hería que no la considerase más que una chiquilla.

—Es que te juro que no lo entiendo. —Algo más serena, Nuria recurrió a la manga de su jersey azul para secarse los restos de llanto—. ¿Quién iba a imaginarse que ese idiota es una máquina de ligar?

—¿De qué te extrañas? A ti te gusta Raúl, ¿no? ¿Qué tiene de raro que otras chicas también lo encuentren atractivo?

No se lo explicaba. Cuando te gusta alguien, ¿no debería ser normal aceptar que otros vean a esa persona del mismo modo en que lo haces tú? Ella, sin ir más lejos, podía entender perfectamente la atracción que sentía Mara por Jero...

Otra vez. Debía hacer algo para alejar a esos dos de su cabeza de una vez por todas. La pareja estaba a punto de convertirse en una obsesión. Quizás lo fuera ya, porque hasta una simple cuchara era capaz de recordárselos. Claro que, ¡cómo para no hacerlo! ¡Había una cuchara dentro de su taza cuando Mara llamó a Jero!

—Pero eso es porque a mí me gustan los perdedores—replicó Nuria, con el genio de quien se ve forzado a explicar una obviedad—. Y, admitámoslo, no es un rasgo que consiga que las mujeres hagan cola detrás de un hombre. —Se sorbió los mocos otra vez—. Además, esa niña tenía pinta de novicia.

Se parecía... —Miró a su amiga y compuso una mueca al reparar en la camisa blanca, abrochada hasta el último botón, que esta vestía bajo un pichi de color azul marino—. ¡Dios mío! ¡Se parecía a ti! Todas las mosquitas muertas sois iguales.

—¡Nuria!

La batalla de manotazos que estaba por iniciarse quedó interrumpida con la llegada a la habitación de un tercero. El sonido de la puerta distrajo la atención de las muchachas, haciéndolas abandonar las ganas de disputa. Las dos miraron a Jero. Quien, a su vez, las miró a ellas; sentadas a los pies de la cama, sobre la alfombra de intrincadas figuras geométricas en tonos azules, negros y grises.

—Perdón, no sabía que estabais aquí —se disculpó el recién llegado, reparando en los enrojecidos e hinchados ojos de la más alta de las chicas. Con toda la idea de no verse envuelto en el melodrama, haló del tirador que aún no había soltado para volver a cerrar.

—Puedes entrar. —La tirante voz de Abril lo detuvo a medio camino—. Nos iremos.

—No hace falta.

—Es tu habitación.

A Jero su tensión le resultó cómica. Se daba cuenta de que algo bullía dentro de esa cabecita. Algo que la tenía desalentada y enfadada, y que estaba directamente relacionado con él. La postura rígida, el hablar sin mirarle, todo en ella delataba que lo culpaba de lo que sentía.

En realidad, Danta podía hacerse una idea bastante precisa de qué se trataba. No en vano, Abril comenzó a comportarse de esa manera después de la llamada telefónica de Mara. La actitud distante que le había regalado desde ese momento, lejos de molestarle, le provocaba un enorme regocijo. Y no

porque le gustase que estuviera enfada con él, sino porque su *light* manera de demostrarse ofendida era lo más parecido a la rebeldía que había visto en la sumisa chica que encontró en su habitación, hacía ya casi un mes. Menos da una piedra.

—Tranquila —repuso con tono calmado, casi dulce—, no es el único cuarto de la casa. Puedo pasar el rato en cualquier otro lugar. Os dejo que... lloréis a gusto.

—Se te agradece —replicó Nuria, como si la frase fuera lo más normal del mundo. Él le guiñó un ojo antes de que la puerta se cerrara del todo—. ¿Habéis discutido?

La inesperada pregunta hizo que Abril respingara sobre la alfombra. Recuperó la rigidez de hombros y espalda que había abandonado tras perder de vista al señor de ese hogar. Estaba comprobado que su amiga tenía un radar para captar los problemas amorosos.

—No —negó con poca seguridad—. ¿Por qué lo preguntas?

La otra cambió la postura de sus piernas cruzadas, para aliviar el cosquilleo que empezaba a sentir en ellas. Se le estaban quedando dormidas.

—No sé —se encogió de hombros—. Te he visto rara con él. Como muy... seca.

—¿Y crees que le ha importado?

—Pues no mucho, la verdad —La otra fue sincera, derribando de un plumazo las vanas ilusiones que empezaban a aflorar en el pecho de su compañera—. El infeliz se ha ido riéndose.

La cabeza de Abril cayó hasta que la frente tocó sus pantorrillas entrelazadas.

—Vamos, que sí que ha pasado algo.

Experta en interpretar el lenguaje corporal, Nuria no necesitó más para

saber que sus pesquisas eran correctas. Recuperó la tableta de chocolate con almendras con la que se había presentado en el domicilio de Danta. Material imprescindible para la cura de mal de amores que se había propuesto hacer esa tarde. Esta vez, en vez de coger solo una onza, se hizo con una fila entera.

—Te toca. —Tendió la tableta a su amiga, cediéndole con ella el turno de quejas, y dio un buen mordisco al chocolate que tenía en la mano—. ¡Malditos señores de Nestle! Me van a obligar a comprarme pantalones una talla más grande. Ellos, y el indeseable de Raúl.

El viejo Ford Fiesta que Nuria manejaba, con el orgullo desmedido de la conductora novata que era, gruñó en el jardín. Así anunció que la visita se marchaba. El coche, regalo que sus padres le hicieron por haber conseguido la licencia de conducir después de haberse presentado ocho veces al examen, debía tener más años que ella. Pero bien dice el dicho que el amor no tiene edad, y el que la muchacha sentía por su Cascara de Nuez —así había bautizado a esa pieza de museo— era genuino. Ningún conductor sentado al volante de un Ferrari sería más feliz de lo que lo era ella a los mandos de su Cascarita.

Jero se quedó en el despacho después de oír al Ford carraspear, como el anciano que era, en su jardín. Quería dejar a Abril un margen de tiempo para que pudiera asearse y ponerse cómoda. Compartir habitación con ella se estaba convirtiendo en un problema. No era sencillo esconderle lo que sentía al tenerla tan cerca. Con frecuencia, se veía obligado a demorarse entre las sábanas para que no reparase en la evidente excitación que le provocaba su cercanía. La intimidad a la que se exponía, imposible de eludir en el reducido espacio que compartían, no dejaba de pasarle factura.

¡Aquello era una tortura!

En esa casa había muchas habitaciones. Demasiadas para un hombre solo y sin planes de crear una familia. Pero, precisamente por eso, la mayoría de ellas permanecían vacías, desprovistas de mobiliario y de los útiles necesarios para ser habitadas. Tanto daba. Compraría una cama y la metería en cualquiera de ellas, asunto solucionado. De mañana no pasaba que lo hiciera. Ya no podía soportarlo más.

El tacto de Abril, su olor y, por encima de todo, el modo en que lo miraba, delatando el placer que sentía con el más leve roce que se producía entre ellos, eran demasiado para él. Su compañera de cuarto era joven e inexperta, leerla no resultaba complicado. Sus emociones eran claras para Jero. Incluidos los celos que la devoraban cada vez que el nombre de Mara salía a relucir.

Sonrió al recordarla en su dormitorio, sentada en la alfombra y enfurruñada como una niña. Había tenido que hacer un esfuerzo para no tomarla en sus brazos y borrarle el mal humor a base de besos. Para no dar rienda suelta a su lengua y asegurarle que no tenía motivos para encelarse, porque desde que se había metido en su vida era incapaz de mirar a otra mujer. Que Nuria estuviera delante no era lo que lo había detenido. Si se contuvo fue porque temía cómo podría reaccionar Abril si cruzaba la línea y se mostraba como un hombre. La juventud que la volvía transparente a sus ojos era también la fuente de sus reticencias. No quería asustarla ni, mucho menos, precipitarla a hacer algo de lo que después pudiera arrepentirse.

Tenía miedo, y no le daba ningún pudor admitirlo.

Apagó la luz del aplique y salió del despacho para subir las escaleras e ir al piso superior. Por una vez, fue él quien vaciló frente a la puerta, mirando su mano aferrada al pomo con la inseguridad de un muchacho. Su patetismo

fue más allá al contener el aliento, anulando el sonido de su respiración para captar alguno de los ruidos que se producían dentro del cuarto.

Podría darse media vuelta y esperar en el salón o en el despacho, como había estado haciendo hasta ese momento, a que Abril saliera del dormitorio. Pero necesitaba consultar los datos de una agenda que guardaba en el escritorio y... Y, sobre todo, quería entrar. El instinto lo empujaba a abrir la puerta y penetrar en ese cuarto. Su cuarto.

Lo hizo, giró el pomo y accedió al dormitorio. No se escuchaba el ruido de la ducha en el baño anexo, pero la puerta permanecía cerrada. Señal de que la chica aún no había terminado de asearse.

«¿Qué estoy haciendo?» se cuestionó, caminando con pasos rápidos hacia el escritorio. Quería recoger la agenda que había ido a buscar y salir de allí con la misma celeridad. Sin embargo, algo en el suelo llamó su atención, frenando sus pies y sus buenas intenciones.

Jero se agachó para recoger el sujetador, tirado en la misma alfombra sobre la que estaba su dueña la última vez que la vio. La prenda, de un blanco inmaculado interrumpido por diminutos puntitos de color rosa, le quemó los dedos. La suavidad de la tela se asoció en su mente con el recuerdo de la de la piel de la muchacha, como si el tacto de esta se hubiese quedado adherido en ella. Su cuerpo reaccionó al estímulo de inmediato, provocándole un pinchazo en la boca del estómago que descendió a su entrepierna.

—Jero.

Ni siquiera se dio cuenta de que la puerta del baño se había abierto.

Volvió la cabeza hacia la voz que llamaba su nombre. Lo hizo a cámara lenta y encontró Abril, con el cabello y la piel húmeda, mirándolo con los ojos —esos ojos grises como el mar antes de la tormenta— muy abiertos. Su pecho se movía de arriba abajo empujado por una respiración agitada. Sus

manos subieron hasta él, afianzado en el contorno la toalla en la que estaba envuelta. Un escueto rectángulo de tela blanca que dejaba expuesta más piel de la que ocultaba.

—Creí que habías terminado—. A Danta le costó un mundo fingir naturalidad. Cuando habló, ella notó su voz extraña; más ronca de lo habitual. Impregnada de un matiz gutural que le había oído otras veces—. Lo siento.

Le tendió el sujetador y la joven lo recogió con los ojos bajos y las mejillas encendidas. También él bajó la vista, topándose con sus piernas. Torneadas y brillantes allí donde la luz se reflejaba sobre los restos de agua que aún quedaban en la pálida piel.

—Estaba en el suelo —explicó el motivo de que la prenda hubiera ido a parar a sus manos, desviando los ojos al diván en el que había pasado las últimas noches.

Tampoco fue buena idea. La visión del mueble le provocó el deseo de coger a la chica en brazos y tumbarla sobre él.

—Venía a buscarlo. Creo que se me cayó camino del baño.

La voz de Abril, sus mejillas e incluso los ojos, que mantenía fijos en el suelo, delataban rubor.

Mal asunto. El inexperto pudor de su compañera de habitación era, al mismo tiempo, un acicate para el deseo de Jero y una advertencia para su contención. Él sabía que no podía permitirse el lujo de perder el control sobre sí mismo. Y, a la vez, nada le gustaría tanto como liberarse de sus temores, vacilaciones y prejuicios para fundirse con esa muchacha que le ocultaba el rostro.

—Ya. —Fue incapaz de controlar el suspiro que agitó su pecho. Se pasó una mano por el corto cabello cano y se movió nerviosamente para recoger su agenda—. Te dejo para que puedas terminar.

—Gracias.

No la miró, puso mucho cuidado en no hacerlo. Dejar que sus ojos se posaran en esa joven empapada y medio desnuda habría sido un error fatal. Salió del cuarto a trompicones y cerró la puerta con fuerza, dejándose caer en ella. Necesitado de aquel soporte para mantenerse en pie. Allí se echó a reír, cubriéndose la cara con una mano.

Desde el principio había intuido que esa niña se convertiría en un quebradero de cabeza. Lo que ni en sueños habría imaginado era el modo en que terminaría poniendo su resistencia al límite.

—Blanca, por favor.

Santos sujetó la maleta de su mujer, impidiéndole seguir adelante. Obligándola a detenerse en la puerta del domicilio.

—Ya hemos hablado de esto —respondió ella con contundencia, evitando mirarlo a los ojos para no vacilar. No le era fácil mantenerse firme ante sus súplicas—. No me lo pongas más difícil. Daniela —llamó a una niña de no más de cuatro años, con los rizos rubios recogidos en una tirante coleta—, dale un beso a papá, que nos vamos.

La pequeña corrió como una diminuta centella y Santos se acuclilló para acogerla en sus brazos. Cuando la boquita de Daniela se abrió e hizo estallar un efusivo beso contra su mejilla, la derrota se dejó caer encima de sus hombros, hundiéndolo bajo su peso abrumador. Buscando desesperadamente un salvavidas que le permitiera salir a flote se aferró con más fuerza al cuerpecito de su hija.

—Papá —la niña, con las manos en las mejillas de su padre, buscó el rostro de este—, ¿estás triste?

Él forzó una sonrisa que estuvo a punto de desbordar el flujo de lágrimas

que se acumulaban en sus ojos.

—No, cariño. Lo que pasa es que me da pena porque, ahora que vas a vivir con los abuelos, no podré verte todos los días.

—Pues me quedo contigo —respondió ella, con una decisión que no le costó ni medio segundo tomar.

Su padre le regaló otra dolorosa sonrisa.

—¡Anda! —Le acarició la cabeza, enredando los dedos en sus rizos —¿Y qué pasa con mamá? ¿No te importa dejarla sola?

La niña se encogió de hombros. Aquella era una encrucijada de la que no sabía cómo salir. Si se iba con mamá, papá se pondría triste. Pero, si se quedaba con papá, entonces la triste sería mamá. ¡Demasiado complicado! ¿No podían vivir todos juntos, como hasta ahora, y ya está?

—Ve con mamá, te necesita para que le recuerdes las cosas. Ya sabes que es como Dory.

Una suave carcajada recorrió el cuerpo de la pequeña transmitiéndole la vibración a Santos, pero no su alegría.

—Dani, vamos. Tenemos que irnos.

Blanca no quería interrumpir la despedida entre padre e hija, pero temía que prolongarla solo serviría para hacerse más daño. Para que todos sufrieran. Para que Santos se lastimara más. La niña depositó otro sonoro beso en la mejilla del hombre y echó a correr, desapareciendo tras la puerta que su madre había abierto.

—Por favor —imploró él, aún en la postura que había adoptado para nivelar su estatura a la de su hija.

—Lo siento —fue lo único que dijo su esposa antes de permitir que la puerta ocultara la triste imagen del hombre que amaba, dejándolo al otro lado.

Ojalá la congoja fuera igual de fácil de apartar. Todo sería tan simple si bastara con cerrar una puerta para bloquearla.

Blanca arrastró la maleta tras ella, hasta el ascensor, advirtiéndole a Daniela que no se acercase a las escaleras. Aquello no era fácil. Ni siquiera tomar la decisión lo había sido, menos aún ejecutarla. Quería a Santos. Se había casado enamorada y, pese a todo, el sentimiento seguía estando ahí, intacto. Pero no regresaría a lo de antes. No podía soportar la idea de volver a pasar por lo que ya había vivido seis años atrás.

Empezó de la noche a la mañana, sin previo aviso. Sin concederle tiempo para asimilar lo que estaba ocurriendo. El Santos amable y calmado que conocía se transformó en un hombre irascible, siempre alterado e inclinado a la rabia. Ciertamente era que jamás la había emprendido contra ella, eso Blanca no lo habría tolerado. Su ira siempre recaía sobre el mobiliario pero, aun así, la convivencia se volvió insostenible.

Le ocultaba algo, lo sabía. Su esposo guardaba un secreto que pesaba demasiado para que pudiera cargarlo él solo. Pero que no pensaba compartir con nadie. Ni siquiera con ella. Y era frustrante. Ver sufrir a alguien que amas y no saber el por qué de su desasosiego genera una impotencia con la que resulta complicado lidiar.

No era la primera vez que Santos se guardaba algo para sí. Su trabajo, como él decía, se definía en una enorme cláusula de confidencialidad. Pero esta vez era distinto. Blanca sabía que no se trataba de un mero asunto laboral.

En aquel entonces le había dado un ultimátum. Uno en el que él se empleó a fondo para no perderla. El nacimiento de Daniela terminó de obrar el milagro. Santos escapó de la sombra que lo perseguía volcándose en su papel de padre. Pero ahora la sombra parecía haber regresado. No solo eso,

sino que volvía con fuerzas renovadas. Desde hacía un mes, más o menos, el carácter del esposo de Blanca había vuelto a posicionarse en el lado oscuro, y ella no podía volver a pasar por eso. No por segunda vez. No cuando ahora tenía una niña que sufría el perpetuo mal ambiente que había en la casa.

Por todo eso se había visto obligada a dejar a Santos, a tomar la terrible decisión de apartarlo de su pequeña. Esperaba que la soledad lo ayudara a vencer sus demonios. Deseaba que, al tenerlas lejos, él las extrañara tanto que la desesperación lo llevara a apartar sus fantasmas para recuperarlas.

—¿Qué quieres para cenar? —preguntó a Daniela, esquivándola para no arrollarla mientras luchaba para meter la maleta en el ascensor.

—¡Espaguetis con tomate! —respondió ella con su inagotable furor infantil, saltando alrededor de su madre como si le hubiesen dado cuerda.

—¿Otra vez? —Blanca cerró la puerta del elevador y presionó el botón para iniciar el descenso—. ¿Se puede saber qué te pasa con los espaguetis? Menuda obsesión.

—¡Qué están muy ricos!

Agarrada a su pierna, la niña miró para arriba, ofreciéndole una expresión radiante. Tan deslumbrante que no tuvo más remedio que reír, pese a que su humor se sentía más inclinado a las lágrimas.

Verdaderamente, deseaba un final feliz para su familia. Lo necesitaba tanto como respirar. Un *happy ending* como los de las historias que Santos leía a su pequeña antes de irse a dormir. Aunque, desgraciadamente, no tenía muy claro si su cuento particular terminaría con el clásico «y fueron felices, y comieron espaguetis con tomate» con el que su esposo remataba estos relatos.

13

Capítulo 13

—Ya llegamos. —Abril se descolgó el bolso y se lo pasó de un brazo a otro, para desprenderse del abrigo—. Ahora puedes irte.

A su espalda, Raúl sacó la llave de la cerradura y empujó la puerta con él pie.

—Ya, claro —replicó, con una sonrisa que concluyó la frase con un mudo «sigue soñando».

La chica colgó el abrigo del perchero, enganchándolo de la capucha ribeteada de piel blanca.

—¿Ahora tienes orden de seguirme también dentro de casa? —preguntó un tanto irónica.

—No. —Él la siguió cuando echó a andar por el pasillo—. Las ordenes son no perderte de vista hasta asegurarme de que haya alguien más que pueda tomar el relevo.

Ella se detuvo en mitad del pasillo, tan repentinamente que lo obligó a frenar para no arrollarla.

—¿Qué haces? No me digas que te has olvidado algo en clase.

En lugar de responder, la chica se limitó a mirarlo mientras tomaba una decisión. Que la lucha no era su fuerte, a esas alturas, había dejado de ser un secreto para todos. Sin embargo, el celo de su carcelero le resultaba exasperante. ¿Qué temía que hiciera? ¿Que intentase escapar usando las sábanas para descolgarse por la ventana del cuarto de Jero, como en una novela infantil? Quizá debería probar a oponerse un poco. Sabía que no serviría de nada, pero al menos le valdría para dejar claro lo harta que estaba de toda esa situación. Seguro que se quedaba más a gusto.

Trató de componer un ceño altanero, retador. La falta de práctica no jugó en su favor. Raúl arrugó el suyo, un poco confundido por la inusual chispa de sublevación que vio en los claros ojos de la joven.

—Las quejas a Jero —replicó, reponiéndose de la sorpresa en tiempo récord. El mismo que tardó ella en abandonar la pose revolucionaria para dejar que la derrota hundiera sus hombros—. Rómula, tengo sed.

Abril levantó la mirada y sus ojos toparon con la adusta figura de la criada, que avanzaba por el pasillo desde la cocina. Pronosticando una colisión segura, si no se apartaban a un lado para dejarle paso, la muchacha lo hizo de inmediato, pegándose a la pared que tenía detrás. Sin embargo, la asistente, en lugar de aprovechar el espacio para seguir adelante, se detuvo a su lado. Más cerca de lo normal, como si hubiera perdido el miedo a que le pegara una enfermedad contagiosa. Igual, después del tiempo que llevaban conviviendo, se pensaba inmunizada a esas enfermedades a las que «las rameritas como ella están expuestas».

—¿Y manos? —respondió Rómula al chico, con su tono desabrido—. ¿Tienes manos?

—¿Sssssí?

La duda hizo que Raúl alargara la S de un modo innecesario. Ganando

tiempo para comprobar su afirmación con una miradita a la cuestionada parte de su anatomía. No porque no estuviera seguro de si tenía manos, sabía que así era. Las había usado para manejar la moto, un rato antes. También para abrir la puerta con las llaves, hacía aún menos tiempo. Lo que lo descolocaba era la pregunta. Tenía truco, seguro. ¿A dónde quería llegar esa mujer?

—Pues corre a la cocina y te sirves un vaso.

Ahora lo pillaba. Era uno de esos royos de «yo no soy tu esclava» que le soltaba su madre cada vez que le pedía un favorcito de nada. Así que sabía muy bien lo que tenía que hacer a continuación.

Agachó la cabeza con la sumisión de un niño y cumplió al instante el mandato.

Abril observó su retirada un tanto alucinada. No por la actitud de Raúl, ya conocía su carácter infantil y entendía perfectamente que incluso Matusalén se sintiera amilanado ante la regia Rómula. Matusalén, y hasta el diablo. Lo que pasaba era que creía que la cocina era un lugar al que la mujer no permitía acceder a cualquiera. Claro que también podía ser que el veto fuera solo para ella. Como era una fulana, y todo eso.

—A los hombres hay que educarlos desde jovencitos —aclaró la anciana, como si hubiera estado leyéndole el pensamiento—. De lo contrario terminan creyendo que somos sus criadas. Aunque, a las de tu clase, eso no...

No concluyó la frase. Desde la llamada de atención de Jero, Rómula había tomado la dinámica de morderse la lengua con ella. Aunque sería más correcto decir que lo que había hecho era dejar de dirigirle la palabra. Algo que la chica no acusaba. Al menos, no de modo negativo. Prefería sus silencios a sus insultos; el ninguneo a que la convirtiera en blanco de sus soeces comentarios.

Abril se encogió sobre sí misma y cruzó los brazos bajo el pecho,

adoptando inconscientemente una postura defensiva. Se sentía incómoda. Rómula no necesitaba hablar para hacerle saber lo que pensaba de ella. Tampoco precisó concluir la frase para que supiera cómo terminaba.

—Toma.

La criada metió la mano en el bolsillo de su delantal. Cuando la sacó, la huésped de Danta vio su móvil en ella.

—¿Jero te ha pedido que me lo devuelvas? —preguntó, sin atreverse a cogerlo pese a que se lo estaba ofreciendo.

La otra negó.

—Llevan toda la mañana llamándote. Me han puesto la cabeza como un bombo —explicó escuetamente, como justificándose.

—¿Llamándome?

Sintiéndose forzada a usar más palabras, Rómula compuso una expresión severa. Intentó mostrarse indiferente al decir:

—Es tu padre.

—¿Mi padre?

Más que aclararle algo, la mención a su progenitor confundió más a Abril. Tanto Teodoro, como Nuria, como el mismo Carlos sabían ya que era imposible comunicarse con ella vía móvil. ¿Por qué lo intentarían siquiera?

Rómula suspiró. O, quizá, sería más acertado decir que bufó. Se la veía molesta por la escasa capacidad de entendimiento de la chiquilla.

—No se ha presentado a recoger a tu hermano a la salida del colegio —declaró sin rodeos—. La directora no ha dejado de llamar en toda la tarde. Quiere saber si alguien puede ir a buscar al crío. De lo contrario, dará aviso a la policía para que se haga cargo de él.

Movida por un instinto que la hizo dejar de lado la precaución, la muchacha se agarró a los antebrazos de la mujer, enganchándose a ella.

—¿Teo está bien? —quiso saber en medio del caos que se arremolinaba en su cabeza. Aunque todavía no se hacía una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo, la seguridad de su hermano era lo principal.

La anciana se revolvió. Trató de librarse de su contacto con la consabida mueca de asco que dominaba sus facciones cada vez que la tenía cerca.

—¡Quita! —le espetó, propinándole un empujón.

Abril trastabilló varios pasos hacia atrás, con sus escasas fuerzas vencidas por las de Rómula.

—Lo siento —se disculpó. En su mirada empezaba a acumularse una aguija que nada tenía que ver con el mar que su color evocaba. Juntó las manos y, como si suplicara, reiteró la pregunta: —¿Mi hermano está bien?

Podría ser cosa del débil frenesí en el que la había sumido la noticia, pero le pareció distinguir una pizca de compasión desestabilizando las adustas facciones de la criada. Algo que, si de verdad fue más que una ilusión, esta se cuidó de ocultar rápidamente. Cuando le respondió, lo hizo con su habitual desprecio.

—A él no le pasa nada, pero tienes que ir a buscarlo de inmediato. ¿Lo entiendes ahora, estúpida? —le espetó a la cara, no muy segura de que aquella simple se hiciera cargo aún de la situación—. Esa mujer ha dicho que si nadie va a recoger al niño antes de las cinco dará aviso a las autoridades.

—Sí, tengo que ir a por él —concluyó Abril, hundiendo una mano en su pelo para acariciarse la sien, como si el gesto le fuera a servir para aclarar las ideas.

No entendía absolutamente nada. ¿Dónde se suponía que estaba su padre? Galván nunca había sido el hombre más entregado a la hora de cuidar de sus retoños. Sin embargo, hasta la fecha siempre había cumplido con horarios,

reuniones con profesores, citas médicas y todo lo que entraba dentro de la rutina normal de una familia. Sabía guardar las apariencias.

En el fondo de su ser, notó brotar una chispa de preocupación por el causante de su penosa situación. ¿Le habría ocurrido algo?

—¡Pero corre, vamos! —la azuzó Rómula, exasperada por su falta de reacción.

Como si el grito la hubiera hecho salir de un trance, Abril miró a su alrededor. Parecía que estuviera reconociendo el espacio, intentando ubicarse en él. Después, clavó los ojos en la anciana, asintió con gesto nervioso, y, como una exhalación, echó a correr hacia la puerta. Salió al frío del jardín sin molestarse en coger su abrigo.

—He fregado el vaso y lo he vuelto a poner en... —Raúl, que en ese momento regresaba de la cocina con la sumisión de un corderito, se detuvo en mitad del pasillo—. ¡¿Eh?! ¿A dónde se supone que va? —preguntó, desconcertado por la apresurada salida de la joven.

Con una calma que contrastaba con la agitación de ambos muchachos, la anciana declaró:

—Ve con ella. Yo informo a Jero de lo que está pasando.

Sin añadir ni media palabra más puso rumbo al salón. A lo que Raúl protestó. A esas alturas del día ya había dado por concluida su labor de niñera. ¿De qué iba todo eso?

—¿Otra vez? Pero si ya...

—¿Estás sordo? —Rómula cortó su conato de queja, convirtiéndolo en objetivo de una de sus letales expresiones.

El chico hizo lo que sabía que debía hacer cuando una mujer le hablaba de ese modo: agachó la cabeza y, dándose tanta prisa como pudo, obedeció.

—¿Qué somos? ¿Hermanitas de la caridad?

—Lo que tengo claro es que no somos una pandilla de gánsteres.

Danta respondió al irónico comentario de Pedro en el mismo tono empleado por este. Lo que no contribuyó, ni por asomo, a apaciguar los encendidos ánimos.

—No me jodas, Jero. —El palmetazo que dio el instigador de la trifulca sobre la mesa hizo cimbrar los vasos dispuestos encima de ella—. No empezamos en este negocio para hacer beneficencia. Si el viejo no puede pagar con dinero que encuentre otra manera de saldar la deuda. —Hizo una pausa para afilar el ponzoñoso aguijón de su lengua—. Quién sabe, quizás tenga alguna nieta guapa que pueda hacerle compañía a la pequeña zorra que cobijas en tu casa.

—¡Pedro!

Fidel tomó la palabra, saliendo en favor de la paz. La misma que sabía aniquilada desde el momento en que ese hombre decidió meter a Abril en la conversación, usando aquellas palabras poco acertadas. Por desgracia, los reflejos de Jero fueron más rápidos que la lengua de su amigo. Para cuando el apache terminó de decir el nombre, Danta ya tenía los dedos enganchados en el cuello de la camisa del otro.

—Eh, chicos. Vamos a calmarnos todos un poco. ¿De acuerdo?

El gigante hizo un nuevo intento como mediador, no mucho más exitoso que el anterior. Jero tensó la mandíbula y, sin soltar a su presa, le siseo una advertencia.

—No vuelvas a llamarla así. Te arrancaré la lengua de cuajo si lo haces.

Aclarado este punto, dejó ir el cuello de la camisa y, junto con la prenda, a quien la vestía. Pedro dibujó en su expresión una sonrisa sardónica, al tiempo que se acarició las comisuras de los labios con dos dedos.

—¿Lo veis? —se dirigió a la pasmada concurrencia.

Ninguno de los presentes estaba acostumbrado a que se produjeran agarrones como el que acababan de ver entre los miembros de su grupo. Por ello, no terminaban de tener claro cuál era el mejor modo de reaccionar a una situación tan novedosa como desagradable.

—Pedro, déjalo ya.

Fidel, inasequible al desaliento, volvió a salir en favor del orden.

—No; no voy a dejarlo —se reafirmó el aludido, sin tomar en cuenta sus esfuerzos—. Esto es a lo que me refiero. Estás cambiando, tío.

Pedro miró a los demás, buscando apoyo en ellos. Pero la mayoría de los hombres agacharon la cabeza, cediendo el protagonismo al trío que seguían en pie.

—Vas dando tumbos, descuidando tus objetivos.

Danta permaneció callado, con la respiración alterada, mientras escuchaba los reproches del más pendenciero de sus hombres.

—Aclárame una cosa, ¿quieres? —le pidió este, en lo que más bien sonó como una exigencia—. ¿Por qué estás dispuesto a perdonar a ese viejo y, sin embargo, te quedas con la hija de Galván como aval de su deuda? ¿Acaso tiene eso sentido?

—Son casos muy distintos. —De nuevo fue Fidel quien dio voz a la razón—. El pobre Gervasio acudió a nosotros porque no tenía otra forma de costear el tratamiento médico de su mujer. ¡Vamos! No somos usureros sin escrúpulos.

Hubo algunos asentimientos entre los presentes. Otros mantuvieron el mutismo, prefiriendo no tomar partido en la gresca. En medio de la división de opiniones, el móvil de Jero también quiso hacerse oír. Su dueño no se molestó en pedir permiso para responder la llamada. No le interesaba ni un

poco aquella conversación y aún sentía el deseo de hacer realidad el futuro que había augurado a la lengua de Pedro. Era mejor no ahondar en el tema, y el teléfono le proporcionó la excusa perfecta para darle carpetazo.

—¿Qué quieres? —preguntó hostilmente tras leer el nombre de Rómula en la pantalla.

Más valía que se tratara de algo importante. Lo que menos necesitaba era que esa mujer le saliese con algún problema doméstico. Si le pagaba un sueldo era, precisamente, para que se ocupara de ellos sin importunarlo a él. En ese sentido, no pudo tener queja. Cuando la anciana comenzó a relatarle el motivo de su llamada estuvo de acuerdo con ella en que se trataba de un tema de urgente necesidad.

—¿Raúl está con ella?... Sí, sí. Has hecho bien... De acuerdo, en seguida estoy allí.

Terminó de hablar y regresó el teléfono a su lugar.

—Debo irme —anunció mirando solo a Fidel, aunque habló lo bastante alto para que todos los demás lo oyeran.

—¿Qué? ¿Te vas a ir así? —Pedro seguía empeñado en el enfrentamiento—. Todavía no hemos acabado de hablar.

—¿Ha sucedido algo?

Jero negó en respuesta a la pregunta de su hombre de confianza.

—Nada que deba preocuparos. Es Abril, ha recibido una llamada del colegio de su hermano.

El que se había erigido su oponente rio exaltado, manifestándose en desacuerdo con dejar la trifulca en ese punto muerto. Aún no conseguía lo que quería de Danta. Lo cual no era otra cosa más que hacerlo recapacitar para que volviera a tomar la responsabilidad que había adquirido con él, y con todos los hombres que trabajaban a su sombra. Que saliera corriendo por

una muchacha cualquiera era prueba de que no había logrado entrarlo en razón. ¡Maldito desgraciado!

—¿Es grave?

—No tengo ni idea. Ya sabes que Rómula no es muy locuaz a la hora de dar explicaciones.

El gigante asintió.

—De acuerdo, te llevo.

Danta le puso una mano en el pecho, deteniéndolo antes de que pudiera dar un paso.

—Déjalo, tomaré un taxi. Prefiero estar solo.

—Está bien. Llámame si necesitas ayuda.

Jero dedicó un único asentimiento en respuesta al ofrecimiento de Fidel, y se marchó dejando caer una mano en el hombro de su leal amigo. Mientras, Pedro adornó su salida de escena con otra de esas carcajadas que eran el espejo de su indignación.

—¿De verdad vas a irte? —gritó a la espalda del que dejaba la reunión, desoyendo otra vez las llamadas a la tranquilidad repetidas por el apache—. Sí, está bien. ¿Por qué no? Corre detrás de las faldas de esa mocosa, es lo único que sabes hacer últimamente. ¡Idiota!

—No creo que haya de qué preocuparse. Daniela es una niña feliz, está perfectamente adaptada a la clase y su relación con sus compañeros también es buena. Es cierto que, en ocasiones, la separación de los padres puede afectar a los niños. Pero este no parece ser el caso. Además, por lo que veo, vosotros lo estáis llevando muy bien.

Santos no diría tanto. Verse apartado de su hija y su mujer no era algo que estuviera llevando bien. Pero asintió a la observación de la maestra,

mostrándose como el hombre cabal que ella estaba dando por hecho que era. A fin de cuentas, lo importante era que la pequeña seguía siendo la misma de siempre, ajena a los problemas que los adultos a su alrededor pudieran tener. Por no hablar de que la tutoría le había dado la oportunidad de reencontrarse con Blanca. Solo por eso, ya estaba dispuesto a decir amén a la mayor barbaridad que pudiera salir por la boca de esa mujer.

—Sí, bueno —convino su todavía esposa, un tanto dudosa—. Para nosotros, Dani es lo más importante. Por eso pensamos que es mejor hacer las cosas de una manera civilizada.

Él la miró alucinando. Se preguntaba si habían sido civilizados cuando ella le comunicó que se volvía a casa de sus padres y se llevaba a la niña. Tras conocer la noticia, él había abierto un agujero en la puerta del salón de una patada. La escena, tal y como la recordaba, no se ajustaba al calificativo.

—Ojalá todos los padres fueran capaces de anteponer a sus hijos sobre las rencillas personales —dijo la maestra. Una mujer joven, con unas enormes gafas de pasta oscura que ocupaban casi por completo su pequeña cara.

En ese punto, Santos desconectó de la charla, paseando la vista por el aula. No le interesa lo que pudiera decir esa niña recién salida de la facultad. Ella no sabía nada de lo que ocurría en su casa, en su familia, ni, menos aún, en su interior. Se limitaba a repetir lo que había aprendido en un libro, intentando acoplar su situación personal a los esquemas escritos en una monografía.

El aula estaba decorada con un exceso de colorido y un estilo *naive* que le hizo bien. Había pasado los últimos días entre prostitutas, delincuentes y gentes de mal vivir; vagando de tugurio en tugurio siguiendo la pista de Jerónimo Danta. La inocencia concentrada entre aquellas paredes era un

bálsamo sanador para su alma. Tras sumergirse en el lado más oscuro del ser humano era agradable ver la luz que envuelve a la infancia.

—Muchas gracias por venir. Os mantendré informados si noto algún cambio en el comportamiento de la niña.

La retirada de la docente dejó sola a la pareja, en mitad un pasillo donde las puertas se sucedían a uno y otro lado. Un incómodo silencio no tardó en posicionarse entre ellos, y eso fue lo más extraño de todo. Su relación siempre estuvo marcada por la comunicación, a los dos les encantaba hablar. ¿Cómo era posible que ahora les resultara tan difícil encontrar que decirse?

—En adelante, no es necesario que vengas a este tipo de reuniones —dijo Blanca, apartando la mirada al notar los ojos de Santos fijos en ella.

—También es mi hija —respondió este, pensando para sí que estaba muy guapa. No porque se hubiera arreglado de un modo especial. Simplemente, porque ella siempre lo estaba. Al menos, a sus ojos—. Te la has llevado de mi lado, pero no puedes impedirme que siga ejerciendo mis derechos y obligaciones como padre.

Su mujer cerró los ojos. Sabía que tenía razón, pero lo que habían vivido esa tarde estaba muy lejos de lo que quería. No deseaba que se acostumbraran a actuar como una pareja de separados con buena armonía. ¡No! Lo que tenía que pasar era que él las echase tanto de menos que fuera capaz de superar todo lo demás solo para recuperarlas. Santos tenía que luchar por Daniela. Y por ella; también tenía que hacerlo por ella.

—Santos, por favor, no lo hagas...

—¿Cómo? —la cortó—. ¿Cómo no quieres que lo haga? ¿De un modo que no sea civilizado? ¿Es eso?

Ella lo miró y él se dio cuenta de que su ironía había conseguido herirla. Sin embargo, al igual que su esposa, tampoco era eso lo que pretendía. Su

intención no era hacerle daño, solo expresarle lo ridícula que le parecía la situación a la que los había conducido.

—Me voy. —Blanca se ajustó la tiranta de su bolso en el hombro—. Adiós, Santos.

Echó a andar por el pasillo, dejándolo atrás. A él le habría gustado correr tras ella. No había nada que deseara más que cerrar sus brazos en torno al cuerpo de su mujer para impedirle dar un paso más, para evitar que se alejara de su lado. Pero sabía que eso solo habría conseguido empeorar las cosas.

Esperó hasta verla desaparecer tras la esquina, solo para evitar la tentación de hacer algo que sabía que terminaría lamentando. Entonces, también él inició la retirada. Caminó por los pasillos, que desprovistos de la algarabía con la que los inundan los niños durante la mañana resultaban fríos, y salió al patio. Allí lo recibió una estampa típicamente otoñal. Hojas de árboles vagando por el suelo, empujadas por el viento, y el humo de un puesto de castañas asadas que se elevaba al cielo tras la verja. También Blanca, con el margen de distancia que le había concedido, estaba ya del otro lado de la cancela, caminando por la acera hasta su coche. Avanzaba a grandes zancadas, con los brazos cruzados sobre el jersey amarillo de cuello vuelto con el que él la había visto tantas otras veces, sin reparar nunca en lo bien que le quedaba.

Su todavía esposa entró en su coche y maniobró para salir del aparcamiento. Inmediatamente, otro vehículo se puso en marcha, siguiendo la misma dirección que tomó el de ella.

No fue nada extraño. La calle estaba plagada de coches aparcados a uno y otro lado de la acera. No era una casualidad tan grande que dos de ellos abandonaran su lugar en el mismo momento. Tampoco que siguieran la misma dirección. Sin embargo, Santos, acostumbrado a un trabajo que lo

obligaba a estar atento a todos los detalles a su alrededor, captó a la perfección el matiz que hacía que aquello no fuera una mera coincidencia. Su profesión lo había llevado a desarrollar un sexto sentido para saber cuando alguien estaba al acecho.

Un escalofrío le recorrió la espalda al ver al vehículo, cuyos cristales ahumados mantenían en el anonimato la identidad de sus ocupantes, circular tras el coche de Blanca. En ese momento supo, sin margen de error, que mientras había creído ser el cazador, en realidad, era la presa.

14

Capítulo 14

Jero se acuclilló delante del niño, observándolo minuciosamente. El pequeño tenía los ojos castaños encendidos con una mirada arisca, desconfiada. Salvando el color de sus pupilas, por todo lo demás podría decirse que era un calco de su hermana. Solo que algo más bajito y con el pelo corto. Las facciones de Teo, marcadas aún por el aire dulce de la infancia, tenían un punto femenino que conseguía que quien lo mirase pensara inmediatamente en Abril.

Tragó saliva.

Se sabía inmerso en una de esas situaciones que intentaba esquivar por todos los medios. Una en la que la carga emocional era el factor dominante. Un melodrama.

—Vaya —dijo fingiéndose jovial cuando, en realidad, se sentía ridículo—, así que tú eres Teo.

Le tendió la mano, poniendo sumo cuidado en que ningún temblor delatara su nerviosismo. Porque, sí, además de ridículo, se sentía nervioso. No tenía ni pies ni cabeza. Aquella era su casa y el crío no era nada suyo.

Pero, para Abril, ese niño significaba toda su vida. Eso lo convertía en alguien importante también para él. Lo que venía a confirmar que la hija de Galván le había robado la razón.

¡Maldita niña! Cuando la conoció la comparó con la típica princesita de cuento de hadas. Ahora, en cambio, entendía lo errado que estuvo en su primer juicio sobre ella. En realidad, Abril era más del tipo de la bruja: capaz de hechizar hasta al más escéptico.

El niño continuaba mirando su mano sin decidirse a estrecharla. Lo estaba estudiando. Jero se daba cuenta de su examen y, también, de que no podía esperar un aprobado. No lo culpaba, se estaba comportando como un imbécil. Él tampoco se gustaba demasiado en ese momento, por lo que no tenía ningún reproche que hacer a Teo.

Sin previo aviso, el chico golpeó la mano que mantenía tensamente extendida ante él. Rechazándola, con un gemido, antes de esconderse detrás de su hermana.

—¡Teo! —lo reprendió esta, intentando obligarlo a salir.

—No, está bien. —Danta se puso de pie, mediando en favor del crío y de sí mismo. No le apetecía nada que el drama desembocara en tragedia—. Dijiste que le cuesta adaptarse a lo nuevo, y yo soy un completo desconocido para él. No se fía de mí y hace bien. Al no entregar su confianza al primero que llega demuestra que es un muchacho listo.

Abril dejó de batallar con su hermano y lo miró. Sus ojos delataban ternura y Jero no supo interpretar el origen de la misma. No sabía que, acostumbrada a que todo el mundo mirase a Teo sin llegar a verle, que él hubiera reservado un espacio en su memoria para almacenar lo que le había contado sobre el niño significaba mucho para ella. Carlos ni siquiera era

capaz de recordar su nombre. Jero, en cambio, tenía en cuenta las particularidades de su carácter. El detalle la conmovió profundamente.

—¡Eh, enano!

Nuria, que había estado observando la escena desde una discreta esquina del salón, decidió que era el momento de dejar de ser un personaje secundario para robar algún que otro plano de la película. Con desenvoltura se acercó al niño, agarrándolo de la mano sin hacer mucho caso a sus lloriqueos. Había aprendido de Abril cómo actuar con él. Por eso sabía que, cuando se ponía cabezota sin motivo, lo mejor era no prestarle mucha atención a su rabieta y comportarse con normalidad.

—¿Quieres que salgamos al jardín y juguemos? —No quería. No lo dijo, claro. Teo rara vez pronunciaba palabra. El modo en que se resistía a salir de detrás de su hermana bastó para interpretar su negativa—. Nunca has vivido en una casa con jardín, ¿a qué no? —siguió la chica, llevándose lo con ella. Sus reticencias se iban difuminando conforme se alejaban del salón—. Yo tampoco, pero es una pasada. Se puede jugar a un montón de cosas en un jardín. Al escondite, por ejemplo...

Abril agradeció que su amiga estuviera allí. Nuria era poco realista, tenía un gusto pésimo para los hombres y su sentido de la responsabilidad era cuestionable. Pero lo que nadie podía discutir era que, como amiga, merecía matrícula de honor. Había acudido al domicilio de Danta, dejando de lado todo lo que tenía que hacer, tan pronto como oyó su voz llorosa al otro lado de la línea telefónica. Además, tenía un don especial para interpretar cuándo era momento de desaparecer. Su retirada, llevándose a Teo para dejarla a solas con Jero, era buena muestra de ello.

—Lo siento mucho.

Tan pronto se quedaron solos aprovechó para derramar lo que sentía en

esa escueta frase. Pero no le bastó para expresarle a aquel hombre lo que se removía en su interior.

—No hay nada que sentir.

Él le respondió con una de esas sonrisas que lograban apaciguar su alma.

—No sabía a dónde llevarlo. Yo... no tengo ningún otro sitio en el que pueda dejar a Teo.

Por desgracia, estaba demasiado compungida para que el efecto sanador del gesto surtiera el efecto acostumbrado.

—Está bien —viendo que el llanto la desbordaba, Jero dio un paso hacia ella y le puso las manos en los hombros—. Sabes que, hasta que tu padre me pague, no tengo intención de dejar que vayas a ninguna parte —añadió con aire bromista, para relajar el ambiente—. Y Teo tiene que estar donde tú estés. Así que no hay nada que justificar, nada que explicar.

Abril no cayó en la treta. Su padre acababa de demostrar lo poco que le importaba la suerte que corrieran sus hijos. Era de necios pensar que Jero creía aún que lograría algo de él manteniéndola como rehén. Lo lógico, después de lo que había pasado, era echarla a la calle y buscar otro modo de saldar su deuda. Sin embargo, en lugar de enfadarse o arremeter contra ella, descargando en sus hombros las culpas de su progenitor, él acogía, también, a su hermanito. Ese hombre era desconcertante. Sentía que, aunque pasara mil años a su lado, jamás llegaría a comprenderlo por entero. Nunca dejaría de sorprenderla, de conmoverla.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —le preguntó con la voz ganada por las lágrimas.

Él siguió amparándose en el humor con el que pretendía mantener las distancias con su yo emocional.

—¿Bueno? ¿Te has olvidado ya de la vez que te obligué a meterte en la

cama conmigo y te robé un beso por la fuerza?

Pese a la película de agua que cubría sus ojos grises la determinación era firme en la mirada de la joven. Jero suspiró, vencido por ella.

—¿De verdad no lo sabes?

A través de la humedad pudo ver en sus pupilas, incapaces de guardarle ningún secreto, que así era. Esa chiquilla no sabía leerle con la misma facilidad con la que él la leía a ella. No tenía ni idea de la fuerza de los sentimientos que le despertaba.

La acercó a sí, abrazándola. El deseo de detener su llanto anuló los instintos que se despertaban cada vez que la tenía cerca. En ese momento, lo único en lo que podía pensar era en proporcionarle el consuelo por el que ella clamaba en silencio. Se daba cuenta de lo sola que debía haberse sentido con una madre ausente y un padre al que habría sido mejor no tener cerca. Obligada a aceptar una madurez que la había congelado en la infancia, sacrificando su adolescencia en favor de cuidar de su hermano pequeño y de mantener para él un hogar que no era más que una pantomima. Imaginar el pasado de Abril hizo que cada una de sus lágrimas le dolieran como propias.

—Qué mal —murmuró contra su oído en medio de una risa que sonó triste—. Si ni siquiera puedes imaginarlo, entonces no debo decirte nada —comentó crípticamente, atado por la ingenuidad de ella. Conteniéndose, una vez más, para no dar un paso en falso.

Pensó que sería estupendo poder esperarla. Deseaba aguardar hasta que estuviera lista para aceptar esos sentimientos. Los de él y, también, los propios. Mala suerte que tiempo fuera lo único de lo que no disponía él. Su vida se encaminaba a un fin muy concreto. Un fin que, tras años de espera, estaba muy cerca. Una vez cumplida su venganza, tanto si tenía éxito como si

fracasaba, lo que estaba fuera de discusión era que ninguna de las dos opciones dejaba espacio para un futuro con Abril.

—No te preocupes por nada —dijo abrazándola aún y depositando un beso en su sien—. Todo va a estar bien.

—Sujeta la manga. No la sueltes, ¿eh? No la sueltes, no la sueltes... ¡No! ¡Teo! ¿Por qué la has soltado?

Abril metió la mano bajo la manga de la blusa del pijama y tiró de la camiseta interior, que se había quedado a mitad del brazo de su hermano, ciñéndole el codo con multitud de pliegues y arrugas. Pero él ni se inmutó. Siguió jugando con su Cubo de Rubik, que chorreaba agua con cada movimiento. No hubo manera de quitárselo y, ante la imposibilidad de posponer el baño para mañana —los juegos en la piscina de arena que el colegio reservaba para los alumnos de educación infantil, pero de la que Teo hacía su feudo, convertían la ducha en un ritual ineludible—, había optado por dejar que el dichoso cubito también tomara su ración de agua y jabón.

—Eres un desastre —lo acusó, terminando de acomodarle el pijama azul marino inundado de cohetes espaciales—. ¿Me oyes? Un auténtico desastre.

Pese a que empleó su cara más severa al hacer la acusación, esta solo logró arrancar una sonrisa a su destinatario. Sin mostrar un ápice de arrepentimiento él la rodeo con sus brazos, acercando la boca a la mejilla de su hermana para depositar un sonoro beso en ella.

—No seas zalamero —protestó la joven. Aunque se dejó querer, completamente ganada por el cariñoso gesto—. Eres un chantajista emocional. ¿Te enteras?

A través de la puerta entreabierta del baño, Jero miraba a los hermanos sin ser consciente de que sonreía. Espiaba la escena desde la prudencial

distancia que el más pequeño de los Galván se había encargado de dejar claro que debía mantener. El renacuajo no estaba dispuesto a incluirlo en su círculo de amistades. Era un tipo duro de pelar, sí señor. Por eso había logrado ganarse su simpatía en pocas horas. Aunque esta fuera completamente unilateral.

—Ven aquí —siguió diciendo Abril, acercando un taburete al mueble sobre el que colgaba el espejo del baño—. Voy a secarte el pelo—. Agarró a su hermano de un brazo y lo obligó a tomar asiento—. Así que no te muevas. ¿Me estás oyendo?

Teo apartó momentáneamente los ojos de su juguete y la miró, durante no más de medio segundo, para luego regresar al amasijo de cuadritos de colores que manipulaba sin un plan predeterminado. Ella interpretó el gesto como un sí. Tras enchufar el secador, dejó que el aire caliente que emanaba del aparato alborotara los empapados mechones del niño.

El móvil de Jero sonó dentro del bolsillo de su pantalón, con el timbre amortiguado por el ruido del secador. Agradeció que quien lo estuviera llamando hubiese elegido ese momento para hacerlo. De haber sido descubierto por Teo allí, tras la puerta, lo más probable era que hubiera terminado lanzándole a la cabeza el invento del señor Rubbik. No sabía si el chaval tendría buena puntería pero, solo por si acaso, prefería no probarlo.

—¿Has averiguado algo? —preguntó nada más descolgar, sabiendo quién era el que estaba del otro lado.

—Nada que no supiéramos ya —respondió Fidel—. No somos los únicos a los que Galván debe dinero. Ese desgraciado tiene muchas cuentas pendientes, su táctica es entramparse con unos para pagar a otros. Ayer alguien estuvo en su oficina y la destrozó por completo. Él tuvo suerte, no

estaba allí. Pero imagino que se habrá asustado y ha decidido poner tierra de por medio, hasta que las cosas se calmen un poco.

Jero asintió, salió de la habitación al pasillo y cerró la puerta tras él. Tal y como Fidel le había anticipado aquello no era nuevo. Respondía a un patrón de conducta muy común entre quienes solicitaban sus servicios. Aun así, necesitaba confirmar lo que ya sabía por intuición. Pese a que conocía a Teodoro, aún le costaba asimilar la facilidad que tenía ese desgraciado para despreocuparse del bienestar de sus hijos. Era eso, y no el deseo de recuperar el dinero que le debía, el motivo que impulsaba su búsqueda. Quería proporcionar a Abril la tranquilidad de conocer el paradero de su padre.

—Avísame si descubres algo más.

—No hace falta que lo digas.

Su interlocutor hizo una pausa en el discurso y él aprovechó para cortar la comunicación. Sin embargo, antes de que pudiera colgar, Fidel volvió a hablar.

—Debe ser agradable —dijo con tono jocoso.

—¿El qué? —preguntó Danta, preparándose para la burla.

—Ya sabes. Tienes a una bonita mujer esperándote en casa, ayudándote a entrar en calor en estas frías noches de otoño. Y, además, ahora también hay un niño a tu cargo. —El apache lanzó su flecha—. Tu vida familiar ha ganado calidad gracias a Galván. Imagino que lo buscas para recompensarlo.

—Fidel —pese a la seriedad con la que pronunció el nombre, el otro supo que sonreía —, que te den.

La carcajada de su amigo quedó cortada cuando presionó el botón que ponía fin a la llamada. Aún sonriendo, Jero se dio la vuelta para mirar la puerta de su habitación. Aunque sería más acertado decir que aquella era la puerta de la que fue su habitación, hasta esa mañana. Teo apenas toleraba

sentarse a comer en la misma mesa que él, no necesitaba aclaraciones para saber que no estaba dispuesto a compartir cuarto. Por eso había decidido dejar que los hermanos durmieran allí, exiliándose a una de las habitaciones vacías. De todos modos, el cambio de dormitorio no era una idea nueva. Hacía días —más concretamente, noches— que sabía que no podía seguir durmiendo en el mismo espacio que Abril. Fingiendo que tenerla allí, con él, no le afectaba. El niño solo fue el detonante que lo obligó a dar uso a la cama que había comprado, y que aún no había desembalado por un puro instinto masoquista.

Se pasó una mano por la parte de atrás del cuello, sin dejar de sonreír ni de mirar la puerta. Debería sentirse estafado, utilizado y hasta imbécil. Sin embargo, lo único que podía sentir era felicidad al pensar en la muchacha que dejaba dentro de la habitación. Reprendiendo, con aquel talante dulce que lo había envenenado, a su hermanito pequeño.

Con ánimo de quinceañero enamorado por vez primera, echó a andar por el pasillo en dirección al desangelado cuarto que, en Adelante, sería el suyo. Era mejor que se pusiera a armar la cama si no quería pasar la noche en el suelo.

15

Capítulo 15

Parapetado tras la puerta de su domicilio el hombre negó efusivamente con la cabeza. Única parte de su cuerpo que permitía ver a la muchacha. A quien, además, obligaba a permanecer en el descansillo, negándole el paso al interior de la vivienda.

No era bienvenida. Abril ya lo esperaba, le había pasado lo mismo en todas las casas que visitó antes de esa. Y ya había recorrido casi la mitad de las direcciones anotadas en la agenda de su padre, por lo que llevaba un buen repertorio de rechazos a la espalda. Si algo podía concluir de su periplo por los barrios bajos de la ciudad era que Teodoro Galván, además de no contar entre sus amistades a gente de muy buena reputación, no solía dejar una gran impresión en quienes lo conocían.

—No le dirán nada.

Apoyado en la carrocería del coche, junto a Jero, Fidel afirmó algo de lo que sabía que su compañero era tan consciente como él. Hasta un aficionado prevería que una niña apocada no conseguiría de aquellos tipos malos más que un portazo en las narices. Eso, con suerte. Aunque también convenía

señalar que el azar no tenía nada que ver con la ventura de la chiquilla. Que la primogénita de Galván no tuviera que lamentar de su estancia en los bajos fondos madrileños más que una mala acogida era cosa de la escolta que llevaba con ella. Solo Dios sabía qué habría sido de la pobre Abril si se hubiese aventurado en esos submundos sin contar con el respaldo de Jero y del gigante apache. Llevaba escrito en la frente «presa fácil», un cartel perfectamente visible aun bajo el flequillo castaño que la cubría.

Si Danta tenía tanto interés en averiguar el paradero de Galván, haría mejor dejando que Pedro se siguiera ocupando del asunto. Era mucho menos agraciado que la chica, eso estaba fuera de toda discusión. Pero también resultaba más efectivo que ella. Al igual que ocurría con la belleza, esto tampoco podía cuestionarse.

—Lo sé.

Jero habló sin apartar los ojos de la espalda de Abril, esforzándose en hacer notar su presencia al tipo medio oculto con el que esta hablaba. Solo por si a ese indeseable se le pasaba por la cabeza comportarse de un modo poco apropiado con ella. Sabía que la caballerosidad no era una característica apreciada por esos lares.

—¿Lo sabes? —Por supuesto que lo sabía, la confesión no lo sorprendió. La de Fidel fue una pregunta retórica—. Entonces, ¿te importaría decirme qué estamos haciendo aquí? Son casi las dos de la tarde. —Consultó la hora en su reloj de muñeca para ofrecer el dato exacto—. Llevamos toda la mañana dando tumbos de un lado a otro de la ciudad.

Con las manos ocultas en los bolsillos del abrigo, Jero se encogió de hombros. Pero sin dejar de amenazar con los ojos a aquel tipo más pendiente de él que de la jovencita con la que departía.

—Dejarla actuar.

—¿Dejarla actuar?

Danta se movió, acomodando la postura. El frío acumulado en la ventana del coche empezaba a traspasar sus ropas.

—Abril está acostumbrada a tomar las cosas como vienen, sin cuestionarlas —explicó, reflexivo—. Ha sido así desde niña. Era más sencillo para ella que revelarse contra una realidad que la superaba—. Sonrió vagamente—. Es la primera vez que la veo tomar las riendas de algo. No quiero cortar su iniciativa.

Aun sin mirarlo, se dio cuenta de que Fidel lo observaba atentamente. De nuevo se movió, intentando encontrar una postura más confortable. Sin saber que, en realidad, eran los ojos de su compañero, clavados en su perfil, la fuente de su incomodidad.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva.

—Nada.

Su expresión burlona decía todo lo contrario.

—No me fastidies. ¿Por qué siempre dices nada cuando los dos sabemos perfectamente que estás pensando en algo? —le recriminó, igual que si fueran uno de esos matrimonios mal avenidos que se representan en las comedias.

El otro se encogió de hombros.

—Es solo que nunca imaginé que pudieras ser tan considerado. —Pese a que habló con seriedad, hacía el final de la frase su voz se inclinó, una vez más, del lado de la broma—. Por lo que se ve, nuestra princesita de cuento es capaz de sacar a flote lo mejor de ti. Debe ser eso que llaman la magia de Disney.

El puñetazo en el hombro no logró hacerlo callar. Fidel devolvió el golpe y solo el regreso de Abril lo libró de la respuesta de Danta. Quien se

incorporó, apartándose algunos pasos del coche para salir al encuentro de la muchacha.

En medio del desolado paisaje de paredes desconchadas, pintadas escritas con dolorosas faltas ortográficas y litronas de cerveza vaciadas y abandonadas en las aceras, ella, envuelta en su abrigo rosa, parecía un hada que caminaba por un campo de batalla. Una que, por su aire tristón y decaído, debía ir con el ejército derrotado en el lance.

—¿Has averiguado algo?

Negó, completamente abatida.

—Nada. —Se detuvo delante de los hombres—. Ni siquiera ha querido reconocer que conocía a mi padre. Se ha hecho el tonto, como si estuviera escuchando su nombre por primera vez.

Jero luchó para que la irritación que demostraba no hiciera aflorar la sonrisa que bailaba en sus labios. Le gustaba verla así de enfadada. Era mucho mejor que la sumisa apatía con la que solía afrontar los envites de la vida. Aun los más bárbaros. Sacó una mano del bolsillo y la rodeó con el brazo, acercándola a su cuerpo para que lo usara como apoyo. Abril se recostó contra su pecho, entregándose al agradable calor que emanaba de él.

La tierna escena fue un acicate para el humor de Fidel, quien ensanchó una sonrisa que su viejo amigo ignoró con toda la intención. Aunque le costó, porque lo que de verdad le nacía era partírsela de un puñetazo. Sería cosa de ese espíritu de lucha que deseaba que despertara en Abril y que en él era insomne.

—Acabas de empezar, muchacha —dijo el gigante. Moderó su actitud, aunque no su mueca, para dirigirse a la joven—. No te desanimes tan rápido. Si perseveras, estoy seguro de que encontrarás algún hilo del que comenzar a tirar.

Ella asintió y su mejilla se friccionó en el hombro de Danta.

—Lo sé. No esperaba ganar la guerra después de librar la primera batalla —replicó, rememorando lo que una vez le dijo el hombre que la abrazaba.

Fidel reconoció al instante el origen de la frase.

—Sabias palabras —se mofó—. Me pregunto quién sería el gran hombre que te dijo...

—Dejémoslo aquí por hoy. —El otro lo cortó antes de que pudiera terminar la oración. Ya estaba cansado de ser el blanco de sus burlas—. Casi es hora de ir a buscar a Teo al colegio.

La mención a su hermano sirvió para que Abril se olvidara de su padre, de la búsqueda y del mundo entero. Mostrándose completamente de acuerdo con la sugerencia entró en el coche, a través de la puerta que Jero abrió para ella. Antes de seguirla los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Eres un imbécil —espetó el más bajo de los dos a su chófer.

La carcajada que el insulto avivó en el otro mostró que no le afectó ni un poquito. Fidel se sentó al volante y Jero tomó lugar en el asiento trasero, junto a la chica.

—No te preocupes, te aseguro que encontraremos a tu padre. No ha podido esconderse tan bien, no es tan hábil.

Ella sonrió, reconociendo en la frase un intento de aligerar su ánimo.

—La verdad es que ni siquiera sé por qué lo estoy buscando —confesó, mirándolo a los ojos—. Sé que nos ha abandonado y, en realidad, creo que estaremos mejor sin él. Pero, aun así, necesito encontrarlo. No sé si para asegurarme de que está bien o para reprocharle lo que nos ha hecho.

Esta vez, fue Danta quien sonrió. Deseaba que fuera la segunda opción. Aunque, por lo que conocía a Abril, se inclinaba más a pensar que el afán de esta por encontrar el paradero de su padre iba en la línea de cerciorarse de

que aún no lo habían hecho pagar por sus deudas de un modo que le impidiera volver a contraer ninguna más.

—Quizás haya un poco de las dos cosas —concluyó, optando por una opinión arbitraria.

El instinto lo llevó a buscar los ojos de su amigo en el espejo retrovisor. Sabía que seguía acumulando puntos para convertirse en su bufón particular. No le importaba, ya lo haría pagar por cada puya cuando Abril no estuviera presente. Sin embargo, le sorprendió comprobar que la atención de Fidel no estaba puesta en él, ni en la escena romántica que se desarrollaba en el asiento trasero del coche. La vista del chófer, al igual que los cuatro sentidos restantes, se centraba en la carretera. Sus pupilas castañas se movían, inquietas, entre la luna delantera del vehículo y lo que la trasera reflejaba en el retrovisor.

—¿Qué sucede?

La actitud alerta de su mano derecha le activó el sistema de defensa.

—Es ese coche de atrás —respondió el aludido, sin detener el movimiento nervioso de sus ojos—. Creo que nos sigue.

—¿Estás seguro? —inquirió Jero, sin volverse para mirar el vehículo al que se refería. Manteniendo esa sangre fría que a su leal cómplice le ponía el vello de punta.

Este tardó algunos segundos en responder.

—No es la primera vez que lo veo, también lo llevábamos detrás antes de pararnos en la casa del último tipo con el que ha estado hablando Abril —explicó con voz precavida. Si por algo temía la templanza de Danta era porque sabía que, con demasiada frecuencia, lo llevaba a no reconocer el peligro—. Al principio pensé que era casualidad pero... No sé, me parece demasiada coincidencia.

Ahora sí, el que viaja detrás se volvió. El coche al que Fidel se refería circulaba tras el suyo, manteniendo los metros que marcaba la distancia de seguridad. El día estaba nublado y la luminosidad era escasa, por lo que la figura del conductor era poco más que una silueta oscura, sin rasgos. Entornó los ojos, forzando la vista para captar alguna facción en aquel rostro gris y poco definido sentado al volante.

A su lado, Abril también giró la cabeza, sin saber qué era lo que buscaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó presa de una inquietud cuyo motivo desconocía. Tan solo sentía que algo no iba bien. Podía notar una energía extraña dentro del coche.

Él no respondió, confirmando la corazonada con su silencio, pero sonrió. Aunque no de la tranquilizadora manera en que solía hacerlo; no para infundirle valor. La mueca que estiró sus labios, más que seguridad, transmitió a la joven un escalofrío que redobló sus temores.

—No es coincidencia —declaró Danta, sin dejar de mirar al conductor que circulaba tras ellos. Reconociéndolo, finalmente, pese a la distancia y la oscuridad—. Es el perro rastreador de Ildefonso de la Serna.

—¿Estás seguro?

La alarma de Fidel quedó patente en la pregunta. Jero, en cambio, se mostraba tan calmado como de costumbre.

—¿Crees que podría confundir el rostro de mi asesino?

Abril lo miró intentando descifrar que significaba esa frase. No era fácil, se sentía demasiado nerviosa para pensar. Por alguna razón, la actitud relajada de él la amedrentaba. Como si presagiara peligro.

—¿Qué quieres que haga?

El hombre regresó la vista al interior del vehículo y la posó en la chica. Quien, a su vez, lo observaba con cara de incompreensión y una chispa de

temor en sus ojos grises. Lo primero era apartarla, aquello no tenía nada que ver con ella. No quería que saliera dañada por su culpa; no lo permitiría.

—Dirígete al centro —ordenó, dibujando un rápido plan en su mente.

—Jero —lo llamó tímidamente ella, mientras que Fidel cambiaba de dirección para cumplir con su mandato.

Danta tomó una de las manos de Abril, pequeña y un tanto temblorosa, robándola del regazo de la joven para encerrarla entre las suyas.

—Tranquila —le aseguró, envolviéndole los dedos en su calor, pero ella no le creyó.

El coche siguió adelante, internándose en avenidas que bullían de gente. Dejando atrás algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad.

—Para aquí —pidió Danta cuando la fachada del Palacio de Oriente se alzó, majestuosa, en el horizonte.

—¿Qué?! —A Fidel la petición le pareció tan descabellada que volvió la vista atrás, apartando momentáneamente la atención del camino que tenía delante—. ¿Te has vuelto loco? —Regresó la mirada al frente solo para asegurarse de no provocar un accidente. De inmediato, la volvió al asiento trasero. Observó a su amigo con la admonitoria expresión de un padre—. Escúchame, ya estoy cansado de tus chaladuras. Entiendo que te gusta experimentar el subidón de adrenalina de saberte al límite. Pero, honestamente, creo que has tenido bastante de eso. Si fueras un gato, no te quedarían vidas que gastar.

—Fidel —el otro se impulsó hacia delante, quedando sentado en el filo del sillón. Como si al reducir distancia física pudiera mermar también la que separaba su punto del vista de el del conductor—, ese tío me busca a mí. Pero si para alcanzarme tiene que llevarse por delante a los que pille en el camino,

no dudará en hacerlo. —La brevedad de la mirada que dirigió a Abril no le restó elocuencia—. Lo sabes tan bien como yo.

El apache entendió perfectamente lo que quería decir. Extrañamente, estuvo de acuerdo con él: lo primero era poner a cubierto a la chica.

—Aún así... —se resistió pese a todo. De acuerdo en el fondo, pero no con las formas—... No creo que sea buena idea...

—Este lugar está lleno de gente, hay turistas a todas horas. —Jero posó una mano en su hombro, buscando apaciguar sus temores—. No se atreverán a hacerme nada delante de testigos. Estaré a salvo.

Fidel no replicó, pero mostró su desacuerdo con un gruñido. El turno de réplica le brindaba la ocasión de resaltar todos los cabos sueltos que veía en el plan de aquel tarado. Los cuales, por cierto, no eran pocos. Sin embargo, como si se hubiera contagiado de la poca locuacidad de Raúl, lo único que articuló su garganta fue un nuevo bufido. Uno más potente que el precedente. Pero que, no obstante, sirvió para firmar su derrota.

Disminuyó la velocidad y se apartó a la acera para detener el coche.

—Tienes la estúpida idea de que estar rodeado de gente es un chaleco antibalas. Supongo que no has oído hablar del presidente Kennedy.

Las ruedas se pararon con un frenazo seco que empujó a los ocupantes del vehículo hacia delante. Para, inmediatamente después, volver a tirar de ellos hacia atrás. Jero, que aún mantenía la mano de Abril entre las suyas, la dejó ir y se inclinó del lado de la puerta con clara intención de salir del coche.

—No...

La muchacha se aferró a él; impidiéndole que la soltara, que se apartara, que se alejase de ella. Él se detuvo con una mano en la manilla de la puerta y la otra presa en las de la joven. Mirándola con esa sonrisa, completamente nueva para ella, que la asustaba. Abril creyó que le diría que no se

preocupara, que estuviera tranquila, que todo iría bien. Pensó que le regalaría alguna de esas frases que usaba para reconfortarla. Pero no fue así. Los labios de Danta no se movieron.

No, hasta que se posaron sobre los suyos.

Todo sucedió rápido. Muy rápido. Tanto, que ni siquiera fue consciente de lo que estaba pasando hasta que notó el contacto de la boca del hombre, húmeda y caliente, en la suya. El tacto áspero de la barba naciente contra su piel. Pinchaba, pero no de un modo desagradable. Le gustaba. Le gustaba tanto que deseó que aquella unión no terminara nunca. Tanto que maldijo que el beso no durase más que un puñado de segundos, dejándola aturdida y sedienta. Despertando en ella una insatisfacción que necesitaba llenar, aunque no sabía cómo.

Cuando se apartó, Danta aún sonreía.

—Jero —volvió a llamarlo, suplicante. Pero, esta vez, él abrió la puerta y desapareció a través de ella con la misma premura con la que se había hecho amo y señor de su boca—. ¡Jero! —repitió su nombre, ahora convertido en un grito que chocó contra la puerta cerrada.

Fidel retornó el vehículo a la circulación y Abril se arrastró por el asiento para pegarse al cristal de la ventana. A través del cual vio a Jerónimo Danta corriendo, alejándose en dirección contraria a la que era llevada ella.

Lo vio entrar en Los Jardines del Moro y lo siguió. El coche, más que aparcado, lo dejó tirado junto a la acera. Lo que menos le importaba en ese momento era que le pusieran una multa. Tenía un problema mucho más importante del que preocuparse. Uno que se le escaparía, otra vez, si perdía el tiempo con preocupaciones mundanas.

Era difícil seguirlo. Delante de él, Danta era poco más que un borrón

oscuro que se difuminaba en la distancia. Cada vez un poco más lejos. Era rápido para estar muerto. O, quizá, fuera precisamente por eso. ¿Dónde había leído que los muertos viajan deprisa? ¿Fue en una novela de Bram Stoker?

Qué más daba.

Una excursión de turistas asiáticos se alió con su mala suerte, cruzándose en su camino. Santos intentó esquivar a la pequeña multitud de rostros sonrientes que posaba ante sus teléfonos móviles, enganchados en palos *selfies*, para conseguir la mejor instantánea. La parte buena era que no se demoraban en poses. Posturas y gestos les salían naturales, como si tuvieran más que estudiada la imagen que querían dar en cámara. La velocidad con la que actuaban haría que el lugar quedara desierto en pocos minutos. El problema era que él necesitaba seguir adelante en ese preciso instante. Se abrió paso a codazos, empujando con el hombro a algún que otro fotógrafo aficionado que se vio obligado a repetir la instantánea. Lo sentía mucho. Nunca fue un ejemplo de buenas maneras y esa mañana tenía menos ganas que nunca de refinar sus modales.

La sombra oscura estaba junto a la fuente. Creyó verle allí, escondido tras ella. Había abandonado la carrera en favor de un paso tranquilo, calmo, que haría pensar que solo era otro turista o alguien que pasea para aclarar sus pensamientos. Ese idiota estaba loco. Pero su insensatez a Santos le venía de perlas. Tenía que aprovecharse de ella y echarle el guante antes de que volviera a escaparse.

A trompicones logró salir de la baraúnda de asiáticos sobreexcitados con el paisaje. Corrió a la fuente, relajó el paso al llegar a ella y rodeó su circunferencia. El agua, que caía con un sonido cristalino y monótono, volvía el aire más frío. Los gorriones volaban lejos de ella para ponerse a cubierto de unas salpicaduras nada apetecibles en pleno mes de noviembre. Una pareja

de novios, bien agarraditos de la cintura, pasó junto a la cascada artificial en su camino a un lugar que les proporcionase un poco más de intimidad. Pero, de Danta, ni rastro.

Santos caminó lentamente alrededor de la fuente, sin quitarle ojo. Casi como si temiera que el hombre al que perseguía fuera a emerger del agua para caerle encima. Hasta que volvió al lugar en el que había comenzado a recorrer la circunferencia, deteniéndose allí con sensación de derrota.

—Hola, Santos.

El saludo sonó a su espalda. No tenía ni idea de dónde había salido, pero estaba seguro de que Danta estaba tras él. Desde allí le llegaba su voz, clara y tranquila como si estuviera hablando con un viejo conocido.

Lentamente, se dio la vuelta para encarar al sonriente fantasma.

—Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuvimos así los dos, cara a cara. El secretario de Ildefonso de la Serna y su jefe de seguridad. —Jero arrugó el entrecejo, metiéndose las manos en los bolsillos con un gesto teatral—. Bueno, en realidad, por aquel entonces no eras más que un guardaespaldas. Has prosperado. Tendrás que contarme cómo has conseguido ascender tan rápido.

Santos no dijo nada. Apenas era capaz de respirar. Como la vez anterior, en el rastrillo benéfico, la presencia de Danta lo había dejado petrificado. No podía creer que lo tuviera allí delante. Era como si una pesadilla, una que lo había acosado noche tras noche durante los últimos seis años, hubiera cobrado vida. Se fijó en la cicatriz dibujada en el lado izquierdo de la cara de ese hombre. Una señal con la que él lo había marcado.

—Vamos, hombre, no estés tan tenso. —El espectro miró vagamente a su alrededor—. Cualquiera que nos vea podría llevarse una impresión

equivocada. Al fin y al cabo, solo somos dos amigos manteniendo una agradable conversación.

Jero vio a Santos llevarse la mano al cinturón. El gesto estuvo a punto de resquebrajar la relajada máscara que dominaba sus facciones. Gracias a su envidiable sangre fría consiguió mantenerla intacta. Instintivamente, imitó la maniobra de su oponente, palpando con las yemas de los dedos la culata de su pistola. Estaba listo para desenfundar, probando a ver quién de los dos era el más rápido. Pese a que, para ser honesto, tenía que confesar que había esperado que aquel imbécil no fuera tan lerdo para jugar a los vaqueros con él allí mismo. Delante de los simpáticos japoneses a los que les aguaría las vacaciones con su gatillo rápido. Admitía que confiaba en salir indemne del encuentro con su verdugo, por eso se había expuesto tanto. Sin embargo, si ese era el final, también estaba preparado para aceptarlo. Lo bueno de no tener nada que perder es que uno está dispuesto a jugar hasta el final.

Santos sacó su pistola y Jero lo imitó, preparado para abrir fuego. Sin embargo, el inesperado movimiento de su adversario congeló su índice, tensado en el gatillo. El esbirro de Ildefonso calló postrado de rodillas ante él, con el arma alzada en las palmas de ambas manos como si fuera un presente que le obsequiaba.

—Pero... ¿Qué demonios...?

Bajó su revólver. Lo que era igual que decir que bajaba la guardia. Un error enorme, lo sabía. Pero el proceder de Santos lo sorprendió de tal modo que dejó de pensar en lo que era prudente y lo que no.

—Mátame.

—¿Qué?

De toda la inesperada escenita, la petición fue lo más desconcertante.

—Es lo que quieres, ¿no? Para eso has vuelto, para vengarte.

En los ojos de Santos se adivinaba la proximidad al llanto, pero eso no lo hizo verse débil. Por el contrario, las lágrimas que se acumulaban en ellos rezumaban tanta rabia que lo asemejaban a uno de esos seres mitológicos con los que resulta imposible acabar.

—Pues hazlo, terminemos con esto de una vez. Pero no se te ocurra acercarte a mi mujer y mi hija. Si lo haces, te juro que volveré de la tumba para arrastrarte conmigo.

Era imposible que cumpliera la amenaza, los dos lo sabían. Pero su mirada, su voz, incluso su postura, pese a la aparente rendición que demostraba, instaban a no tomar sus palabras como vanas.

Jero guardó su arma y se acercó a Santos para tomar la de él. Este, interpretando el movimiento como el final, cerró los ojos y tragó saliva. Preparándose para su inminente asesinato con regia dignidad. Esperaba oír de un momento a otro el click del gatillo, iniciando el camino de salida para la bala que se enterraría en su cuerpo. Esperó, esperó, esperó y volvió a esperar. Y, al ver que el proyectil se retrasaba como una novia el día de su boda, hizo lo que cualquier novio: abrió los ojos para ver qué estaba ocurriendo.

Acuclillado a su lado, en el mismo lugar en el que lo había dejado, pero ajustando su nivel al de él, estaba Danta. Sujetaba en la diestra su pistola, la que le había entregado para que pusiera punto y final a su vida y a la guerra entre ambos. Con la izquierda acariciaba el cañón, como si este fuera una criatura delicada en extremo.

—Así que —dijo su verdugo, sin dejar de toquetear el arma — te has casado.

Santos parpadeó, confuso. Luego agachó la mirada para posarla en la pistola que había puesto en manos de ese hombre.

—Te has casado y tienes una hija —remató Jero, sonriendo con cinismo.

Tampoco era tan extraño. Aquel tipo había seguido el curso normal para la vida de la mayoría de los humanos. Era él quien se había quedado congelado en el tiempo. Atrapado en unos planes de venganza que, tanto en el triunfo como en el fracaso, lo conducirían a la destrucción.

¡Maldito bastardo! Además de haber intentado matarlo, de haberlo hecho en todos los sentidos a excepción del literal, ahora se atrevía a despertar su envidia. Debía ser estupendo vivir como uno más, sin tener que esconderse ni huir. Sin moverse al margen de la ley ni acostarse todas las noches ideando el modo de acabar con otra persona. Bien mirado, ese cabrón merecía que le descerrajase un tiro entre las cejas allí mismo.

—No te hagas el tonto. —La rebeldía volvía a dominar la voz de Santos. Demostrando una habilidad innata para la insurrección, aun estando en una postura tan poco inclinada a la dignidad—. Sé que has estado siguiendo a Blanca. Yo mismo te vi...

Su interlocutor sonrió de nuevo. Esta vez con un matiz de superioridad.

—Te aseguro que ni yo, ni ninguno de mis hombres, hemos estado siguiendo a tu Blanca. —pronunció el nombre mirándolo a los ojos. Ofreciéndole los suyos sin reservas, sin temer que buscara su sinceridad dentro de ellos—. Para serte honesto, no tengo ningún interés en ti. Mis miras están puestas en una presa, digamos, más gorda. —Tornó su sonrisa a burlona—. No eres el único ambicioso, ya ves.

—¿Pretendes hacerme creer que el coche que esperaba a mi mujer el otro día, en la puerta del colegio de mi hija, no tiene nada que ver contigo?

El interrogante de Santos se dividía entre la desconfianza y la sorpresa. Danta era el hombre al que intentó matar seis años atrás. El mismo por el que había estado preguntando incansablemente en las últimas semanas. El

espectro cuyo rastro había encontrado, pese a lo hábilmente que se escondía. Por supuesto que creyó que la escolta que llevaba su esposa era cosa de él.

Jero se puso de pie.

—Piénsalo. —Pegó el cañón del revólver a la frente del que dejaba arrodillado en el suelo, usándolo para empujar su cabeza hacia atrás. Este apretó los dientes con rabia, mirándolo desde abajo—. ¿Quién más podría tener interés en mantenerte bajo control? ¿Quieres que te ayude a hacer una lista?

—De la Serna no me pondría bajo vigilancia —aseveró el otro, captando al vuelo la velada acusación—. Soy su hombre de confianza.

—También yo lo era, hace seis años —repuso Danta con sencillez—. No sé de qué te sorprendes. Tú, mejor que nadie, deberías conocer sus métodos. Cuando ese gran hombre se siente amenazado, actúa cortando el problema de raíz. —Recorrió la cicatriz de su cara con un dedo—. Ya sabes a qué me refiero.

Santos no respondió, se limitó a mirarlo sin verlo. A dejar que el cristalino sonido del agua se colase en sus oídos sin alcanzarlos. Toda su mente estaba ocupada por las palabras de Jerónimo Danta, dándole vueltas a la última frase que había pronunciado.

¿De verdad había sido tan estúpido?

—Te lo repito, Santos; no voy contra ti —reiteró su fantasma, con el aire solemne del más allá—. Para mí, solo eres el arma usada por el verdadero asesino. —Arrojó la pistola a la fuente y esta se hundió hasta el fondo como un apagado glup—. Pero ten por seguro que, si insistes en cruzarte en mi camino, no tendré reparos en cobrarme la deuda que tienes conmigo.

Jero se sacudió las manos, como si pretendiera eliminar los restos de suciedad que el arma había dejado en ellas, y se marchó sin mirar atrás.

Dejando a su enemigo postrado de rodillas, olvidado por completo.

A Santos, impactado por lo que acababa de descubrir, le costó un poco más concluir el encuentro con su pasado.

Capítulo 16

Fidel puso varios vigilantes alrededor de la casa, custodiándola como si se tratara de un castillo medieval. Abril conocía a algunos de los improvisados centinelas. Sus caras le sonaban de haberlos visto entrando y saliendo del domicilio. Todos portaban con ellos el hechizo que la dejaba clavada en la puerta de las distintas habitaciones del hogar. Eran «sus hombres», los de Jero. El pequeño batallón que operaba bajo las órdenes de Danta.

Desde la ventana del dormitorio principal, la chica los veía ir de un lado a otro recibiendo y acatando órdenes. Coordinándose con una presteza que delataba nerviosismo. También ella estaba nerviosa. Aunque no sabía exactamente qué ocurría, se daba cuenta de que se trataba de algo importante. El desconocimiento, unido a la certeza de la magnitud del asunto, alzaba su preocupación a nivel máximo.

Se acarició los labios con las yemas de los dedos, un gesto que parecía haberse convertido en una especie de tic nervioso. No había dejado de repetirlo desde que Jero salió del coche sin despedirse; desde que la besó. Habían pasado varias horas, el sol ya lanzaba sus adioses desde el horizonte y

se diría que el mundo entero había cambiado. Pero el roce de la boca de él seguía allí, en la suya. Casi como si le hubiera colocado uno de esos sellos incandescentes con los que los dueños de las plantaciones marcaban a los esclavos en la antigüedad.

Así era como se sentía, como si le perteneciera. Pero no en un sentido posesivo y perverso. No como un objeto o un animal que se debiese a su amo. No como la primera vez que llegó a esa casa. Era una sensación mucho más espiritual, más emotiva. El beso de Jero había despertado una parte de su corazón que no había dejado de dar gritos, como un niño caprichoso al que se le hubiera negado algo, en toda la tarde. Lo que vociferaba era que ya podía ir despidiéndose de mirar a otro hombre. Ni hoy, ni mañana, ni el año que viene... ¡Ni nunca!

Abril se daba cuenta de lo exagerado que sonaba decir que jamás podría entregar el caprichoso órgano, que había montado una revolución dentro de su pecho, a ningún otro que no fuera Danta. Pero el sentimiento ganaba terreno en ella, con la contundencia de una certeza imposible de negar. Sabía que no podría dar su amor a nadie más, porque ya se lo había ofrecido por entero a él. No esa tarde, ni ese día, ni siquiera por causa de ese beso. Hacía tiempo que había convertido a Jero dueño de su afecto. Se lo había entregado sin siquiera darse cuenta. Lo peor de todo era que no le apetecía romper la cadena que la ataba a aquel hombre. Más bien, lo que deseaba, lo que necesitaba de una manera que la estaba calcinando, era profundizar en esa sensación de pertenencia.

La luz de los faros, abriéndose paso por el camino que empezaba a ser engullido por las sombras, anunció la llegada de un coche. La joven posó la frente y las palmas de las manos en el cristal de la ventana, asomándose a ella con un ansia voraz. Cuando la verja del jardín se abrió, para que Jero

penetrarse en sus dominios, su cuerpo se llenó de una calma no exenta de agitación.

Él estaba de vuelta, estaba bien. Fuese cual fuese el peligro al que se había enfrentado, logró salir indemne.

El suspiro que escapó del pecho de Abril se convirtió en una mancha de vahó sobre el cristal. Jero estaba en casa, a salvo. Y ella... Ella estaba... Estaba... ¡Ardiendo!

Se dio media vuelta y corrió, impulsada por la fuerza de una necesidad extraña e incontenible, a reunirse con él.

Como una madre que aguarda despierta a que su hijo regrese de una juerga prolongada más de la cuenta. Así lo recibió Fidel. Por el modo en que se plantó delante de él, antes de que hubiera podido llegar a la mitad del jardín, cualquiera pensaría que lo había estado esperando tras la puerta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, con la mirada desencajada en aquella muestra de desvelo maternal.

—Nada. —Jero se alegró de poder devolverle la palabra con la que solía responderle cuando se preparaba a lanzar un ataque contra él.

—¿Has logrado darle esquinazo? ¿Te has asegurado de que no te haya seguido?

Al gigante la preocupación le impidió apreciar el guiño de su camarada.

—Mucho mejor. —Este subió los escalones de la entrada con las manos metidas en los bolsillos del abrigo—. Hemos mantenido una agradable conversación.

Ya en el último peldaño, estuvo a punto de descender al primero arrastrado por la fuerza de Fidel. La enorme mano del hombre se aferró a los cuellos de su camisa, obligándolo a detenerse y plantarle cara.

—¿Qué has hecho qué?

De no ser porque sabía que era la preocupación por su bienestar lo que motivaba el enfado, Danta se habría sentido intimidado por la furia que encontró en los ojos de su amigo. Pero lo sabía, conocía sus razones. La lógica le decía que no tenía ningún sentido que lo lastimara si, lo que le estaba reprochando, era su falta de interés en no salir herido. Por eso tenía la seguridad de que no corría ningún peligro. Todo el mundo decía que, al contrario que él, Fidel era un hombre de buen juicio. Por lo que concluyó que el apache también debía tener claro el resultado de su ecuación emocional.

—No te pongas así —pidió, bromista, desprendiéndose de su agarre—, ha sido una charla muy provechosa.

—Eres un gilipollas.

Acogió el insulto con una sonrisa.

—Amigo, por eso cuento contigo. Para que me guíes con tu buen juicio.

—Debería partirte las piernas.

Jero siguió con la burla sin dejar que el enfado de su compañero le afectara, ni para bien ni para mal.

La premura con la que se abrió la puerta del domicilio los distrajo. Ambos hombres respondiendo al instinto de girarse.

—Abril. —Danta pronunció el nombre con la incredulidad de quien ve algo que no espera ver, en un sitio en el que no debería estar. Algo así como cuando juras que has dejado las llaves donde siempre y las encuentras en la cocina.

La muchacha, detenida por su encantamiento particular, se quedó en la puerta, aún dentro de la casa. Tenía la respiración agitada y el rostro encendido. Su pecho subía y bajaba visiblemente y a él le pareció que hasta temblaba un poco. ¿Tendría frío?

Iba a preguntarle qué estaba haciendo allí. Pero la sorpresa lo bloqueó por segunda vez cuando ella se lanzó encima suyo. Le rodeó la cintura con los brazos y enterró la cara en su pecho. Jero tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio, amenazado por la fuerza del envite de la joven. Sacó las manos de los bolsillos y, sin saber qué hacer con ellas, dejó caer los brazos a los costados.

—Te dije que la llevaras a un lugar seguro. ¿Por qué está aquí?

Fidel notó el enfado al que había virado su humor y se alegró del cambio. Le pareció estupendo que la chiquilla tuviera el poder de influir en su amigo de aquella manera. Ella era su última esperanza para hacerlo entrar en razón, suponiendo que el muy descerebrado tuviera un poco.

—¿No eres tan autosuficiente? —le espetó, rencoroso. Encantado de usar la ventaja que Abril le concedía—. Pues ocúpate tú de ponerla a salvo.

Sin nada más que agregar, el gigante se dio media vuelta y desandó sus pasos por el jardín. Adivinaba que la razón por la que el taxista aún no se había ido era que aguardaba a que alguien le pagara la carrera. Lo mejor era solucionar el problema antes de que la suma siguiera aumentando.

—Abril.

Jero decidió usar las manos para hacer que la muchacha lo mirase. Colocó las palmas en sus mejillas, sintiendo la humedad que le reveló su llanto antes de verlo. Esbozando una sonrisa, esa tranquila y confiada a la que la tenía acostumbrada, la apartó de sí con suavidad.

—No pasa nada —le aseguró, y ella cerró los ojos para cortar el paso a las lágrimas—. Todo está bien, ¿de acuerdo?

La chica asintió, a pesar de que sus palabras volvían a parecerle una mentira.

—¿Por qué estás aquí? —la reprendió dulcemente—. ¿Dónde está Teo?

No los quería allí, ni a ella ni a su hermano. No podía tenerlos en su casa. Después del encontronazo con Santos esta había dejado de ser un lugar seguro. Aunque Mara lo alertó, hacía días, de que estaban siguiendo su rastro, el encuentro con su asesino había terminado de confirmar que la caza iba en serio. No es que no lo hubiera sabido antes, conocía bien la clase de implacable depredador que era De la Serna. Sencillamente, había vivido confiado en que no le sería sencillo dar con su guarida. Pero su aplomo se resquebrajaba al pensar en Abril y Teo, en que el estallido de la batalla pudiera pillarlos a ellos en medio. Ni siquiera quería imaginar que eso pudiera ocurrir.

No le había preocupado mucho ser atrapado cuando estaba solo. Pero, ahora que ellos estaban con él... La seguridad de los hermanos Galván le importaba todo lo que no lo hacía la suya propia.

Era raro. Se sentía raro.

Abril tragó el nudo que tenía en la garganta para contestar.

—Está en casa de Nuria.

Ahora era Jero el que asentía.

—Muy bien. Ve por tu abrigo, te llevaré con él.

—No.

El hombre bajó la mirada al notar las uñas de la muchacha clavadas en las mangas de su abrigo. Feroces, como las garras de un animal. Necesitó confirmar con la vista lo que había sentido. El gesto no era propio de la dulce y obediente jovencita que le habían entregado.

—No —ella reiteró la negativa, reforzándola con un vigoroso movimiento de cabeza—. No voy a irme.

—No digas tonterías —fue suave al hablar, pero contundente—. No puedes dejar a tu hermano solo.

La chica repitió el nervioso gesto que agitaba su melena de un lado a otro.

—Ni Nuria ni su familia son extraños para Teo, su casa es un entorno conocido para él. Estará bien.

—Abril...

Los dedos de ella liberaron una de las mangas y se convirtieron en una barrera sobre los labios de Danta, impidiéndole seguir hablando.

—No me iré —reiteró, tozuda como él jamás creyó que podría ser—. No sé lo que está ocurriendo y soy consciente que no tengo derecho a pedirte una explicación. Solo deja que me quede a tu lado mientras lo solucionas. Por favor.

Necesitaba un sí; no podía aceptar otra cosa que no fuera un sí. Sabía que, si lo dejaba alejarla de su lado en ese momento, era probable que no volviese a saber nada de Jerónimo Danta. Había pasado las últimas horas en la agonía que le producía la posibilidad de perderlo, no quería ni imaginar cómo sería sufrir días enteros con esa angustia. Sabiendo que estaba en peligro y padeciendo por lo que pudiera ocurrirle.

Él agarró su mano y se la apartó de la boca. Aunque la mantuvo en la suya, acariciándole los nudillos con un movimiento del pulgar que avivó el fuego desatado en las entrañas de Abril.

—¿Por qué? —preguntó, severo y demandante. Instándola a ofrecerle una razón que conocía bien. Sabía de sobra que el motivo por el que ella se empeñaba en quedarse a su lado era el mismo por el que él deseaba alejarla. Podía resultar contradictorio que el mismo origen generase posiciones tan opuestas, pero el amor nunca se ha caracterizado por su lógica—. ¿Por qué insistes en quedarte conmigo?

No respondería; estaba seguro de que no se atrevería a confesarle sus sentimientos. Abril, además de apocada, era muy joven. Estaba confundida,

probablemente incluso un poco asustada. Era lo normal a su edad. Por eso, precisamente, le preguntaba. Forzarla a afrontar sus sentimientos, del mismo modo en que lo había estado evitando hasta entonces, se le antojaba una buena baza para inclinar la balanza de su lado.

Ella notó la boca seca, como un campo yermo del que no brotaba ninguna palabra. Jero la vio encogerse, replegándose sobre sí misma tal y como había esperado que hiciera. Sonrió, saboreando una victoria agridulce.

—Vamos por tu abrigo...

—Te amo.

La mano de Jero, unida a la suya, se desplomó a un costado. Abril sintió la caída como un peso muerto. Como si él hubiera perdido el control absoluto sobre la extremidad. Tuvo el impulso de apartar la mirada para huir del desconcierto que abrió los ojos del hombre, volviéndolos dos circunferencias casi perfectas. Pero se obligó a aguantar. A ser valiente. A afrontar los efectos de esas palabras que tanto esfuerzo le había costado pronunciar.

—Te amo —repitió. La segunda vez fue algo más fácil—. Aunque sé que tienes a Mara...

—¿Mara? —Danta no pudo reprimir el impulso de corregirla. Pese a que era consciente de que habría hecho mejor manteniendo la boca cerrada. Que lo creyera ligado a su vieja amiga por lazos ajenos a la gratitud y el cariño era una buena baza para conseguir lo que en ese momento quería de ella. Sin embargo... —. Mara es una buena amiga, alguien a quien le debo mucho. Pero nada más.

En un destello de cordura logró detenerse antes de revelar más de la cuenta. De confesarle que era a ella a quien amaba. Y con una intensidad y ternura que jamás había sentido antes por ninguna otra mujer.

Suspiró. Cansado, agotado y enfrentado consigo mismo.

—Abril, soy mucho mayor que tú. ¿No te has dado cuenta? —le preguntó condescendiente. Fingiendo tomarse sus sentimientos como una chiquillada para esconder lo mucho que le importaban.

El dolor que le provocaron sus palabras fue perfectamente visible en el rostro de ella.

—Tengo veinte años, hace tiempo que dejé de ser una niña. ¿No te has dado cuenta? —le devolvió la pregunta, usando una fórmula idéntica a la empleada por él. Desesperada por desvincularse de la juventud que consideraba un defecto cada vez que pensaba en lo que era para Jerónimo Danta: la lamentable niña abandonada por su padre. Una beneficiaria de su caridad, solo eso.

Jero se pasó una mano por la cara, superado. Odiaba ese tipo de cosas. Esas escenitas emocionales que parecían sacadas de un maldito serial de sobremesa. ¿Por qué esa muchacha lo obligaba a convertirse en el actor principal de uno de ellos? ¿Y por qué se estaba dejando él endosar el papel tan mansamente? ¿Por qué tenía que importarle tanto aquella mocosa, si hasta hacía poco más de un mes ni siquiera sabía que existía?

Abrumado por la descarga sentimental que Abril lo estaba obligando a encarar, reaccionó del modo más fácil para él: rehuyéndola.

—Una adulta, ¿eh? —la retó con ojos brillantes. Estrechando el cerco en la pantomima que había ideado para alejarla. Tensando la cuerda solo para obligarla a retroceder el paso que había dado, dividido entre la esperanza y el temor de que lo hiciera—. ¿Crees que podrías amarme como una mujer? ¿De verdad estás preparada para eso?

Quería asustarla, y los ojos de la joven despejaron cualquier duda sobre su éxito.

—Sí. —La afirmación no sonó. Se quedó suspendida en los labios de

Abril. Articuladas en un movimiento que él hubo de leer.

No sabía exactamente a qué se refería Jero con eso de «amarlo como una mujer», pero le generaba cierta inseguridad. Quizás porque el reto escrito en su rostro al pronunciar la sentencia era evidente.

Danta asintió una sola vez. Reafirmando en la actitud que la hacía pensar que estaba a punto de enfrentarse a una prueba que no sería capaz de superar.

—Muy bien. Vamos a comprobarlo.

Le tendió la mano y, por alguna razón, a ella le pareció uno de esos diablos de irresistible encanto que retratan los artistas. Si algo tenía por cierto, era que ese hombre podría lograr que una monja le vendiera su alma a cambio de una simple sonrisa. Ella no era una monja. Nunca había tenido vocación y, particularmente en ese momento, no se sentía como una.

Miró la mano de Jero, grande y fuerte; rotundamente masculina. Los dedos largos, la palma ancha... La suya cobró vida propia, elevándose para aferrarse a la que le estaba siendo ofrecida sin esperar la orden de su cerebro. Ni el rechazo de su prudencia.

Capítulo 17

—¿Por qué echas el pestillo?

No se dio ninguna prisa en contestar. Jero se demoró en la tarea de bloquear la puerta, prolongando el silencio como estrategia para crispar sus nervios. Cuando acabó, se dio la vuelta, también a cámara lenta, encarándola con una malévola sonrisa.

—No quiero interrupciones —dijo, de un modo que no desmereció su expresión.

Sin dar más explicaciones se despojó del abrigo y la chaqueta. Los dejó sobre el diván que tantas noches fue su lecho y siguió con la camisa. Desprendió los botones de los ojales sin apartar la mirada, premeditadamente severa, de la ruborizada muchacha que lo observaba desde el extremo opuesto del dormitorio. Intentando, inútilmente, mantener las distancias.

Estaba asustada. Veía su miedo en aquellos ojos tan claros que no podían esconder nada. La entendía, por supuesto que sí. Hacía mucho que se había dado cuenta de que ese novio desertor no consiguió de ella más que algunos besos, un puñado de caricias prodigadas con destemplanza y poco más. Esa

tarde, en esa habitación, con él, Abril se creía en la antesala de algo que le era completamente nuevo. Sus temores no eran extraños. Incluso Jero, que jamás fue un muchacho tímido, se sintió inseguro y cohibido la primera vez que se enfrentó al sexo.

La vacilación de la muchacha era la razón por la que estaba haciendo eso, la baza con la que contaba para sacarla de su casa. Quería enfrentarla a ella para que se rindiera de una vez. Naturalmente, también podría ahorrarse todo aquello y meterla en un coche rumbo al domicilio de su amiga Nuria, sin tener en cuenta su opinión. Estaba seguro de que no le costaría mucho trabajo, sabía de buena tinta lo proclive que era Abril a acatar órdenes. Pero no quería hacer las cosas de ese modo. No deseaba obligarla a nada, tenía que ser ella quien tomase la decisión.

Lo único que esperaba era que ese amago de rebeldía que él había celebrado no tardara en rendirse. Teniendo en cuenta lo mucho que le había insistido para que luchara por lo que quería, podría resultar contradictorio. Pero guardaba una razón de peso para desear su rendición. No estaba muy seguro de si podría contenerse por mucho tiempo. Aún no la había tocado y ya se sentía dominado por la excitación, que le subía desde el vientre hasta el pecho volviendo su respiración pesada.

Su torso quedó al descubierto y Abril, con la cara como una amapola, agachó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —inquirió burlonamente, como si no lo supiera.

—No es nada —negó la chica, pretendiendo normalidad para que él no se diera cuenta de que su desnudez la abrumaba.

No era la primera vez que veía a un hombre desnudo de cintura para arriba, no era tan inocente. Pero nunca había pensado que el cuerpo

masculino pudiera ser así de hermoso. Jamás se había sentido inflamada por el deseo como en ese momento, contemplando la piel desnuda de Jero.

—Tu cara dice lo contrario —insistió este, perverso, acercándose con la esmerada lentitud que lo asimilaba a un depredador que acecha a su presa.

Le alzó la barbilla, obligándola a mirarlo. Las lágrimas agolpadas en los ojos de la joven lo conmovieron y tuvo que hacer un esfuerzo para no mandar al cuerno esa charada. «Vamos, imbécil. Esta es la reacción que querías», se recordó, obligándose a continuar.

—No irás a decirme ahora que te incomoda ver a un hombre desnudo, ¿verdad? —la presionó un poco más—. Dijiste que podías amarme como una mujer.

Habría querido decirle que lo que estaba sintiendo era normal, que se relajara, que no debía tener miedo. Que, desnudo o vestido, era solo él. Deseaba decirle todo lo que sabía que necesitaba oír. Pero hacerlo habría sido contraproducente.

La abrazó con aquella rudeza que era una obligación y el cuerpo de Abril se tensó en sus brazos. Aunque no tardó en relajarse, acoplándose a sus contornos con la elasticidad que da el deseo. A Jero le fascinó descubrir lo bien que encajaban el uno en el otro. Eran como dos piezas complementarias; como si hubieran sido hechos para abrazarse mutuamente. Pensando en ello estuvo a punto de perder pie, hundiéndose en los ojos grises de la chica. Pero logró salir a flote en el último momento, llenándose los pulmones de aire con un entrecortado suspiro.

La empujó, haciéndola caer en la cama y abalanzándose sobre ella como una fiera. Repartió besos furiosos, duros y carentes de emotividad en su boca, sus mejillas, su cuello... Los labios de Danta descendían al mismo tiempo

que ascendían sus manos, perdidas bajo el jersey de Abril para recorrerle el cuerpo con la misma premura exenta de ternura.

La falta de delicadeza con la que la estaba tratando hizo a la joven encogerse. Cerró los ojos con fuerza, como hiciera aquella otra vez. La noche que siguió a su supuesto intento de fuga. Pero, en esta ocasión, no era el rechazo lo que escondía tras los párpados. Tan solo intentaba mostrarse fuerte para él. Quería esconderle su vacilación.

Deseaba a ese hombre, cada fibra de su ser lo reclamaba como suyo. Era cierto que le habría gustado que fuera algo más tierno al amarla. Más parecido al hombre considerado que le había mostrado que era. Pero ella no tenía muy claro qué esperar de un encuentro sexual. Si iba a ser así, mejor pasar por la experiencia con Jero que hacerlo con otro.

La mano de Danta se coló bajo su sujetador, regalándole la caricia más íntima de su vida. Él, que se afanaba en no demorarse en ningún rincón de aquella piel cálida y sedosa para mantener a raya su necesidad, no pudo evitar hacer un alto allí. El seno de Abril llenó su palma en la medida justa, colmándola sin desbordarla. Demostrándole, una vez más, que era perfecta para él.

Tembló. Jero empezó a temblar igual que un muchacho incapaz de controlar las reacciones de su cuerpo. Como si fuera tan novato en aquellas lides como la chica que tenía debajo. Se apoyó en un codo y la miró, reparando en las fugitivas lágrimas que habían escapado de sus párpados cerrados a cal y canto.

—No llores.

Ella abrió los ojos al notar los dedos de él en sus mejillas, limpiando los restos de un llanto inconsciente. Lo miró a la cara, sintiendo que su deseo por él se intensificaba al reencontrar en su mirada al hombre tierno que amaba.

—Vamos por tu abrigo —le dijo este dulcemente. Interpretando en sus lágrimas la rendición que había ido a buscar a esa habitación—. Te llevaré con Nuria.

Se incorporó, quedando a horcajadas sobre ella. Terminando el encuentro allí, pese a que la prueba física de su excitación era evidente.

Sin pensar en lo que hacía, Abril lo retuvo, sujetándolo de los antebrazos.

—No te vayas —le rogó con la vista nublada por el llanto y, también, por la pasión.

Él tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no rendirse a la petición. ¡Estaba tan guapa! Allí, con el cabello castaño esparcido sobre la almohada, bien podría haber sido la Bella Durmiente, esperando por el beso que la despertaría de su letargo. Un beso que le reclamaba a él, y que a Jero le habría encantado darle como antesala de una muestra de amor mucho más completa.

Nunca pensó que llegaría el día en que lamentaría la cabezonería de esa niña. ¿Es que aún no se había rendido? Porque, a él, le había faltado poco para deponer su resistencia y entregarse por entero a ella.

—No tenemos por qué hacerlo —la calmó, del modo habitual, pese a que el que más necesitaba relajarse era él. Estaba a punto de estallar. Tan al límite de sus fuerzas se sentía, que ni siquiera se tomó la molestia de cubrirse para que ella no viera lo afectado que estaba—. Eres muy joven, nunca has hecho el amor y soy casi un desconocido para ti. Entiendo que no estás preparada.

Recitó de memoria, y casi sin respirar, todas las excusas que Abril podría alegar para justificar su retirada. Ansioso por terminar con la tortura de una vez. Intentó levantarse, pero ella volvió a retenerlo. Reafirmando la fuerza con la que cernía los dedos entorno a los fuertes antebrazos de Danta.

—Estoy preparada, de verdad. Te juro que sí —declaró con frenesí.

Empecinada en llegar al fin que él intentaba evitar.

Jero miró sus ojos y, como de costumbre, estos no le mintieron. El anhelo de Abril era más que evidente en su mirada vidriosa, febril. Pero, que estuviera preparada para entregarse a él, o no, no era el asunto, solo el pretexto. Sería maravilloso que su único impedimento para amarla como deseaba hacerlo, como sabía que ella deseaba que lo hiciera, fuera su inexperiencia. En ese caso, podría esperarla; estar a su lado hasta que se sintiera segura para darse a él. Pero, por desgracia, este era solo el menor escollo en su relación. Lo más importante era que no disponía del tiempo que la muchacha necesitaba. Ni, menos aún, de un futuro que pudieran compartir. Su venganza le impedía tanto lo uno como lo otro.

—Estas llorando —la hizo ver con la dulzura que reservaba solo para ella.

—Es porque tengo miedo —le confesó Abril con un hilo de voz.

—Tienes miedo porque no estás preparada —reafirmó Danta, retirando una nueva lágrima de su mejilla.

La miró un instante, antes de reiterar su intento de huida. Pero la muchacha fue un paso más allá al impedirle y se incorporó para tomar su boca sin permiso. No necesitó más para retenerlo. Jero se quedó quieto, congelado por el roce tímido de los labios femeninos en los suyos. Dominado por la inocencia de un beso que no traspasó la frontera de su boca. Y, pese a ello, hizo que su deseo creciera al punto de volverse doloroso.

—Abril, no... —murmuró, débilmente y con escasa convicción, contra los labios de ella.

La joven se apartó, pero solo para despojarse del jersey blanco que llevaba puesto y que dejó caer a un lado de la cama. Su pecho se inflamó en un suspiro, captando toda la atención del hombre. Llevaba el sujetador que él había encontrado una vez en el suelo. El blanco con lunaritos de color rosa.

¿Por qué tenía que estar usando, precisamente, ese? Jero había imaginado tantas veces cómo se vería la prenda en su dueña...

—Quiero hacer el amor contigo —le pidió esta.

Ahora sí, no había duda posible. La cara de Abril era del color de la grana.

—¿Por qué estás siendo tan obstinada...?

—Porque, en todo este tiempo, me has repetido una y otra vez que debo luchar.

Su ceño fruncido, moderadamente retador, estuvo a punto de arrancarle a Jero un «te quiero» que nació de lo más profundo de su ser. En vez de hablar, le acarició la nuca, sonriendo de un modo que resultó un poco triste.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? ¿De que no te arrepentirás? —le preguntó, sintiéndose perdido. Consciente de que la había hecho subir a su habitación para derrotarla y, al final, el vencido había sido él.

¡Qué idiota era! Tanto que todavía no había aprendido que el encanto de Abril lo dominaba.

—Estoy segura de que te amo. Por eso sé que no lamentaré nada —le aseguró ella con una convicción que envidió.

—No puedo ofrecerte nada —le advirtió, justificando de antemano el error que ya se sabía condenado a cometer—. Lo único que poseo es el presente.

La mano de Danta descendió de la nuca al cuello de la muchacha.

—No te pediré nada —replicó esta, cerrando los ojos para entregarse a la caricia.

El frío, unido a la inmovilidad, comenzaba a pasarle factura. Notaba los

músculos entumecidos y el control sobre ellos mermado. Nunca imaginó que permanecer quieto, sin moverse un milímetro, pudiera ser tan cansado. Aunque, peor que la incomodidad física, era la emocional. Odiaba aquella sensación de inactividad, le estaba crispando los nervios.

—¿Queda mucho? —preguntó, impaciente como un niño pequeño.

Abril sonrió al escucharlo, captando el matiz irritado de su voz. Pero no levantó la cabeza para mirarlo. Toda su atención estaba puesta en el bloc de dibujo que reposaba en sus muslos, sobre la sábana con la que cubría su piel desnuda.

—Casi he acabado —respondió con el mismo talante paciente con el que le hablaba a Teo.

—Más vale que te des prisa —la apremió Jero, ansioso por terminar su trabajo de modelo. No podía decir que se llevara un buen recuerdo de la experiencia, ni le quedaban ganas de repetir en la profesión—. Rómula estará a punto de levantarse. Como salga al jardín y le dé por mirar para arriba, le va a dar un ataque.

No estaba de acuerdo. La joven dudaba mucho de que alguien con una lengua tan sucia como la de la anciana fuera a asustarse por ver a un hombre desnudo. La había oído decir cosas que harían enrojecer a la prostituta más versada. Se había dado cuenta, además, del gusto morboso que sentía por todo lo referente a la sexualidad. Por ello, Abril estaba convencida de que, más que escandalizarse, la criada disfrutaría enormemente de lo que en ese momento se veía a través de la ventana de la habitación de Jero. Y no la culpaba, el paisaje era verdaderamente hermoso. Por eso se había empeñado en retratarlo. Quería recordarlo de ese modo. Captar su esencia tal y como era después de la primera noche que habían compartido juntos, haciéndose el amor.

Al principio, la idea de convertirse en modelo no le había hecho mucha ilusión. Se lo notó. Su expresión, relajada tras el placer experimentado, se contrajo como si la hubiese oído decir un disparate. Abril aún no se explicaba cómo se las había apañado para convencerlo. Pero ahí lo tenía ahora, posando para ella junto a la ventana. La luz del amanecer golpeaba su desnudez, remarcando las formas de su tonificado cuerpo. Le encantaban los juegos de luces y sombras que se formaban en su piel. Podría pasarse horas contemplándolo, dibujándolo. Pero sabía que la paciencia de Jero era limitada.

—Ya está —declaró, terminando de sombrear el bíceps.

Él movió los hombros, estiró los brazos y las piernas. Pese a que el tesón del padre Sandro no había logrado hacer de él un hombre religioso, también elevó una plegaria al cielo. Agradecía volver a ser dueño de su cuerpo.

—Déjame ver.

Sin tomarse la molestia de cubrirse se sentó al lado de Abril, en el diván, asomándose al cuaderno para ver el resultado de su trabajo. Tenía que admitir que sentía verdadera curiosidad. Todo lo que tuviera que ver con ella despertaba sus ganas de saber más. Necesitaba conocerla por completo.

—No está mal —dijo, arrebatándole el cuaderno—. De hecho, está muy bien. Parece una fotografía.

Admiró su imagen reflejada en el papel, fascinado por la precisión con la que lo había captado. Podía reconocerse en aquel personaje al carboncillo, tenía su cara y su cuerpo. Dio vuelta a la hoja, para ver los dibujos precedentes, y ante él desfilaron Rómula en el patio trasero, colgando la ropa en el tendedero; los árboles de la entrada; un gorrión bebiendo en la fuente del jardín... Jero vio pasar una escena tras otra con la sensación de estar allí, con Abril, contemplándolas como lo hizo la artista cuando las retrató.

—Gracias —dijo la pintora, satisfecha con la valoración que hacía de sus dibujos. Como si él supiera algo de arte.

Entonces, Danta dio la vuelta a otra de las páginas y, al hacerlo, su expresión mutó de la fascinación a la diversión.

—¿Qué es esto? —quiso saber, señalando a un bichejo rechoncho, con la piel llena de manchas y dos cuernos diminutos coronando su cabeza.

Ella se inclinó sobre su hombro para ver qué era lo que le había llamado la atención.

—Una vaca.

—¿Una vaca? —el hombre no dio crédito.

Se le veía la intención, eso sí. El animal que lo miraba desde el papel, con sus enormes ojos redondos, pretendía ser algo así. Sino una vaca, tal vez un toro. Sin embargo, comparado con el realismo de los dibujos precedentes, la calidad de este era muy cuestionable.

Abril le quitó el blog, pasando a valorar su obra con ojo crítico.

—No está muy logrado —concluyó, juez implacable de su trabajo.

—Yo diría que no.

—Lo dibujé de cabeza —se justificó, señalando su sien con un dedo—.

Es un trabajo de clase y no tenía ningún modelo del que tomar ejemplo.

—¿En tu cabeza las vacas tienen esta pinta?

—Bueno, no sé si te has dado cuenta pero, en Madrid, puedes pasar años sin ver una vaca. Así que no tengo la imagen muy fresca. ¿Qué pasa? ¿Es que tú has crecido entre ellas?

Jero rio de buena gana.

—Sí. —La joven lo miró con curiosidad y él intentó recuperar la compostura para explicarse—. Me críe en una granja. Mis padres tenían

gallinas, conejos y, también, una vaca. Margarita, se llamaba. Se hacía la difícil cada vez que la ordeñaba. Pero sé que, en el fondo, yo era su favorito.

—Margarita.

El nombre la hizo reír. A Abril le resultó curioso que una vaca tuviera nombre de persona, y extraño imaginar a Danta creciendo en el tranquilo entorno de una granja. Jamás habría imaginado que ese hombre oscuro, que usaba el casco histórico de la ciudad para dar esquinazo a sus perseguidores y, en el peor de los casos, regresaba a casa con un tiro en el hombro, compartiera un pasado común con Heidi. Jero se confirmaba como un misterio que deseaba descubrir poco a poco, sin prisa. Disfrutando de cada nuevo hallazgo.

Lo miró con curiosidad, intentando encontrar en él trazas del niño que confraternizaba con la arisca Margarita.

—Tenemos que llevar a Teo al campo. No podemos dejar que crezca con una visión del mundo animal tan imprecisa como la tuya.

De nuevo, él le arrebató el cuaderno. Esta vez, para dejarlo a un lado. Cuando se giró, el gris de los ojos de Abril lo inundó. Las pupilas de la joven rezumaban esa ternura que le regalaba de tanto en tanto y que conseguía encenderlo. No imaginaba lo importante que era para ella el modo natural en que incluía a su hermano en sus planes, la intención de cuidar de él que dejaba entrever tras cada frase.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Danta, apartándole un mechó de cabello castaño que le caía sobre el hombro—. ¿Hay algún sitio al que te gustaría ir? ¿Algo que desees que hagamos juntos?

Estaba dispuesto a concederle cualquier capricho, como había demostrado al dejar de lado sus reticencias y posar desnudo para ella. Quería suplir la falta de tiempo llenando de buenos momentos el corto futuro que tenían para

compartir. Lo único a lo que podía aspirar era a convertirse en un hermoso recuerdo de juventud para Abril Galván. Uno que ella atesorase el resto de su vida; de esa vida en la que él no estaría presente.

La muchacha negó, disfrutando del roce de la mano masculina en su cuello. Jero se fingió desconfiado.

—¿Nada? —dudó teatralmente—. No me lo creo. ¿No acostumbráis las mujeres a fantasear y planear cosas que os gustaría hacer con un hombre?

Ese era un hábito más propio de Nuria que de ella. Abril no tenía tiempo para perderse en ensoñaciones, ni románticas ni de ningún tipo. Teo, su padre, la casa, sus estudios... La realidad la reclamaba con demasiada frecuencia para darse el lujo de perder tiempo soñando despierta. Aún así...

—¿Qué es? —Él ladeó la cabeza, intrigado por la incógnita que vio en sus transparentes ojos.

Era solo una muchacha, al fin y al cabo. Claro que había encontrado algún que otro hueco entre las pastas de su apretada agenda para fantasear.

—No es nada —negó con una sonrisa tímida, agachando la cabeza para esconderle a Jero el rubor que volvía a teñir sus mejillas.

—Abril —también él bajó la cabeza, buscando encontrar su mirada—, sea lo que sea, puedes decírmelo. Después de lo que ha pasado entre nosotros no tenemos por qué guardarnos nada. ¿No te parece?

Probablemente no. La intimidad que había compartido con ese hombre no podía compararse a la que había compartido con ninguna otra persona. Nunca.

—Es una tontería.

Pese a todo, se mostró reticente a confesar sus fabulaciones de adolescente. Era una niñería. Una ridiculez.

—Aun así, quiero saberlo.

Jero usó la otra mano para rodearle la cintura y atraerla hacia sí. Dando muestra de su consabida obstinación al empeñarse en conseguir una respuesta. Abril lamentó estar arropada en la sábana. Deseaba volver a sentir la piel de él en la suya, sin ninguna barrera entre ellos. La noche de amor que habían vivido no colmó el ansía que sentía por ese hombre. Tenía la impresión de que nunca llegaría a tener bastante de él.

—Dímelo.

El aliento de Danta le caldeó los labios y abrió la boca para beberlo. Dejándolo, de esa forma, entrar en ella una vez más.

—Caminar bajo la lluvia —confesó al fin, rindiéndose a su deseo.

Él se apartó un poco para poder verle la cara.

—¿Caminar bajo la lluvia?

Era una respuesta curiosa.

—Había una chica que estudiaba en mi mismo instituto —se explicó Abril, sin perder el barniz tímido que él planeaba desprenderle a base de caricias—. No estaba en mi clase, ni siquiera sé cómo se llamaba. La conocía solo de vista, porque tomábamos el mismo autobús para regresar a casa.

Jero la escuchaba con atención, deslizando una mano a lo largo de su espalda, de arriba abajo y de abajo arriba. Una caricia prolongada que la calmaba y la hacía dudar de que sus miembros no estuvieran hechos de mantequilla.

—Recuerdo que, cuando llovía, un muchacho iba a buscarla con un paraguas. —Fijo la vista en un punto del infinito, recuperando las imágenes del pasado que tenía grabadas en la memoria—. Yo caminaba detrás de ellos hasta mi barrio, con la capucha del abrigo sobre la cabeza y empapándome hasta los huesos. —Regresó al presente para encontrar la mirada de su amante—. Siempre he querido que alguien hiciera una cosa así por mí.

Jero reconoció en ese sencillo deseo el sesgo de la vida tranquila, cotidiana, con la que soñaba la joven. Su necesidad de sentirse cuidada, la falta de afecto que había sufrido desde niña. La acercó más a sí, abrazándola con fuerza. Ansiaba tanto ser él quien la colmara del amor que ella no osaba reclamar.

—Bueno —dijo, lanzando una fugaz mirada sobre su hombro—, no parece que vaya a llover hoy.

Ella se inclinó a un lado para mirar por la ventana. El cielo, en el que todavía brillaba alguna persistente estrella, lucía completamente despejado. Sin una sola nube a la vista.

—Pero —siguió Danta, devolviéndole toda su atención a la que descansaba entre sus brazos—, te prometo que en cuanto caigan dos gotas saldremos a dar un paseo y nos pondremos como una sopa —se comprometió, con una sonrisa radiante que se reflejó en los labios de Abril—. Mientras tanto, habrá que buscar un plan B. ¿No te parece?

Sin soltarla, se inclinó sobre ella. No dejándole más opción que retroceder hasta quedar tumbada de espaldas encima del diván. La muchacha, encantada, lo dejó hacer a su antojo. Riendo en la anticipación de lo que sabía que estaba por venir.

18

Capítulo 18

No dormía. Hacía días que pasaba las noches en vela, como una lechuza. Su peregrinaje por los bajos fondos le había pasado factura, llevándolo a cambiar las horas de sueño. Haciéndole imposible descansar durante las noches y conformarse con caer en un sopor liviano durante el día. Aun así, le costó levantarse del sofá desde el que miraba la televisión sin ver lo que transmitía. Arrastró los pies por el pasillo preguntándose, sin mucho interés, quién podría llamar al timbre a semejante hora de la mañana y con tanta insistencia. La respuesta le cayó encima cuando abrió la puerta.

—Blanca.

Se espabiló de golpe, como si le hubieran arrojado un balde de agua helada en plena cara.

—Déjame entrar.

Su esposa empujó el portón, abriéndose hueco para acceder al domicilio. Una embestida que valió para que Santos se hiciera a la idea de que no venía en son de paz.

—Blanca —la llamó de nuevo, cerrando la puerta y siguiéndola por el pasillo.

Ella no le respondió. Continuó caminando con pasos alterados hasta llegar al salón. Allí se detuvo. La realidad de aquella habitación, desordenada y convertida en un vertedero de bolsas de snacks y latas de cervezas vacías, terminó de hundirla en un agujero al que se resistía a caer. El ambiente viciado, la oscuridad, la decadencia de ese lugar en el que tantas veces había estado su hija viendo los dibujos, tomando la merienda o coloreando en la alfombra con las ceras desperdigadas a su alrededor, fue el detonante que la hizo perder pie.

¿Cómo podía haber cambiado su vida tanto en tan poco tiempo? ¿Qué les estaba pasando?

—¿Qué ocurre?

Notó la mano de su marido en el hombro. Un vano intento de tranquilizarla que obtuvo el resultado opuesto al esperado. Blanca se giró, revolviéndose al contacto de Santos. El nerviosismo que contenía a duras penas se desbordó.

—¿Que qué ocurre? —Estalló en una carcajada única, seca e irónica—. Eso, justamente eso, es lo que quiero que me expliques —le gritó, retrocediendo un par de pasos para poner distancia con él. Como si su tacto le resultara extraño, desagradable. Como si el hombre que tenía delante fuera un desconocido y no el padre de su hija—. ¿Qué está pasando, Santos? ¿En qué te has metido para que tenga un coche siguiéndome las veinticuatro horas del día, igual que a una delincuente?

En lugar de responder, él se acercó a la ventana. Se puso a un lado y apartó un poco la cortina para mirar la calle sin ser visto. Allí estaba. Era el mismo coche de ese día, en el colegio. La escolta que De la Serna había

colocado a su mujer, con una intención muy distinta a la de proporcionarle protección.

—Santos. —Blanca exhaló un suspiro. Otra trillada fórmula para encontrar una calma que le daba esquinazo—. Sé que tu trabajo es información clasificada y toda esa basura. Y tú sabes que siempre he respetado que no compartas conmigo esa parte de tu vida. Pero ahora necesito que me cuentes lo que está sucediendo.

No era un ruego, sino una orden. No podía seguir viviendo en la oscuridad, batallando con un problema que ni siquiera conocía. Tenía que saber qué estaba pasando. Santos le debía una explicación y no iba a rendirse hasta haberla conseguido.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te estaban siguiendo? —le preguntó su todavía esposo, sin dejar de escudriñar la calle.

No era la respuesta que esperaba, pero contestó con toda la tranquilidad de la que pudo hacer acopio. Quizás el interrogatorio la llevara a lo que quería saber.

—Ayer. —hizo una pausa antes de profundizar en la explicación—. Estaba en el parque, con Dani y su amiga Alexandra, cuando vi a unos tipos que me llamaron la atención. No sé por qué, no parecían la clase de personas que uno espera ver en un parque infantil. Me di cuenta de que se fueron al mismo tiempo que nosotras y que el coche en el que se subieron circuló detrás del nuestro un buen trecho. —Se cruzó de brazos—. En ese momento no le quise dar más importancia. Pero, esta mañana, cojo el coche para ir a trabajar y otra vez están ahí. ¿Qué significa todo esto?

—No debes venir aquí.

—¿Qué?

El hombre se apartó de la ventana y se acercó a ella. En dos zancadas lo

tenía delante, sujetándola por los hombros y mirándola de un modo que no contribuía a calmar la ansiedad que la devoraba.

—Blanca, escúchame bien. Pase lo que pase, mantente alejada de mí.

La mujer intentó liberarse, pero el hombre reafirmó el agarre, impidiéndoselo y obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Lo has entendido?

—¡No! —gritó Blanca, luchando por soltarse. Aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de vencer—. No entiendo nada, por eso necesito que me lo expliques. No puedes pretender darme una orden y esperar que la cumpla, sin más.

—No espero que obedezcas sin más. Espero que me escuches, por el bien de Daniela.

El nombre de la niña consiguió lo que las manos de él no lograrían: que dejase de batallar. Blanca se quedó quieta mirando a su marido, con el miedo escrito en la cara.

—Santos...

—No te preocupes, me encargaré de todo. —Él le arregló la bufanda con escasa habilidad, destrozando el nudo que la cernía al cuello de su mujer—. Tú solo... Solo... Sigue tu vida normal. Como si no tuvieras nada que ver conmigo.

Le rodeó los hombros con un brazo y tiró de ella, arrastrándola por el pasillo. Las fotos de su vida juntos quedaban atrás, colgadas en las paredes como doloroso recordatorio de algo que se había perdido en el pasado. Las últimas vacaciones de verano, el día de su boda, la primera Navidad de Daniela... Todas esas escenas desfilaron ante los ojos de Blanca a una velocidad que le resultó complicada asimilar.

—Espera un momento —protestó, intentando en vano clavar los talones

en el suelo—. ¿Qué quiere decir que te ocuparás de todo? Somos una pareja, Santos. Si tienes algún problema debes contármelo. Estoy segura de que entre los dos...

Su propuesta de colaboración marital quedó ahogada tras la puerta que él le cerró en la cara. Negándole la oportunidad de ser algo más que un objeto pasivo en todo lo que estaba ocurriendo.

Santos se dejó caer contra la madera, apoyando la frente en ella. Permitiendo que las protestas de Blanca traspasaran el portón para clavarse en sus oídos como la afilada hoja de un cuchillo. Las soportó con unos ojos cerrados que no lograron contener el llanto. Su esposa se quedó al otro lado, presionando el timbre, golpeando con los puños y llamándolo a voces. Hasta que los vecinos se asomaron al descansillo para protestar por el escándalo. Solo entonces, ante la amenaza de dar parte a la policía, se dio por vencida. El sonido de sus pasos camino del ascensor ilustraron su resignación.

Ese fue el momento, cuando estuvo seguro de que ella se hubo ido. Entonces, Santos se pasó una mano por la cara, limpiándose el llanto, y regresó al salón. Buscó en el bolsillo de su cazadora un papel en el que había apuntado los resultados de sus investigaciones sobre Jerónimo Danta. En él solo había escrito un número de teléfono y un nombre: Fidel Cortaza.

Se asomó al borde de la taza, reticente. Desconfiaba del líquido negro y caliente que la llenaba. El olor era agradable. Fuerte e intenso, pero embriagador. De todos modos...

—Vamos, Abril. Solo es café.

Lo sabía, y de ahí nacía su falta de inclinación a probarlo. Le gustaban las cosas dulces. Ese mejunje, por muy aromático que fuera, la atraía poco. Pero Jero seguía insistiendo, paseándole la taza bajo la nariz con malévol

diversión. Debería haberse dado cuenta de que no llevaba buenas intenciones. Pero ya decía Nuria que era demasiado buena —en realidad, ella la definía como tonta— para desconfiar de nadie. Por eso, cuando él presionó el borde de la taza contra sus labios, abrió la boca, dejando que el líquido se colase dentro.

—¡Humm...! —El amargor le arrancó una protesta y se apartó todo lo que el respaldo de la silla le permitió—. ¿No le has puesto azúcar?

También él uso el respaldo de la silla como soporte, riendo el resultado de su maldad.

—Nunca le pongo azúcar. —Se llevó la taza a la boca, posando sus labios en el mismo lugar en el que habían estado los de ella, y le dio un sorbo—. No me gustan las cosas dulces. —Pese a lo que acababa de declarar, el modo en que la miró no podía tildarse más que de goloso—. Aunque siempre hay excepciones.

—Eres odioso. —Sus palabras azuzaron el enfado de Abril. Quien, al contrario que él, no le encontraba la gracia a la broma.

Jero rio con más fuerza y ella no pudo reprimir el impulso de propinarle un manotazo en el antebrazo.

—¡Ay! —se quejó el agredido, tocándose el brazo como si verdaderamente le hubiera dolido el golpe—. Ahora verás.

Dejó la taza en la mesa y se abalanzó sobre la chica, luchando para robarle un beso. Ella se reveló, risueña, esquivando sus labios con sabor a café.

La actitud de la joven, el golpe, su divertida rebelión, intensificaron el deseo de Jero y sus ganas de imprimirle el castigo que le había impuesto por el manotazo. Le gustaba verla así, dando rienda suelta a ese carácter que se asomaba tímidamente para expresar lo que sentía. Le encantaba comprobar

aquella diferencia, pequeña pero bien encaminada, que la alejaba de la muchacha resignada a lo que viniera que llegó a su casa.

—No... Jero. ¡No!

Abril no pudo evadir sus labios. Aún así, pese al sabor amargo que conservaba la boca masculina, se alegró de resultar perdedora del lance. Recibió el beso correspondiéndolo con fervor.

—Te prepararé chocolate. Te juro que esta tarde vas a merendar una buena taza de chocolate caliente.

A él la amenaza no le afectó, y siguió depositando juguetones besos en su boca y alrededores.

—Siento interrumpir.

El sonido de una tercera voz, con la que ninguno de los dos contaba, los sobresaltó. El pequeño universo en el que solo existían ellos se resquebrajó, dejando entrar al intruso. Abril se apartó, acomodándose en la silla con un nuevo acceso de timidez que se reflejó en el encendido de sus mejillas. También Jero regresó a su asiento. Aunque, a él, que lo hubieran pillado besando a la muchacha le importaba poco. Lo único que quería era aligerar la incomodidad de ella.

—¿Qué quieres, Fidel?

Que la interrupción no le hizo ninguna gracia fue evidente.

—Habría esperado a que terminarais de desayunar —declaró su hombre de confianza, entendiendo perfectamente cómo se sentía—. Pero tenemos un cliente al que creo que deberías ver.

—Muy bien. Arregla una cita para mañana y...

—Jero —lo cortó el otro, mirándolo de un modo que decía más que mil palabras—, es mejor que lo veas ahora.

Danta no necesitó más para entender que el cliente del que hablaba Fidel

no era uno al uso.

—De acuerdo —cedió, consciente de que no se dirigía a una reunión en la que el dinero no sería el tema a discutir—. Ahora mismo voy. Espérame en el coche.

El gigante abandonó el salón tras dirigirle un gesto de asentimiento y él se giró en la silla para mirar a Abril. El humor de la chica había cambiado por completo y el rostro que antes resplandecía de felicidad ahora se mostraba apagado por la preocupación.

—Volveré pronto —le aseguró con su sonrisa sanadora, levantándose.

Ella, como si fuera una niña, le haló la manga de la camisa para detenerlo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, mirándolo desde abajo con sus enormes ojos grises anegados de inquietud.

Jero descendió para depositar un ligero beso en su boca.

—Nada de lo que debas preocuparte —murmuró contra sus labios, antes de regalarle un segundo beso. Este, más intenso que el primero—. Tomaré esa taza de chocolate después.

Le guiñó un ojo antes de darse media vuelta para abandonar el salón. Diciendo adiós con un humor que no logró contagiar a la que dejaba esperando su vuelta.

No tenía un lugar fijo desde el que atender sus negocios, el suyo era un trabajo que convenía no fijar en el mapa. Cuantas menos facilidades diera para ser encontrado, tanto mejor. Quien necesitara de sus servicios ya se preocuparía de encontrarlo preguntando a unos y otros. El boca a boca es la mejor publicidad para los que operan al margen de la ley. Por eso, podía decirse que el club de Mara era la sede oficial de su pequeña empresa financiera. Allí había empezado, hacía años, prestando dinero a un interés

moderado. Esa mañana, el reservado del local volvió a hacerle las veces de despacho.

—Santos Márquez —saludó. Fingiéndole una sorpresa que ambos, él y su cita, sabían que no sentía.

De camino al club, Fidel había tenido tiempo de ponerlo al corriente de todo. Relatándole la llamada de teléfono que le había hecho un Santos en extremo alterado. Aunque, más allá de su nerviosismo, no pudo especificarle nada más. El hombre se había negado a contar a nadie que no fuese el propio Danta las razones por las que solicitaba el encuentro.

Márquez, que ocupaba una de las mesas del fondo, levantó la cabeza de la copa que miraba sin decidirse a probar. Cuando sus ojos se encontraron, Jero supo que Fidel no había exagerado al exponerle su estado de ánimo.

—Cuando querías verme solías acecharme y caerme encima de improviso —dijo, ocupando la silla frente a la que ocupaba el que había solicitado su presencia, en el extremo opuesto de la mesa—. Lo de pedir audiencia es toda una novedad.

—Quiero proponerte algo —declaró el otro, sin dejar que su ironía lo alcanzara.

No estaba allí para charlar. Mucho menos para intentar entablar una amistad con ese tipo. Jerónimo Danta simbolizaba para Santos la fuente de todos sus males. Por supuesto, estaba consciente de que el sentimiento era mutuo. Por eso, le expondría lo que tenía que decir y ya está, sin entrar en temas personales. Mantener la barrera emocional era el único modo de llevar la conversación a buen puerto.

—¿Proponerme algo? —Danta, por el contrario, no se mostraba dispuesto a dejar atrás el pasado—. ¿El hombre que intentó matarme, y ensució mi

nombre después de muerto, quiere que me alíe con él? Perdona que me muestre tan... quisquilloso, pero no me fío.

Rio de un modo afilado. Incluso ese gigante que era el nexo de unión del difunto Jerónimo Danta con el mundo de los vivos dibujó una imperceptible sonrisa en su rostro severo. Pero Santos no dejó que convertirse en el objetivo de las burlas del dúo lo amilanara. Ya contaba con esa reacción, era la más lógica. No podía tildar a su oponente de poco razonable. Sin embargo, también sabía que su opinión podía cambiar radicalmente cuando escuchara lo que tenía que decirle.

—Tengo las pruebas que necesitas para desenmascarar a De la Serna —anunció, revelando el As que guardaba en la manga.

Jero y Fidel intercambiaron una mirada que, pese a su brevedad, denotó interés. Ahora sí, Santos supo que sus previsiones no habían sido erradas.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Danta, inclinándose hacia delante. Entrelazó los dedos en un gesto que demostró que estaba dispuesto a oírle.

—Guardo una copia del USB.

—¿El que me robaste cuando me diste por muerto?

—El desvío de fondos, la compra de materiales de baja calidad... —enumeró Márquez, impermeable a las pullas de su interlocutor—. Todo está registrado en los documentos guardados allí. Bastaría con filtrarlo a la prensa para destrozarse la imagen de héroe nacional de Ildefonso de la Serna. Estaría acabado si la gente supiera el modo en que ha estado gestionando su tan pregonada ayuda social.

Jero no necesitaba que le recordara el valor incalculable que tenía ese material en la lucha contra De la Serna. No solo había sido el encargado de recopilarlo, también había ido un paso más allá al morir por él. Durante los últimos seis años no había pasado un solo día en el que no hubiera lamentado

haberse dejado arrebatar aquel USB. Por ello no negaría que la sola posibilidad de recuperarlo resultaba tentadora.

—Hace años estuviste dispuesto a acabar con mi vida para impedir que pudiera hacer uso de esa información. ¿Por qué debo creer que me la darás ahora? —inquirió. Incapaz, a pesar de todo, de hacer a un lado sus dudas. No había logrado sobrevivir en el inframundo siendo una cándida palomita—. Esto es una cadena. Al sacar a la luz los pecados de nuestro adalid también los tuyos serían expuestos. Acabarías en la cárcel acusado de encubrimiento e intento de asesinato. ¿Quieres que crea que estás dispuesto a sacrificarte por mí?

Santos tensó la mandíbula, mirándolo del mismo modo altanero en que lo observó cuando puso la vida en sus manos.

—Jamás me sacrificaría por ti —espetó de un modo por demás orgulloso—. Pero no me temblará el pulso si tengo que hacerlo para salvar a mi familia. Estoy dispuesto a ir a la cárcel, y sufrir el castigo que sea, si de esa manera garantizo su seguridad.

Su familia, claro. Santos le había dicho que ahora tenía mujer y una hija. Jero sonrió sarcásticamente al recordarlo. El sacrificio que su asesino estaba dispuesto a hacer por ellas le habría resultado enternecedor, de no ser porque conocía demasiado bien a los de su calaña. En su casa lo esperaba un claro ejemplo de lo que significaba la familia para ellos. Santos Márquez, como Teodoro Galván, estaba podrido por la codicia. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer para prosperar en la vida, incluso asesinar a sangre fría. El dinero, eso era lo único que realmente amaba ese cretino. Sintiéndolo mucho, el ardid sensiblero no funcionaba. No podía confiar en alguien así. Nunca se sabe cuándo va a virar sus intenciones en favor de un viento más ventajoso.

—No creo que podamos ser compañeros de lucha —dijo, ejemplificando el punto final que había puesto a la conversación levantándose de la silla. Las patas chirriaron en el suelo provocando un desagradable sonido. El cual acalló la melodía, tropical y excesivamente melosa, que sonaba de fondo—. Yo no tengo ninguna familia a la que proteger.

Sin nada más que añadir, Danta se dio media vuelta, dejando a su espalda una conversación que no le interesaba.

—¿Y qué hay de la chica? —preguntó Santos, consiguiendo que sus pies se detuvieran pese a la poca predisposición que tenían sus oídos a escucharlo.

Jero giró la cabeza a un lado, aunque no lo miró.

—Te vi con ella —siguió diciendo el otro, seguro de que había encontrado un nuevo frente desde el que atacar—. Parecía alguien por quien te preocupas mucho.

—Ella no es asunto tuyo.

Su negativa fue para Márquez la confirmación de que había dado con uno de los puntos débiles de ese hombre. Quizás, el más sensible de todos.

—Dime, ¿qué posibilidad tienes de estar con ella si cumples tu venganza y matas a De la Serna? Porque ese es tu gran plan, ¿no? Hacer de su vida un infierno hasta que llegue el momento de meterle un balazo en el pecho —insistió, hurgando en la ranura que había abierto en la coraza de su oponente—. Una vida con ella, Danta. Eso es lo que te estoy ofreciendo.

Él acusó el golpe de las palabras, que impactaron de lleno en su corazón.

Una vida con Abril. La oportunidad de disponer de todo ese tiempo que deseaba dedicarle. La opción de seguir un camino que pensaba vedado.

Cerró los ojos, negándose a escuchar los disparates que proponía aquel idiota y que su corazón repetía henchido de ilusión. Con esfuerzo, logró que su mente se centrara lo suficiente para dar a sus pies la orden de seguir

caminando. Echó a andar, maldiciendo la excelente resonancia que tenía la sala. En ella, la voz de Santos reverberaba una y otra vez, prolongando su eco.

—Piénsalo, Danta —gritaba este a su espalda—. Sabes que te estoy poniendo en bandeja la única opción posible para recuperar tu vida.

19

Capítulo 19

—¿Ahora también voy a tener que hacer de canguro de un mocoso?! ¿Es que no te parecía bastante con obligarme a seguir a todos lados a esa cursi?

Revolviéndose contra su pésima suerte, Raúl se cubrió la cara con ambas manos y las deslizó hacia abajo. Un gesto de frustración que tiró de sus cachetes, de tal modo que la carne bajo sus ojos quedó al descubierto.

—Eres... —se pensó el calificativo más conveniente—...cruel, tío. Eres muy cruel.

Tampoco tenía mucho vocabulario entre el que escoger. Así que concluyó que con cruel la opinión que le merecía Danta quedaba más que desvelada. Este acogió el calificativo con una sonrisa en absoluto afectada.

—Vamos, no me esperaba esa reacción. —Su fingida inocencia habría pasado por cierta de no ser porque no se molestó en disimular lo mucho que estaba disfrutando con el sufrimiento del muchacho—. Toda la vida pidiéndome que te dé un trabajo a la altura del hombre de acción que eres y, cuando lo hago, me vienes con quejas.

Naturalmente, el otro no le veía la gracia al temita. Ni tampoco la acción que Jero aseguraba estar poniendo a su alcance al hacer que su labor de centinela de Abril se extendiese al hermanito pequeño de esta.

—¿Qué hay de emocionante en vigilar a un enano de once años? —preguntó, de una manera que haría pensar que él no tenía muchos más—. Para eso me habría hecho maestro, joder.

Danta se dijo que el chico era demasiado optimista sobre su capacidad para el estudio. Sin embargo, se decantó por seguir la broma por un camino menos ofensivo para el bueno de Raúl. Avanzó hacia él y le puso una mano en la parte trasera del cuello, obligándolo a acercarse hasta que sus frentes casi chocaron.

—La emoción está —le dijo con una voz que, más que siniestra, sonó misteriosa —en que, si a Abril o al niño les ocurre algo estando bajo tu cuidado, te arrancaré las tripas con mis propias manos y prepararé embutido con ellas.

Raúl parpadeó un par de veces, contrayendo los ojos con fuerza. Estaba tan cerca de Jero que apenas podía verle la cara.

—Así que ya lo sabes, es una cuestión de vida o muerte.

Curiosamente, no necesitó tener una imagen más clara del rostro de su oponente para darse cuenta del momento en que este empezó a sonreír.

—¡Argg!... —se revolvió el chaval, librándose de Danta antes de que la sonrisa terminara de formarse en sus labios—. Eres un cabrón.

El impropio tuvo el mismo efecto en el interesado que su anteriormente voceada maldad, actuando como acicate para la risa.

—Estoy harto de que siempre os cachondeéis de mí.

—¿Quién dice que estoy de broma? —preguntó el otro, adoptando una pose un poco más seria. Solo un poco—. Tú deja que les ocurre lo más

mínimo y ya verás si hablo en serio o no.

—¡A la mierda!

En un intento de huida, en absoluto sutil, el muchacho estuvo a punto de arrollar a Fidel. Quien intentaba entrar al comedor en el mismo momento que Raúl realizaba la acción inversa, con los malhumorados aires de un ogro.

—Cuidado, hombre, que vas como loco —lo amonestó el apache, y él respondió con una frase ininteligible de la que las únicas palabras medianamente claras fueron «cuidado tú». Las cuales pronunció de un modo que más parecía un insulto que otra cosa—. Y haz el favor de llamar a tu madre, acaba de telefonarme preguntándome dónde puñetas andas.

Si esta vez hubo respuesta, quedó perdida en la longitud del pasillo.

Riendo el enfado del joven, Fidel atravesó el salón para ir al lado de Jero.

—¿Le ocurre algo a Lola? —preguntó Danta, en referencia a la llamada que su amigo decía haber recibido. Se dejó caer en el sofá e invitó al otro a imitarle.

—Nada, problemillas domésticos —explicó el gigante con actitud relajada—. Le pidió a ese idiota que comprara el pan y no se fía de su memoria.

Los dos hombres rieron, de nuevo, a costa del muchacho. El más alto tomó asiento junto al otro, colocó los codos en las rodillas y se frotó las manos; palma con palma, una contra la otra. Una pose tensa en la que Jero supo reconocer la inquietud de su compañero. Habían compartido demasiado para que se le pasara por alto alguno de sus estados de ánimo.

—¿Qué sucede? —inquirió, invitándolo a abordar el tema que estaba calibrando.

—Creo que deberíamos hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre la conversación que tuviste esta mañana con Santos.

A la mención de ese nombre, Danta se levantó del sofá como si alguien le hubiera pinchado con una aguja.

—Déjalo. —Acompañó la petición con un gesto de la mano.

Fidel, en cambio, no movió un solo músculo.

—No; no voy a dejarlo —replicó tranquilamente.

Lo de saber interpretar los humores del otro no era una habilidad exclusiva de Jero. Fidel había compartido con Danta la misma cantidad de tiempo que este gastó en su compañía. Por ello, habría sabido lo poco predispuesto que estaba su amigo a hablar sobre la propuesta de Santos aunque él no hubiera tenido esa expresión, ni se estuviera paseando por el salón como un animal enjaulado. Pero al gigante no le importó ni lo uno ni lo otro. Realmente creía que era algo que debían discutir y ya le había dado un margen de tiempo prudencial. Le concedió toda la mañana para aclarar sus ideas, la tregua se acabó.

—Oye, sé que no te gusta ese tío, y nadie puede culparte por ello. Pero si de verdad tiene el USB y está dispuesto a dártelo... ¡Dios, mío! Eso lo cambiaría todo.

De frente a la ventana y de espaldas a él, Jero dejó salir el aire de su pecho en un suspiro pesado.

No quería hablar de eso, no se sentía con fuerzas para hacerlo. ¿Tan difícil era de entender? La propuesta de Santos era una tentación demasiado fuerte para no flaquear si se la pasaban una y otra vez por delante de la nariz. Terminaría cayendo, y eso era lo que quería evitar a toda costa.

—¿De verdad vamos a tener esta conversación? —preguntó sin mirar a su compañero, mostrando en la frase el cansancio que lo aquejaba.

—Sí; vamos a tenerla —el otro, lejos de dejarse ablandar, se mostró

tajante—. Y lo haremos porque, si hay alguna alternativa a tu plan suicida, creo que merece la pena ser tomada en cuenta.

No hubo réplica, por lo que el apache se levantó del sofá para acercarse a la espalda de su amigo.

—¿Te has dado cuenta de lo que podrías hacer con esos documentos en tu poder? —le cuestionó, teniendo la completa seguridad de que no iba a decir nada que no hubiera pasado ya por la mente de Danta—. Te vengarías de Ildefonso de la Serna, limpiarías tú nombre y recuperarías tu identidad. Todo de golpe. Sería el final perfecto, nada de dramas ni de sacrificios.

Sí, tenía razón. Pero, aún así...

—No voy a aceptar su ayuda.

—¿Qué? —Fidel se enfrentó al obstinado perfil de Jero—. Pero, ¿por qué no?

—No es algo que dependa solo de mí. He involucrado a demasiada gente en esto. —Giró el cuello y clavó los ojos, inexpresivos, en el rostro de su interlocutor—. Pedro, Rómula; incluso Raúl o tú mismo. Todos esperáis la muerte de ese cretino y yo soy la mano ejecutora de la venganza. No puedo cambiar lo acordado por el grupo solo porque me venga mejor a mí.

El gigante bufó.

—¡Oh, vamos! No puedes creer en serio...

—No hay nada más que discutir.

Se dio media vuelta con intención de apartarse de la ventana, pero el otro lo retuvo poniéndole una mano en el hombro.

—¿Y qué pasa con Abril? —El nombre tambaleó los cimientos de la autoimpuesta frialdad de Danta. Quien, sin embargo, logró sobreponerse antes de que está se desmoronase—. ¿Es que no has pensado en ella?

Por supuesto que lo había hecho. Desde que la conoció, no había dejado

de pensar en la muchacha ni un solo segundo. Le había dedicado tanto tiempo que sentía la cabeza a punto de estallar por su culpa.

La quería, estaba enamorado de ella. Nada lo haría más feliz que recuperar esa vida que le habían arrebatado para poder vivirla a su lado. Volver a ser un tipo normal capaz de proveerle la sencilla existencia que la joven deseaba, ese era su mayor anhelo. Pero era un hombre de palabra. Una palabra que comprometió mucho antes de conocer a Abril y a la que no podía faltar. Ni siquiera por ella.

Estaba decidido. Era por eso que discutir la propuesta de Santos no tenía ningún sentido más allá del masoquismo.

—Abril no tiene nada que ver en esto.

Fidel le regaló su mueca más irónica.

—Pues te has involucrado mucho con ella para estar tan interesado en dejarla al margen, ¿no te parece?

Tenía razón, toda la razón. Por eso el comentario le hizo daño.

—Tengo cosas que hacer, Fidel. Y tú también deberías irte. Nos vemos mañana.

Fiel a su costumbre de poner tierra de por medio con cualquier asunto que tocara su lado más sentimental, Jero salió del salón negándole a su amigo la oportunidad de replicar.

—Hay montones de bares en Madrid y sus alrededores. ¿Por qué terminas siempre aquí, si lo único que buscas es una copa?

Sin apartar la vista del punto indefinido que tenía frente a él, y que llevaba rato mirando fijamente, Fidel reaccionó al comentario con una leve sonrisa.

—Tienes el mejor alcohol de toda la ciudad —respondió con los labios

prácticamente pegados al borde del vaso, sin variar la postura ni la actitud distante.

Mara se dejó caer en un taburete a su lado y sacó un espejito del pequeño bolso de mano que llevaba con ella.

—Claro, seguro que es eso lo que atrae a mi clientela.

La madame alzó la voz para pedir al camarero que le sirviera una copa. A continuación, en un gesto que era un clásico en ella, se recompuso el flequillo mirándose en el espejo.

—¿Qué quería el tipo de esta mañana? Jero parecía muy alterado después de hablar con él —preguntó sin dejar de comprobar su imagen, fingiendo un tono casual que no convenció a nadie.

Esta vez, el gigante dejó que su voz trasluciera la gracia que le hizo el comentario.

—Cómo si no estuvieras al corriente de todo lo que se hace y se dice en tus dominios —le recriminó en broma, haciendo a un lado su vaso para centrar toda la atención en la mujer que tenía al lado.

Ella sonrió. Pero, a juzgar por la brevedad del gesto, su buen humor duró poco. Cerró el espejito y, con él en la mano, se giró en el asiento para colocarse de frente a Fidel.

—No va a aceptar —sentenció. Usando lo mucho que sabía sobre Danta, su personalidad y su forma de reaccionar, para anticiparse a la información que su interlocutor pudiera ofrecerle sobre lo que había ocurrido después de que abandonaran el club —. Ese idiota está dispuesto a dejar pasar la oportunidad delante de sus narices.

El hombre recuperó su bebida y dio otro trago antes de responder.

—Ya sabes cómo es —le corroboró sin añadir nada más a lo que ella había dicho. No era necesario hacerlo —. Prefiere morir antes de decepcionar

o traicionar a su gente. Literalmente.

El camarero se acercó y dejó un vaso, lleno hasta la mitad con un líquido parduzco, sobre el mostrador y de frente a su jefa. Cuando el chico estuvo lo bastante lejos para respetar la intimidad de la conversación, esta añadió:

—¿Y qué pasa con la niña?

Dio vueltas al recipiente entre sus manos. Intentaba disimular lo difícil que le resultaba mencionar, aún sin usar el nombre, a esa chiquilla que en pocas semanas había conseguido colarse en el interior de Jero. Accediendo a rincones de su alma que durante seis años habían permanecido cerrados a cal y canto para ella.

—Prefiere mantenerla al margen —respondió Fidel escuetamente, consciente de lo duro que era el tema para Mara.

La mujer rio sin asomo de humor.

—Estúpido. —Devolvió el espejo al interior de su bolso y se acodó en la barra—. Ya es muy tarde para eso.

El apache observó la imagen de los dos, uno al lado del otro pero sin mirarse, en el espejo que tenía en frente. Sobre los desflorados cuellos de un montón de botellas abiertas. Era como estar viendo la televisión. Tanto Mara como él parecían personajes de una vieja película ambientada en los años de la Ley Seca. Como si estuvieran en el Nueva York de los años veinte en vez de a las afueras de Madrid. Eran el matón y la chica de alterne. Los dos habían sabido amoldar su apariencia a los estereotipos.

La imagen le resultó deprimente.

—Crees que Abril podría hacerlo cambiar de opinión —puso voz a los pensamientos que sabía que estaban surcando la cabeza de su acompañante—. Yo también lo he pensado.

—Pero... —La prostituta lo invitó a expresar su desacuerdo con la idea

que a priori decía compartir.

—No es tan sencillo —aseguró él, cruzando los brazos en la barra y girando el cuello en su dirección—. Jero es demasiado obstinado y ella poco voluntariosa. Ni él cederá fácilmente, ni la chica tiene la fuerza necesaria para presionarlo hasta hacerlo entrar en razón. —Recuperó el vaso y lo vació de un trago—. No; desgraciadamente, esa niña tampoco será la razón que necesita Jero para anteponer su vida a la sed de venganza.

Mara sonrió de un modo misterioso. Como una esfinge, como la Gioconda. Como alguien que podía ver más allá del límite de las miras de su contertulio.

—Los hombres sois criaturas extremadamente sencillas —se mofó, sin escatimar en condescendencia—. Para vosotros, la naturaleza humana se divide en lo bueno y lo malo. Sin tener en cuenta la infinidad de combinaciones que pueden darse entre esos dos extremos. Debe ser estupendo tener una visión de la vida tan simple.

El comentario hizo reír a su viejo amigo.

—Miras a esa chiquilla y solo ves a una niña necesitada de protección —siguió ella—. Pero te recuerdo que, cuando tuvo que decidir, la doncella en apuros no dudó en sacrificarlo todo, su libertad, su dignidad y a sí misma, para salvar a su familia. —Alzó el vaso y lo movió hacia Fidel en un brindis de malagana—. Tal como yo la veo, la maldita Abril tiene más agallas que cualquiera de los brabucones que rodeáis a Jero. Créeme, te aseguro que no cualquiera puede hacer lo que ella hizo.

El gigante no dijo nada. Se sumió en el silencio, arrastrado por la reflexión de Mara. Ciertamente era que no le faltaba razón. El valor que demostró la hija de Teodoro Galván al interponerse entre las cuentas pendientes de su

padre con Danta era incuestionable. La jovencita había tenido temple al asumir el rol de sacrificada en pos del bien de aquellos a los que amaba.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó al cabo de un buen rato. Más que dispuesto a escuchar la sugerencia que adivinaba tras la defensa que la prostituta había hecho de esa niña, a la que su corazón destrozado debía detestar.

—Tráemela —pidió esta, tras un instante en el que le resultó difícil tragar el licor que estaba bebiendo—. Voy a contarle toda la verdad. Verás como, una vez que sepa el riesgo al que se expone Jero, la mosquita muerta no se quedará quieta viendo como él se encamina al matadero igual que una estúpida oveja.

—Se va a enfadar —objetó Fidel sin ánimo de resistencia, solo para advertirla. Aunque sabía que no era necesario, en calidad de amigo se sintió en la obligación de recordar a Mara que, con lo que proponía, se exponía abiertamente a la furia de Danta. Los dos lo hacían.

La mujer recogió su bolso, dejó el vaso medio vacío en la barra y se levantó del taburete.

—Sin duda. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? Si el muy tarado no sabe cuidarse solo, quienes lo queremos tendremos que hacerlo por él —afirmó, segura de que podía contar con la ayuda del apache para contravenir la voluntad de su gran amigo si el fin era protegerlo.

Fidel se movió en su asiento, buscando quedar de frente a Mara.

—¿Cómo es que nunca me he dado cuenta de lo lista y valiente que eres? —le preguntó con una coquetería exagerada por la broma.

Ella ahogó una sonrisa en la que ambos encontraron un sabor amargo.

—Porque jamás me has visto como a una mujer —le respondió con franqueza, mucho más seria de lo que había sido él, poniendo en palabras una

verdad que ambos sabían—. Así que no quieras hacerme creer que eso ha cambiado. No tengo interés en luchar por un hombre que ya tiene el corazón ocupado. Menos aún, si su inquilina es un fantasma. Es una rival a la que nunca podría vencer.

Se despidió posando en el hombro de su amigo una mano cargada de llamativas sortijas. Una vez solucionados sus problemas personales, Mara caminó por la sala para ir a atender los de índole profesional. Escondiendo su eterna soledad tras una sonrisa igual de duradera.

El haz de luz blanquecina entró por la ventana, iluminando momentáneamente la habitación a oscuras. Abril miró las sombras espectrales que los contornos de los muebles dibujaron en las paredes. Cuando sonó el trueno, su cuerpo se encogió involuntariamente bajo las mantas.

—¿Te dan miedo las tormentas?

La voz adormilada de Jero, saciado después del placer compartido, se derramó en su oído cuando el hombre afianzó el brazo en su cintura y la acercó más a su cuerpo. Un gesto con el que su instinto protector se abrió paso entre la neblina de la modorra para responder al sobresalto de la muchacha. Ella se relajó y acomodó la espalda a los contornos del firme pecho de su amante. Mientras, él apoyó la barbilla en su hombro y enterró la cara en la mata de cabello castaño, ligeramente húmeda después del amor.

—No —respondió la chica, acariciándole el antebrazo. Sin ver nada más que la oscuridad que otra vez se adueñó del dormitorio—. Es que me estaba quedando dormida y el ruido me despertó.

Lo notó reír quedamente, sin emitir ningún sonido; adivinándolo por la vibración que la íntima proximidad del cuerpo masculino transmitió al suyo.

Jero dejó caer un beso perezoso, dormilón y tierno en su cuello.

—Mañana iremos a buscar a Teo. He pensado que, después de todo, es mejor que esté con nosotros —propuso con actitud lánguida.

En un principio temió que, tanto ella como el niño, correrían peligro quedándose a su lado. Pero, después de meditarlo en frío, Danta concluyó que la mejor manera de protegerlos a ambos era no perderlos de vista. Solo estando cerca de ellos podía tener la seguridad de que estaban a salvo.

Abril mostró su acuerdo friccionando la mejilla en la almohada al asentir.

Un suspiro precedió a la voz de Jero, cuando retomó la palabra.

—Mis hombres vigilan la casa día y noche. Ahora mismo este es el lugar más seguro que puedo ofreceros. —La punta de su nariz rozó juguetonamente el lóbulo de la oreja de ella—. Duerme tranquila, me aseguraré de que los dos estéis bien —le prometió, un momento antes de que su respiración adquiriera el ritmo lento y cadencioso del sueño.

Otro relámpago inundó de luz el dormitorio, precediendo a un trueno que se demoró menos que el anterior. La tormenta se acercaba. Abril buscó la mano que Jero mantenía sobre su vientre para tomarla en la suya. Fuerte, muy fuerte. Como si necesitara una evidencia física de que de verdad estaba allí, con ella.

No había mentido al decir que las tormentas no la asustaban, realmente era así. Los fenómenos atmosféricos no engrosaban la lista de cosas que la habían atemorizado desde la infancia. Sin embargo, esa noche, en concreto, el temporal la amedrentaba. El instinto la llevaba a interpretarlo como una metáfora, el anticipo de algo que estaba por venir. Algo violento, igual que el viento que azotaba los árboles del jardín, arrancando a sus ramas quejidos de alma en pena.

Jero era pródigo en sonrisas y palabras de efecto calmante. Capaz de asegurar que todo estaba bien aún cuando sus pies hacían equilibrios en el

borde del abismo. Pero sus artimañas ya no la engañaban. O sería más correcto decir que no se fiaba. Era cierto que no se conocían hacía mucho, pero la convivencia sumaba al asegurar que sabía quién era ese hombre. El hombre que, en ese momento, la abrazaba de un modo que volvía difícil saber dónde terminaba él y comenzaba ella. El mismo con el que, hacía solo unos minutos, había compartido su versión más íntima. La que solo le había mostrado a él.

Había algo peligroso persiguiendo a Jerónimo Danta, era un hecho. Una sombra amenazante e insistente. Y, los negocios al margen de la ley a los que siempre recurría para justificar los hechos más truculentos de su vida, no tenían nada que ver. Eran solo la excusa. Una muy útil, que ponía a temblar a Abril como si la hubieran soltado desnuda en medio de una nevada. Que él necesitara ocultar la verdad tras un telón que no tenía nada de normal, ni de tranquilizador, resultaba escalofriante. No quería imaginar la verdadera naturaleza de lo que escondía.

Cerró los ojos, con los dedos fuertemente enlazados en los de Jero.

Le habría gustado creerle, ser capaz de hacer lo que él le había dicho. Dormir, hacerlo como si no hubiera nada que temer. Ojalá fuera tan fácil. Pero, por desgracia, intuía que, la que rompía en breves fogonazos la negrura de esa noche, no era la única tempestad que amenazaba la quietud de su horizonte.

20

Capítulo 20

Quizás se estuviera volviendo paranoica. Puede que fuera su estado de ánimo, tan alterado en los últimos días, lo que la llevaba a ver las cosas de ese modo: con suspicacia y hasta una pizca de desconfianza. Pero desde el primer momento le pareció raro, la verdad.

Esa tarde, finalizadas sus clases en la facultad, salió del aula en compañía del ineludible Raúl. Para no variar y seguir dando pábulo a los rumores que la unían sentimentalmente a ese neandertal de melena rizada. Nada extraño, ni diferente a lo que había sido su día a día en las últimas siete semanas. Pero abandonar el edificio y encontrar a Fidel al otro lado de la calle sí que se salía de lo normal.

—¿Qué está haciendo este aquí?

La pregunta de su escolta tuvo un matiz de sorpresa que avaló la percepción de Abril.

Raro. No había otra manera de definirlo. Aquello era muy raro.

Ninguno de los dos se movió de la puerta que acababan de atravesar. El gigante, sonriendo igual que si la sorpresa reflejada en sus juveniles rostros le

resultara graciosa, descruzó los brazos que apoyaba sobre el pecho y echó a andar en dirección a ellos.

—Cambio de planes —anunció alegremente cuando se hubo reunido con la pareja en la entrada de la facultad—. Puedes irte, yo llevaré a Abril a casa.

Ninguno de los presentes dudó de la alegría con la que acogió el chaval la noticia. Aún así, y pese al evidente regocijo que le produjo perder de vista a la chica de Danta antes de lo esperado, Raúl fue lo bastante profesional para interesarse por el motivo de su inesperado golpe de suerte. Estaba decidido a hacer que Jero, y los demás, se tragaran la imagen de inmaduro niño que tenían de él. Les iba a demostrar que era un hombre hecho y derecho, responsable y merecedor de algo mejor que ser el cuidador de un par de críos. Les iba a cerrar la boca a esa panda de imbéciles que lo protegían como si tuviera los mismos años que Teo.

—¿Y puedo saber por qué?

Fidel lo miró con una mueca burlona que, de haber sido consciente de ella, habría tirado por tierra su intento de madurez.

—Porque estoy aquí para relevarte.

La respuesta no le resultó tan críptica como a Abril, él ni siquiera conocía el significado de esa palabra. Pero en lo que sí coincidió con ella fue en que tampoco le satisfizo.

—Sí, ya sé que estás aquí. Te estoy viendo. Pero es que Jero no me ha dicho que fueras a...

—Bueno, bueno, bueno. —El apache volvió a cruzar los brazos y los miró con las cejas alzadas—. Pensé que darías saltos de alegría al terminar tu trabajo un poco antes de lo previsto. Pero parece que me equivoqué. —Miró alternativamente a uno y otra—. Supongo que, al final, os habéis hecho buenos amigos y ya no os disgusta pasar tanto tiempo juntos.

—No.

—¿Qué dices, tío?

Los muchachos reaccionaron a la pulla del modo esperado, azuzando la carcajada que estalló en el pecho de quien les tomaba el pelo. Abril se abrazó a su carpeta, estrujándola contra su cuerpo con expresión de fastidio. Mientras que Raúl dejó que la rabieta que marcaba su humor habitual le empujase los pies lejos de donde paraban los otros dos.

—Eres un idiota —espetó a Fidel al pasar a su lado, proporcionando al hombre nuevos motivos para no cortar su hilaridad.

Se detuvo al sonido de la risa renovada, mirando al gigante con toda la inquina que cabía en su cuerpo. Pero no tardó en seguir adelante, sin ser capaz de dejar el enfado atrás.

—Que os jodan. Estoy harto de ser el mono del que os reís. Se acabó. Paso de...

Lo que para Raúl pretendía ser una declaración de principios se quedó en uno de sus acostumbrados lamentos llorones. El cual se perdió en la lejanía, de camino al lugar en el que había aparcado la moto. Aún así, tanto Fidel como Abril adivinaron la continuación de la retahíla. El discurso variaba poco de una vez a otra. La falta de imaginación también tiene sus ventajas, en ciertas ocasiones facilita la comunicación.

—Al final, le compro el diccionario. Ya verás.

El apache compartió la broma con la chica, que la rio con una sonrisilla tímida antes de seguirlo al coche. Él mantuvo abierta para ella una de las puertas traseras del vehículo y la cerró caballerosamente cuando se hubo acomodado en su interior. Después fue a tomar asiento al volante e hizo que el coche se alejara de la Facultad de Bellas Artes. Pero, para sorpresa de su pasajera, no puso rumbo a las afueras, buscando la autopista para volver a la

urbanización privada. Por el contrario, se internó en las arterias de la ciudad, fundiéndose en el encendido tráfico camino al centro.

—¿No volvemos a casa? —preguntó Abril, segura de que el rumbo que llevaban no era el que el chófer se había comprometido a tomar.

Este no demoró la respuesta.

—Sí, pero antes pasaremos por otro sitio —anunció con naturalidad.

Ella observó el reflejo de su rostro en el espejo retrovisor, alcanzando a ver poco más que la línea de sus ojos en el estrecho cristal. Más que suficiente, no obstante, para apreciar que sonreía. Lo notó en el modo en que las mejillas del hombre ascendieron y le estrecharon la mirada.

—¿Estás asustada?

No tanto, no era miedo lo que Abril sentía. Conocía a Fidel, en ese tiempo él había llegado a convertirse en un personaje cotidiano en su vida. Sabía de su estrecha relación con Danta, del respeto y afecto mutuo que se profesaban. Los dos hombres eran más que amigos, casi hermanos. Desde un punto de vista espiritual, por lo menos, ya que no biológico. Motivo de peso para que también ella confiara en el apache. Aún así, y pese a su seguridad en que el hombre no le haría ningún mal, tampoco podía decir que estuviera tranquila. Era evidente que algo pasaba. Llevaba días viviendo con esa sensación y, aunque no sabía de qué se trataba, era inquietante. Si tuviera que definirlo, diría que su ánimo estaba cerca del desconcierto.

Negó la pregunta con una sacudida de cabeza, evitando hacer aclaraciones sobre su humor. No venían al caso.

—No tienes que estarlo —le aseguró Fidel, que no otorgó ningún crédito a su respuesta. El resquemor de la joven era palmario—. Jero me matará si permito que te pase algo. Y no es un decir, los dos sabemos lo bestia que es.

La broma tuvo el efecto esperado, al arrancar a la destinataria de la misma

una sonrisa que la liberó de tensión.

—Sí, lo sé.

Él la miró a través del espejo retrovisor.

—Será solo un momento. Te prometo que pronto estarás en casa.

De algún modo, el compromiso logró calmar a la muchacha un poco. Confiando en que aquello para lo que la requería Fidel terminaría rápido se recostó en el respaldo del asiento y se distrajo con el paisaje. Las calles ya olían y brillaban con matices navideños. Los puestos de buñuelos rellenos de crema y chocolate, las guirnaldas en los escaparates y los arreglos de bombillas simulando dibujos típicos de la fecha preparaban el ambiente y el ánimo de los transeúntes, entonándolos para las inminentes fiestas.

Abril se preguntó si ese año su madre les enviaría a Teo y a ella otra postal. O si su padre se dignaría a dar señales de vida, como en una de esas películas en las que hasta el milagro más improbable se cumple y los que se quieren se reencuentran por arte de birlibirloque. Pensó en ello. No en los almibarados filmes navideños, sino en lo diferente que era su vida de esas historias. Y llegó a la conclusión de que la que estaba por venir sería la Navidad más triste de todas las que había vivido. La más solitaria, la más desarraigada.

Sin duda iba a serlo, si lo miraba desde un punto de vista objetivo. Pero, pese a ello, no se sentía mal. Muy al contrario, ese año la soledad no le pesaba con el tonelaje acostumbrado. No experimentaba tristeza al ver a las familias que corrían las calles juntos, en amor y concordia, buscando regalos y dulces con los que agasajarse el paladar. No miraba con envidia la aparente felicidad de los demás, porque era un sentimiento que también la tocaba. Olvidada por su madre, abandonada por su padre y con su hermano y ella

misma acogidos en casa de un desconocido, Abril se reencontraba con la sensación hogareña que imponen las fiestas.

Bien mirado, ¿qué autoridad tenía para juzgar lo que era raro y lo que no? Mejor haría cerrando la boca.

El coche se detuvo frente a una elegante cafetería del centro.

—Entra tú primero, yo voy a aparcar y enseguida me reúno contigo.

La petición de Fidel la arrancó del análisis que estaba haciendo a su contradictorio carácter. Había sido él quien la llevó hasta allí, sin explicarle para qué. ¿No sería lo más lógico que la acompañara?

—No tardaré.

—Pero...

El hombre se volvió en su asiento para mirar atrás; a ella.

—Te están esperando —le informó con tono calmo, para cortar su reticencia—, así que no te preocupes.

Misterioso. Muy misterioso. Como Jero. Igual por eso se llevaban tan bien, los dos tenían caracteres similares. Aunque el gigante fuera más calmado y cerebral que Danta, convirtiéndose en su antítesis más de una vez, ambos compartían el talante firme y la oscura manera de conducirse. Como una cebolla, los amigos guardaban más capas de las que se apreciaban a simple vista. Demasiadas para que Abril pensara siquiera en la alternativa de ponerse a deshojarlas en ese momento.

Sucumbiendo a la costumbre que Jero se afanaba en aniquilar, cedió a lo que Fidel le pedía.. Aún así, su maestro de rebeliones se habría sentido satisfecho de haber sabido que era la decisión de terminar con aquello cuanto antes, y no la sumisión, lo que la hizo arrinconar la idea de presentar batalla. Agarró su carpeta de dibujo y, con ella a modo de escudo, descendió del

coche y atravesó la acera hasta la entrada del local. Un pretendido rincón parisino en el corazón de la capital española.

El ruido del tráfico quedó acallado en el umbral de la cafetería por una música suave —y naturalmente de acento francés— que le salió al encuentro. Recibiéndola para conducirla a la antesala de un mundo diferente al que dejaba tras de sí. Le gustó el lugar, la melancólica atmósfera que lo envolvía. Por un momento, fantaseó con la idea de que el secretismo con el que el siempre leal Fidel la había guiado allí se debiese al carácter sentimental del encuentro que la esperaba.

¿Podría ser que Jero lo hubiera planeado para sorprenderla?

Con la ilusión empujándola desde atrás se apresuró a irrumpir en el salón luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Que se disipó tan pronto como estuvo dentro.

Mara levantó la mirada de la carta en la que ojeaba el menú y la cruzó con la de Abril. Quien rogó para que la madame no se percatara de la desilusión que sintió al verla a ella, y no a quien por un tonto segundo había esperado encontrar allí. Pero no creyó que su deseo se hubiera cumplido. La burlona mueca que dibujó el rostro de su despampanante rival fue prueba de lo mal que supo esconder sus sentimientos.

¡Tonta! Cómo si todavía no conociera a Jero. A esas alturas ya debería saber que él no era del tipo romántico. Con el empeño que ponía en huir de escenas sentimentales, ¡cómo para pensar que iba a montar una por propia voluntad!

Nuria era una pésima influencia. Nunca lo había pensado, pero, ahora que estaba enamorada como una boba, empezaba a ser consciente de lo perniciosa que era la novelera imaginación de su amiga. Resultaba contagiosa.

—Abril.

Mara alzó una mano, al tiempo que decía su nombre con una sonrisilla no tan inocente como quiso hacer ver. Asegurándose, con la llamada de atención, de eliminar cualquier duda que aún pudiera albergar de que estaba allí para encontrarse con ella.

La joven suspiró. Esta vez, ni siquiera se molestó en intentar disimular. Se agarró con más fuerza a la carpeta y echó a andar en dirección a la mesa que ocupaba la amiga de Danta.

—Lo siento, tengo la impresión de que esperabas ver a otra persona —se excusó la madame, prolongando su falsa candidez.

—En realidad, no —negó Abril, tomando asiento frente a ella—. Nadie se ha tomado la molestia de explicarme por qué estoy aquí, así que no sabía con quién me encontraría.

La otra sonrió y, al hacerlo, mermó su autoestima. Consiguió que se sintiera tonta, ridícula e infantil frente a ella. Como de costumbre. Incapaz de salir victoriosa de ningún tipo de duelo con una mujer que le ganaba por goleada tanto en madurez como en experiencia.

Mara, que no estaba pensando en Abril, sino en la astucia de Fidel al evitar decir a esta que era con ella con quien se reuniría esa tarde —esquivando de ese modo la posible negativa de la jovencita a entrevistarse con la que considera su enemiga—, optó por dejar de lado, al menos de momento, a la arpía redomada que le servía de armadura. No sería fácil. Se sentía más segura, más protegida, resguardada por la frívola fulana a la que representaba la mayor parte del tiempo. Al punto de que en ocasiones creía que era su verdadero yo. Pero sabía que no iba a ser capaz de tender un puente con esa niña si no relajaba el tono. Pese a que ser su amiga, incluso llevarse bien con ella, seguía sin interesarle lo más mínimo, necesitaba atraerla a su lado.

Si había alguien capaz de salvar a Jero de su propia estupidez esa era, sin ninguna duda, Abril. Detestaba reconocerlo, pero nunca había sido de las que dan la espalda a la realidad. De modo que...

—Me he tomado la libertad de pedir por ti, espero que no te importe. Te gusta el chocolate, ¿verdad? —dijo con una actitud amigable que, pese a lo forzada, esta vez no tuvo restos de maldad oculta.

Algo que su joven invitada, hipersensible por culpa de sus propios complejos, no supo apreciar.

—Un café también habría estado bien —replicó, amilanada y airada. Pretendiendo aparentar que era muy adulta cuando, en realidad, se sentía más infantil con cada palabra que salía de su boca.

Abril se mordió el labio y bajó la vista, posándola en el borde de la mesa.

¿Cómo habría sabido Mara que le gustaba el chocolate? ¿Se lo había dicho Jero? ¿O es que resultaba tan evidente? ¿Qué va a gustarle a una niña? Pues el chocolate, ¡claro! Es como sumar dos más dos...

Alzó la mirada al notar que le arrebataban la carpeta. Aunque no opuso resistencia a que la despojaran del que había nombrado su escudo protector. Mara se la quitó y despejó una esquina de la mesa para dejarla allí.

—Me gustaría ver tu trabajo —expresó la mujer de un modo vacío, esforzada en la cordialidad—. Jero no se cansa de presumir que eres una pintora maravillosa.

—No me has hecho venir aquí para eso.

La afirmación desposeyó a la carpeta de la atención de la madame, quien la traspasó a la dueña del objeto. Dejó vagar la palma de su enjoyada mano sobre la superficie de la cubierta, ligeramente rugosa, y colocó en la muchacha una mirada apreciativa. Se la veía cohibida, a disgusto. Ninguna de las dos estaba disfrutando de la compañía de la otra. Pero el sesgo rígido de la

determinación estaba claramente reflejado en los delicados rasgos de su invitada.

El camarero se acercó y, con una sonrisa, dejó encima de la mesa la comanda ordenada por Mara un rato antes.

—Muy aguda —soltó la mayor de las mujeres cuando el empleado las dejó en compañía de dos humeantes tazas de chocolate caliente.

La chica agitó la cabeza en lo que pretendió ser una negación.

—No lo soy, solo señalo lo evidente.

—Tienes razón.

La promotora del encuentro agarró su taza y le dio un buen sorbo, lamentando al momento que la bebida no llevara ni una pizca de alcohol. Le habría venido bien para entonarse. Lo que estaba a punto de hacer no era fácil para ella, lo asemejaba a firmar su rendición ante el enemigo. Un amargo trago que entra mejor con el orgullo anestesiado.

—Las dos sabemos que tus dibujos me interesan tan poco como todo lo que tiene que ver contigo —se sinceró, haciendo a un lado la sutileza—. Naturalmente, me hago cargo de que el sentimiento es mutuo.

Abril no se molestó en intentar convencerla de lo contrario. Ni Mara lo habría creído ni ella tenía interés en que lo hiciera.

—Pero te necesito para que hagas algo.

—¿Hacer algo? —La joven casi brincó encima de la silla.

Honestamente, no creía que fuera la persona más indicada para ayudar a esa mujer. En nada. Le sabía mal, pero preferiría no tener que inmiscuirse en su vida al punto de hacerle favores.

—Lo lamento, pero no creo que yo pueda...

—No por mí, sino por Jero.

Como Mara había esperado, la aclaración cortó de cuajo tanto la queja

como la reticencia en la que esta se sustentaba.

—¿Qué pasa con él?

La prostituta sonrió. Ahora sí, la que asomaba al rostro de la chica que tenía en frente era la expresión que deseaba ver.

—No te considero ninguna tonta. ¿Sabes? —admitió, siendo completamente sincera—. Solo inmadura, demasiado para tu edad. Pero, pese a tu inexperiencia, estoy segura de que te has dado cuenta de que Jero no es un hombre transparente.

Abril asintió con una lentitud que resultó solemne. No quiso responder de palabra. Tenía la sensación de estar llegando al final de un camino muy largo y no deseaba que el más mínimo traspies le impidiera alcanzar la meta. Por ello puso cuidado en no hacer ni decir nada que pudiera servir para que Mara cambiara de opinión. Ahora estaba segura de que esa mujer la había convocado allí para revelar el pasado del hombre al que las dos amaban. No tenía ni idea de qué pretendía conseguir con ello pero, en cualquier caso, tampoco le importaba. Lo único relevante en ese momento era que a través de la madame podría conseguir la pieza que completaba el puzle. La que le permitiría acceder a una verdad que, sin conocerla, ya la asustaba.

Su postura en la silla se volvió rígida por la tensión.

Mara volvió a coger su taza y se la llevó a la boca. Deteniéndola, un poco antes de que le rozara los labios, para preguntar con la mirada baja:

—¿Aún le crees cuando te dice que todo lo que ha pasado últimamente está relacionado con sus negocios?

La muchacha se dio cuenta de que le estaba demandado que se pronunciara. Su rival quería oír de su propia boca la magnitud de las dudas que se interponían entre Danta y ella. No tuvo inconveniente en darle el gusto.

—No, ya no —admitió con cautela y la voz tomada por el nerviosismo—. Hace tiempo que tengo la sensación de que Jero se enfrenta a algo mucho más peligroso que el enfado de gente enrabiada por el coste de los intereses.

La postura de la otra no cambió. La taza seguía detenida a un paso de sus labios rojo intenso, en espera de un trago que se demoraba más de lo normal.

—¿Y crees que estás lista para conocer la verdad?

La joven no mostró rastro de duda al responder.

—Sí.

Mara levantó la vista, sorprendida. Estaba confiada del valor que los demás no sabían ver en esa muchachita sosa, pero jamás esperó que ella lo manifestara con tanta contundencia. Volvió a sonreír y, muy a su pesar, no pudo reprimir una corriente de simpatía hacía la chica.

Asintió, mostrando toda su aprobación.

—En ese caso, comenzaré por el principio.

21

Capítulo 21

—¿Has oído hablar de Ildefonso de la Serna?

La pregunta la descolocó.

—¿El político? Claro, no hay día que no salga en las noticias. Se dice que va a ser el próximo presidente.

La sonrisa de Mara fue un cóctel de desprecio e ironía.

—Podría ser. Ha sabido crearse la imagen de hombre de honor y sin mácula en su historial —convino. Pese a que, al contrario que su compañera, no creía que los esfuerzos que había hecho De la Serna para aparentar ser quien no era le fueran a valer para llegar a la Moncloa. Jero acabaría con él antes de que tuviera la oportunidad de poner un pie en la residencia presidencial—. Empezó a fraguarse la fama antes de iniciar su carrera política.

Pero no podía decírselo a Abril, sería adelantar acontecimientos. Era preferible morderse la lengua y comenzar la historia desde el principio, como aseguró que haría. Quería cerciorarse de que la niña entendía bien el calado de lo que le iba a revelar.

—Antes de fundar el PS, dirigía una institución social financiada por una de las entidades bancarias más importantes de España.

La muchacha no se explicaba por qué había variado la conversación a temas políticos, cuando se suponía que era de Danta de quien le iba a hablar. Aún así, fue paciente, esperando que el prólogo la llevase a la historia que quería escuchar.

—Debe ser una buena persona —supuso, sin saber que otra cosa decir.

—Hum. —Mara dio un sorbo a su chocolate y puso la taza encima de la mesa. Esa bebida dulzona no la entonaba—. Pregúntale a Jero, podrá hablarte del carácter de Ildefonso de la Serna mejor que yo. Lo conoce bien.

La mandíbula de la chica se tensó. El instinto le avisaba que empezaba a acercarse al lugar al que quería llegar.

—¿Ah, sí?

La madame asintió.

—Trabajó para él. Aunque su relación con ese hombre empezó mucho antes, cuando era niño. Jero fue seleccionado personalmente por De la Serna como beneficiario de una de las becas de su Fundación. —Mara esbozó una sonrisa desnuda de segundas intenciones cuando agregó, dejándose llevar por el afecto: —No sé si te habrá contado que se crio en el campo...

Se detuvo a mitad de frase, víctima de la timidez por primera vez en muchos años.

Por supuesto que se lo había contado. Mirando el rostro de Abril, se daba cuenta de que él le había relatado las vivencias de su infancia y mucho más. Probablemente, incluso la había hecho partícipe de anécdotas que nunca compartió con ella.

—Sí, lo sé —aceptó la joven, un poco cohibida.

Era evidente que a su compañera le hacía daño la intimidad existente

entre ella y Jero. Pese a todo, no quería ser la responsable del malestar de esa mujer. Podía entender perfectamente como se sentía. Era lo mismo que había sufrido ella cada una de las ocasiones en las que imaginó a la madame como la amante de Danta.

—Ya, bueno —por suerte, esta se recompuso de inmediato. O eso simuló—. El caso es que, sin esa beca, nunca habría podido salir de la granja en la que creció. Su familia es demasiado humilde para permitirse costear los gastos de la esmerada educación que recibió él.

—Seguro que está muy agradecido.

—Más que eso, Jero idolatraba a De la Serna. Creció viéndolo como un héroe y, después de licenciarse en Derecho, hizo de trabajar con él su meta.

—Y lo consiguió —concluyó Abril con una sonrisa, segura del final de la historia aún antes de que la otra se lo confirmara. No podía ser de otra manera, conocía bien lo obstinado que podía llegar a ser el hombre del que estaba enamorada.

—Sí, lo consiguió —avaló Mara, abandonando cualquier resquicio de sonrisa que pudiera quedar en su semblante—. Pero no te dejes engañar, princesa. Este cuento no tiene final feliz.

El cuerpo de la invitada se tensó.

—¿Por qué dices eso?

Se acabaron los rodeos. Ahí estaba. Tras un recorrido que se le había hecho demasiado largo finalmente llegaba a su parada.

—Lo que pasa siempre que te acercas demasiado al ídolo, que ves toda la basura que oculta el brillo. Como secretario de Ildefonso de la Serna, Jero descubrió la realidad bajo la coartada de hombre de bien. Ese cerdo no es diferente del resto de políticos de este país. Le preocupan más el dinero y el poder que los ciudadanos.

La madame dejó de hablar y esperó hasta que una acaramelada pareja de adolescentes dejó atrás la mesa a la que ambas estaban sentadas para ocupar otra, al fondo del local. Entonces se inclinó un poco hacia delante y siguió contando, en un tono de voz que facilitaba el clima confidente:

—Fraude, malversación de fondos, tráfico de influencias... Todos son pecados de los que el pretendido salvador de este país no está exento.

—Jero debió sentirse muy defraudado —concluyó la muchacha, con expresión compungida y rezumando inocencia por los cuatro costados.

La que la oía se encogió de hombros.

—Sobrevivió —apostilló, peinándose el flequillo con los dedos cargados de anillos—. El desengaño forma parte de hacerse mayor. El problema es que Jero siempre ha tenido demasiado sentido del honor para aguantar mucho tiempo al lado de alguien como De la Serna. No se quedaría de brazos cruzados sabiendo lo que ese hombre hace siempre que las cámaras no lo enfocan. Cuando el nuevo colegio para niños en riesgo de exclusión social que el político mandó a construir se vino abajo, no pudo seguir mirando a otro lado. ¿Recuerdas lo que pasó?

La chica negó con un gesto. Estaba siguiendo el desarrollo del relato con el corazón en un puño.

—El caso tuvo una gran repercusión. Murieron muchas personas entre alumnos y personal del centro. La tragedia conmocionó al país. Principalmente, porque los peritos concluyeron que el desastre habría sido evitable si se hubieran empleado materiales de buena calidad en la construcción del edificio. Esa fue la primera vez que la imagen de Ildefonso de la Serna sufrió un revés, aunque el escándalo no consiguió hundirlo. Es fácil salir indemne del peor varapalo cuando se tienen influencias y dinero suficiente, y ese bastardo los posee a espuestas. Se las arregló para que las

culpas cayeran sobre la constructora y él salió reforzado como el inocente benefactor engañado por unos avariciosos empresarios.

—Pero Jero no podía permitir que la cosa terminara así. —Abril dio voz a otro giro previsible.

—No. Él no consentiría semejante injusticia y, como secretario de ese indeseable, tenía pruebas suficientes para enviarlo a la cárcel.

Siguió un corto silencio antes de que la joven anticipara:

—Por eso anda tras él. Es Ildefonso de la serna, y no uno de los hombres que le debe dinero, quien intenta matarlo.

La sonrisa de Mara destiló dolor al responder:

—No; no intenta matarlo, ya lo ha hecho. El Jerónimo Danta que tú conoces no existe, es solo un fantasma.

La que estaba sentada frente a ella parpadeó varias veces, incrédula.

¿Qué era eso, una historia de terror? ¿Aquello era lo que Mara quería contarle? ¿Para eso la había hecho ir hasta allí valiéndose de engaños? ¡Por favor! Halloween ya había pasado. Además, ella tenía motivos sobrados para atestiguar que Jerónimo Danta estaba muy vivo. No entraría en detalles, por supuesto, el pudor se lo impedía. Pero...

—¿No me crees? —preguntó la madame, burlona, adivinando el tumulto de dudas que se le arremolinaban en la cabeza—. Te aseguro que, si la buscas, encontrarás su acta de defunción. Con esto no quiero decir que sea un espectro en el sentido literal, claro. Solo que así es como ha vivido durante los últimos seis años.

—Pero, ¿cómo es posible...?

—El hombre que De la Serna envió para acabar con él no finalizó el trabajo. Tampoco sé por qué. Miedo, arrepentimiento o falta de agallas. ¡A saber! El caso es que lo dejó medio muerto y así fue como lo encontré. —El

discurso ganó fuerza al llegar a la parte de la historia que Mara mejor conocía, la que había vivido de primera mano. Se infló de orgullo al decir: —Durante semanas lo cuidé, lo alimenté y sané sus heridas. Lo devolví a la vida. Aunque la versión oficial, incluso para su familia, es que murió en un ajuste de cuentas. Supongo que el tipo que lo dejó con vida se encargó de buscar un cadáver que hizo pasar por el de Jero, para librarse de la furia de su jefe. En definitiva, ahora hay una tumba en el cementerio de su pueblo que tiene grabado el nombre de Jerónimo Danta y la leyenda de una vida tan poco honrosa como su muerte.

—Es una locura.

—Estoy de acuerdo.

Abril seguía intentando asimilarlo. Había crecido a la sombra de un padre irresponsable, que no le había proporcionado la más común de las existencias. Siempre pensó que su vida tenía más trazas de argumento de folletín que de lo que el común de los mortales considera la vida real. Aun así, todo aquello era difícil de tragar incluso para alguien tan acostumbrada a lo inhabitual como ella.

—No lo entiendo —reconoció su incapacidad para asimilarlo—. Sí, como dices, está muerto a efectos burocráticos, ¿cómo es que tiene una casa, un coche...?

—Todo está a nombre de Fidel.

La joven suspiró y se dejó caer en el respaldo de la silla. Se había quedado tan fría como el chocolate que tenía delante y que ni siquiera había probado.

—¡Y yo que creí que mi vida era complicada! —murmuró, hablando consigo misma.

Mara, que la oyó pese a lo bajo de su tono, ahogó una sonrisa.

—Durante todo este tiempo Jero ha vivido por y para la venganza —continuó con el relato. Segura de que, pese al asombro, la otra lo seguiría con el interés que había demostrado hasta el momento—. Tan pronto se restableció hizo por contactar con las familias de los fallecidos en el derrumbe. Todos los hombres que trabajan ahora con él perdieron un ser querido en el desastre. Incluso esa agría de Rómula, que hubo de enterrar a su hermano.

—¿También Fidel?

Abril no supo por qué, de entre todos los que rodeaban a Jero, se interesó por el gigante. Puede que se debiera a que lo veía tan unido a Danta que llegó a creer que se conocía desde siempre. Le resultó chocante descubrir que no era así.

—Su mujer trabajaba como maestra en el colegio. Estaba embarazada cuando el edificio se desplomó, así que...

—Los perdió a ella y a su hijo al mismo tiempo.

Las dos se volvieron al sonido de la voz masculina que completó la frase y encontraron a un inmutable Fidel. El hombre agarró una silla libre de una de las mesas cercanas y la llevó a la que Abril y Mara ocupaban, uniéndose a la tertulia.

—El infeliz —concluyó dejándose caer en el asiento, como quien habla de un tercero con el que no tiene una relación muy estrecha—aún no lo ha superado. Desde ese momento, echó a perder su vida y abandonó su prometedora carrera como cirujano. Una lástima.

Alargó el brazo para acariciar la nuca de su amiga en lo que fue un cariñoso saludo. A continuación, se volvió al otro lado para mirar a la chica de Danta.

—Perdona la tardanza, no había un maldito aparcamiento libre.

La aludida pasó por alto la disculpa para ofrecerle la suya.

—Lamento la indiscreción. No tenía intención de meter la nariz en tu vida.

El apache sonrió de aquel modo que era tan solemne como afable.

—Te he traído aquí para desvelar los secretos de Jero, no tengo derecho a enfadarme porque los míos también salgan a la luz. Al final, mis sombras están unidas a las de ese desquiciado.

Aquello llevó a Abril al punto que consideraba el eje principal de lo que estaba viviendo.

—¿Por qué me habéis contado todo esto? Es decir, me alegro de que lo hayáis hecho, pero, ¿por qué ahora?

Mara se apresuró a tomar la palabra antes de que el excesivo tacto de Fidel lo echara todo a perder. Había empleado la tarde en preparar a la chiquilla, no quería que su amigo le arruinara el trabajo ofreciéndole una edulcorada versión de la realidad. Todo para no dañar la fragilidad que se empeñaba en ver en la niña.

—Te dije que necesitaba que hicieras algo por Jero, ¿lo recuerdas? —La joven asintió y ella siguió hablando—. Lo que quiero es que evites que lleve a cabo su venganza.

—Mara —la previno el gigante, llamándola al orden. Estaba siendo demasiado brusca.

—Ese idiota ha trazado un plan maestro para asesinar a De la Serna a costa de su propia vida.

—¿Cómo?!

El corazón de Abril dio un vuelco. ¿Había dicho asesinar?

—Quiere matar a ese hombre y no le importa terminar en la cárcel si con eso logra su meta. También está dispuesto a ser él quien muera. Eso es lo que

ha prometido a sus hombres: llevar a termino su venganza o perecer en el intento. No hay más opción.

La chica se volvió a Fidel, mirándolo con una expresión que hermanaba el horror con el reproche.

—Pero... ¡Tú le quieres! —le echó en cara al hombre, elevando la voz más de la cuenta—. Te he visto con él, os tratáis como hermanos... ¡No es posible que estés de acuerdo con este disparate!

Él se apresuró a calmarla para que la reunión no atrajera la atención de los demás clientes de la cafetería.

—Por supuesto que no —cedió en un alterado susurro—, pero cuando Jero se puso en contacto con nosotros... ¡Oh! —Era demasiado difícil de explicar—. Abril, en ese momento todos estábamos muy dolidos. Acabábamos de perder a un ser querido y un desconocido aparecía dispuesto a convertirse en el ángel vengador de nuestra pena. Por eso no tuvimos reparos en aceptar, pero las cosas son muy distintas ahora.

—Sobre todo porque ha surgido una opción que no teníamos hace unos días —agregó la impaciente Mara. Ganándose una amonestadora mirada del apache, quien le afeó, una vez más, la falta de tacto con la que estaba tratando el asunto.

Jero era alguien importante para Abril. Fidel lo había sabido antes de que la propia muchacha se diera cuenta de los sentimientos que Danta empezaba a despertarle. Desde la noche en que arrastró a su amigo a casa con una bala metida en el hombro. No era adecuado revelarle todo aquello con la dureza con la que lo estaba haciendo Mara. No había necesidad de ser cruel.

—Jero *murió* intentando defender un USB que contenía copias de los documentos que inculpan a De la Serna—. La mujer no se dio por aludida y siguió hablando en los mismo términos—. Su intención era filtrarlos a la

prensa y dejarlo al descubierto, lo que resultó imposible una vez el dispositivo se hubo perdido. Pero ahora hay alguien que está dispuesto a devolvérselo.

—Entonces, ya está —dijo la chica, con el rostro iluminado por la esperanza. Igual a un náufrago que, tras hundirse en el mar, logra sacar la cabeza a flote—. Puede volver al plan inicial.

—El problema es que el muy estúpido no está dispuesto a aceptarlo.

Abril inhaló una bocanada de aire antes de ser derribada por otra ola. Una gigantesca y violenta que la hundi6 hasta el fondo.

—Pero... ¿Por qué?

Fidel aprovechó la coyuntura para meter baza, intentando desdramatizar un poco.

—Ya sabes como es. Para él, el honor y la palabra son lo primero. Nos prometió la vida de Ildefonso de la Serna, no su confinamiento en la cárcel. Cree que decepcionará a todos si no cumple su compromiso al pie de la letra.

Sí, Abril sabía de qué estaba hablando Fidel. Conocía bien la importancia que Jero daba al compromiso. No perdonaba la traición, por eso no incurriría en ella. O en lo que veía como tal.

No encontró la fuerza necesaria para intentar nadar de vuelta a la superficie. Derrotada, apoyó los codos encima de la mesa y dejó caer la cabeza pesadamente en sus manos. Cuando volvió a levantar la vista tenía el flequillo tan alborotado como la mente.

—La verdad, no entiendo qué esperáis que haga —confesó, completamente abatida—. Todo esto es...

—Absurdo, ridículo, terrible. —Mara se adelantó a apostillar los calificativos que competían en su cabeza—. No tiene ningún sentido dejar

que Jero se inmore de un modo tan tonto y la única que puede evitar que lo haga eres tú.

Abril abrió la boca para protestar, incapaz de ver en qué forma podía cumplir las altas expectativas que la madame depositaba en ella. Verdaderamente, no había nada que deseara más que creer que esa mujer tenía razón. Pero, por desgracia, no se sentía, ni por asomo, con la mitad del poder que le estaba atribuyendo.

Su cabeza volvió a caer. Solo la proverbial aparición de sus manos impidió que terminara con la cara metida en la taza de chocolate frío.

Antes de que Mara pudiera volver a la carga, atosigándola, Fidel colocó una mano sobre la de su amiga y se dio prisa en robarle el turno de palabra. Acallándola con la condescendencia que esta se esmeraba en mantener fuera de la conversación.

—No tienes que hacer nada —le dijo a la nuca que la muchacha utilizaba en ese momento como telón de sus emociones—. Nadie espera una heroicidad por tu parte.

Con esta frase consiguió que Mara arrugara la boca y retirase la mano de la de él. Un desacuerdo que la mujer demostró cruzándose de brazos con cara de fastidio.

—Pero, en el último mes y medio, he visto a Jero hacer lo que nunca; olvidarse de su venganza para volver a preocuparse de cosas pequeñas, cotidianas. Dejar de ser una sombra para ser solo un hombre. Y todo gracias a ti.

Abril se atrevió a levantar un poco la cabeza y aventurar una mirada entre las gruesas cortinas de cabello tras las que se escondía.

—Solo te pido que no dejes que olvide eso. —La expresión del gigante volvía a mostrar un matiz que la chiquilla no supo interpretar—. Asegúrate de

que tenga presente lo maravilloso que sería compartir su vida contigo.

—A ver, déjame que te ayude. Tienes que agarrarlo así, ¿lo ves?

—No lo atosigues.

—No lo estoy atosigando, le estoy ayudando.

¡CRACK!

El ruido, que dejó entrever que algo se había estrellado contra el suelo haciéndose añicos, propició que Abril se diera prisa en cerrar la puerta y correr al salón con las llaves aún en la mano. Aquel ánimo alterado, que la conversación con Mara y Fidel reafirmó, la llevó a reaccionar inclinándose del lado del melodrama. Sin embargo, cuando llegó a la puerta del salón conducida por su oído, la escena que encontró dentro de la habitación le pareció más cómica que trágica.

—¡Anda! Mira qué estropicio. Te dije que era mejor que lo dejaras a su aire.

Rómula, bayeta en mano, se había arrodillado en el suelo para limpiar un pequeño charco de leche rodeado de coloridos pedacitos de un material similar a la cerámica. Amonestaba a Jero con el aire de soberbia maternidad que desprendía sin esfuerzo. Mientras él, sentado en una silla frente a Teo, no se mostraba afectado por el regaño.

—Bueno, son cosas que pasan. Lo recogemos y ya está. ¿Verdad?

El hombre alzó una mano con la que alborotó el liso cabello castaño del chiquillo. A quien el aire temeroso que lucía un segundo antes, en espera a ver qué reacción provocaba su torpeza en los dos adultos que lo acompañaban, se le pasó con la traviesa caricia que le regalaba. La tensión de su cuerpo se relajó al instante y hasta pareció que sonrió. Pese a que,

empeñado en no entregar su confianza tan pronto, su expresión siguió siendo más arisca que amigable.

—Eso de «lo recogemos» me suena a mucha gente. Aquí la única que está limpiando soy yo.

Danta se levantó de la silla y, cogiendo a su pequeño huésped bajo los brazos, lo levantó con facilidad para sentarlo en el borde de la mesa. Poniendo distancia entre sus pies y la leche derramada en el suelo.

—Voy por la fregona —anunció, devolviendo al niño el cubo de Rubik del que Rómula y él habían conseguido despegarlo, no sin grandes dosis de paciencia, para que se sentara a merendar.

Se dio media vuelta para salir del comedor y sus ojos toparon inesperadamente con los de Abril. Los de la chica volvían a estar anegados de aquella ternura con la que lo acariciaba de tanto en tanto y cuyo origen él no imaginaba. Danta se forzó a no demostrar lo mucho que le afectaba que lo mirase de ese modo y, sintiéndose un poco torpe, a pesar de la seguridad que pretendía demostrar ante ella, caminó hasta llegar a su lado.

—¿Ya estás aquí? —le preguntó, aunque era una obviedad—. Empezaba a preocuparme. Normalmente siempre llegas a casa antes...

La muchacha esperó a que estuviera a su alcance para agarrarlo de los hombros y tirar de él, apresurando el encuentro de sus cuerpos. Se pegó al hombre hasta que sus pechos rozaron, y le ganó la boca con un beso que pilló a Jero con la guardia baja. Una emboscada a la que, sin embargo, puso más facilidades que resistencia. No se lo pensó a la hora de dejarla entrar en su boca y le rodeó la cintura con los brazos para ayudarla a amoldarse a su anatomía con la perfecta simetría de la que ya había disfrutado en no pocas ocasiones. Las suficientes para notar el matiz diferente, más desvalido y desesperado, que le estaba transmitiendo esta vez.

Se separó de ella a regañadientes, pero con contundencia. Obligándola también a soltarlo, pese al efecto ventosa que sus manos y su boca estaban ejerciendo sobre él.

—Abril —la llamó, mirándola a los ojos. Donde encontró reflejado el mismo sentimiento que le había transmitido su contacto—. ¿Ha pasado algo? —inquirió de inmediato, cauteloso y preocupado.

Ella forzó una sonrisa en absoluto convincente y negó con la cabeza. Una reacción que estuvo lejos de despejar sus sospechas. Jero rodeó los hombros de Abril con un brazo y, tras lanzar una escueta mirada a los que dejaba atrás —y asegurarse de que la anciana los ignoraba a conciencia y el niño seguía embebido con su juguete sin reparar en la llegada de su hermana— la guió por el pasillo. Hasta el hueco de la escalera que subía al piso superior.

—Dime, ¿qué ocurre? —insistió, pensando que en la intimidad del rincón al que la había llevado su intento de que se abriese a él tendría más éxito.

No estaba acostumbrado a que le escondiera nada. Por lo general, le bastaba con mirarla a los ojos para saber lo que estaba pensando o sintiendo. Pero lo que veía en ese momento en la clara mirada de la chica era una sombra que no sabía definir. Tan solo notaba que no era bueno, que le provocaba dolor.

—¿Por qué está Teo aquí? —lo interrogó ella, eludiendo la respuesta con otra pregunta.

A Danta esa dificultad para acceder a su interior lo frustró. No le gustaba verla mal y no poder hacer nada para ayudar. No saber, siquiera, cuál era el origen de lo que la atormentaba. Decidió que, a falta de algo mejor, no hacerle las cosas más difíciles era una buena opción. Por el momento.

—Ya te dije que puedo protegeros mejor si os tengo cerca —le cedió el turno de preguntas con esfuerzo—. Habría preferido que estuvieras tú para

recibirlo, pero se hacía tarde y no quería que Teo pasara otro día fuera de casa.

—¿Te han visto los padres de Nuria? —la notó un poco alarmada por la posibilidad, por lo que se apresuró a explicarle el modo en que se había llevado a cabo el traslado del niño.

—No, tu amiga me ha hecho el favor de traerlo aquí. Esa chica no es tan terrible como asegura Raúl.

Intentó bromear solo para borrar, aunque fuera mínimamente, el ceño de Abril. Ella, por el contrario, fue completamente seria al decir:

—Es la mejor.

La enfática afirmación se sustentó en el recuerdo de todo lo que había hecho su amiga por ella. Especialmente, en esas últimas semanas tan raras y complicadas. Haciendo uso de su portentosa imaginación, Nuria noveló la realidad ante sus padres y les contó que Teodoro Galván había sido ingresado de urgencia. Así justificó la presencia del pequeño Teo en su casa, ya que su hermana mayor estaba muy ocupada entrando y saliendo del hospital para atender al niño como era debido. Una treta que Abril le agradecía con el alma, sus vivencias más recientes no eran algo que deseara ir aireando por ahí. Que tu padre te entregue a un desconocido y después te abandone es un hecho que cualquiera preferiría guardar en secreto.

Incapaz de reprimir por más tiempo el impulso innato que lo llevaba a luchar por conseguir lo que quería, Danta cedió a la tentación de recuperar el papel de interrogador.

—¿No vas a contarme qué es lo que te tiene así?

Mitigó el efecto del asalto apartando un mechón de cabello que se deslizaba sobre el pecho de la joven. Ella sonrió de un modo que amenazó con desbordar el manantial de sus ojos.

—No es nada, de verdad.

Él rogó para que no estuviera adquiriendo la costumbre de Fidel de esconder los *algo* tras un *nada*. Odiaba cuando su amigo lo hacía, y eso que él solía usar la coletilla para tomarle el pelo. En el caso de Abril el asunto parecía mucho más serio. En consecuencia, también era mucho más preocupante oírle negar la mayor.

Volvió a abrir la boca, más que determinado a seguir con el ataque, pero la acometida fue cortada de raíz. Crispada por la voz de Rómula, que corrió por el pasillo para alcanzar a la pareja.

—¿Voy a tener que ir yo a buscar esa fregona?

El amo de la casa se mostró poco dispuesto a velar por el bienestar de la quebradiza paz de su hogar. Giró la cabeza al lugar del que provenía la pregunta. Evidentemente, su intención era responderla con idéntica hostilidad a la que había empleado quien formuló la cuestión. Pero Abril lo cortó antes de que firmara su declaración verbal de guerra.

—Será mejor que hagas lo que te pide antes de que se enfade de verdad —recomendó a su pareja, tras tomarlo de un brazo para llamar su atención.

Él frunció el entrecejo. A medias molesto por la trivial interrupción que la anciana había hecho en un momento tan importante y, a medias, porque la muchacha le diese la razón.

—Puede esperar.

Ella suspiró. Su pecho se hinchó y en la cara se le dibujó esa expresión de resignación que Jero detestaba.

—Entonces lo limpiaré yo.

—No —le bastó dar el primer paso en dirección a la cocina para que la tomara en serio—. Yo lo haré. Iré por la condenada fregona.

Con la mandíbula tensa, Danta se dio media vuelta. Aceptando, a

regañadientes, la que debía ser una de las pocas derrotas que sufrió en su vida. Estaba claro que no iba a conseguir que Abril le confiara sus sentimientos, no esa tarde. Forzarla a hacerlo solo valdría para alejarla más.

¡Odiaba eso! La naturaleza femenina era demasiado complicada para él.

Ella lo vio darse media vuelta y perderse por el pasillo camino a la cocina. La ceñuda expresión que la frustración dibujaba en el rostro masculino le arrancó una sonrisa, a pesar de que su ánimo estaba poco inclinado al humor. La verdad era que se sentía enfadada con él. Le reprochaba que no fuera tan diligente a la hora de evitar otros conflictos.

Estaba asustada. Su encuentro con Mara y Fidel, lo que había descubierto gracias a ellos, la tenía aterrada.

«No puedo darte más que el presente» le había confesado Jero esa noche, justo antes de que se amaran por primera vez. Y ella había aceptado sin siquiera saber qué significaban sus palabras. Ahora que lo había averiguado lamentaba no poder cumplir el compromiso adquirido con él. No podía dejarlo morir, sin más. Él no merecía ese final.

Lo recordó tal y como lo había visto un rato antes: en el salón, cuidando de Teo. Afectuoso y preocupado por su hermano como ni siquiera su padre lo había estado. Y concluyó que Jerónimo Danta era del tipo de hombres que no abundan. Por eso mismo, no podía resignarse a perderlo.

22

Capítulo 22

Apenas se hubo detenido, el coche fue inmediatamente rodeado por los periodistas. La multitud de medios congregados lo envolvió, como si fuera una de esas imágenes de santos que se sacan a pasear para que los fieles las idolatren y expongan sus plegarias. Aprovechando los últimos minutos de intimidad que los cristales tintados le otorgaban, Ildefonso de la Serna observó los rostros que se asomaban al otro lado, estudiándolos con detenimientos. Al pensar que en unos minutos tendría que abandonar la seguridad de su coche para enfrentarse a esas personas notó una punzada de temor que revolvió su estómago, amenazando con vaciarlo del desayuno que había ingerido antes de salir de casa.

Jamás había tenido miedo a las multitudes. Muy por el contrario, las adoraba. Le encantaba tener todas las miradas pendientes de él. Que la gente se hiciera a un lado para dejarlo pasar como si fuera Moisés atravesando el Mar Rojo. Sin embargo, las últimas semanas habían dado al traste con el egocentrismo que acusara desde su más tierna infancia.

Desde que se sentía acosado por un fantasma las aglomeraciones se habían convertido en algo que prefería evitar. Estaba inseguro entre las muchedumbres. Expuesto a que cualquiera pudiera aprovechar el anonimato que da ser parte de una baraúnda de gente para atacarle. Estaba aterrado ante la perspectiva de que Danta pudiera aparecer de nuevo ante él. Esta vez para cumplir la amenaza que había estado prometiendo con cada una de sus apariciones y las fotografías que no dejaban de llegarle.

—Muy bien, recapitulemos.

De la Serna giró el cuello para mirar a su jefe de prensa. Sentado a su lado, en el asiento trasero del vehículo, el hombrecillo repasaba afanosamente las ilegibles notas hechas en su agenda.

—El tema de hoy son las dos pobres ancianitas que encontraron la muerte al ser atropelladas en un paso a nivel sin señalizar —siguió diciendo el duende, con su voz nasal, ajustándose las gafas de pasta—. Intenta eludir cualquier pregunta que no tenga relación con ellas. Y, si la cosa se pone difícil, culpa al gobierno en funciones. Así desviamos la atención y les damos los titulares que buscan.

El asistente quitó el capuchón de la parte de atrás de su bolígrafo y lo usó para cubrir la punta. Concluyendo con las últimas indicaciones que, como un entrenador, daba a su hombre antes de enviarlo al campo de juego.

—Recuerda: seguridad vial y pobreza energética. Esos son los puntos a destacar. De no ser por ellos, las pobres María Belén y Josefina aún estarían entre nosotros.

Ildefonso lanzó una despreciativa mirada a su jefe de prensa antes de abrir la puerta y salir. Los flashes lo cegaron de inmediato y las preguntas golpearon sus oídos convertidas en una concatenación de palabras inconexas.

El candidato a la presidencia se sintió apabullado y su visión vaciló un momento, encontrando dificultad en enfocarse.

La trágica historia de las octogenarias hermanas María Belén y Josefina, vecinas de un pueblecito de Valladolid, que encontraron la muerte al cruzar un paso a nivel cuando volvían del vertedero del que recogían madera y otros desperdicios que quemaban en su casa para suplir la falta de calefacción, había conmocionado al país. Las ancianas representaban, por sí solas, algunos de los más lacerantes fallos del sistema social español. El pueblo, indignado ante una nueva falla del gobierno que debía protegerles, se congregaba esa mañana en silenciosa manifestación en el lugar en el que las hermanas fallecieron. Ildefonso de la Serna, como el Diego de la Vega patrio que era, no podía faltar a la cita. Mostrando su apoyo y compromiso con los descorazonados ciudadanos.

—Señor De la Serna, ¿qué opina de la implantación de la Seguridad Vial como asignatura obligatoria en los colegios?

El político parpadeó un par de veces, intentando centrar la visión para aliviarse del mareo.

—Opino que —empezó, intentando sonar tan fuerte y contestatario como de costumbre— la educación es fundamental para reforzar la seguridad en las carreteras. Pero no nos dejemos engañar, señores. El problema aquí no ha sido un conductor irresponsable, sino un fallo en el sistema. Sin la debida señalización, ese lugar —alzó el índice sobre las cabezas que lo rodeaban para apuntar al paso a nivel que fue el escenario de la tragedia —se convierte en el peligro que ha demostrado ser. La cuestión aquí es dónde va a parar el dinero de nuestros impuestos.

Hubo varios asentimientos que consiguieron que su jefe de prensa se relajase un poco. Las últimas apariciones públicas de Ildefonso de la Serna no

habían ido tan bien como cabría esperarse, de ahí que al hombre la camisa no le llegara a su diminuto cuerpecillo. Hasta no hacía mucho, manejar la imagen del político fue un trabajo fácil, casi un sueldo regalado. De la Serna poseía carácter y personalidad de sobra para ser un personaje por sí solo. Tenía un carisma innato. Sin embargo, en el transcurso de unas pocas semanas había cambiado. Demostrando una debilidad que amenazaba con dar al traste con todo lo que habían conseguido hasta la fecha.

La gente lo adoraba porque veían en él al líder que necesitaban para salir del atolladero financiero, político y social en el que la crisis los había sumido. Si perdía eso... Bueno, si lo perdía, entonces todos estaban perdidos.

Por fortuna, esa mañana parecía ser el Ildefonso de antaño. Al que todos estaban acostumbrados.

—¿Cree usted que la muerte de las ancianas podría haberse evitado dedicando una mayor inversión a la mejora de carreteras y caminos?

Animado por la reacción de su audiencia De la Serna sacó pecho, creciéndose.

—No tengo ni idea de cómo podríamos haber evitado la muerte de María Belén y de Josefina. —Llamó a las víctimas por sus nombres, recurso que empleaba para mostrar cercanía e interés—. Pero hay dos cosas de las que estoy seguro. Una, los vecinos de esta localidad llevan años quejándose de que ese paso a nivel es un peligro. Las hermanas no son las únicas que han perdido la vida aquí. Y dos, en un país donde los ancianos tienen que recurrir a la basura para calentarse, es que algo falla. ¿Qué está pasando con nuestro sistema de pensiones?

A la nueva ronda de asentimientos por parte de los periodistas se unieron los vítores de algunos de los espontáneos asistentes a la manifestación. «Es verdad», «¡así es!», «¿dónde vamos a llegar?», «¡es indignante!» y demás

expresiones de acuerdo pronunciadas por doquier terminaron de afianzar al político. Quién, milagrosamente, empezó a sentirse aliviado del malestar que aquejaba.

Su visión se aclaró, permitiéndole tener una panorámica más estable de lo que tenía delante. Lástima que, al enfocarse, se fijara en una cabeza cubierta por un corto cabello cano que se destacó a sus ojos sobre el resto.

Notó que la garganta se le secaba, haciéndole difícil tragar.

—Señor De la Serna, por favor...

Un pitido reemplazó a cualquier otro sonido en sus oídos y el caos volvió a reinar a su alrededor. Intentando escapar de la muchedumbre por la que temía ser aplastado de un momento a otro, el presidente del PS inició la retirada, caminando de espaldas para volver al coche.

—Una pregunta más, señor De la Serna...

Creyó que sería engullido por la amalgama de cámaras, grabadoras, micrófonos y móviles que lo seguían sin tregua; acercándose a su cara sin piedad. Imaginó que lo devorarían con sus infernales flashes, capaces de robar la visión de un superhéroe, y que caería en un agujero como la Alicia de la novela. Pero no fue así. Sí que cayó, pero al suelo, como cualquier otro mortal traicionado por su sentido del equilibrio. Sorprendentemente, la muchedumbre que lo rodeaba fue lo bastante rápida para quitarse de en medio antes de que el rechoncho cuerpo del candidato se les viniera encima. Todo lo contrario que su equipo de seguridad, al que le faltó celeridad para evitar que Ildefonso terminara tumbado en el pavimento.

Los flases se multiplicaron a su alrededor mientras él no acertaba a hacer nada más que quedarse tirado en el suelo. Así permaneció hasta que sus guardaespaldas lograron abrirse paso para halarlo de los brazos y regresarlo a la posición vertical. Solo entonces comenzó a ser consciente de su ridículo.

Mientras un par de guardaespaldas se apostaban cada uno a un costado del político, protegiéndolo, otros dos se ocupaban de dispersar a los curiosos y periodistas, sirviendo de barrera humana entre ellos y De la Serna. Entre los que pretendían inmortalizar su caída, el candidato vio aquella cabeza cana que había sido la responsable de que el pánico se adueñara de él. Pertenecía a un anciano, enjuto y nervudo, que se las había apañado para ponerse en primera línea y fotografiarlo con su teléfono móvil.

—Desgraciado —murmuró Ildefonso con una rabia impulsada por el orgullo herido—. ¡Desgraciado! —repitió, esta vez a pleno pulmón, mientras su cuerpo de seguridad luchaba con él para hacerlo entrar en el coche.

A un lado de la lamentable escena, el jefe de prensa se cubrió el rostro con las dos manos, deseando ser engullido por la tierra. Ahora sí, era un hecho. Dudaba que pudiera argüir ninguna excusa para justificar lo que acababa de suceder. Sin temor a equivocarse, el hombrecillo se atrevería asegurar que, después de esa mañana, la muerte política de Ildefonso de la Serna estaba firmada.

El peso de todos esos pares de ojos posados en ella era abrumador. Un momento antes, cuando tuvo que exponer el caso a los hombres, se vio obligada a parar más de una vez para corregir el tropiezo de su lengua con las palabras. Sin embargo, ahora que no tenía nada más que decir, la sensación era incluso peor. El silencio poseía la capacidad de volver el momento más solmene. Y para ella ya lo era, de una manera apabullante, sin necesidad del aliciente.

De la decisión que tomara su audiencia dependía el futuro del hombre al que amaba. Pero, una vez concluido su alegato, nadie se había animado a tomarle el relevo. Abril sabía que estaban asimilando la información.

Deliberaban cuál era la mejor opción para ellos, y eso la ponía nerviosa. Tal era la quietud que se había hecho entre los presentes que le parecía que podía oír el engranaje de sus cerebros chirriar, igual que una máquina a motor, evidenciando su frenético funcionamiento.

—¿Y bien? —los urgió, necesitando que alguien pusiera coto a la desesperación que empezaba a adueñarse de su humor.

Sus dedos, en un movimiento nervioso, se estaban hurgando unos a otros entre las uñas. Con tanta saña que en algunos ya se veían pequeños hilillos de sangre.

El silencio se prolongó unos segundos más, interminables y agónicos. Hasta que alguien al final de la sala se decidió a alzar la voz.

—Yo creo que —empezó a decir el que se convertiría en precursor del debate—, si de verdad existen esas pruebas que pueden inculpar a De la Serna, no deberíamos desaprovechar la oportunidad. Dárselas a la prensa para que el país entero sepa quién es ese indeseable es la mejor manera de acabar con él... No sé —concluyó el individuo, con un evidente matiz de duda que demandaba la aprobación del grupo— ... Es mi opinión.

La joven se alzó sobre las puntas de sus zapatos para alcanzar a ver mejor al hablante. Un hombre de mediana edad, no muy diferente de sus compañeros de venganza, de tragedia y de dolor. La verdad era que todas esas personas respondían a un perfil parecido. Eran gente normal. Víctimas de una desgracia que nadie cree que vaya a ocurrirle a él, pero que puede tocar a cualquiera.

—Sí, estoy de acuerdo —otro de los presentes se animó a expresar su opinión, relevando a su compañero del papel de centro de todas las miradas—. Pero no entiendo por qué Jero no nos ha hablado de esto.

Hubo un generalizado murmullo de síes y asentimientos de cabeza antes

de que la comitiva se volviera, de nuevo, a mirar a la responsable de que estuvieran allí reunidos.

—Teme defraudaros —respondió esta con la rapidez del nerviosismo—. Para Jero sois muy importantes, os considera su familia. Siente que habéis recorrido un largo camino arrastrados por él y no quiere que penséis que se está echando atrás.

—En ese caso, que no lo haga.

La voz que sonó ahora fue fuerte y firme, sin asomo de la vacilación o la incompreensión de las que se habían hecho oír antes. Nadie necesitó buscar el rostro de su propietario para saber que el autor de la frase que acalló los murmullos fue Pedro. Ni siquiera Abril, que solo había visto a ese hombre en un par de ocasiones y no estaba familiarizada con su timbre, dudó de la identidad del hablante.

Este se abrió paso entre sus compañeros, caminando con la seguridad de un león que planta cara a una asustadiza liebre. Fue hasta donde estaba la chica, en el centro de la sala.

—Porque dejarnos tirados a un paso de conseguir la cabeza de ese cabrón —sentenció, deteniéndose frente a ella con una mirada que era un reto en toda regla— sería traicionarnos. De eso, que no le quepa la menor duda.

Sí, lo mismo pensaba Jero, meditó Abril; mirando a su oponente al borde de la desesperación. Por ello era tan importante que convenciera a aquellos hombres de la intachable lealtad que les profesaba Danta. Para eso había pedido a Fidel que los reuniera en el club que servía de sede a la gran mayoría de sus encuentros. No era ella, sino sus propios camaradas, quienes podían hacer desistir a Jero de la locura que planeaba. Estaba dispuesta a cualquier cosa si servía para convencer a esas personas de que no dejaran morir al que consideraban su líder.

Con esta determinación, inspiró hondo antes de abrir la boca. Tenía lista la lengua para esgrimir los argumentos que ponían en evidencia lo equivocado que estaba Pedro.

—Eso es una gilipollez —pero Raúl se le adelantó y, por primera vez, ella se alegró de escuchar su voz.

Intuía que él podía tener más éxito al enfrentarse al que, por el momento, había sido el único punto discordante del grupo. No en vano los presentes veían a su custodio como a un igual. Ella solo era una intrusa que venía a pedirles que renunciaran a lo que durante años habían convertido en la razón de su existencia. Pero Raúl formaba parte del duelo por el que habían pasado juntos. Esos años de convivencia y compañerismo lo abalaban, dando a su discurso un peso que nunca tendría el suyo. Aunque Abril fuera capaz de exponer sus ideas mejor que ese bruto, al final es el afecto, y no la oratoria, lo que más pesa en las relaciones humanas.

—A mí me vale con que ese tío pague por lo que hizo, no lo necesito muerto.

—Ojo por ojo y diente por diente —recordó Pedro al muchacho, con toda la intención de soliviantarlo. De bajarlo de vuelta a la realidad. A él, y a todos los que se hubieran dejado conmover por el intento de aquella pequeña fulana de salvar a su hombre—. Tu padre está muerto, chaval. Que no se te olvide.

—No lo he olvidado, el dolor no me deja hacerlo. Por eso no quiero perder también a Jero.

La respuesta de Raúl fue acogida por los demás con gestos de conformidad. En vista del éxito, el cuerpo de Abril liberó un poco de la tensión que lo agarrotaba. Aunque la risa del disidente del grupo la hizo recuperarla al instante y con ganancias. Las carcajadas no sonaron a felicidad, precisamente.

—¡Por favor! —exclamó este, con la cara roja de rabia—. ¿Es que no os dais cuenta de lo que está pasando aquí? ¿De verdad sois tan necios? —Miró a quienes lo rodeaban con una luz acusadora en los ojos y hubo quien sucumbió, agachando la cabeza bajo el peso de sus pupilas—. Hace semanas que lo vengo diciendo. Esta niña —con un brusco movimiento de uno de sus brazos, Pedro devolvió la atención de los presentes a Abril, exponiéndola ante sus camaradas como si fuera una bruja juzgada por el tribunal de la inquisición— tiene la culpa de todo. Está ablandando a Jero con su carita de no haber roto nunca un plato. Es por eso que él está reculando. Por eso quiere dejarnos en la estacada, para no separarse de ella.

El hombre dio la espalda a sus amigos para encarar a la muchacha sobre la que arrojaba el peso de la culpa. Seguro, como el tipo orgulloso que era, de que ella no era rival para él. Enfadado porque los demás fueran tan débiles que se planteaban considerar lo que les estaba pidiendo la mocosa.

—Si tienes tanto interés en ver muerto a ese hombre, ¿por qué no lo matas tú mismo? —le preguntó su oponente, en un asomo de valentía que él nunca esperó encontrar en una chiquilla menuda y apocada.

—¿Qué has dicho? —le preguntó sin dar crédito a lo que acababa de oír.

¿De verdad le estaba plantando cara? ¿Ella? ¿Esa niña melindrosa se le estaba subiendo a las barbas?

Lo inesperado del cuestionamiento que le lanzaba hizo que este le molestara más de lo razonable.

—No puedes pretender que otro se convierta en un asesino solo porque a ti te falta el valor para acabar con la vida de alguien. Eso, además de un absurdo, sería una cobardía.

Y, ahora, lo tachaba de cobarde. Esa aprendiz de meretriz se permitía el desfachatado lujo de poner en entredicho la hombría de la que él se jactaba.

Las carcajadas de Pedro volvieron a sonar de muchas maneras, todas ellas en las antípodas de la felicidad.

—¡Vaya! —exclamó, escupiendo con rabia cada una de las letras—. Así que la gatita sabe sacar las uñas, ¿eh?

Su orgullo de macho herido lo llevó a olvidar las formas que hasta el momento había querido mantener. Esa niñata insolente estaba pidiendo a gritos que alguien le enseñara cuál era su lugar, y él sabía muy bien cómo tratar a las zorras de su calaña.

—Me pregunto si vas a arañarme —concluyó, con un evidente doble sentido, reduciendo la distancia que los separaba hasta que esta desapareció por completo.

Con el cuerpo tan pegado al de Abril que podía notar el calor que irradiaba la joven, y el leve temblor que le despertaba su amenazante cercanía, se permitió la confianza de colocarle un mechón de cabello tras la oreja. Un gesto más obsceno que afectuoso, el cual le sirvió de excusa para rozar con los dedos la delicada piel del cuello de su adversaria. Ella sintió el roce como el de un insecto, pero no se inmutó. Se obligó a mantenerse impertérrita ante la solapada insinuación que le estaba haciendo ese cerdo. Enrabetándolo más al no darle lo que quería ver, al no consentir que la amedrentara.

—Eh, Pedro. No te pases.

Raúl, como protector oficial de la chica de Danta, fue el primero en alzar la voz y dar un paso al frente. Demostrando que no iba a dejar que la atosigara a su antojo. Pero no fue el único.

—Sí, venga. Ya está bien, déjala en paz.

—La chica no ha hecho nada, no cargues contra ella.

Las llamadas al orden se extendieron entre los presentes, saltando de

garganta en garganta.

—¿Puede alguien explicarme qué diablos está pasando aquí?

Pero hizo falta que alguien más irrumpiera en el reservado para que la paz regresara al lugar. Una paz tan tensa que podía romperse con el más leve golpe, pero que aun así debería bastar para evitar el enfrentamiento.

Danta llegó con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo y Fidel a la zaga. Avanzando, con rostro severo y expresión inmutable, hasta la pareja a la que acababa de robar el protagonismo.

Abril cerró los ojos y contuvo el aliento para no verse a sí misma caer en el pozo de desesperación en torno al cual llevaba un buen rato danzando. La aparición de Jero —la inoportuna aparición de Jero— mandaba al traste su única esperanza de salvarlo. Él no tenía que enterarse de lo que estaba haciendo. Nunca. No era así como deberían estar sucediendo las cosas. Aquel no era el plan.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió el recién llegado a todos los presentes, pero con los ojos clavados en el rostro de la muchacha.

En los suyos se leía desconcierto, incertidumbre y suspicacia. Se encontraba en un escenario cotidiano para él, pero en el que no lograba ubicarla a ella. A Abril no se le había perdido nada en el club de Mara. Nunca, bajo ningún concepto, debería haber ido allí. Pero, contra todo pronóstico, ahí estaba. Y por más vueltas que le daba no conseguía explicarse para qué.

Una duda cuya protagonista no vio. Sus ojos, que volvieron a abrirse para afrontar la ineludible realidad, estaban más pendientes de Fidel. El gigante, con expresión apesadumbrada, se disculpaba entre gestos por no haber sido capaz de mantener a Jero alejado del club más tiempo. Le regaló un amago de sonrisa, haciéndole ver que no lo culpaba. No culpaba a nadie.

Probablemente su estrategia estuvo avocada al fracaso desde el principio. La verdad era que ni siquiera ella creyó que pudiera hacer nada para evitar la tragedia en la que aquel hombre quería convertir su vida.

—¿Es que nadie va a responderme? —volvió a preguntar el que estaba al mando del grupo. Mirando ahora a Pedro y dejando que su voz se alzara en un grito que rezumó autoridad—. Quiero saber ahora mismo qué coño está pasando aquí.

—Que te lo diga ella —respondió el que le aguantaba la mirada sin amilanarse. Una vez más, descargando culpas sobre la muchacha—. Es la que nos ha reunido.

—¿Eso es verdad?

Ni la pregunta, ni el brillo ansioso de aquella mirada oscura que, otra vez, se posó en ella, la hicieron vacilar.

—Sí —contestó Abril con aplomo.

De nada servía esconderse. Tampoco tenía un lugar en el que hacerlo. Él ya la había visto allí y no había modo de justificar ni su presencia ni su papel como cabecilla de los hombres.

La carcajada cínica de Pedro se elevó otra vez en el aire, interponiéndose entre ella y Jero.

—Por lo que se ve, la niña tiene más agallas de las que le suponíamos —dijo el hombre, de un modo en absoluto halagüeño—. Quiere que indultemos a De la Serna a cambio de dar a conocer al mundo sus pecados con unos documentos que un ángel benefactor está dispuesto a proporcionar.

El corazón de Danta dio un vuelto.

De manera que todos sabían ya que se había entrevistado con Santos Márquez. Y lo que habían hablado.

Abril lo sabía.

La sombra que había estado enturbiando el mar plata de los ojos de la chica empezó a adquirir forma para él. Ahora comprendía la naturaleza de lo que la perturbaba. Y, ¡maldita fuera su suerte!, no solo no podía hacer nada para aliviarle el dolor, sino que era él quien se lo causaba.

Sin dejar de mirarla esbozó una media sonrisa tan carente de humor como las risas de su amigo, a quien dijo:

—Y, por lo que veo, el cambio no te satisface.

No fue una pregunta, sino una afirmación. De más sabía Jero cuál era el sentir de Pedro. Lo conocía bien y sabía que, de todos, él era el que menos dispuesto estaría a permitir que De la Serna siguiera con vida. A su hermano, maestro en la institución que sufrió el derrumbe, nadie iba a devolverle la suya. Por lo tanto, no se conformaría con que el bastardo de Ildefonso compensara su pérdida con algo inferior a lo que le había arrebatado.

—No; no soy un tipo fácil de contentar, ya lo sabes. —Pedro le dio la razón con fingida inocencia antes de volver a convertir su lengua en un puñal envenenado—. Pero, ¿quién sabe? Igual si paso la noche con tu ramera cambio de opinión. Por lo que se ve, la niña es hábil cuando de controlar la voluntad de los hombres se trata. Galván sabía lo que se hacía cuando envió a su tesoro a calentarte la cam...

Notó el sabor metálico de la sangre en la boca antes de darse cuenta de que estaba postrado de espaldas en el suelo. Desde tan indigna postura miró a Jero, consciente de lo que había pasado, de cómo había terminado allí abajo. Pero sin poder creerlo.

—Te advertí que no hablaras así de ella —le escupió Danta desde arriba. Blandiendo aún el puño que le había estampado en la boca.

—¡Hijo de puta!

La rabia dio al cuerpo de Pedro la agilidad propia de un gimnasta.

Se impulsó en el suelo y saltó adelante, cayendo sobre sus rodillas y poniéndose de pie con toda la intención de devolver la afrenta. Jero acogió el ataque con idéntico frenesí y Abril, Fidel y los demás, no dudaron en interponerse entre ellos para evitar que la cosa pasara a mayores. Todos parecían convencidos de que, si dejaban que los dos hombres se desquitasen como querían, uno de ellos no saldría vivo de allí. Ambos estaban demasiado alterados para tener miramientos con el otro.

—¡Raúl! —El gigante llamó a gritos al muchacho, que luchó para abrirse paso entre los cuerpos que se interponían como barrera entre los que peleaban y conseguir llegar a su lado—. Coge a Jero y llévatelo de aquí. ¡Rápido!

Dura misión la que le encomendaba. Por no decir imposible. Aun así, el chico no se dejó amilanar por la envergadura del trabajo. Como pudo, y con buenas dosis de ayuda por parte de sus compañeros, consiguió arrastrar a Danta hasta la puerta.

El barullo de gritos y empujones siguió un buen rato después de que Abril corriera fuera del reservado para ir tras ellos dos.

23

Capítulo 23

El camino de vuelta a casa no sirvió para templar los ánimos. No para Jero, que hizo el viaje sin abrir la boca y con la respiración alterada por la ira.

—¿A dónde crees que vas?

Una vez traspasado el umbral de su morada, sin embargo, recuperó la facultad del habla al instante. Aunque las palabras que pronunció no sonaron muy diferentes a las inhalaciones que hacían a su pecho subir y bajar como una atracción de feria. Cerró de un portazo, que hizo que la lamparita que había encima del aparador de la entrada brincara sobre su base. Abril, que caminaba delante de él, se detuvo a mitad del pasillo y se volvió a mirarlo.

—A ver a Teo —informó, convertida en un remanso de paz que era la antítesis del ánimo de su interlocutor—. No lo he visto desde que lo dejamos esta mañana en el colegio y...

—¡Ah, no! De eso nada —él le cortó la frase y la retirada, todo de una vez—. Tú no vas a ninguna parte hasta que me expliques qué has hecho.

A ella, el derroche de genio del que estaba haciendo alarde no la impresionó. Estaba al tanto de la pasión que regía su carácter. De ahí que

considerase lo más apropiado mantener la calma. Y lo haría, en favor de evitar arrepentimientos posteriores. Aunque lo que verdaderamente le apetecía era conducirse de un modo bien distinto. Danta no era el único que tenía un rosario de reproches y quejas saltándole en la punta de la lengua.

—¿Qué quieres que te explique? —le devolvió la pregunta. Cayendo en el error de ceder al deseo de él de no posponer la discusión para luego. Cuando ambos estuvieran lo bastante templados para valorar lo importante sin rendirse a la tentación de sacrificarlo en brazos de la rabia—. Pedro ya lo ha hecho y el resto seguro que te lo imaginas.

El manto de fuego que le nublaba el entendimiento llevó a Jero a tomar su sinceridad como desfachatez. Apretó los labios en una mueca y, como un huracán, dejó atrás el recibidor para internarse en el pasillo y plantarse ante la muchacha.

—Sí —convino, demasiado dolido para calibrar el trasfondo de lo que estaba a punto de soltar—, lo hago. Lo que se me escapa es qué te ha hecho pensar que tenías derecho a interferir en mis asuntos.

Comprobó el efecto de sus palabras tan pronto estas hubieron salido de sus labios, demasiado tarde ya para desdecirse. El rostro de Abril se contrajo en una mueca, la misma que habría deformado sus rasgos si le hubiera asestado un puñetazo en pleno estómago. Pero Danta supo que, en realidad, el golpe, pese a entrar en la categoría de los que se catalogan como bajos, le había acertado un poco más arriba. A mitad del pecho y desviándose ligeramente a la izquierda. La bola de rabia que había escupido impactó en el corazón de ella, el órgano más sensible para los que están unidos por el afecto.

Su expresión se quebró en una mueca parecida a la que estaba viendo en la cara de la chica.

—Abril, yo no...

—¿Con qué derecho? —En esta ocasión, fue ella la que lo cortó a mitad de frase. Cayendo en el cebo que había estado intentando evitar al hacer a un lado la precaución y abrir la compuerta de su sentir. Sonrió de un modo doloroso antes de continuar: —. Ninguno. Después de todo, solo me acuesto contigo.

—Sabes que eso no es lo que he querido decir.

Era verdad. Aunque fuera lo que había dicho, no había querido decirlo. Esas palabras no podían estar más alejadas de lo que sentía. Tan solo estaba enfadado —con Pedro, con el mundo entero, con él mismo más que con nadie— y se había desquitado con la persona a la que menos quería dañar, sin pararse a medir las consecuencias.

Abril era demasiado importante, demasiado especial y valiosa. Y él era un completo estúpido. Además de un bocazas.

—No, te equivocas; no lo sé. —Las lágrimas se agolpaban en los ojos de la joven. El enfado les servía de dique, reteniéndolas en los lagrimales sin permitirles caer para rodar por sus mejillas—. Yo ya no sé nada, Jero. No entiendo nada. Desde que te conozco no te has cansado de repetirme que luce pero, cuando lo hago, resulta que no te gusta.

—No es eso, es solo que...

—Es solo que, si interfiero en tus planes, es mejor que siga siendo la niña callada y obediente que transige con todo. ¿No?

Acusó el golpe. Como ella, un rato antes, él notó el peso de aquellas palabras en su corazón. Pero no como un puño, no como un golpe bajo, sino con el apabullante peso de la verdad. Después de todo, ¿qué derecho tenía a afearle lo que había hecho cuando, en su lugar, él habría sido mucho más agresivo que Abril si era la vida de la muchacha lo que estaba en juego?

—Te crees mejor que Pedro y que esos hombres que tratan a las mujeres como meros objetos decorativos. Pero, a la hora de la verdad, resulta que reaccionas igual que ellos.

Ahí se equivocaba. Era verdad que había querido mantenerla al margen de su venganza y —lo había sabido desde el principio— había actuado mal al ocultarle cuál iba a ser el irremediable final de su corto tiempo juntos. Pero, al contrario de lo que ella pensaba, no lo había hecho porque la considerase demasiado débil para soportar la verdad. Mucho menos porque la pensara tonta o incapaz de comprender lo que pasaba a su alrededor. No había querido ningunearla, tan solo evitarle el dolor en la medida de lo posible. Ahorrarle una agonía más larga de lo necesario. Era un estúpido sobreprotector; de acuerdo, lo admitía. Pero nunca, jamás, la había menospreciado o tomado por menos de lo que era.

—Abril.

Vistió su timbre de miel y la llamó, desplegando los brazos para encerrarla en ellos. Pero la muchacha no se dejó ablandar por su intento de acercamiento y lo rechazó, colocándole las manos en el pecho para repelerlo sin que él opusiera resistencia.

—¡No, no me toques! —gritó, permitiéndole verla alterada por primera vez.

Las lágrimas rompieron la barrera que las contenía y se deslizaron por su piel, dejando un reguero húmedo en las mejillas. Pero el de Abril no fue el único llanto que estalló en ese momento. Hubo otro, más infantil y ruidoso, que se extendió por el pasillo.

Ambos se volvieron a la puerta del salón, abierta al final del corredor. En el rellano, un Teo recién bañado y con el pijama ya puesto, berreaba con el cubo de Rubik que era su inseparable compañero caído a sus pies. Rómula no

tardó en aparecer a la espalda del niño, arrodillándose a su lado con la dificultad de la persona añosa que era. Los arrullos de consuelo se intercalaban con los reproches a la pareja, que tenían el «poco seso» de discutir a voces donde el pequeño podía escucharlos. Alterando la paz que le era tan necesaria.

La hermana de la criatura se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, fingiendo una sonrisa, se acercó a ellos para sumarse al consuelo en el que se afanaba la anciana.

—Eh, no pasa nada —aseguró con tono jovial. Obligando a Teo a sacar la cara del hueco entre el cuello y el hombro de la criada, donde se había atrincherado.

Jero optó por observar la escena desde la distancia, sin tomar parte en ella. El pequeño de los Galván empezaba a tolerar su presencia, cuando estaba tranquilo. No eran amigos, ni mucho menos, pero lo dejaba acercarse, tocarlo, interactuar con él. Aunque siguiera mirándolo con la desconfianza escrita en el rostro, intuyendo en Jero a un competidor por los afectos y atenciones de su hermana.

«Tranquilo, chico. No será por mucho tiempo» pensó, sumando al peso de su propio dolor el de Abril. Con esa carga extra prendida de los talones dio media vuelta y se alejó.

La había visto, hacía rato que se dio cuenta de que ella estaba allí. Por eso le sorprendía, de una manera que rayaba lo inquietante, que todavía no se le hubiera acercado para darle la brasa. Algo fallaba. A esa hora ya debería tenerla pegada como un chicle. Era lo normal, lo natural. Lo que ocurría siempre. Y la novedad lo estaba cabreando. Mucho.

Se dio la vuelta en el taburete para mirar la pista de baile. Apoyó los

codos en la barra, manteniendo una postura que parecía despreocupada y chulesca. Pero que, en realidad, era tremendamente incómoda.

La chica lo miró en ese momento. Durante un segundo sus ojos estuvieron en contacto. Luego ella rehuyó los de él. Un gesto en el que no hubo nada de timidez y sí mucho de altanería.

—¿Pero qué coño...?

El cabreo de Raúl empezaba a ser mayúsculo. ¿De qué iba esa idiota? Después de semanas acosándolo como una *groupie* ahora iba y se hacía la despistada. ¡Tan ricamente! La tía era tremenda.

Saltó del taburete y, con paso firme, se adentró en la marea de gente que se desfogaba al ritmo de la música. Andaba lista si pensaba que se libraría de él tan fácilmente. Todavía tenían pendiente el asunto de la apuesta. Que él había ganado, por cierto. No estaba dispuesto a dejarlo pasar.

Nuria era perfectamente consciente del avance de Raúl. También de la expresión ceñuda que este se gastaba y que resultaba especialmente intimidatoria a la aleatoria luz de los focos de colores, que lanzaban cañonazos por la pista. Pero ni se inmutó. Era ese cretino, burlador de novicias, quien debía tener miedo. Se jugaba lo que fuera a que, por cabreado que estuviera, su enojo no se acercaba, ni de lejos, al de ella.

Siguió bailando, como si nada, aun cuando lo tuvo al lado. Haciéndole de menos sin demasiado esfuerzo.

—¡Eh, tú! —le gritó el muy estúpido al oído. Pero el efecto fue el mismo que si no hubiera abierto la boca.

Intentó llamar su atención una segunda vez. Esta, tironeándola del hombro para obligarla a encararlo.

La muchacha se sacudió, revelándose a su contacto. Pero no fue ella, sino el tipo con el que estaba, quién la liberó del estorbo que se le había colocado

al lado. Raúl no se dio cuenta de que tenía a ese tío encima hasta que la punta de su nariz quedó pegada a la de él.

—Vigila dónde pones las manos si no quieres que te las corte.

¡Joder! ¡Qué bueno! El tipo era rápido. No lo decía solo por el modo en que había surgido de la nada para acaparar por completo su campo de visión. Lo que despertó su admiración fue la presteza con la que era capaz de soltar amenazas.

Intentó separar la cara de la de su inesperado adversario, consiguiendo distanciarse apenas unos centímetros. Los cuales, pese a lo escaso, le permitieron tener una visión mucho más clara del rostro de su oponente. Era un hombre mayor. Debía tener, por lo menos, treinta.

«¡Un viejales!» se mofó sin resquicio de humor.

El primer pensamiento que le cruzó por la cabeza, una vez corroborado el dato de la edad, fue qué habría podido ver ese en Nuria. ¡Si era una cría!

Aunque, esa noche, estaba impresionante. Se había fijado, mientras la veía bailar, en que había puesto peso. Al contrario de lo que opinaba ella, a él le parecía que esos kilitos que había ganado le sentaban de miedo. Se habían asentado en los lugares estratégicos para acentuarle las curvas y hacer que su cuerpo se viese más... ¿adulto?

Hizo a un lado la idea tan pronto acudió a su cabeza. No le convenía pensar en esa plasta de aquel modo, no le gustaba hacerlo. ¡Ni siquiera le caía bien! Por muy buena que estuviera, no dejaba de ser una niña fastidiosa. Además de cobarde. Con tal de no reconocer su derrota era capaz de ignorarlo de esa forma tan infantil. ¿Qué código de honor tenía? La falta de ética no se la perdonaría ni a Demi Lobato. A la absurda amiga de Abril, todavía menos.

Con la misma decisión que había demostrado al atravesar la pista empujó

al escollo que se había plantado en mitad de su camino, mandándolo lejos. En ese momento el olor a gresca se había vuelto intenso y los que bailaban cerca empezaron a apartarse, formando un corrillo en torno al trío.

—Tú no te metas en lo que no te importa —advirtió Raúl al entrometido, emulando al héroe de alguna desfasada película—. Esto es entre ella y yo.

Trató de hacerse con el brazo de la chica, para llevársela con él. Pero aquel idiota, que además de lerdo debía ser también sordo, volvió a erigirse como barrera entre ellos. El tío lo agarró de la solapa y, pese a su envergadura, lo llevó fuera del local como si no pesara más que un muñeco de trapo.

Mientras era arrastrado de espaldas a la salida, Raúl buscó a Nuria entre la multitud. Con los brazos cruzados bajo el pecho, y sin moverse de donde estaba, ella lo miraba sin dignarse a intervenir. Casi aburrida con el comportamiento de aquellos hombres enfrentados por su causa. ¡La muy víbora! Lo menos que debía hacer era intentar separarlos, pedir ayuda, tratar de detener la pelea aunque solo fuera para evitar el espectáculo. Pero nada. Ni abrió la boca. Como si la cosa no fuera con ella.

A Raúl le pareció más patético intentar resistirse que dejar que aquel armario de tres puertas lo llevara a donde quisiera. Ya había hecho el intento, y comprendía que era absurdo medir sus fuerzas con las de ese animal. Debió haberse fijado en algo más, aparte de en su cara. De haberlo hecho, seguro que habría reparado en la trabajada anatomía de chulito de gimnasio que es idiota tenía al final del cuello.

Si es que no pensaba. Fidel tenía razón, ese era su problema. Se dejaba llevar por el calentón y...

¡PLAF!

El golpe contra el suelo dolió más de lo que esperaba. Durante algunos

segundos ni siquiera puedo respirar. Aunque lo que más se resintió fue su orgullo. ¿Por qué tuvo aquel ruidoso grupito de adolescentes que pasar justo en ese momento? ¿Y por qué motivo su aterrizaje forzoso les parecía tan tronchante?

De verdad, estaba empezando a desarrollar una seria fobia contra toda mujer menor de veinticinco años. A ese paso tendría que recurrir a la ayuda de un psicólogo.

—Es un aviso —le dijo el que le había arrebatado el papel de Action Man—. Si vuelvo a verte atosigando a una chica, te juro que no tendré tanta paciencia. ¡¿Estamos?!

Tuvo el impulso de decir que sí. Cómo para no hacerlo, con el genio que se gastaba el muy bestia. Por suerte para su maltrecha dignidad el tipo no se quedó a escuchar la respuesta.

A Raúl le habría gustado levantarse de inmediato, pero le dolía demasiado la espalda. Y los riñones, sobre todo los riñones. ¿Por qué, si había caído de culo? ¿No sería lo normal que esa fuera la parte más dolorida de su cuerpo?

Una compleja duda existencial que hizo a un lado cuando la puerta de la discoteca se abrió otra vez. Entonces, el dolor pasó a segundo plano y se dio prisa en levantarse. No fuera a resultar que aquel gallito de gimnasio se lo hubiese pensado mejor y hubiera decidido no esperar a un segundo encuentro para dejar de ser *paciente*.

Pero no fue él, sino Nuria, la que apareció.

Todavía peor.

—Cabrona.

Le regaló el cumplido espontáneamente. Así, porque le nació del alma. Pero ella era dura, y ni mostrándole su corazón al desnudo la conmovió.

—Venía a ver sí te quedaba algún hueso en su sitio —se burló, fría como el pedernal—. Pero ya veo que has tenido más suerte de la que esperaba.

—Pues claro, el vejestorio ese no me ha durado ni un asalto. Para que te enteres.

Raúl dejó salir en la tonta frase más de lo que él mismo sabía.

«Así que vejestorio, ¿eh?».

Lo poco fundado del insulto fue muy revelador. Nuria se obligó a mantener la pose indiferente frente al más que evidente arranque de celos de ese tonto. Lo que no significó que no se lo apuntara como un tanto a su favor.

—No lo metas en esto. Es un hombre —remarcó la palabra con intención— muy ocupado. No tiene tiempo para juegos de niños.

—Si eso fuera verdad, no estaría contigo. —Por una vez, el ingenio escondido del muchacho asomó a su lengua—. Debería darle vergüenza, andar por ahí con una chiquilla que podría ser su hija. ¡Menudo asqueroso!

—Te aseguro que mi padre tiene muchos más años que él —replicó ella, encantada con el dolido tonito que le notaba—. Y, en todo caso, aquí el único que tendría que estar avergonzado eres tú. Cada vez que pienso en lo que le habrás hecho a esa pobre novicia...

Esta vez, la que dejó salir más de la cuenta fue Nuria. Y, al contrario que Raúl, ella sí fue consciente de su error. Se maldijo mentalmente por la metedura de pata. En el silencio que siguió, se agarró a la esperanza de que, quizá, él no se hubiese dado cuenta. Total, el pobre era más bien lento...

—¡Ja! —La risotada tardía dio al traste con sus ilusiones—. ¡Ja, ja, ja, ja...!

¡Vaya por Dios! Con lo tonto que era y, cuando menos convenía, bien que las pillaba al vuelo.

—Estás celosa —afirmó él, con la desfachatez que da el no tener asomo

de duda.

El evidente acaloramiento de la chica al oírlo desgranar sus sentimientos, a voz en cuello y en medio de la calle, lo consoló lo bastante para hacerlo pasar del enfado al regocijo.

—¡Ja, ja, ja...! —Plenamente consciente de que su risa servía de acicate para el malestar de ella, le regaló un buen repertorio. Aderezándolas con una dosis extra de mala uva.

Nuria tuvo el impulso de darle un puñetazo en plena cara. A ser posible, acertándole en la boca. Pero, en vez de eso, lo invitó a hacer un viaje.

—Vete a la mierda.

Dudaba de la puntería de su mano, pero en la de su lengua confiaba al cien por cien. Por ello prefirió curarse en salud.

—¡Espera!

Tan pronto la vio darse media vuelta, Raúl hizo por detenerla. Ni él mismo se explicaba por qué, pero no quería que regresara al lado del ligón de discoteca que la estaba esperando.

—No es lo que crees. Esa chica, la novicia, como tú la llamas... Nos conocemos desde pequeños.

Y, para conseguir lo que quería —aunque no sabía que lo quería—, jugó su mejor baza: la verdad.

—Se llama Raquel. Vamos a la misma parroquia y, esa noche, cuando nos viste salir juntos... no pasó nada.

De toda la información que le había revelado, lo que más chocó a Nuria fue lo que él menos esperaba que le impactase.

—¿A la parroquia? —repitió esta, con cara de pasmo—. ¿Tú vas a la iglesia?

El aludido no entendió el motivo de su descomunal asombro.

—Pues sí, soy un hombre de fuertes convicciones religiosas —confesó, imbuido de autocomplacencia.

—¿Y vas a misa?

Ni siquiera podía imaginarlo, no digamos creerlo.

—Sí.

—¿Y te confiesas, y todo eso?

—¡Qué sí, tía! ¿Qué pasa? ¿Te crees que me tienen prohibida la entrada, o qué?

Tanto cuestionamiento de fe le arruinó el humor. Pero... ¿qué imagen tenía esa insulsa de él?

Todavía asimilando ese lado espiritual que nunca le habría supuesto, ella lo miró de arriba abajo. Podría haber aprovechado la oportunidad para sincerarse también, tal y como había hecho él. Despejando la falsa idea que se había formado de la relación que existía entre ella y su pareja de baile. Pero no le apetecía. Se daba cuenta de que a Raúl le escocía pensarla flirteando con otro, y estaba dispuesta a dejarlo sufrir un poco más. Ni muerta le contaba que el que suponía su ligue era, en realidad, su tío; hermano pequeño de su madre. Con el que se había encontrado por pura casualidad y al que había pedido que la sacara a bailar solo para hacer de menos al idiota que no le quitaba ojo desde la barra.

No sabía si su historia superaba en patetismo a la de la amiga de la parroquia pero, como poco, la igualaba. Por eso mismo eligió el silencio. Con que uno de los dos asumiera el ridículo ya era bastante. Raúl había tenido la deferencia de ofrecerse voluntario. Para una vez que era caballero no pensaba desaprovechar la ocasión.

—Pues, la próxima vez que te confieses, que no se te olvide decirle al cura que eres un embustero.

Sin intención de agregar nada más le dio la espalda. Pero, para regocijo del que dejaba atrás, no lo hizo para regresar al local. Nuria echó a andar por la acera, calle arriba.

Esta vez, Raúl fue plenamente consciente de que le gustaba la airada dignidad que se gastaba la chica en ese momento. Si es que siempre le había molado que le pusieran las cosas difíciles. Debió ser por eso que sus pies se movieron por inercia para seguirla.

—¡Eh! ¿Te vas ya? —le gritó, caminando tras ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero—. ¿No te vas a despedir del viejales de tu novio?

Ni se molestó en volverse a mirarlo.

—Venga, Nuria —la llamó por su nombre, por primera vez. Sin confundirlo con otro—. No te enfades.

Ella se sintió tentada de hacerle caso. Pero en vista del buen resultado que le estaba dando la pose de ofendida prefirió estirla un poquito más. Subió la calle sin prestarle atención, disfrutando la maravillosa sensación de poder que conseguía al ignorarlo.

24

Capítulo 24

No lo vio durante la cena. La cual Teo y ella tomaron en el salón, a solas, con la inestimable colaboración de Rómula. Resultó que la anciana tenía una insospechada habilidad para tratar con el niño. Cuando estaba con él, la rancia maternidad que destilaba se amansaba para dotarla de una paciencia imbuida de ternura. Sus maneras seguían siendo tan ásperas como de costumbre, pero se le notaba el afecto, que brotó de manera instantánea desde la llegada del crio a la casa. Un sentimiento al que el pequeño correspondía. De todas las personas que transitaban por su nuevo entorno, él había elegido a la más arisca como testafarro de sus simpatías. Abril no podía evitar esbozar una sonrisa cuando los veía juntos. A pesar de que reír era lo que menos le apetecía.

Estaba preocupada. Y asustada. Y, en medio de esas emociones, también había hueco para el enfado. Lo que no sabía era si lo estaba con Jero, con ella misma, o con los dos.

Se veía perdida. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Qué haría él?

Era la primera vez que discutían y no sabía qué paso dar a continuación. Para colmo, la suya ni siquiera entraba dentro de la categoría de discusión normal en una pareja. Los amigos, la familia, el trabajo... Ninguna de estas razones que suelen enfrentar a los enamorados era la que los había llevado a ellos a herirse mutuamente.

Jero fue el primero en querer enmendar el error. Cuando al día siguiente bajó al comedor con su hermano, y no encontró allí a nadie más que a la adusta Rómula, Abril lamentó haber dejado pasar la oportunidad de reconciliarse. Aunque la lógica le decía que ceder no habría solucionado nada, más que su deseo de estar con Danta; de apurar a su lado el poco tiempo que él podía darle. El poco tiempo que tenía para sí mismo. Aún así, si pudiera volver atrás, esta vez no lo rechazaría.

¿La estaba evitando él a propósito? ¿Se lo habría pensado mejor y había decidido terminar las cosas en ese punto? ¿Era esa su manera de decirle que no la quería en su casa? Tampoco era que no tuviese a dónde ir. Podía coger a Teo y volver al piso que seguía vacío tras la fuga de su padre. Era el hogar de ambos, a fin de cuentas. Y las *amistades* de Galván ya habían comprobado que él no estaba allí. ¿Eso significaba que volvía a ser un lugar seguro? Quizás a Jero ya ni siquiera le importaba lo que esos hombres pudieran hacerle a su hermano y a ella...

El sonido del timbre le dio la excusa perfecta para levantarse. El asiento le quemaba.

—Yo abro —anunció a un Teo y una Rómula demasiado ocupados con una magdalena para depositar su atención en ella.

Con esa escasa acogida salió del salón y caminó por el pasillo hasta el recibidor. A los cinco pasos ya había entendido que no era de su asiento, sino de ella misma, de sus entrañas, de donde brotaba el fuego que la estaba

consumiendo. Tenía un exceso de energía desbordándola, con la que no sabía qué hacer. La actividad de ir a la puerta y abrirla no le sirvió ni para consumir la cuarta parte.

—Buenos días, señorita.

Miró al anciano que la saludó cuando apartó el portón, extrañada por su presencia. Había esperado que fuera Raúl quien venía, azuzándola para que se diera prisa en acabar de desayunar como hacía a diario. Su custodio siempre tenía tantas ganas de empezar a trabajar como de acabar.

—Buenos días.

El hombre también la observó a ella. Durante un segundo, con una pizca de curiosidad. Al cabo de ese breve lapso de tiempo declaró el motivo de su visita.

—Mi nombre es Gervasio, vengo a ver a Danta.

—El no está en este momento...

—¿Eres su mujer?

La pregunta congeló a la joven. Pero dio lo mismo porque, en el instante que había dedicado a estudiarla, el hombre tuvo tiempo de sobra para conjeturar quien era la chica que le había abierto la puerta. Era joven, guapa y no tenía pinta de asistenta. Por el contrario, atendió a su llamada con la actitud familiar de alguien que habita la casa a cuyo timbre había tocado. Para el anciano resultaba evidente que Abril era la mujer de Jerónimo Danta. Ella, en cambio, no estaba tan segura. Las cosas eran un poquito más complicadas de lo que ese desconocido estaba presuponiendo.

—He venido a darle esto.

Apartó la solapa de la anticuada chaqueta de pana marrón que vestía y extrajo un abultado sobre del bolsillo interior de la prenda. Con una actitud más brusca que amable le tendió el bulto a la muchacha, esperando que ella

se hiciese cargo de él. Pero esta, que seguía sin entender sus motivos, se limitó a mirarlo, desconcertada.

—No está todo, pero es cuanto puedo devolverle en este momento —dijo Gervasio, sin variar su actitud defensiva. Que, en este punto del discurso, se volvió altanera—. No necesito su caridad, ¿sabe? Puedo ser viejo, pero no un inútil. Y voy a devolverle hasta el último céntimo. No quiero estar en deuda con un prestamista.

En esta última frase, la voz del anciano se había teñido de un desprecio que se forzó a exagerar. Era evidente que quería mostrarse fuerte, saltando el estigma de debilidad con el que el mundo marca la vejez. No permitiría que creyeran que estaba asustado por los delincuentes con los que la desesperación le había llevado a mezclarse.

—Mi mujer está muy enferma. ¿Comprende, señorita? —preguntó a la muchacha, queriendo justificarse—. El dinero es para pagar los costes de su mal.

Abril recordó una de sus primeras mañanas en casa de Jero, y la conversación que éste mantenía con Fidel. Estuvo segura de que tenía delante al mismo hombre del que habían hablado ellos en esa ocasión.

Junto al recuerdo la asaltó una emoción, dolorosa y emotiva, que le atravesó el pecho.

Gervasio pareció haberse quedado a gusto después de la última puntualización. Tras ponerle el sobre en la mano, sin añadir una despedida a su alegato, se dio media vuelta para irse tan dignamente como había llegado. Sin embargo, antes de bajar el primer peldaño de la corta escalinata de la entrada, se detuvo.

—Es un buen hombre, ese Danta —reconoció, mirando a la muchacha por encima del hombro. Pese al halago, su ceño fruncido no se relajó.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta para convenir:

—Lo es.

El otro asintió con aire reflexivo antes de concluir:

—Cuídelo, señorita. El mundo necesita gente como él.

—¿Y dices que ya le han dado el alta?

—Esta mañana. Según la prensa, ha estado hospitalizado debido a un cuadro de estrés severo—. El que respondió a la pregunta ocultó la despectiva sonrisa que le afloraba a los labios en una exhalación de aire que le salió por la nariz—. Natural, quién se va a imaginar que, en realidad, lo que le pasa a ese desgraciado es que se le ha ido la cabeza—. El hombre se llevó una mano a la sien y se la apuntó con un índice que dibujó círculos frente a ella—. Resulta que ve muertos, como Bruce Willis.

Como era de esperarse, la broma fue celebrada con risas. Carcajadas que, no obstante, no animaron la desgana que reinaba en el ambiente.

—El que veía a los muertos era el niño —corrigió otra voz entre los presentes, intentando mantener un tono festivo que olía a funeral.

El habitual clima relajado y distendido que dominaba los encuentros del grupo había perdido su naturalidad para convertirse en algo forzado. Los chistes se sucedían para ocultar una tensión que, pese a los intentos por ignorarla, era patente para todos.

—¿Está en su casa? —quiso saber Jero, recostándose en el respaldo de su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

La pregunta lanzada a sus hombres no tardó en ser respondida.

—Sí, a esta hora el cerdo ya está de vuelta en su pocilga.

Danta asintió, reflexivo y sombrío.

—Perfecto. En ese caso, ha llegado el momento de darle el golpe de gracia.

Se hizo un silencio tan rígido como la algarabía precedente. El responsable de esa calma quebradiza se levantó, demostrando una resolución que no se contagió a sus hombres.

—Conociendo a De la Serna, estoy seguro de que habrá redoblado la seguridad en su casa —dijo, recuperando la chaqueta del respaldo para ponérsela—. Ese cobarde necesita esconderse tras los pantalones de otros. Quiero que me informéis de las horas en las que se llevan a cabo los cambios de guardia.

Nadie convino con él, demorándose en acatar el pedido de una manera nunca antes vista. Una falta de reacción que se prolongó hasta que alguien se animó a preguntar:

—¿De verdad vas a hacerlo?

Jero se colocó bien las solapas de la chaqueta y buscó el rostro de quien le hablaba sin perder la seriedad, rayando en lo lúgubre, instalada en el suyo.

—Por supuesto. Es lo que hemos estado planeando durante seis años.

—Sí, pero... Tú lo has dicho, han pasado seis años.

—Muchas cosas han cambiado en este tiempo.

—No es justo que te sacrifiques por nosotros, Jero. Nadie aquí quiere eso.

Las reacciones se sucedieron en torrente en cuanto un primero se atrevió a romper el silencio.

—Además, la chica dijo...

—Ese tema ya está zanjado.

Danta reaccionó a la velada mención a Abril de inmediato, recuperando el nivel de crispación que lo había mantenido toda la noche en vela. No había pegado ojo intentando encontrar una solución a la encrucijada que le planteaba la hija de Galván. ¿El amor o la palabra dada? Estaba forzado a elegir entre uno y otra e, independientemente de por cuál se decantase,

ninguno terminaba de parecerle una opción justa. Eligiera lo que eligiera, no podría vivir con la tranquilidad de saber que había hecho lo correcto. La única alternativa que se le había ocurrido para inclinar la balanza y salir del atolladero ya había sido expuesta. El resultado no le satisfacía pero, ¿acaso podía ignorarlo, cuando había llegado allí siendo quien encabezaba la marcha?

Dejó en paz el cuello de sus ropas y bajó los brazos a los costados. Demostrando, sin quererlo, la derrota que se negaba a reconocerse a sí mismo.

—Dije que solo aceptaría esa opción si todos estábamos de acuerdo — recordó a la concurrencia, tras exhalar un suspiro que solo lo calmó superficialmente—. Ha quedado claro que no es así.

Las miradas se volvieron a Pedro, con más o menos disimulo, y este sonrió despectivo, y también triunfante, a los reproches murmurados de sus camaradas. Su voto a favor de seguir el plan original para acabar con Ildefonso de la Serna fue único. Nadie más que él secundó la opción que los había unido seis años atrás. Como alguien había dicho unos minutos antes, muchas cosas habían pasado en ese tiempo; muchos vínculos se habían construido entre ellos. Lazos de simpatía, afecto y camaradería que, entretejidos, sostenían entre todos para evitar que nadie terminase cayendo al vacío. Por desgracia, bastaba con que uno solo de ellos soltara un extremo de la red para que esta se desplomara. El hombre que en ese momento soportaba el peso de todas las miradas, sin inmutarse, no había demostrado reparo en ser el primero en desertar del frente común que, sin proponérselo, estaba respaldando el grupo.

—Averiguad lo que os he pedido, quiero acabar con esto cuanto antes.

A Jerónimo Danta, como el hombre de honor que era, tampoco le tembló

el pulso al hacer valer la singularidad del deseo mantenido por Pedro como razón más que suficiente para no faltar a su promesa.

Sin añadir nada más salió del reservado.

Fidel le dio alcance en la puerta del club, con un pie ya en la calle.

—No necesito dejar un testamento para que sepas que todo lo mío pasará a ser tuyo —comentó el que abría la marcha, sabiendo que su fiel amigo estaba tras él a pesar de no verlo—. De todas maneras, todo está a tu nombre.

Ambos abandonaron el local para exponerse a la amenaza de un cielo cubierto por oscuros nubarrones.

—¿Qué pasará con Abril?

La pregunta del gigante estuvo cargada de mala intención. Presionó la cuerda que sabía que más resonaría en el interior de su camarada con toda la maldad, buscando hacerle daño. Quizás para devolverle un poco del que su estúpida obstinación le estaba provocando a él. Pero, sobre todo, para hacerlo recapacitar. A esas alturas, Fidel aún conservaba un resquicio de esperanza, fruto de la desesperación más absoluta, de evitar un final al que sabía que no tardaría muchas páginas en llegar.

Jero se detuvo al oírlo y, desde los pocos pasos que lo separaban de él, el apache fue perfectamente consciente de cómo se le tensaba el cuerpo.

—Lo más probable es que Galván no aparezca. —Danta respondió a la pregunta tomando un derrotero diferente al que esperaba quien la formuló. Se giró lentamente y, cuando quedó de frente a su amigo, su expresión era una máscara de calma que no engañó a nadie—. El hecho de que todavía no hayamos podido encontrarlo me hace suponer que, a estas alturas, ya ha cruzado la frontera para poner su pellejo a salvo. Por eso cuento contigo para que te ocupes de Abril y del niño, no va a ser fácil para ella...

—Por supuesto que no va a ser fácil para ella, gilipollas. —Fidel fue el

primero en perder las formas.

Rompiendo de una zancada la distancia que lo separaba de Jero se plantó delante de él, haciendo un gran esfuerzo para no propinarle un puñetazo.

—Esa muchacha está enamorada de ti. Eres tú el que deberías estar a su lado para apoyarla cuando lo necesite.

La sonrisa de Danta pretendió ser cínica, pero no pasó de lamentable.

—Tiene veinte años, se repondrá —aseguró, minimizando los efectos para engañarse a sí mismo—. Cuando se es tan joven las heridas sanan pronto.

El gigante suspiró, exasperado, y le puso una mano en el hombro; a medio camino entre este y el cuello. Pasando de la hostilidad al cariño que, pese a todo, profesaba a ese demente.

—Cuanto me enamoré de Eva tenía diecisiete —le recordó, retándolo—. Por si no te has dado cuenta, todavía no lo he superado.

Jero esbozó otra sonrisa. Esta fue triste, pero más sincera que la precedente.

—Eso es porque eres un blandengue —se burló, recurriendo a su manera habitual de dar esquinazo a cualquier tema que reclamara su lado más emotivo—. Pero Abril es una mujer fuerte. Aunque no lo parezca, aunque ella ni siquiera lo sospecha, lo es.

Sonó seguro. Convencido de lo que decía. Enamorado.

Fidel abrió la boca más que dispuesto a aprovechar la vulnerabilidad que, sin siquiera darse cuenta, su compañero había dejado entrever. Pero una gota que cayó de arriba, y fue a dar en la punta de su nariz, lo obligó a volver a cerrarla. Contrayéndole la expresión en una mueca instintiva e involuntaria.

—¿Está lloviendo? —preguntó el que seguía apesado por su enorme mano, al ver el agua que temblaba en la punta de su prominente nariz.

Jero extendió la palma de una mano cara al cielo, para comprobar la suposición.

Fidel, que se tomó su actitud como una nueva treta para desviar la atención de lo que le hacía daño, le respondió en malos términos:

—¿Y eso qué importa ahora? ¿Se puede saber qué te pasa últimamente con la lluvia?

Algunas gotitas se estamparon en la palma de Danta. Quien, ahora sí, sonrió sin más motivo que la Felicidad. Palmeó el hombro de su camarada, antes de salir corriendo para llegar al lugar en el que estaba aparcado el coche.

—Necesito que me lleves a un sitio —gritó por encima del hombro para no perder ni un solo segundo—. No te quedes ahí parado como un pasmarote. ¡Deprisa!

La lluvia arreció mientras Abril estaba en la puerta de la facultad. Resguardada bajo el dintel, junto a otros estudiantes y profesores que demoraban la vuelta a casa hasta que amainara un poco. Allí la había dejado Raúl tras gritarle, antes de largarse misteriosamente y a la carrera, algo sobre que esperase. No le dio detalles de para qué o por qué debía aguardar, y a ella tampoco le molestó que no lo hiciera. Había llegado a la conclusión de que era mejor que su obligado acompañante ahorrara palabras, porque cuando le daba por derrocharlas siempre terminaban enfadados.

Se encogió dentro del abrigo rosa para conservar el calor, escaso, que generaba su cuerpo en la prenda. Ni siquiera le preocupaba a dónde podría haber ido su guardián tan de improviso, ni cuánto tardaría en volver para llevarla a casa. Su cabeza, que no había sido capaz de centrarse en las clases y la había mantenido en un estado de torpeza y aislamiento toda la mañana,

seguía llena con los pensamientos que la rondaban desde el desayuno. No quedaba espacio para plantearse nada más. Mientras su cuerpo soportaba, indolente, los empujones de los intrépidos que, cansados de la espera, se aventuraban a abandonar el refugio a la carrera; improvisando paraguas con abrigos, carpetas, mochilas...

La entrada al edificio se fue vaciado de esta manera, y ella terminó arrinconada contra el muro. Zigzagueando a la deriva entre las prisas de unos y otros. En ese estado, no mucho más fresco que el de un zombi, en el que se encontraba, a su cerebro le costó procesar la imagen del mango de un paraguas, sujeto por una mano evidentemente masculina, que surgió ante sus ojos. Con el desinterés de quien tiene la mente muy lejos del lugar en el que están posados sus pies, la visión de Abril hizo un recorrido ascendente por la extremidad, hasta llegar al rostro del dueño de aquel brazo.

—Jero —lo llamó en un susurro, sintiéndose aún más desconectada de la realidad de lo que lo estuvo antes de ponerle cara.

Él regaló una cálida sonrisa a su desconcierto y se le acercó más. Mucho más. Rodeándole los hombros con un brazo para atraerla a su cuerpo, resguardándola bajo el paraguas abierto que sostenía sobre sus cabezas. El leve temblor que sacudía a la muchacha se hizo evidente en aquella estrecha cercanía. La abrazó con más fuerza para transmitirle el calor que emanaba de él.

—Vamos a casa antes de que te congeles —le dijo con el humor bailando entre las palabras. Hablando de una forma trivial, natural; como si no ocurriese nada.

Echó a andar tirando de ella pero, pese a la prisa por ponerse a resguardo que había expresado, la llevó bajo la lluvia con un paso calmo, de paseo, recreándose en el momento.

El golpeteo feroz de las gotas en el paraguas ayudó a Abril a disipar su embotado cerebro. Lo hizo poco a poco, al compás monótono e incesante de la lluvia. Miró hacia arriba, al plástico transparente que un entramado de varillas de metal mantenía desplegado, como una diminuta cúpula, encima de ellos dos. Las flores de variados y llamativos colores que salpicaban el filo de la tela impermeable, y que suponían el único obstáculo para ver más allá de ella, llamaron su atención, provocándole un amago de sonrisa.

—¿De dónde has sacado este paraguas?

Jero apartó la mirada del frente y la bajó hasta ella. Estaban tan pegados que solo le vio la coronilla.

—De un bazar. Obligué a Fidel a parar en uno de camino a la facultad. No le hizo mucha gracia, últimamente se queja por todo.

La sonrisa de ella se extendió hasta dejar ver sus dientes.

—No es para nada tu estilo.

Lo notó reír quedamente.

—Es verdad, pero me pareció el tuyo. Al verlo pensé en ti.

La joven relajó el cuerpo, apoyándose en parte en el de él. Posó la cabeza en su hombro y le rodeó la cintura con un brazo.

—Creí que estabas enfadado conmigo. He pasado toda la mañana dándole vueltas a eso.

—Estaba enfadado, pero no contigo. No sé con qué, en realidad. Con todo, supongo. Conmigo.

Caminaron en silencio y abrazados, tranquilos en contraste con las carreras de las pocas personas con las que se cruzaban por la calle. Lo hicieron en silencio durante un buen tramo. Hasta que Jero agregó:

—Tú no has hecho nada malo, Abril. —Hizo una pausa antes de añadir, sonriendo de oreja a oreja—. La otra tarde, cuando le plantaste cara a

Pedro... ¡Me gustó tanto verte hacerlo!

Lo inesperado de la declaración detuvo los pies de la muchacha. También Jero se paró. Solo que él lo hizo después de moverse para ponerse de frente a ella, sin soltarla.

—Pero yo pensé...

—Fui un imbécil —no la dejó terminar—. Un idiota. Me asusté, Abril. Sentí pánico.

—¿Pánico? ¿De qué?

—¡De todo! —exclamó con furor. Se obligó a calmarse antes de continuar—. Primero, temí que ese desgraciado te fuera a hacer algo y, luego... Luego, cuando comprendí que ya sabías toda la verdad, me di cuenta de que el que más daño te había hecho era yo, y eso fue aún peor.

Abril se alzó en las punteras de sus zapatos, cediendo al impulso de abrazarlo para aliviar el dolor que veía en sus ojos y oía en su voz. Pero él no la dejó. Obstinado en la necesidad de soltar lo que lo estaba quemando por dentro la detuvo y la obligó a mirarlo a los ojos. Forzándose a sí mismo a saltar el muro tras el que escondía, y se burlaba, de su propia emotividad.

—No quiero que vuelvas a pedir perdón; ni a mí, ni a nadie. No por hacer lo que consideras que tenías que hacer. No por expresar tu opinión. ¿Entendido? —La miró con tanta intensidad que, aunque no alcanzaba a ver el verdadero trasfondo de sus palabras, ella cedió con un asentimiento al compromiso que le imponía—. Nunca olvides lo que hiciste en el club, porque así es como tienes que ser.

Una señal de peligro se encendió dentro de Abril.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, en guardia, pese a que no necesitaba ninguna explicación. Empezaba a verlo todo muy claro. Demasiado claro.

La espantada de Raúl, la inesperada aparición de Jero, el paseo bajo una

lluvia torrencial... Esa tarde él había ido a recogerla a la salida de clase para cumplir una promesa. La que le hizo tras su primera noche de amor. Jerónimo Danta, hombre de palabra, jamás faltaba al compromiso adquirido. Lo que le había parecido romántico se tornó triste al abrigo de este pensamiento. Aquello no era solo el cumplimiento de una promesa, también era una despedida. Jero había ido a darle su adiós, y lo estaba haciendo. Por eso le decía esas cosas. Le estaba recordando cómo quería que actuase en adelante porque él no iba a estar a su lado para verla, para animarla a ser fuerte.

—No sigas —suplicó al borde del llanto.

El semblante de él se hizo más severo y, con una mano, la agarró de un brazo y la forzó a adoptar una postura erguida.

—Y, sobre todo —le recalcó con ferocidad —, no vuelvas a hacer esto. No te aferres a mí, a ningún hombre, a nadie. Eres una mujer valiente, Abril. Una que ha cuidado de su familia desde que era una niña. Que no dudó en sacrificarse a un desconocido al que temía para salvar a su padre, ni en burlar a ese monstruo para reunirse con el chico que le gustaba.

Su agarre se hizo más suave. Cariñoso, pero sin perder contundencia.

—Abril Galván es esa clase de mujer, no lo olvides nunca.

La muchacha pensó que era injusto. Muy injusto. Diciéndole todo aquello la estaba obligando a aguantar el tipo para no destrozar el esbozo, casi heroico, que hacía de ella. La obligaba a no desplomarse. Y era eso, venirse abajo hasta los cimientos, lo que le nacía.

—¿Por qué me haces esto?

Él tomó su mano derecha, se la alzó y puso en ella el mango del paraguas.

—Porque quiero asegurarme de que lo recordarás toda tu vida —le respondió, cerrándole los dedos alrededor del bastón de plástico, con fuerza.

Con las dos manos libres le abrigó las mejillas con las palmas. Le limpió

con el pulgar el rastro de una lágrima rebelde y bajó la cara hasta la de ella para besarla en los labios. Lo hizo de un modo suave, leve. Que se volvió apasionado y de ahí pasó a violento hasta la voracidad. El hambre dolorosa del que sabe que va a morir de inanición.

Abril se entregó al beso desesperado de Jero suspendida en el sonido de la lluvia. Mantuvo los ojos cerrados aún después de que los labios de él se despegaran de los suyos. No los abrió ni cuando la boca del hombre se demoró sobre su piel nuevamente, ahora en su frente, marcándola con un adiós que hacía rato que era un hecho. Así, a oscuras y con la respiración contenida, lo sintió alejarse de su lado. Perdió el calor que le regalaba su cuerpo como si estuviera perdiendo la mitad de su alma. Cuando los pulmones le exigieron que dejara entrar el aire en ellos abrió ojos y boca a un tiempo. Para entonces, Jerónimo Danta era una pequeña y oscura figura al final de la calle.

—Jero —lo llamó con un hilo de voz opacado por la lluvia. Dijo su nombre aún sabiendo que no le valdría para retenerlo a su lado, dejando ir con él el último hálito de esperanza que le quedaba dentro.

La mano le tembló, como el resto del cuerpo. Se agitó de un modo más violento a como lo había estado haciendo antes y el frío ya no fue responsable de la tiritona. El paraguas se le deslizó entre los dedos y cayó a un lado, en el suelo. No le importó. De todas maneras, ya estaba empapada de lluvia. Por fuera, y también por dentro.

25

Capítulo 25

Jero no volvió a casa. No lo hizo esa tarde, ni al día siguiente, ni el de después. Fue Fidel quien llegó para rescatarla de la lluvia y hacerla entrar en el coche, sin que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando. Su vista, todos sus sentidos, seguían pendientes del lugar por el que había desaparecido él. Queriendo congelar el momento para eternizarlo, para no perderlo. Para impedir que el tiempo corriese hacia delante en su irrefrenable avance. Pero no pudo pararlo, como tampoco había podido detener al hombre que la había dejado bajo el aguacero. Jero se había marchado después de apuntalar los cimientos de la mujer que quería que fuera. De la que decía estar seguro que era, aunque ella no se sintiera como tal. Había pegado media vuelta, dando brío a sus talones y contradicción a sus palabras.

¿Cómo se atrevía a pedirle que fuera fuerte, que luchara por lo que quería y diera voz a aquello que consideraba justo cuando él mismo era la prueba palpable de lo inútil que resultaba? ¿Acaso había tenido en cuenta algo de lo que había dicho o hecho para retenerlo a su lado?

No. La respuesta a la pregunta era simple. Le venía a la mente, y le alcanzaba el alma, de manera natural. Jero ni siquiera la había considerado. Primero la mantuvo al margen de sus asuntos, sin plantearse siquiera sincerarse. Después, simplemente la ignoró. Todo aquello de plantar cara era pura palabrería en su boca. La verdad del discurso era que existían cosas, circunstancias y personas a las que es tan difícil mantener a nuestro lado como a los instantes, que se marchan irremediabilmente sin dejar nada más que un recuerdo.

Este pensamiento era la convicción que inundaba a Abril dos días después de la despedida de Jero. A él le daba vueltas esa tarde, como lo había hecho en todo ese tiempo, asomada a la ventana del cuarto que compartía con su hermano.

Nada había cambiado en el hogar, aún parecía una fortaleza férreamente custodiada. Los hombres entraban y salían relevándose unos a otros, ocupándose de la vigilancia por turnos organizados por el buen juicio de Fidel. Quien, en ausencia de Danta, se había instalado en la casa asumiendo el rol de líder del grupo.

Aquello era bueno, se repetía la muchacha intentando convencerse a sí misma. Toda esa actividad significaba que Jero aún no había ejecutado lo que llevaba años planeando. El ajetreo continuo de gente entrando y saliendo de la vivienda era prueba de que él aún se estaba preparando para la culminación de la que era la razón de su existencia. Estaba bien, a salvo, en algún lugar de la ciudad. Eso debería bastar para calmarla y, en cierto modo, lo hacía. Pero de una manera efímera, consciente de que la seguridad de la que él disfrutaba en ese momento tenía una fecha de caducidad muy próxima. Poco margen para que Abril se sintiera satisfecha.

Impelida por la insatisfacción abandonó la ventana y atravesó el

dormitorio para ir al piso de abajo, al despacho en el que sabía que encontraría a Fidel. El maleficio que guardaban las puertas de esa casa se rompió cuando entró en la estancia sin llamar antes. Aunque se reformuló al hallar al gigante acompañado por otro hombre. Ambos alzaron la vista cuando interrumpió su reunión sin ningún miramiento, y la fijeza de aquel par de ojos sobre ella hizo que el impulso de sus pies se agotara en el umbral.

—Déjanos solos un momento —pidió el apache a su acompañante, levantándose de su asiento al mismo tiempo que el otro. Quien se dio prisa en cumplir su voluntad.

La muchacha entendió que cada segundo era vital para ellos y pensó que, en ese punto, coincidían. Tampoco ella quería perderse en preámbulos. De modo que, tan pronto la puerta se cerró a su espalda, dejándola a solas con aquel de quien había ido a obtener las respuestas que necesitaba, las que consideraba que merecía, dejó que las preguntas salieran de sus labios.

—¿Dónde está Jero?

Como si hubiera estado esperando el interrogatorio, Fidel rodeó un lado de la mesa que ocupaba y fue a sentarse en el filo, frente a la joven.

—Se está quedando en un hotel. Ha creído más conveniente evitarte el trago de... —Se detuvo, seguro de que ella sabía a qué se refería y prefiriendo no entrar en detalles—. Quiere hacértelo lo más fácil posible.

—Lo más fácil posible. —El susurro de Abril fue puro cinismo.

Él la comprendió perfectamente. Que tuviera la lealtad comprometida con su amigo no suponía que estuviera dispuesto a darle la razón en todo. En lo referente al modo en que estaba actuando con esa muchacha, como en tantos otros, Jero se conducía con la mejor de las intenciones y el peor de los tinos.

—¿Cuándo será? ¿Cuándo tiene planeado... hacerlo?

El interrogado infló el pecho. Aquel no era un tema del que le gustara

hablar, y menos en ese momento. Tenía demasiado de lo que ocuparse. Sin embargo, la chica tenía derecho a obtener respuestas, a saber qué iba a pasar con el hombre del que estaba enamorada. De todos, ella era quien más merecía estar al tanto de lo que sucedía.

—Pasado mañana.

La joven sintió como si fuera alcanzada por un rayo, fulminada en el instante.

—¿Tan... tan pronto?

Fidel asintió lentamente, consciente de lo que la información significaba para ella. No era muy diferente de lo que suponía para él.

Abril agachó la cabeza, dejando que el telón de su flequillo cayera hacia delante para ocultarle parcialmente el rostro. Un segundo después volvió a alzarla.

—Es raro —dijo, con el llanto que había intentado esconder contenido a duras penas—. Siempre creí que mi vida era complicada, pero ahora me parece muy fácil. Solo tenía que resignarme y aceptar cualquier cosa que viniera, por terrible que fuera. Pero, esto... —Negó, como intentando espantar un pensamiento demasiado doloroso—. No puedo aceptarlo sin más.

El hombre le sonrió de un modo paternal.

—A Jero le encantaría oír eso —se forzó a bromear, aún sabiendo que nada de lo que dijera valdría para levantar el ánimo de la chiquilla. Ni tampoco el suyo—. Significa que su semilla ha arraigado en ti. Es estupendo.

—Es cruel —lo corrigió ella, con la seriedad que da la tristeza—. Si ni siquiera pensaba escucharme, no debió alentarme a revelarme.

Dando por concluida la conversación, se dio media vuelta para abandonar el despacho.

—Abril —la retuvo Fidel. Su tono precavido la asustó.

Se detuvo con la mano encima del picaporte, pero no se giró. Tenía miedo de hacerlo.

¿Qué más tendría que decirle ese hombre que la retenía pronunciando su nombre tan lúgubrementemente?

Lo oyó suspirar y moverse a su espalda, cambiando de postura en el filo del escritorio que usaba como soporte para su enorme cuerpo.

—Tu padre ha aparecido.

Soltó el aire que había retenido dentro del pecho. Lo hizo muy despacio, relajándose poco a poco. Sintió algo más libre. Como si le hubieran quitado de encima el peso de una de las muchas cadenas por las que se sentía maniatada.

Una buena noticia. Al menos, le llegaba una buena noticia en medio de la tragedia que estaba viviendo. Los hombres de Jero habían dado con el paradero de su padre, y eso la aliviaba. Hacía que su horizonte pareciera menos negro, aunque siguiera siendo tan oscuro que no podía ver nada más allá. Estaba exageradamente disgustada con Teodoro. Tanto, que hubo momentos en los que llegó a creer que lo odiaba. Pero eso no era verdad. El enojo le había nublado la vista, impidiéndole ver el amor que profesaba a su progenitor a pesar de que él no hubiera sabido asumir la responsabilidad que tenía con su hermano y con ella. Pero la venda cayó al suelo al oír de labios de Fidel el anuncio de nuevas sobre su paradero.

Soltó el picaporte y el brazo le cayó al costado, relajado. Se giró a medias y buscó con la mirada el rostro del hombre de confianza de Danta.

—¿Dónde está? ¿Cómo? ¿Se encuentra bien? —disparó las preguntas en tropel.

El apache juntó los labios, humedeciéndoselos. Su expresión, carente de luz, se ensombreció todavía más cuando se dispuso a resolver el remolino de

interrogantes que le formula, presa del nerviosismo.

Le costó reconocerlo. El rostro que sabía de memoria le pareció el de un extraño bajo la luz blanquecina que iluminaba la habitación, volviéndola aún más fría e impersonal. Se demoró recorriendo los hieráticos rasgos carentes de expresión. Su cerebro tardó en asimilar la información que los ojos le estaban transmitiendo; negándose a creerla, pero no siendo incapaz de hacerlo.

Lo que estaba viendo no podía ser verdad. No quería que lo fuese.

—Es él —confirmó, sin embargo. No sabría decir si mucho o poco tiempo después de que le mostraran el cuerpo.

Entonces, el empleado que la había guiado por el pasillo volvió a cerrar la cremallera de la funda que guardaba el cuerpo de Teodoro Galván. Empujó el cajón en el que este estaba acostado y, al compás del chirrido apagado de las ruedecitas al deslizarse por el carril, su padre quedó encerrado en una especie de nicho metálico y helado.

De ese modo acabó todo. Los reproches que planeaba hacerle y, también, el perdón que sabía que terminaría brindándole porque, como Nuria no se cansaba de echarle en cara, era una tonta. Pero, sobre todo, porque él era su padre. Verlo reducido a una cáscara vacía, que espera en un frigorífico el momento de ser convertido en polvo, le destrozaba el corazón de un modo más allá de las palabras. Sentía un dolor seco, incapaz de la lágrima. Que, por lo mismo, escocía mucho más porque se le adhería al pecho sin forma de despegarlo.

Notó el brazo protector de su amiga alrededor de los hombros, estrechándola para brindarle su cuerpo como soporte. También el beso que depositó en su sien, un momento antes de arrastrarla a la puerta para sacarla de aquel insoportable lugar. Se lo agradeció en silencio, incapaz de

expresárselo en modo alguno. Anulada por el pesar para demostrar ningún sentimiento o síntoma vital más allá de la respiración y el pestañeo.

—Si es tan amable de acompañarme, nos ocuparemos del papeleo —dijo el empleado de la morgue. Tan acostumbrado a ese tipo de trámite que se había inmunizado al dolor ajeno con el que lidiaba a diario.

Hizo un gesto con el brazo, indicando a las chicas el camino a seguir, y se adelantó permitiéndoles un cierto espacio.

Raúl, sentado en un banco en uno de los laterales del pasillo, se levantó como un resorte al verlas aparecer. Su actitud, sin embargo, fue más retraída al ir hasta ellas.

—¿Cómo estás? —preguntó con una sutileza que, por la falta de uso, apenas fue capaz de encontrar entre el desbarajuste de sus modales.

—¿Cómo quieres que esté? —le respondió Nuria, haciéndole ver lo estúpido de la cuestión formulada.

Él enterró las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero aún más, hundiendo los hombros.

Era consciente de lo tonto e innecesario de la pregunta. Sabía cómo se sentía Abril porque se lo veía en la cara de muerta que traía y, muy especialmente, porque él había pasado por lo mismo. Perder a un padre solo puede provocar un sentimiento: el de estar hecho jirones por dentro.

Solo quería ser amable, para variar. Demostrar que estaba ahí y que podían contar con él. No solo porque Danta se lo hubiera encomendado como misión, sino porque quería ayudar. Lo que estaba viviendo la cursi princesita... Bueno, le tocaba la fibra. Se consideraba un tío de acción, un tipo duro, pero eso no quitaba que tuviera su corazoncito. Sin embargo, la quisquillosa Nuria estaba empeñada en poner pegas a todo lo que hacía y

decía. En pocos días había pasado de ser una fan obsesionada con él a no poder verlo ni en pintura.

¡Cualquiera la entendía!

A ella y, también, a él, la verdad. Porque estaba echando de menos el acoso al que lo tenía sometido esa cría. Como si se tratara de algún tipo de sustancia adictiva que, una vez enganchado a ella, le hubieran quitado sin contemplaciones.

—Tengo que ocuparme del papeleo —dijo Abril, inmune a la complicada relación amor-odio de la pareja que la acompañaba. Y al resto del mundo.

Perdida dentro de ella misma, entre las emociones devastadoras que estaba padeciendo, se liberó del abrazo de su amiga y echó a andar en la dirección indicada por el empleado. Algo que sorprendió a los otros dos, quienes no la veían en condiciones de dar ni un par de pasos por ella misma.

—Abril, espera. Voy contigo.

Nuria se apresuró a seguirla. Ni quería dejarla sola ni la veía capaz de valerse por ella misma.

—No —la detuvo la otra, sorprendiendo a sus acompañantes por la contundencia con la que habló—. Puedo hacerlo sola. Debo hacerlo sola.

De nuevo, Raúl y Nuria se mostraron sobrecogidos por la fortaleza a la que se estaba obligando alguien que, por su aspecto, bien podría confundirse con un cuerpo fugado de alguno de los nichos que había allí.

—¿Estás segura?

Respondió al no detener el avance mecánico de sus pies; uno delante del otro, uno delante del otro...

Preocupada, Nuria le cedió la autonomía que demandaba. Si era lo que quería, debía respetarla. Aunque no le gustaba la idea de dejarla.

—Puedes marcharte, yo la llevaré de vuelta —dijo, hablando con la vista

fija en la espalda de Abril para no mirar a Raúl—. Hoy no intentaremos ninguna huida. Creo que es evidente por qué. Así que vete tranquilo.

Él, en cambio, sí que la miró. Giró el cuello, y su perfil altanero despertó un deseo de agarrarla del brazo para obligarla a enfrentarlo que le costó reprimir.

Esa mocosa lo estaba volviendo loco.

—Ya no la vigilo —le aclaró, ofendido por la confusión de su función. A eso atribuyó el reconcome que le produjeron las palabras de Nuria—. Jero me pidió que me quedara con ella para cuidarla.

—¡Qué considerado! Delegar en uno de sus matones lo que debería hacer él. Desde luego...

La chica meneó la cabeza con una desaprobación idéntica a la expresada por sus palabras.

—Deja en paz a Jero. Ni siquiera sabes cuáles son sus motivos.

—Me da igual cuáles sean. Nada justifica que no esté aquí, apoyando a Abril.

—¿Es que no vas a enterrar el hacha de guerra ni siquiera en un momento como este?

Ella percibió en la pregunta una debilidad que la descolocó. Dejando de lado la pose de indiferencia se volvió a medias para mirarlo a la cara. Donde confirmó el desvalimiento que habían captado sus oídos.

—¿De qué hacha estás hablando? Yo no uso armas, soy pacifista —soltó la tontería esquivándole la mirada, que paseó por la pared más allá del hombro de Raúl.

¿Se habría pasado con eso de hacerse la dura? Le estaba dando tan buenos resultados que, igual, se le había ido la mano tirando de la cuerda.

El muchacho sacó las manos de los bolsillos y suspiró, cansado.

—Mira, sé que estas enfadada conmigo. Que no me perdonas lo de la apuesta, y todo eso. Pero creo que deberías darme una tregua. No por mí, sino por tu amiga. En este momento, Abril necesita que estés al cien por cien con ella. Sé cómo se siente —se encogió de hombros con actitud de cachorrito—, yo pasé por lo mismo.

¿Eran lágrimas lo que brillaban en sus ojos? ¿Las estaba almacenando allí, luchando para evitar que cayeran, como el ridículo machote que era?

¡Maldición! El muy imbécil conseguía desarmarla sin siquiera saber cómo tenía que hacerlo, de un modo completamente inocente. Lo suyo era un don.

Nuria se dejó ganar por la emotividad que rechazaba Raúl y, pasando de tácticas, se le tiró al cuello. Literalmente. Ahogándolo en la estrechez de su abrazo. A él le costó respirar, pero más le costó entender lo que estaba haciendo ella. Habría jurado que seguía cabreada. ¿Cómo era que, de buenas a primeras, volvía a ser la lapa a la que lo tenía acostumbrado?

Mira que era rara, la tía.

¿Se le pasaría con la edad el severo desorden emocional que sufría? ¿O era cosa de su mente desquiciada, y no de la explosión hormonal propia de la adolescencia? Se cuestionó, tan incapaz de pillarle el punto como siempre.

—¿Sabes? Estaría bien que tú también me abrazaras —le susurró la muchacha al oído, acomodando la cabeza en su hombro.

Vale, estaba decidido. Ya tenía diagnóstico. Raúl no sabía nada de psicología, pero algo, no sabía el qué —una especie de instinto, seguramente— le decía que lo de esa chica no iba a ser cosa de las hormonas.

Bien adiestrado por su madre, y por Rómula, en eso de saber reconocer y acatar una orden, alzó los brazos y le rodeó la cintura con ellos.

—Vale —dijo. En ese momento, así, tan de cerca, finalmente se hizo una

idea de por qué le resultaba tan agradable tener a ese incordio bien apretada contra él—. Lo que tú quieras.

Estaban tardando demasiado.

Jero, con el antebrazo apoyado en la ventanilla bajada del coche y el puño a la altura de la boca, mantenía la mirada fija en la puerta de entrada del tanatorio. Impaciente por ver a Abril salir de allí. Fidel, en el asiento delantero, según lo habitual, opinaba lo mismo. Solo que él, en vez de a la calle, era al reloj del salpicadero a lo que no le quitaba ojo.

—¿No piensas entrar? —preguntó, exasperado por la absurda guardia que estaban haciendo. Aquello no tenía sentido.

Su amigo apartó el puño y suspiró.

—Es mejor que no.

La respuesta de mártir sin razón de ser crispó los nervios del gigante.

—No me fastidies, Jero. ¿Cómo puñetas va a ser mejor que estés aquí, cual Romeo geriátrico, espiando a la mujer de la que estás enamorado, en vez de ir a su lado para acompañarla en un momento tan difícil para ella?

De no ser porque sabía que no serviría de nada, de buena gana habría sacudido a ese idiota para hacerlo entrar en razón.

—Decir adiós una vez ya ha sido demasiado difícil para los dos. Es mejor dejar las cosas tal y como están.

Danta no esperaba que Teodoro Galván fuera a elegir ese momento, de entre todos los posibles, para aparecer. Menos aún, para hacerlo de ese modo. Realmente creía que el maldito estafador estaba a salvo, escondido en algún lugar sin pensar demasiado en los hijos que dejó atrás. Era su especialidad, después de todo: salvar el pellejo a costa de lo que fuera. Por eso, lo que menos imaginaba era que el desgraciado se había dejado asesinar. No había

previsto la cruel casualidad de que Abril sufriera el deceso de su padre al mismo tiempo que lo perdía a él.

—Mira, ¿qué quieres que te diga? Yo creo que ella agradecería tenerte a su lado en este momento. Por más que el tipo fuera un infeliz, era su padre — insistió Fidel.

A Jero nada le habría gustado más que dejarse guiar por los consejos de su amigo, pero algo lo frenaba. Tenía claro que su cómplice poseía un carácter más templado que el suyo, y que eso lo ayudaba a ver las cosas de un modo más objetivo, lejos de la irreflexiva pasión que lo dominaba a él. Pero no quería arriesgarse a dañar a Abril más de lo que ya lo estaba. Un corte limpio cicatriza antes que una herida en la que se hurga una y otra vez.

¿Qué sentido tendría volver a su lado ahora, para acompañarla en el dolor que estaba sufriendo, si no tardaría en tener que abandonarla de nuevo?

A la larga sería mucho peor.

—Abril es fuerte —reiteró lo que ya le había dicho en otra ocasión.

El apache se lo pensó antes de mostrar sus dudas sobre ese particular.

—Lo está intentado. Se está esforzando en serlo porque tú se lo pediste. Pero, en realidad...

—No; no es por mí. —Danta lo cortó, volviendo la vista al frente para encontrar la mirada de su amigo en el espejo retrovisor. —Nadie puede ser fuerte por otra persona si esa fuerza no está en su carácter. Lo único que he hecho ha sido mostrarle de lo que es capaz.

El otro no respondió. Se acomodó en el asiento, resignado a la espera, y guardó silencio convencido de que de nada serviría gastar saliva.

Un rato después, Abril, acompañada por Nuria y Raúl, salió a la calle. Se la veía abatida. Haciendo honor a eso de que «la cara es el espejo del alma»

el aspecto de la muchacha era prueba palmaria de que su interior estaba reducido a escombros.

Viéndola, Jero hubo de luchar consigo mismo para no ceder al impulso de correr hacia ella y estrecharla en sus brazos. Lo cual habría sido, además de un paso en falso en su determinación de dejarla libre, una tontería. De nada habría servido. Por más que le pesara, no tenía el poder para protegerla de lo que la estaba dañando. Sus brazos, todo su cuerpo, eran impotentes frente al dolor que la consumía.

Con un esfuerzo titánico retiró los dedos de la manilla de la puerta, a donde los había llevado de manera natural.

La joven subió al destartado coche de su amiga. Esta, tras despedirse de la tosca escolta que llevaban con un abrazo que, en unas circunstancias menos dramáticas, no hubiera pasado desapercibido al malévolo humor de los hombres que los observaban desde la distancia, ocupó el lugar del piloto. La ruidosa Cascarita comenzó a toser y, con la dificultad de los muchos años que cargaba sobre ella, se puso en marcha. Raúl subió a su moto y siguió al coche de cerca.

Solo después de que los dos vehículos hubieran desaparecido de su campo de visión, Jero reunió la fuerza necesaria para encontrar su voz y ordenar a Fidel:

—Vámonos.

Apoyó la nuca en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

La imagen de Abril, llorosa, con el rostro demudado y expresión carente de vida, se le había quedado grabada tras los párpados.

26

Capítulo 26

Mara le puso un vaso delante. Luego, fue a tomar asiento frente a ella, al otro lado de la mesa, con una bebida igual a la que le había ofrecido en la mano.

—Tranquila —dijo la madame, dejándose caer en su silla. Era consciente de la desconfianza que la devastada chiquilla mostraba hacía el refrigerio que le ofrecía—. Te prometo que no he puesto nada raro. Puedes beber con la seguridad de que no despertarás en un burdel de Kazajistán.

Abril apartó la vista del liquido parduzco, en el que flotaban dos cubitos de hielo, y se encontró con el rostro de la anfitriona. Esta la observaba escudada en una sonrisa que pretendía esconder diversión tras una fachada de cinismo. No estaba siendo amable, ni lo pretendía. Las dos tenían claro que no iban a ser amigas. No podían serlo. Existía un obstáculo de peso en medio de ambas, impidiendo la formación de cualquier lazo que las atara. Sin embargo, notó en la prostituta una actitud diferente a la habitual. Más relajada. Permitted vislumbrar a la mujer cálida que se escondía tras la fachada de fría meretriz.

Le regaló una sonrisa tímida.

—Nunca he bebido alcohol. Esto —señaló su vaso—seguro que es demasiado fuerte para mí.

Otra sonrisa de incógnito tomó la boca de Mara.

La declaración no la sorprendió. Le resultaba raro que una muchacha de veinte años aún no hubiera probado el alcohol. Pero, tratándose de Abril, la cosa cambiaba. Sabía que la que tenía delante no era una chica al uso. Como la princesa de un cuento de hadas, esa joven había crecido en una torre que la mantuvo aislada del mundo durante los críticos años en los que debería haber aprendido todo sobre él.

La verdad era que, en cierto sentido, las dos se parecían mucho. Aunque por diferentes motivos, tanto la joven que se había adueñado del corazón de Jerónimo Danta, como ella, se saltaron una etapa de la vida, la más bonita, para pasar de la niñez a la edad adulta. Sin escalas. La diferencia radicaba en que, al contrario que Mara, Abril tuvo la suerte de encontrar en su camino a un hombre que no se aprovechó de su necesidad para utilizarla a placer, como a un mero juguete. El caso de la madame había sido el contrario.

Sí; la chiquilla había sido muy afortunada. Y, pese a todo, la prostituta se alegraba de su buena fortuna. Sinceramente. Más allá de las rencillas y resquemores que pudieran existir entre ellas, el que le había tocado era un destino que no le deseaba ni a su peor enemiga. Ninguna mujer merecía vivir del modo en que ella estaba viviendo, convertida en un objeto y con un precio auestas.

—No tengo chocolate —se burló. Aunque, de nuevo, su aguijón fue amortiguado por un colchón de simpatía. Adoptó una expresión más seria para añadir: —El alcohol anestesia el dolor. Pensé que te vendría bien.

Abril captó la velada alusión.

No le extrañó que Mara estuviera al tanto de la muerte de su padre, por

algo formaba parte del círculo más cercano a Jero y Fidel. Era obvio que la noticia habría llegado a sus oídos.

—Te lo agradezco. Sin embargo, no creo que me convenga estar anestesiada —le rebatió, entrelazando los dedos de ambas manos sobre el regazo—. Hay algo importante que tengo que hacer.

La otra se dejó caer en el respaldo, preparándose para oír lo que fuera que esa niña había ido a decirle. Desde el principio supo que no se había llegado a su club solo para hacerle una visita. Era obvio, no tenían ese tipo de relación.

—¿De qué se trata?

La muchacha la miró fijamente. Sabía que esa mujer estaba tan ansiosa por salvar a Jero de sí mismo como lo estaba ella. Aún así, cabía la posibilidad de que lo que le iba a pedir fuera más de lo que Mara estaba dispuesta a arriesgar. Jerónimo Danta era, ante todo, un líder para su gente. Alguien a quien seguían y cuyas órdenes eran acatadas sin cuestionamientos. Por ello, quizá la madame no estuviera dispuesta a desobedecer al hombre que amaba y exponerse a perder su favor en los que, si no hacían nada para evitarlo, serían sus últimos momentos. No podía estar completamente segura de que fuera a ayudarla, pese a que se inclinaba a pensar que así lo haría.

—Ese hombre del que hablaste, el que tiene pruebas para desenmascarar a Ildefonso de la Serna.

Mara asintió. Un brillo de anticipación destelló en sus grandes ojos oscuros. Alentada por él, Abril prosiguió:

—Necesito que me ayudes a ponerme en contacto con él.

Sonriendo con la misma excitación que habría demostrado Raúl al ser elegido para protagonizar una película de acción, la madame se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en ella.

—¿Vas a filtrarlo a la prensa?

La chica suspiró profundamente. Sus hombros subieron y bajaron visiblemente con la contundente inhalación. Tenía miedo y se sentía insegura. Su primer intento de evitar el suicidio de Jero no había salido bien. No podía deshacerse de la idea de que, en esta segunda tentativa, la cosa iría aún peor. Pero esa misma mañana había tenido que reconocer el cuerpo sin vida de su padre. No quería imaginarse en la situación de repetir la terrible experiencia, esta vez con Jero. No se sentía preparada para volver a hacerle frente. No quería tener que hacerlo. No podía perder a otro de los hombres a los que amaba más que a sí misma.

Había abandonado el tanatorio con una resolución en firme. Si Jero quería que fuera fuerte, que no se sometiera a lo que consideraba injusto y luchara por lo que quería, lo haría. Aunque eso supusiera contrariarlo a él.

—No; a la prensa no —negó con una calma solo aparente. Era una suerte que ni Mara, ni nadie, pudiera ver más allá de su exterior—. Esto no es algo que puedan solucionar los periodistas. Estamos hablando de un intento de asesinato y fraude. Es la policía quien tiene que ocuparse.

La prostituta hizo a un lado su vaso y, sin apartar los codos de la mesa, cruzó los brazos.

—Me alegro.

Abril parpadeó, sin comprender. No veía nada por lo que estar alegre. Por el contrario, todo era bastante triste.

—¿De qué?

La dueña del club sonrió sin segundas intenciones.

—De corroborar que no me he equivocado contigo.

Estaba allí por ella. No para traer a Abril, tampoco para recogerla. No porque sus caminos se hubieran cruzado por casualidad, o porque el azar hubiera

tenido un poquito de ayuda de su parte. Nada de eso. Raúl había ido a su barrio para verla. Si más connotaciones ni apuntes. Era la primera vez que se encontraban sin intermediarios, de manera voluntaria y planeada.

¡Nuria no cabía en sí de gozo!

Pero se contuvo. Lo intentó con todas sus fuerzas. Tenía que hacerlo, no estaban las cosas para frivolidades. Debía mostrarse a la altura. Por más que la excitación la empujara a su yo más desquiciado, en ese momento, su amiga era lo primero.

Esperó mientras lo veía detener la moto en un lado de la acera. Luego, sin poderlo soportar por más tiempo, salió del portal y corrió a encontrarse con él en la calle. Iluminada solo por las luces de las farolas y helada a esa hora de la noche.

—¿Qué tal está? —preguntó a bocajarro, deteniendo la carrera para pararse junto al vehículo y su piloto.

Raúl se quitó el casco y meneó la cabeza, desapelmazando sus adorables ricitos oscuros. La miró con cara seria y se encogió de hombros.

—Hecha polvo —respondió llanamente, colocando el casco frente a él, sobre el sillín—. Pero se la ve más entera que esta mañana. No sé, como determinada.

La muchacha, con una mano en el pecho para cerrar el cuello de su cazadora verde pistacho, lo observó con una mueca de pasmo.

«Determinada», ¿de dónde habría sacado él semejante palabra?

—¿Qué pasa? —preguntó el chaval, que no se explicaba el por qué de esa mirada que le dejaba caer encima.

Ella se recompuso del asombro, negando la mayor.

—No; no, nada. ¿Habéis ido a ver a esa mujer? —cambió el tema para no delatar su escasa confianza en el dominio lingüístico de Raúl. Quien,

naturalmente, no se dio cuenta de la táctica de distracción.

—Sí —asintió de voz y de palabra—. Mara va a ayudarnos. Ha conseguido que ese tío acceda a verse con nosotros mañana, a primera hora.

—¿Tú la acompañarás?

Él volvió a asentir, esta vez solo mediante el gesto.

Nuria suspiró aliviada. Se quedaba más tranquila sabiendo que Raúl estaría al lado de Abril. Puede que la oratoria no fuera lo suyo, pero sacaba matrícula de honor en intimidación. Aunque solo fuera por esas pintas de *gallito* de las que a él tanto le gustaba alardear.

Soltó la solapa de la cazadora y cruzó los brazos bajo el pecho, aterida. Por unos segundos los dos permanecieron en silencio, mirando al suelo. A las sombras de sus perfiles que la luz de las farolas dibujaba sobre las losas, estilizándolos de una imposible manera.

Era extraño estar así. Incómodo. No de un modo desagradable, solo... raro. Muy raro. Por lo general, el silencio no tenía cabida entre ellos. Nuria, siempre tan locuaz, se encargaba de cortarle el paso. Pero, esa noche, estaba callada. Sus labios, curvados en una pícaro sonrisa, no se despegaban. Tan fijos, uno sobre el otro, como su mirada lo estaba en el rostro de Raúl.

«Joder, ¿y ahora qué?», se preguntó él. Perfectamente consciente de que ella esperaba que hiciera algo, pero sin tener idea de qué podía ser lo que esa lunática quería. Para mayor inri, se sentía cohibido. No se atrevía a actuar, no fuera a resultar que terminase metiendo la pata y cabreándola una vez más. Las cosas entre ellos habían estado muy bien desde que, esa mañana, Nuria se lanzó a sus brazos. Así, sin ton ni son, como todo lo que hacía esa chica.

No era ningún cobarde, pero... con ella prefería no jugársela. No le apetecía que lo volviera a ningunear, como había estado haciendo en los últimos días. Eso no le gustaba.

—¿Estás rezando el rosario?

La pregunta lo tensó más de lo que ya se sentía.

—¿Qué?

Nuria rodó los ojos y se mordió el labio inferior. Una mueca que el susceptible Raúl interpretó como burla.

—Anda, ven aquí —le pidió, antes de que pudiera abrir la boca para defenderse con la poca habilidad que demostraba en cualquier lance donde la palabra fuera el arma a usar. Sin embargo, fue ella la que eliminó la distancia que los separaba. Le rodeó el cuello con los brazos y pegó su cara a la de él todo lo que las leyes de la física se lo permitieron.

El muchacho recibió el beso de una manera completamente inocente. Pillado por sorpresa y alucinado por él. No contaba con eso. No había ido a verla con esa intención. Solo quería estar con Nuria un rato más, antes de irse a dormir. Que la chica fuera la última persona con la que charlaba antes de acurrucarse entre las mantas. Sí, sabía que era una cursilada. Y, si hubiera sido uno de sus colegas quien hubiese caído en ella, le habría revuelto las tripas. De hecho, se las revolvía, aunque el protagonista fuera él y estuviese comportándose como un panoli por voluntad propia.

En fin, ¿qué podía hacer? El caso fue que, el beso, aunque inesperado, no le disgustó. El contacto de los labios de Nuria sobre los suyos no le despertó el impulso de apartarse. Ni mucho menos.

Ella liberó su boca, alejándose solo un poco. Lo justo para poder verle la cara y permitirle a él ver la suya. Seguía luciendo esa sonrisa cuyo trasfondo estaba en el extremo opuesto de la carencia de malicia de Raúl.

—Va a ser verdad que pasas mucho tiempo en la iglesia. —Esta vez, las palabras de Nuria si fueron una burla. Sin maldad, pero burla, que es lo que cuenta.

Naturalmente, el objetivo de la pulla se revolvió contra ella.

—Mira, si te vas a reír de mí... Entonces... Va a ser mejor... Como lo vuelvas a hacer....

La chica agachó la cabeza. Se llevó las manos a la boca, para ocultar su sonrisa, y, un segundo después, cayó en la contradicción más grande al mostrársela abiertamente a aquel a quien había pretendido escondérsela. Las manos que usó de escondite las posó ahora en los hombros del joven, golpeándolos con actitud juguetona y zalamera.

—¿Por qué no cierras el pico y usas esa bocaza tuya para algo que se te dé mejor que discutir? —Lo tentó.

Raúl la miró, y su ceño fruncido se relajó de una manera lenta pero segura. Al final, sus humos se disiparon en una sonrisa que respondió a la de esa tonta que disfrutaba alterándole los nervios. Le rodeó la cintura con los brazos y, con una absoluta falta de delicadeza, que a ella no pareció importarle nada, la atrajo hacia sí. Tan fuerte, que Nuria perdió el equilibrio y, de no haber sido porque el agarre de Raúl se lo impedía, se habría caído a un lado.

—Te vas a enterar, niñata —susurraron sus labios, muy cerca de los de ella, un segundo antes de que se rindiera a la propuesta que le hacía.

—El relevo se hace a las diez. A esa hora llega el reemplazo y los hombres que se encargan de la vigilancia durante la noche sustituyen a los del día. El cambio de turno tarda menos de un minuto en llevarse a cabo. Ese es el tiempo que tienes para entrar en la casa.

Fidel detuvo el discurso y miró fijamente a Jero, quien se mostraba más pendiente de colocar el silenciador a su revólver que de las explicaciones de su mano derecha.

—¿Me estás oyendo? —trató de llamarle la atención, molesto por la falta de interés con la que se estaba tomando una información que él consideraba crucial.

—No, pero las cinco primeras veces si lo hice. Así que no te preocupes, ya lo tengo memorizado.

Danta usó el cañón de su arma para propinarse unos ligeros golpecitos en la sien. Dando a entender que tenía a buen recaudo los datos en los que tanto estaba insistiendo su amigo. Con un guiño de ojos se metió la pistola en el cinturón, a la altura de la espalda, y recogió un jersey de cuello alto, de color tan negro como el pantalón que vestía, de encima de la cama desecha.

—¿Te parece divertido? —El gigante lo siguió por la habitación, como una sombra, quedándose a su espalda mientras él terminaba de vestirse frente a un espejo de cuerpo entero—. Porque, a mí, no me hace ni puta gracia.

Fue una pregunta retórica. De más sabía que el estado de ánimo de Jero se encontraba lejos de la despreocupación que fingía. Aquella actitud deliberadamente relajada era la tapadera tras la que quería dejar encerrados sus sentimientos. Las escenas sensibleras nunca fueron su fuerte y estaba dispuesto a evitarlas hasta el final.

«El final», se repitió Fidel. Ahí estaban, ¿no? Era la última escena de la obra.

Se le nubló la visión.

—¿Vas a llorar?

Con una expresión entre el horror y la burla, Jero se dio la vuelta terminado de deslizar el jersey por su pecho, hasta la cintura.

—No voy a llorar.

El otro se defendió, parpadeando varias veces para no contradecirse.

—Ni se te ocurra hacerlo. Fidel... No.

—Que no estoy llorando, idiota.

Su crispada reacción arrancó a Danta una sonrisa auténtica.

—Más te vale, porque a ti no te voy a besar por más lágrimas que me echas.

Propinándole unas palmaditas en la mejilla pasó a su lado para regresar a la cama, donde había dejado la cazadora.

—Mañana en la noche vendré a buscarte —anunció el apache, con el gesto compungido—. Cuando estés listo...

—No. —Le cortó la iniciativa a la vez que metía los brazos en las mangas de la cazadora de cuero negro. Su amigo lo miró sin acertar a comprender la súbita negativa—. Tu papel en este asunto termina hoy, aquí. Cuando me haya despedido de Mara, quiero que me traigas de vuelta al hotel y no regreses. Si me atrapan, yo seré el único que caiga.

—Jero...

Aquel al que Fidel llamó en medio de un suspiro, desesperado y cansado, se le acercó para colocarle una mano en la parte de atrás del cuello.

—Sé que quieres ayudarme, pero el mejor modo de hacerlo no es permanecer a mi lado. —Danta tragó saliva, intentando empujar el nudo que tenía en la garganta antes de pronunciar el nombre que lo desarmaba—. Abril, quiero que estés con ella.

El otro se mantuvo silencioso e inmóvil, dividido entre la voluntad y la amistad.

—Fidel —insistió, afianzando la presión de su mano en el cuello de su compañero—, si quieres que esté tranquilo, tienes que prometerme que te asegurarás de que ella está bien.

Siguió el silencio, cargado de una intensidad indescriptible y dolorosa.

—¿Lo harás?

El gigante tragó saliva y agachó la cabeza.

—¿Lo harás?!

Ni una palabra.

—Sí —cedió al cabo de unos segundos, con la voz entrecortada—. Sí, se hará como tú quieras. Como quieras.

Jero soltó el aire, desinflándose de alivio.

—Gracias —dijo desde el fondo de su corazón, fundiéndose en un abrazo con el que había sido su confidente durante años—. Muchas gracias, amigo.

Este asintió, con la vista aún baja para esconder la emoción que le taladraba el alma y se le reflejaba en el rostro. Identificó el momento de la despedida, pero se sintió incapaz de enfrentarlo. No podía decir adiós. De algún modo, se revelaba a hacerlo. Sin saber si la sublevación era para reafirmar su oposición a esa locura o, sencillamente, porque le faltaba el valor necesario para enfrentar el hecho de que nunca volvería a ver a su camarada.

Se soltó de los brazos de Danta sin despegar la vista del suelo y, dándose media vuelta, se dispuso a salir del cuarto y esperar en el coche a que el otro terminara de vestirse.

A Jero, la soledad le cayó encima antes de que la puerta se cerrara solapando la huida del gigante. En el espejo de cuerpo entero vio a alguien, un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, que le resultaba familiar. Se parecía a él, pero no terminó de reconocerse en la imagen. Aquel tipo en el cristal era un desconocido que, lejos de acompañarlo, lo hizo sentirse todavía más solo. Abandonado.

Se trataba de un depredador. Un asesino. Alguien que, ya fuera dentro de una celda o de un sepulcro, estaba a un paso de sellar su destino. Un loco a punto de renunciar a su existencia, cuando lo que en realidad deseaba era

seguir viviendo como un hombre cualquiera, al lado de la mujer a la que amaba con toda su alma.

Capítulo 27

La llamada le pareció extraña, había algo en ella que no terminaba de encajarle. Santos no sabría precisar el qué, solo que el procedimiento no se correspondía con el que era habitual en quien él mismo convirtió en su fantasma particular. Aunque venía de parte de Jerónimo Danta, la que se comunicó fue una mujer, no el tipo enorme que servía de avatar a este en el mundo real. Aun así, estuvo de acuerdo en citarse.

Que el lugar acordado para el encuentro fuera una comisaría lo tranquilizaba en cierta manera. Aunque, de cualquier modo, habría accedido a verse con Danta hasta en un descampado lejos de la civilización. Uno similar al que el jefe de seguridad de Ildefonso de la Serna condujo a Jero seis años antes. Es sorprendente la resolución que nace de la desesperación. Impulsado por el sentimiento de no tener nada a lo que agarrarse, el ser humano es capaz de enfrentarse a cosas que jamás se habría planteado hacer contando con un colchón para amortiguar cualquier posible caída.

Encogió los hombros, replegándose sobre sí mismo a causa del frío. Con las dos manos metidas en los bolsillos de la cazadora apretó con más fuerza

el USB que encerraba en el puño derecho. No tuvo que esperar mucho tiempo hasta que una moto se detuvo frente a él, a escasos metros de la puerta de la comisaría. A los mandos iba un chico y, sentada tras él, viajaba una muchacha de larga melena castaña. La juventud del par fue palpable para el guardaespaldas aun antes de que se liberasen del casco.

Santos irguió la espalda y se apartó de la pared en la que estaba medio apoyado, saliendo al encuentro de la pareja de manera precavida. La chica, que por su apariencia bien podría pasar por la protagonista de uno de los cuentos que leía a su hija —demasiado joven, dolorosamente frágil, insufriblemente ingenua—, fue hasta él. El chaval no se movió de la moto. Desmontó, pero se quedó al lado del vehículo. Aun así, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada desafiante, que clavó con saña en Márquez, lo mantuvieron muy presente en la conversación que estaba por iniciarse, pese a que en ningún momento tomó parte de ella. Quedó claro que su papel en la reunión era meramente intimidatorio. Estaba allí para crear el efecto atemorizante del que carecía su compañera.

—¿Eres Santos Márquez? —preguntó esta al llegar a su altura.

La miró de arriba abajo, sin tomársela muy en serio.

—¿Y tú eres? —le preguntó a su vez, aunque la había reconocido. Se trataba de la misma muchacha que vio con Danta. El talón de Aquiles al que había apelado, sin éxito, para que ese desgraciado cediera a cerrar filas con él y enfrentar a De la Serna.

La joven le tendió la mano, saludándolo con una formalidad que le chirrió. Saltaba a la vista que ella no formaba parte del mundo en el que se movía Jerónimo Danta, no sabía desenvolverse en él. ¿De dónde la habría sacado ese viejo zorro? Viéndola de cerca no le parecía mucho mayor que una adolescente.

—Abril Galván —se presentó como si estuvieran en el club de golf.

El hombre sonrió y estrechó la mano que le ofrecía.

—¿Estás saliendo con Danta? —preguntó, dejándose llevar por la curiosidad y por el poco respeto que le infundía la chica—. El desgraciado se las busca jovencitas.

Rio por lo bajo, entre dientes. De un modo no muy agradable.

El tono irónico soliviantó a Abril, quien arrugó el ceño en una mueca que no sirvió para borrar la dulzura marcada en sus rasgos.

—Él no me buscó, yo lo elegí —aseveró, soltando la mano de Santos, con una contundencia que consiguió lo que la suavidad de su rostro no había logrado.

Un poco incómodo por la metedura de pata, él regresó la mano al bolsillo de la cazadora y adoptó una postura rígida. Igual la chiquilla no era tan apocada como le pareció a simple vista. Quizá no estaría de más que se la tomara un poco más en serio, solo hasta ver cómo se desenvolvía ella.

—¿Dónde está él? —inquirió, llevando la vista al tipo de la moto. Al que comenzaba a atribuir más labor de acompañante que de protector.

Abril imitó su postura, tensándose igual que él.

—Jero no va a venir —aclaró aquel punto crucial temiendo la reacción que fuera a provocar en su interlocutor—. Ni siquiera sabe que nos hemos citado.

Santos la miró de nuevo, buscando los ojos enmarcados por el flequillo de la joven. Una de dos, o la cría tenía unas agallas enormes o era tonta de remate. Para hablarle con tanta sinceridad, a costa de ir contra sus propios intereses, tenía que pecar de uno de los dos extremos. No había otra explicación.

Suspiró profundamente.

—No haré esto si no es con Danta —afirmó, recordándole una idea que ya había expresado cuando habló con Mara por teléfono—. Los dos tenemos que entrar juntos ahí.

Ella asintió de nuevo, simulando esa seguridad que no sentía.

—Lo comprendo.

El pecho del guardaespaldas se rompió en una carcajada sin humor.

—Permíteme que lo dude.

No se dejó amilanar por la burla que hizo él de su intento de acercamiento. Era una reacción natural. El hombre estaba nervioso, asustado.

No era el único.

—No te haces una idea de lo mucho que me estoy arriesgando al venir aquí. De lo mucho más que me expondré al entregar a la policía lo que tengo en mi poder —le aclaró Santos, necesitado de explicar cuál era su postura. Por eso lo dejó hablar hasta quedarse a gusto—. No voy a ser el único que asuma los riesgos.

Abril repitió el gesto de asentimiento, conviniendo con él.

—No lo serás, yo estaré contigo. Entraremos juntos y los dos asumiremos las consecuencias de lo que sea que pase.

La risa volvió a vencer a su nervioso interlocutor, doblándolo por la cintura.

—¿Tú? ¿Y puedo saber qué pintas tú en este asunto, muchacha? —le preguntó este, poniéndole ante la nariz la poca valía de su papel en aquella obra de traiciones y muertes.

Ella agachó la cabeza, suspirando profundamente. Una reacción que él interpretó como un nuevo acuerdo a sus palabras. Cuando volvió a alzarla, mirándolo directamente a los ojos, Santos supo que otra vez se equivocó al juzgarla.

—Nada —aceptó con esa serena sinceridad que el jefe de seguridad de Ildefonso de la Serna no sabía cómo interpretar—. Sé que no pinto absolutamente nada en los asuntos que tienes pendientes con Jero. Pero estoy dispuesta a hacer lo que sea para proteger a quien amo.

Hizo una pausa durante la cual sus ojos adquirieron una intensidad que abrumó a Santos. Quien apartó la mirada, incapaz de seguir aguantando la de esa jovencita.

—Ya que estás aquí, supongo que eres igual que yo —siguió diciendo ella, envalentonada por el atisbo de inseguridad que notó en él—. ¿No nos conviertes eso, de alguna manera, en buenos compañeros?

Santos alzó la vista, topándose con los ojos grises de Abril. La muchacha sonreía de un modo que le recordó a su hija. Así sería Daniela en unos veinte años, más o menos. Era como si estuviera ante su versión adulta. Esa joven tenía la cándida obstinación de su pequeña, cuando se le metía entre ceja y ceja conseguir algo.

No pudo evitar que una sonrisa, igual de blanca a la de la chica, tomara sus labios para responderle.

Después de todo, su esposa siempre se quejaba de su incapacidad para negarle nada a la niña. ¿Por qué iba a ser diferente en esa ocasión? Principalmente, cuando sabía que arrastrar a Jerónimo Danta a dar aquel paso era solo la excusa que se había buscado para infundirse el valor que necesitaba. El coraje para hacer lo que debía hacer por él mismo; para garantizar el bienestar de las dos personas que más le importaban.

Se colocó bien el cuello alto del jersey, doblándolo por la mitad. Luego se llevó una mano a la espalda, para palpar la culata de la pistola. Asegurándose, una vez más, de que la llevaba.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana, así que tenía todo el día por delante. Su último día. Como hombre libre o como hombre vivo, eso todavía estaba por verse. Pero el caso era que, después de esa noche, nada volvería a ser lo mismo para él. Él no volvería a ser el mismo.

Lo más exasperante era la espera. Ni siquiera tenía pensado cómo iba a pasar la jornada. Estaba solo, encerrado en una habitación de hotel, sin más compañía que la de ese revólver que no dejaba de toquetear, asegurándose de que estaba listo para ser usado. Un nerviosismo que dejaba a las claras su falta de profesionalidad. No era un asesino, jamás había matado a nadie. Y nada le gustaría más que mantener la falta de experiencia en ese campo. Verdaderamente, lo deseaba con todas sus ganas.

Se había despedido de los que apreciaba, escribiendo el punto final a todas sus relaciones. No tenía nada más que hacer. No le quedaba nada, ni nadie, en lo que gastar su tiempo. Honestamente, no tenía por delante el mejor planazo. Nada que ver con esas ideas que todos elucubran ante la pregunta: «si este fuera tu último día en la tierra, ¿cómo lo pasarías?». Jero iba a hacerlo siendo un hombre solitario y aburrido. Resultaba demasiado deprimente para pensarlo.

Se apartó del espejo de cuerpo entero y fue al baño, solo por cambiar de aires. Ya se había duchado, cepillado los dientes y cumplido con todo lo que tenía que hacer allí. Pero era o el cuarto de aseo o la habitación, y de este último espacio ya estaba cansado. Agobiado. La inactividad nunca fue su fuerte. Combinada con el estado de nervios que sufría daba como resultado una mezcla explosiva. Estaba que se subía por las paredes.

Podría ir a ver a Abril. Desde lejos, claro está. Esperarla a la salida de clase y llevarse una última imagen de ella. Una menos desgarrada que la que obtuvo fuera del tanatorio. Aquella era su idea recurrente pero, cada vez que

lo asaltaba, se daba prisa en mandarla lejos con viento fresco. Volver a estar cerca de ella solo le pondría las cosas más difíciles. No se sentía preparado para lo que iba a hacer; no tenía ninguna gana de hacerlo. Si se exponía otra vez a la cercanía de la muchacha... Entonces, estaba Seguro: no sería capaz de mantener su palabra. Y, si no tenía palabra, ¿qué clase de hombre era?

No; de ninguna manera faltaría a su compromiso.

Presionó el interruptor de la luz, entró en el aseo y abrió el grifo del lavabo, dejando que la pila se llenase de agua fría. Le vendría bien lavarse la cara con ella. Tenía que despejarse.

Apenas tuvo tiempo de ahuecar un poco de líquido con las manos antes de que llamaran a la puerta.

Sorprendido y alerta, Jero cerró el grifo, apagó la luz y fue a la puerta con paso tranquilo, retardado. Volvió a palpar la culata de su pistola, preparado, mientras con la otra mano asía el picaporte y tiraba de él. La sorpresa hizo que le costara reconocer a Fidel, parado cuán grande era en el pasillo. Hubo de parpadear varias veces, aclarándose la visión, antes de convencerse de que el que estaba allí era su leal compañero.

—¿Qué haces aquí otra vez? —estalló, desconcertado y también un poco irritado—. Ya hemos pasado el trago de la despedida. Maldita sea, Fidel. Parece mentira que no sepas que odio...

—Acabo de hablar con Mara.

Con la expresión desencajada, el gigante no lo dejó terminar la frase.

—¿Mara?

De ella también se había despedido. La había abrazado y consolado como si fuera la protagonista de una telenovela. Y, lo que era todavía peor, asumiendo él mismo el papel de héroe del dichoso serial de marras. Por si no hubiera sido bastante, también hubo de repetir toma con la mayoría de las

muchachas que trabajaban en el club. Las cuales aprovecharon la visita a su jefa para rendir a Danta su último adiós. ¿Por qué a las mujeres les gustaría tanto el melodrama? No podía comprenderlo.

—¿Qué quiere ahora? —Se llevó las manos a la cintura y echó la cabeza atrás, suspirando en una clara muestra de desesperación—. De verdad, ¿por qué os cuesta tanto zanjar las cosas?

Su crispación, similar a la de un niño que se niega a besar a su madre en la puerta del cole porque «ya es mayor», habría resultado hilarante a su amigo de no ser por lo crítico del momento que enfrentaban. Solo eso libró a Jero del escarnio de Fidel. El apache, sumido de lleno en la preocupación que le despertó la información que venía a comunicarle, no se perdió en preámbulos.

—Es Abril.

—¿Abril?

Los cimientos de Danta se tambalearon del modo en que solo ese nombre era capaz de desestabilizarlos.

Su hombre de confianza infló el pecho, llenándose de aire antes de contestar:

—Se ha encontrado con Santos Márquez.

El que recibía la información frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Estaba demasiado perplejo para anticiparse a lo que Fidel le estaba dando a entender. Este, haciéndose cargo de un estado de ánimo que él mismo había sufrido un rato antes, mientras estaba al teléfono, decidió explicarle lo que ocurría de la manera más gráfica.

—¿Tienes una televisión? —le preguntó, empujando la puerta y a Jero para colarse en la habitación. Sin darle tiempo a responder agregó: —

Enciéndela. Te aseguro que te vas a quedar de piedra cuando te enteres de la noticia del día.

El rosa del abrigo era como una nube de algodón en medio de un cielo tempestuoso. El gris del edificio y la oscuridad de aquella mañana, tan plomiza que casi parecía madrugada, habrían creado una sintonía de lo más tenebrosa de no ser por el color de la prenda que cubría el menudo cuerpo de la chica. Jero agradeció que la llevara puesta. De ese modo no tuvo dificultad en identificar a Abril aun en la distancia.

—Para aquí —ordenó a Fidel, a pocos metros de la Facultad de Bellas Artes. Como si la velocidad del coche no le bastara y confiase más en sus pies para llegar cuanto antes junto a la joven.

El gigante obedeció y él descendió. Suspirando de alivio, pese a estar tremendamente enfadado, por encontrarla a salvo.

—¡Abril! —le gritó, cerrando la puerta del vehículo con un empujón.

Ella, que conversaba con Raúl de espaldas al lugar en el que sonó la llamada, se volvió. El rostro se le iluminó a ver a Jero al otro lado de la calle. Él, como el bobo que no podía evitar ser cada vez que esa chiquilla estaba cerca, le correspondió de igual modo.

Se iba a enterar. La iba a hacer pagar por el susto que le había dado; por el agónico viaje que había hecho, pensando en el peligro al que se había expuesto de la manera más absurda. Podía jurar que la cosa no iba a quedar así. Ya se ocuparía de ella... después. Por el momento, lo único que quería era correr y abrazarla con todas sus fuerzas para celebrar que estaba a salvo.

Vio que los labios de Abril se movían formando las sílabas de su nombre. La imagen llenó su campo de visión. Pero por el rabillo del ojo se le coló otra

que lo llevó a recuperar los niveles de tensión que aún no terminaban de abandonar su cuerpo.

—¡Cuidado! —gritó demasiado tarde.

Para cuando su voz sonó, similar a un trueno, la bala ya había impactado en el cuerpo de Raúl.

Danta echó a correr hacía él, mientras el chico se desplomaba en el suelo. Pero su intención no era llegar a su lado. A quién quería alcanzar, antes de que fuera demasiado tarde, era a Abril. Sabía que el altercado no terminaría con un único disparo.

Y no se equivocó. El segundo no tardó en sonar, acompañado del sonido de las llantas de un coche que derrapó por la carretera en el escape de los pistoleros. Jero llegó al lado de la muchacha y la abrazó, colocando su propio cuerpo como escudo para ella, al tiempo que la arrastraba a un lateral. Escondiéndose ambos tras una de las columnas que custodiaban la entrada al edificio, en el momento en que el tercer disparo rompió el aire.

Haciendo alarde de una buena suerte que ni él mismo creyó, Danta había esquivado los dos proyectiles que sabía destinados a su persona. El derrape del vehículo sonaba ya lejos y la puerta principal de la facultad se había convertido en un polvorín por el que la gente, aterrorizada, corría en todas direcciones. Desgarrándose el pecho con gritos que expresaban ese pánico que produce la certeza de un peligro cuyo origen y procedencia se desconocen.

Sin salir de detrás de la columna en la que se había guarecido, Jero se permitió el lujo de relajarse un poco. Lo justo para suavizar el agarre al que tenía sometida a Abril. Al hacerlo, la sonrisa que había comenzado a formar en su rostro se quebró como el cristal.

—Abril —la llamó en medio del pánico, con los ojos prendidos de la

mancha que teñía de rojo el rosa de la pechera de su abrigo.

Se desplomó en el suelo a la misma velocidad que el cuerpo, mermado de fuerzas, de ella. Sin dejar de abrazarla descargó todo su peso en las rodillas, usando el regazo para ofrecerle el soporte que la chica no era capaz de proporcionarse a sí misma.

—Abril —volvió a llamarla—. Abril —repitió sintiéndose vencer por la desesperación—, mírame.

Ella, con la cabeza apoyada en su hombro, abrió los ojos que el abrasador dolor que sentía mantenía cerrados. Le sonrió con dificultad.

—¿También...? —Tragó saliva y de nuevo dejó caer los párpados, víctima de otra acometida de lacerante dolor—. ¿También... te dolió... tanto?

Él rio amargamente, en medio del mar que las lágrimas acumuladas empezaban a formar en sus ojos.

—Sí —afirmó en el momento que el llanto lo desbordó—. Me dolió muchísimo.

Con un brazo le rodeaba los hombros, intentando mantenerla erguida. Con el otro le apartó los mechones que el sudor adhería a sus demacradas mejillas.

—Pero no te preocupes, vas a ponerte bien. Te juro que vas a estar bien.

El brazo que le cernía los hombros la apretó con más fuerza.

No podía creer que aquello estuviera pasando; que de verdad tuviera a Abril desangrándose en sus brazos. Debía tratarse de un mal sueño. La realidad, su realidad, no podía ser esa. Los cielos no serían tan crueles para obligarlo a morir por segunda vez. En cualquier momento despertaría, seguro que sí. Solo tenía que esperar. La pesadilla siempre acaba cuando el que duerme llega a su tope de sufrimiento, y él ya lo había alcanzado con creces.

Apartó la vista para que no lo viese llorar. No porque se avergonzara, sino porque no quería preocuparla.

Desde el otro lado, Raúl, con la espalda apoyada en una columna igual a la que los resguardaba a ellos dos y el brazo cubierto de sangre, lo miraba con una expresión destrozada por el dolor. Fidel, que debió llegar hasta el muchacho mientras él andaba preocupado por Abril, le había quitado la cazadora y ahora se afanaba en restañar la hemorragia que le corría en torrente por la extremidad.

Jero maldijo a Santos con todas sus fuerzas.

¡Hijo de puta! Todo aquello era culpa suya.

¿En qué estaba pensando? Acaso creyó que, una vez expuestos sus pecados, Ildefonso de la Serna se abstendría de contraatacar. ¡Idiota! Debería saber lo duro que jugaba ese hombre. Había sido su peón el tiempo necesario para conocerlo. Al verse acorralado, De la Serna no dudaría en acabar la partida en tablas. Si él iba a ser destruido, antes se encargaría de hacer añicos al enemigo. Era por eso que el factor sorpresa y el miedo resultaban tan útiles con aquel tipejo.

Abril y Raúl eran un par de críos, completamente inocentes de ese mundo del que Danta quería mantenerlos a distancia. Santos, en cambio...

¿Tan desesperado estaba que ni siquiera se paró a evaluar los riesgos a los que se estaba exponiendo?

Entonces recordó que De la Serna tenía vigiladas a su mujer y su hija y, con ese pensamiento, se respondió la pregunta.

Apartó la vista de sus amigos para regresarla a Abril.

Entender a Santos Márquez era más difícil de tragar que despreciarlo.

—No puedes... matar a ese hombre —le ordenó la muchacha, con un hilo de voz.

—Shhh... —la mandó callar—. No hables, ahorra fuerzas. Los médicos no tardarán en llegar —le dijo, seguro de que alguien habría llamado al 091 y la ambulancia estaba en camino.

—Tú no eres un asesino. —Pero ella no le hizo caso—. No eres... ese tipo de hombre.

Él sonrió amargamente, visiblemente afectado por la afirmación.

—¿Ah, no? ¿Y de qué tipo soy? —se preguntó a sí mismo, cuestionándose irónicamente.

Abril inhaló profundamente, con dificultad. Haciendo acopio de fuerzas para seguir hablando.

—Del tipo que... se olvida de los negocios para... ayudar a un anciano que no tiene dinero —le respondió sin dudar un segundo—. Del que se preocupa... por... por un niño invisible para el mundo. O del... del que no... se aprovecha de la... necesidad de una mujer... para convertirla... en un objeto.

—También soy del tipo que se enfada cuando lo desobedecen. Así que más vale que te calles de una vez —le advirtió, identificando en sus palabras la misma táctica que él había empleado con ella unos días antes, cuando le dijo adiós bajo la lluvia.

Por eso deseó con más ganas silenciarla. Abril no tenía por qué despedirse, ya que no iba a ir a ningún lado. Era una saludable chica de veinte años, normal y sin ningún tipo de amenaza sobre su cabeza. Le quedaba mucha vida por delante.

¿Por qué diablos estaba hablándole de ese modo?

El ruido de las sirenas, ganando en intensidad a medida que se acercaban, le sonó a música celestial.

—Sí —la sonrisa de la joven fue tan débil como toda ella—. Pero me...

gustas de todos... modos. Aunque seas... un... mandón.

Con las fuerzas que no tenía, intentó alzar una mano para acariciar la cara de Jero y limpiar los restos húmedos de las lágrimas que caían por ella. Pero no pudo. La extremidad se desplomó, desprovista de vida, antes de llegar a la mitad del recorrido.

—Abril —la llamó él de nuevo—. ¡Abril! —repitió, aterrado, al verla cerrar los ojos y dejar caer la cabeza a un lado, tan inerte como el brazo—. ¡¡¡Abril!!!

Danta estrechó el debilitado cuerpo femenino entre sus brazos, como si fuera el de una muñeca de trapo. Lo apretó con tanta fuerza que temió que lo rompería. Aun así, la desesperación que se había hecho dueña de él le impidió aflojar el agarre. Agachó la cabeza, enterrándola en el hombro de la joven que no respondía sus llamadas, como si ella fuera el único refugio en el mundo.

Creó que alguien había apagado la luz. Que ese cielo cubierto por nubes que eran más negras que grises al fin se había decidido a cumplir su amenaza de tormenta. El mundo, de pronto, se le antojaba más oscuro que de costumbre.

Demasiado oscuro.

Insoportablemente oscuro.

En ese instante de dolor indescriptible, no comprendió que fue su interior lo que sucumbió a la penumbra.

Epílogo

Los sepultureros empezaron a maniobrar, ayudándose de cuerdas para bajar el ataúd al fondo del foso en el que permanecería guardado para siempre. Un gesto que marcó el punto final a una vida demasiado corta. La victoria más cruel de la siempre despiadada muerte, que no muestra miramientos al llevarse con ella a una persona que aún debería tener muchos años por delante. El turno de pésames se inició en ese momento.

Jero lo soportó con la mirada fija en la superficie de madera, brillante aún, que descendía a ritmo lento y precavido hasta las entrañas de la tierra. Prefería no pensar demasiado en el rotundo significado que se escondía tras ese hecho.

La justicia resultó ser una quimera inventada por locos. Un sueño inalcanzable. Porque aquel final, el que estaba viviendo esa mañana fría y soleada de Año Nuevo, estaba muy lejos de ser justo. Más bien, era todo lo contrario.

Se aclaró la garganta y parpadeó varias veces, enfocando la visión.

Esperó hasta que el reducido grupo que había acudido al cementerio para presentar su último adiós empezó a dispersarse. Solo entonces abandonó su discreto lugar para acercarse a la mujer que, agarrada a la mano de una niña como si el diminuto ser fuera lo único que la mantenía en pie, respondía a las palabras que su marido ya no podía escuchar.

—Lo siento mucho. Era... un buen hombre —le dijo, olvidando rencores.
No era momento para ellos.

Blanca le clavó aquella mirada vidriosa, un poco ida.

—¿Eras amigo de Santos?

No exactamente.

—Lo conocía. Era un hombre capaz de sacrificarlo todo por su familia.

Se dio cuenta de ello demasiado tarde. En el último momento. Cuando el alma de Santos había salido ya del cuerpo que habitaba. Pero al final lo hizo, supo reconocerle su valía.

La mujer agachó la cabeza al oírlo decir aquello. Trago saliva y volvió a alzar la barbilla con más agua en esos ojos anegados.

—Muchas gracias por venir.

Jero asintió y, antes de despedirse, se arrodillo buscando algo en los bolsillos de su abrigo.

—Hola.

La cara de duende de la hija de Santos Márquez le sonrió con sincera alegría. Inocente al hecho de que esa mañana su madre la había hecho madrugar, aunque no tenía que ir al cole, para que se despidiera de su padre.

—¿Quieres uno? —preguntó a la niña, mostrándole un caramelo envuelto en papel brillante de color rojo.

La pequeña asintió.

—¿Te gusta de fresa?

—Me gustan más los espaguetis con tomate —le respondió ella, arrancando una sonrisa a Danta y otra a su madre. Pese a la pega, no se demoró en aceptar el obsequio—. Gracias.

—No hay de qué.

Él hombre le guiñó un ojo antes de levantarse y, tras alborotarle los rizos

rubios con una mano, se dio media vuelta.

Un par de semana antes, el mismo día y a la misma hora en que Jero se deshacía en lágrimas sobre el cuerpo inerte de Abril, Santos Márquez era asesinado mientras lo trasladaban a la prisión en la que esperaría a ser juzgado por sus crímenes. Una bala, que se abrió camino entre sus espesas cejas, se llevó su vida. Pero no le arrebató la paz que lucía su semblante después de liberarse de una losa que había pesado sobre sus hombros durante años. El guardaespaldas había querido dejar a su hija y su mujer en un mundo diferente al que tendrían a su lado. Uno seguro, en el que las dos pudieran ser felices y libres.

Lo consiguió.

Pocos días después de que los crímenes de Ildefonso de la Serna salieran a la luz, el villano se suicidó. Lo hizo en su propia casa, en su despacho. Allí puso colofón a su existencia vencido por la popularidad que toda la vida persiguió con ansia. Víctima del monstruo que él mismo creó.

En ese punto, al menos, las cosas habían salido bien. Fue el propio candidato, y no Danta, quien se empujó al más allá. Pero estaba muerto. Al final, eso era lo que contaba.

Se había acabado, nadie podría echarle nada en cara a Jero. Ni siquiera el inflexible Pedro.

Asunto resuelto.

En cuanto a él, a Jerónimo Danta, había tenido que dar a la policía muchas explicaciones sobre los seis años que pasó en el purgatorio. Naturalmente, el modo en que se estuvo ganando el pan allí prefirió omitirlo en la medida de lo posible. Tenía la oportunidad de recuperar su vida, no iba a desaprovecharla arrastrando lastres de su época en el inframundo.

Dejó atrás las calles en las que se organizaban los hogares de los que ya

no estaban en este mundo y se acercó a la verja que cerraba el camposanto. Al otro lado, en el aparcamiento, Fidel y Abril lo esperaban fuera del coche. Una visión que sirvió para que saliera del cementerio dejando abandonada en él la paz que lo había acompañado esa luminosa mañana.

—¿Qué haces ahí de pie? —preguntó, apretando el paso para acercarse a la muchacha—. Te dije que me esperaras dentro, sentada.

Miró a su amigo, lanzándole otra pregunta que fue un reproche.

—¿Por qué la has dejado bajar?

Este sonrió, componiendo una mueca que sirvió de espejo a la estupidez de su camarada. Estaba agotado de tanta queja tonta. Cómo si no tuviera bastante con las de Raúl, cada tarde, cuando acudía a su casa para hacerle las curas de ese rasguño de nada que le habían hecho en el brazo. No sabía cuál de los dos era más crio, si él o Jero.

—¿Qué quieres que haga? ¿La encierro o la ato? —preguntó Fidel, burlándose del instinto sobreprotector de este último—. Ni que fuera una niña pequeña. Por Dios...

Refunfuñando de ese modo, el gigante abrió la puerta del piloto y se sentó a los mandos del coche. Dejando a la pareja a solas para que limaran sus asperezas sin que estas terminaran saltándole a la cara.

Danta se reunió con Abril al lado del vehículo.

—Vamos, vuelve a entrar. Todavía estás débil y hace frío.

Ella ahogó una sonrisa y se acarició el brazo sujeto por el cabestrillo.

—Me han disparado en un hombro, no es como si estuviera herida de muerte —bromeó, utilizando palabras que le había oído a él, hacía tiempo.

El destinatario de la chanza no la consideró graciosa.

—Ha sido un poco más abajo del hombro —la corrigió con un punto de enfado en la voz y los ademanes—. El médico dijo que la bala estuvo pocos

centímetros por encima del corazón. No es asunto de broma.

Le acomodó el abrigo sobre los hombros. Donde, como una capa, se sujetaba la prenda a falta de que su dueña pudiera meter los brazos en las mangas. El recuerdo de Abril con el pecho cubierto de sangre seguía angustiándolo. No había pasado tanto miedo en toda su vida. De ahí que le molestara sobremanera que ella no fuera más dócil a la hora de dejarse tratar como una moribunda, tal y como él se empeñaba en atenderla.

—¿Le has dicho adiós?

Jero dejó en paz las ropas de la joven y alzó la cabeza para mirarla a la cara.

—Sí. Me sentía en la obligación de hacerlo.

La chica asintió.

—Y, ¿has aprovechado para despedirte de otros fantasmas?

Él frunció el entrecejo, sin entender muy bien la pregunta.

—Supongo que, estos años que estuviste muerto, harías algunos amigos.

Danta esbozó una tenue sonrisa. Ahora sí, comprendiendo la broma.

—Sí, he dicho adiós a muchas cosas ahí dentro. —Con un movimiento de cabeza señaló el cementerio—. Soy un hombre renacido ahora.

La miró de soslayo, con una pizca de preocupación mal disimulada, antes de preguntar:

—¿Qué piensas de mi nuevo yo?

A Abril le extrañó la curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas?

Él se encogió de hombros.

—Bueno —cruzó los brazos sobre el pecho, adoptando una pose fanfarrona para protegerse de sus propios sentimientos. Los cuales, en ese

momento, vacilaban entre el nerviosismo y el temor—. Ya sabes. El Jero que conociste era misterioso, peligroso. Un tipo guay.

—Ya, claro; muy guay —se burló su compañera.

—Pero, el que está delante de ti en este momento, es solo un picapleitos pueblerino. Ya no tengo nada. Hasta la casa es ahora propiedad de Fidel. — Se detuvo un momento, reflexionando sobre su nueva situación—. El cambio es muy radical, ¿no?

La joven dejó el apoyo de la carrocería y se adelantó un par de pasos, rodeándole la cintura con el brazo sano para eliminar distancias.

—La casa, el coche, las persecuciones, los disparos —empezó a enumerar, recordándole la parte menos «guay» de la heroica semblanza que se estaba atribuyendo—. Todo son recuerdos de otra vida, Jero. Una llena de sufrimiento.

Alzó la cabeza para clavar su mirada en la de él.

—Como dijiste hace un momento, tus fantasmas se quedan en ese cementerio. Que es dónde deben estar. Yo he hecho lo mismo con los míos —dijo, recordando a su padre y la triste existencia que había llevado a su lado—. Forman parte de una vida que ya no existe. Ahora los dos estamos limpios para comenzar a escribir una historia nueva. Una mucho mejor que la que hemos tenido: la de nuestra vida juntos.

Jero sonrió, mostrando el alivio que le proporcionaban sus palabras y el amor que le regalaban esos ojos grises. Reconfortado por la seguridad que ella demostraba en sus sentimientos.

Era idéntica a la que sustentaba los de él.

Le devolvió el abrazo, envolviéndola en los suyos.

—Además —siguió diciendo Abril, llevando la conversación a un discurso menos formal—, es bueno que seas un simple picapleitos. Así

podrás quedarte con Teo cuando yo me convierta en una pintora famosa y tenga que viajar por el mundo para presentar mi obra.

Danta sonrió. No le disgustaba ese futuro que le dibujaba en broma.

—¿No me llevarás contigo?

—Me gustaría, pero sabes que Teo tolera mal los cambios. No puedo estar sacándolo de su entrono cada dos por tres.

—Y por eso me adjudicas el papel de niñera.

La chica colocó la mano sana en su pecho, haciendo palanca para echarse atrás y tener una mejor visión de su rostro.

—¿No quieres?

Él se encogió de hombros.

—Yo sí, el que no creo que esté tan contento es tu hermano. El renacuajo no termina de tragarme.

Era cierto, Teo jamás abandonaría el pulso que mantenía con ese hombre. Eran competidores por su afecto, y a Abril su rivalidad le encantaba. Sobre todo porque sabía que era sana. No tenía dudas de que los dos llegarían a quererse con locura, y le encantaba saberse imprescindible para ambos. No era una sensación a la que estuviera acostumbrada. Su hermano era el único que la había atesorado de ese modo. Era agradable tener a alguien más dispuesto a valorarla y a apoyarla siempre.

Ahora, el único brazo del que podía valerse se alzó para engancharse en el cuello de Jero.

—Entonces, tendrás que ingeniártelas para ganártelo. Pero no te agobies, empezando desde hoy, tienes toda una vida para conseguirlo.

Tiró de él hacia abajo, obligándolo a descender hasta su boca. Jero lo hizo, iniciado el beso que le demandaba. Sellando con él ese principio que

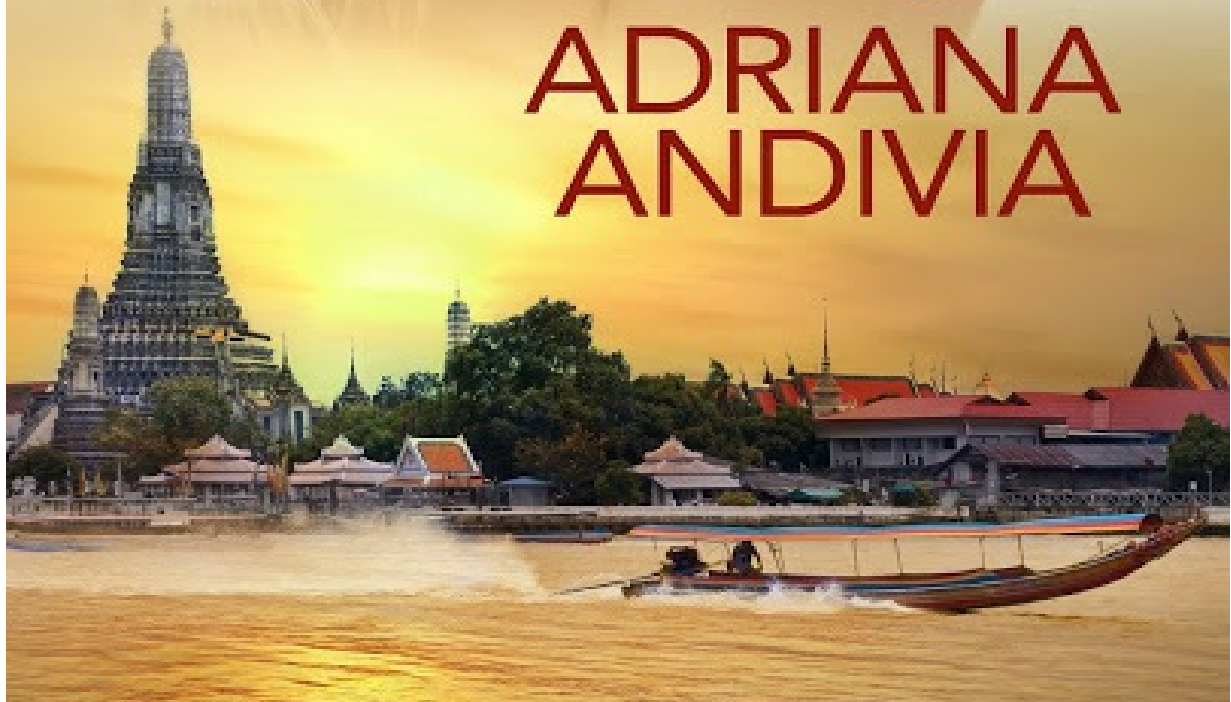
nacía lejos de la sombra de los cipreses y las tumbas que quedaban a su espalda.

Otras novelas de la autora

HQN™

El cielo de Bangkok

**ADRIANA
ANDIVIA**



Mención especial del Primer Premio HQÑ

Margot había crecido vagando de internado en internado y se había convertido en una joven rebelde y acostumbrada a salirse siempre con la suya. Cuando a los veintiún años la expulsaron de la Universidad, su padre decidió llevarla con él a Bangkok con la esperanza de obligarla a madurar. Sin embargo, las cosas empeorarán porque allí Margot conoce a Ari, un misterioso y atractivo hombre acostumbrado a moverse en los bajos fondos.

Para Ari, esa muchacha desinhibida es un soplo de aire fresco en su vida, y aunque no se atreve a confesarle quién es él en realidad y sabe que su relación no tiene futuro, tampoco se siente capaz de dejarla ir.



HQN™

**ES MEDIANOCHE,
CENICIENTA**

ADRIANA ANDIVIA

Mi vida a los treinta y cuatro era puro cine. Pero no por lo romántica, emocionante y apasionada, sino porque la sal de mi existencia se resumía en las horas que pasaba tirada en el sofá, viendo una y otra vez las mismas viejas pelis de amor.

Con un trabajo basura, una vida sentimental extinguida poco después de los dinosaurios y teniendo a mi madre como compañera de piso, solo la ficción podía salvarme. Hasta que unos misteriosos zapatos pusieron patas arriba la apacible apatía a la que me había resignado y, también, todas las leyes de la lógica más racional.

Lo sé; más parece cosa de cuentos que de la vida real. Pero creedme cuando os digo que, a veces, un par de zapatos es todo lo que se necesita para pasar de ser una devoradora de películas románticas a convertirte en la protagonista del filme.